
Embarazada
DE GEMELOS del jefe de
LA MAFIA
BÁRBARA MAIA

Embarazada DE GEMELOS del jefe de LA MAFIA

BÁRBARA MAIA

Copyright © 2026 BARBARA MAIA

Embarazada de gemelos del jefe de la mafia

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra podrá ser reproducida, distribuida ni transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico o de cualquier otra índole, sin el consentimiento y la autorización previa y por escrito de la autora o del editor.

Portada: Giovana Martins

Traducción: Matías SM

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos reales es mera coincidencia. Ninguna parte de este libro podrá ser utilizada o reproducida por ningún medio existente — tangible o intangible — sin la autorización previa y por escrito de la autora.

TEXTO REVISADO CONFORME A LA NORMATIVA DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (RAE).

ÍNDICE

Sinopsis
Dedicatoria
Epígrafe
Nota de la autora
PRÓLOGO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
EPÍLOGO
Cuento: *Los gemelos del mafioso*
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3

Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

SINOPSIS

Dante Morello es una leyenda en ascenso.

Su sonrisa, rara y calculada, promete placeres inimaginables y peligros igualmente letales. A los ojos del mundo, es un exitoso CEO. En las sombras, es un heredero implacable, a punto de liderar la poderosa mafia italiana.

Por imposición de su padre, Dante enfrenta un desafío que podría comprometer su ascenso al poder: casarse y tener un heredero en menos de un año.

Entre las candidatas está Giulia Grecco, una joya moldeada bajo las tradiciones de la mafia, que jamás tuvo permiso para besar, tocar o siquiera mirar a otro hombre en toda su vida. El único propósito de su educación ha sido servir al próximo Don como la esposa perfecta, aunque su corazón anhele una libertad que nunca conoció.

Todo lo que Giulia desea es no ser la elegida del Don. Pero su peor miedo se hace realidad cuando el mafioso, consciente de su resistencia, la elige solo por pura provocación.

Forzada a un matrimonio arreglado, Giulia queda atada a un hombre que representa todo aquello que le enseñaron a temer.

El embarazo de gemelos surge como un inesperado campo minado entre ambos. Dante, al enfrentarse a la posibilidad de perderlo todo (su legado, el respeto de su familia y a la mujer que, contra todo pronóstico, logra revelar su verdadera esencia), se encuentra en una encrucijada.

La distancia forzada da paso a una lucha desesperada por la redención.

Con el corazón y el futuro en juego, Dante es llevado al límite y debe elegir entre resistirse a su propia naturaleza o aceptar un amor inesperado como su última oportunidad de salvación.

DEDICATORIA

Para todas las mujeres con vidas comunes que usan las novelas románticas para imaginarse dentro de historias de amor con hombres posesivos, peligrosos y buenos en la cama.

Ellos no son héroes, ni príncipes, y mucho menos políticamente correctos. Pero son capaces de hacer estallar el mundo por la mujer que aman… y de mojarnos la ropa interior en el proceso.

EPÍGRAFE

"Es fácil amar a alguien cuando todo está perfecto. Mantener ese amor en los momentos imperfectos es lo que lo vuelve incondicional".

Karen Berg

NOTA DE LA AUTORA

¡Hola!

En este libro encontrarás las historias *Embarazada de gemelos del jefe de la mafia* y el relato *Los gemelos del mafioso*, ambos protagonizados por Dante y Giulia Morello.

Antes de que comiences la lectura, quiero destacar que esta es una novela ambientada en el contexto de la mafia, y no se trata de un romance tradicional. La relación entre los protagonistas no debe ser vista como un modelo a seguir ni normalizada. Esta es solo una obra de ficción, y yo no tolero ni apoyo este tipo de comportamiento en la vida real.

A lo largo de la historia, habrá escenas con consentimiento cuestionable, lenguaje vulgar, agresión física, psicológica y verbal, además de contenido sexual explícito.

Este libro está destinado exclusivamente a mayores de 18 años.

Si no te sientes cómodo o cómoda con los temas mencionados, te recomiendo buscar otra lectura.

Pero si decides continuar, quiero que sepas que amé escribir esta historia y espero, desde el fondo de mi corazón, que el amor de Dante y Giulia también conquiste el tuyo.

¡Feliz lectura!

Con amor,

Bárbara Maia.

PRÓLOGO

Giulia Grecco

Dos meses antes

— Giulia, tú eres la siguiente —me dice una de las organizadoras, y asiento con la cabeza, esperando mi turno.

Dieciocho años de clases de etiqueta, ballet, piano, idiomas, costura e historia me trajeron hasta este momento. Me preparé toda mi vida para este día, pero ahora que está por llegar mi turno me sorprende darme cuenta de que no estoy ansiosa.

Las otras nueve chicas ya se presentaron y, después de cruzar la puerta frente a mí, ninguna regresó. Mis padres me enseñaron desde pequeña que esta primera etapa sería fundamental, y que debía dar lo mejor de mí para convertirme en una de las elegidas.

La organizadora hace una seña y la puerta se abre, revelando una pasarela de diez metros de largo. Mi vestido rojo, largo y

ajustado, abraza cada una de mis curvas, meticulosamente confeccionado para complacer al futuro Don. Mi cuerpo será suyo, y solo suyo. Ningún otro hombre podrá tocarme ni acercarse a mí.

Desfilo sobre mis tacones sin tambalear ni una sola vez. Mi mirada es firme, pero no sonrío mientras avanzo hacia las tres personas al final de la pasarela: el Don Tommaso Morello, el actual comandante de la mafia; su esposa, Francesca Morello; y su primogénito, Dante Morello, quien heredará todo el legado de su padre.

Al igual que yo, ninguno de ellos sonríe. Mantengo mi postura hasta el final, giro el cuerpo y realizo los movimientos que me enseñaron desde niña para que la realeza italiana examine mi figura y decida si soy lo suficientemente buena.

Mi padre es uno de los capos de la *Cosa Nostra*, y ese fue uno de los motivos por los cuales fui seleccionada incluso antes de nacer, cuando aún estaba en el vientre de mi madre. Pero eso no me hace más especial que las demás: las nueve chicas que se presentaron antes que yo también son hijas de mafiosos y fueron predestinadas para este momento desde antes de venir al mundo.

Dante Morello tenía solo dieciocho años cuando su padre decidió que debía casarse a los treinta y seis. Según los relatos, el Don Tommaso dijo que esa era la edad perfecta para que un hombre tuviera madurez, estudios y hubiera disfrutado lo suficiente de la vida. Los mafiosos tienen acceso a mujeres de todo tipo y prostitutas a sus pies todos los días, pero cuando asumen el compromiso del matrimonio, deben mantenerlo hasta el final. No existe el divorcio. Y fue por eso que el Don Tommaso le dio esos dieciocho años de "libertad" a su hijo.

Sin embargo, el tiempo se acabó y Dante debe casarse. Y por eso estoy aquí. Soy una de las candidatas a convertirme en la primera dama de la mafia más poderosa del planeta.

Ninguna de nosotras lo ha visto jamás, porque fuimos criadas en casa bajo reglas más estrictas que las de cualquier chica común. No podíamos salir sin permiso, recibimos educación privada y ningún

hombre jamás corrompió nuestra pureza. Nunca nos besamos ni tocamos íntimamente con nadie, ni siquiera miramos a alguien con interés. Toda nuestra vida, atención y devoción fueron moldeadas para convertirnos en la esposa perfecta para un mafioso.

Doy mi último giro para salir de la pasarela y, por un segundo, me atrevo a mirar el rostro de Dante Morello. Descubro que su mirada está fija en mí.

En el instante en que nuestros ojos se cruzan, mi estómago se contrae y algo dentro mío, algo que nunca había sentido, se enciende de golpe.

El hombre de expresión severa y porte intimidante irradia poder por cada uno de sus poros. Fue preparado toda su vida para comandar la mayor organización criminal del mundo, y su apariencia encaja perfectamente con ese papel.

Su traje es caro e impecablemente planchado, pero son su boca ancha, su barba bien delineada y sus cejas gruesas lo que lo vuelven aún más atractivo.

Nos quedamos mirándonos en silencio por unos segundos, hasta que me doy cuenta de que mi tiempo terminó. Bajo la cabeza y salgo de la pasarela.

Sin embargo, antes de cruzar la puerta de salida, me permito ser audaz por primera vez en la vida: giro la cabeza con disimulo, solo para comprobar si él aún me está mirando. Mi corazón da un salto al notar que sí, lo hace. Su mirada es tan invasiva que me hace sonrojar. La sombra de una sonrisa cargada de malicia curva sus labios y me hace estremecer.

De una forma que me gusta.

Y, de pronto, toda esta competencia adquiere un nuevo significado, porque ahora lo único que deseo es ser la mujer elegida por él.



Estamos de nuevo en fila, pero esta vez solo en bikini. La maestra de ceremonias nos observa, aunque desvía la atención cuando un hombre de traje se le acerca para entregarle un sobre.

Dentro están los nombres de las cinco seleccionadas. Las cinco chicas que más complacieron a la nobleza italiana serán las únicas que pasarán a la siguiente fase, esta vez de una manera mucho más íntima con Dante Morello.

Cada una tendrá la oportunidad de estar a solas con él en una habitación, donde deberá bailar una canción sensual y desnudarse ante su mirada. El futuro jefe de la mafia tendrá el privilegio de observar de cerca el cuerpo de cada candidata y hacerles las preguntas que quiera antes de tomar su decisión.

La primera fase depende de la influencia de nuestros padres, pero la decisión final pertenece única y exclusivamente a Dante.

La maestra de ceremonias abre el sobre y comienza a decir los nombres. Las chicas llamadas dan un paso al frente para colocarse en fila.

—Catarina Rossi, Martina Ferrari, Sienna Romano…

Un nudo se forma en mi garganta. Solo quedan dos lugares para la segunda fase y mi nombre aún no ha sido mencionado.

—Alessia Bianchi…

Ahora solo queda uno.

Mi corazón late tan fuerte que parece querer salirse del pecho. La maestra de ceremonias mira al hombre del traje con el ceño fruncido, confundida, y no entiendo qué sucede.

—¿Por qué este nombre está tachado?

—Porque el señor Morello no la quería y lo borró, pero sus padres insistieron en que fuera clasificada.

—¿Entonces debo llamarla o no?

—Sí. Don Tommaso sigue teniendo la última palabra, y está seguro de que su hijo cambiará de opinión —responde el hombre de traje. Aunque murmuran, el silencio entre las chicas es tan profundo que todas alcanzamos a oír cada palabra.

—De acuerdo. —Suspira la mujer—. El último nombre es Giulia Grecco. Da un paso al frente, por favor. Las demás pueden salir de la sala. Sus familias las esperan afuera.

Una ola de conmoción me invade, y toda la emoción que sentía por haber sido elegida se transforma en pura rabia.

Él no me quería. No le gusté. Estoy pasando a la última fase solo porque sus padres insistieron en que lo hiciera. El hombre más poderoso de la mafia italiana me vio una sola vez y me rechazó, pero ahora tendré que agachar la cabeza y bailar para él.

La primera chica es llamada para entrar a la habitación donde Dante Morello la espera. Confieso que mi instinto es escapar, decir que no quiero, que renuncio a todo. Pero no puedo hacerlo. Rechazar al futuro Don sería considerado un acto de rebeldía y deshonra, y la pena por semejante ofensa es la muerte. Solo por eso me obligo a sonreír falsamente y permanezco de pie en la fila, esperando mi turno.

Ya está más que claro que no seré la elegida. Si no le agradé en la primera fase, seguramente pondrá los ojos en blanco cuando me vea bailar para él en la segunda. Pero si debo pasar por esto para poder seguir con mi vida y buscar otro esposo, lo haré sin quejarme.

La organizadora del evento pronuncia mi nombre. Cruzo la puerta oscura con el mentón en alto y camino hasta el centro del salón, donde un caño de *pole dance* brilla como el único punto iluminado. No logro distinguir al mafioso entre las sombras, pero no me importa. Solo quiero bailar y salir de aquí.

Suena la primera nota de *Don't Mess with My Mind*, de EMO, y enrosco mi pierna en el caño, girando mi cuerpo al ritmo de la

música. Me muevo con sensualidad, balanceando mis caderas, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

Siento las vibraciones del bajo y me dejo llevar, sin importar los movimientos mecánicos que ensayé meticulosamente con mi instructora privada durante los últimos tres años. Invento pasos, me dejo fluir con la música y olvido todo lo aprendido. No seré la elegida. No me importa ser perfecta.

Paso la mano por mi cabello y desciendo hasta el suelo, moviendo las caderas pegada al caño. Subo y bajo, sin pudor, disfrutando por primera vez de la sensación de poder ser libre en lugar de tener que mantenerme pura.

Deslizo el pulgar por mis labios, lo bajo entre mis tetas y continúo el recorrido hasta detenerme en la tela de la parte inferior del bikini. Muevo las caderas y gimo suavemente mientras sujeto el caño, y solo detengo mis movimientos cuando la canción termina.

Abro los ojos, pero aún no veo nada. Exhalo, incrédula. Probablemente Dante Morello ni siquiera está aquí, y acabo de hacer esta ridiculez sola.

Estoy a punto de salir del salón cuando siento la vibración de su voz, a centímetros de mi espalda.

—Otra vez. Pero sin ropa.

Me quedo inmóvil. Mi pecho sube y baja con rapidez, desbordado por la ansiedad. Llevo mi mano al corazón, que late descontrolado, no sé si por el susto o por la adrenalina de saber que él estuvo allí todo el tiempo, observándome en silencio desde las sombras.

El aroma de Dante me envuelve y mi piel se eriza cuando su aliento cálido roza mi nuca.

—No fue una petición. Es una orden directa.

Su tono es ronco y sensual. Me doy vuelta para enfrentarlo. Trato de mantener la compostura, pero nada me preparó para la fuerza que emana de ese hombre cuando está frente a mí.

Dante Morello mide casi dos metros y tiene una presencia tan amenazante que no deja lugar a dudas sobre quién es dentro de la mafia. Su mandíbula está tensa y su mirada es dura, pero su olor es tan intenso y atractivo como el de un depredador frente a su presa.

—Si eso es lo que usted quiere... —digo sin dudar, sin apartar mis ojos de los suyos, mientras vuelvo a tomar posición junto al caño de *pole dance*.

Su mirada me atraviesa cuando empiezo a quitarme las piezas del bikini, pero no permito que me intimide. Él muerde su labio inferior y gruñe como un animal en el instante en que me ve completamente desnuda.

Solo para él. Como lo pidió.

Él presiona un control, la música vuelve a sonar y bailo al igual que antes, pero ahora con los ojos abiertos, observando su expresión cargada de deseo y disfrutando la sensación de ser observada por él.

No sonrío, y él tampoco. Cuando la música termina, permanezco inmóvil, con la espalda apoyada en el caño. Dante Morello se acerca hasta que su rostro queda justo encima del mío, y tengo que inclinar el cuello hacia arriba para poder verlo de cerca.

—¿Serías una buena esposa para mí, señorita Grecco? —susurra, tan cerca que siento su aliento mezclarse con el mío.

—No lo sé. ¿Qué necesita una buena esposa para usted?

Una sonrisa ladeada aparece en sus labios, volviéndolo aún más irresistible.

—Debe darme hijos, obedecer en silencio, ser una santa para la sociedad… y una puta en mi cama.

Mi cuerpo tiembla ante sus últimas palabras, y de inmediato mi mirada se desliza hacia su boca, que está a solo centímetros de la mía.

—Entonces, creo que no seré una buena esposa, señor Morello.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? ¿No te gusta el sexo? —me provoca.

Sus ojos están llenos de diversión, y todo indica que Dante se está burlando de mí, lo que me anima a decir lo que pienso.

No tengo nada que perder; sé que no seré la elegida y, para ser sincera, ya ni siquiera sé si me gustaría tener a un hombre tan autoritario e insensible como Dante Morello a mi lado.

—De ese tema no puedo opinar, ya que nunca me he acostado con nadie ni sé cómo se siente tener a un hombre tocando mi cuerpo. Pero no creo que pueda obedecer a mi marido en silencio y estar siempre de acuerdo con todo lo que diga.

—¿Eres desobediente, señorita Grecco?

—Si ser obediente significa comportarse como un perro amaestrado que solo ladra cuando su dueño se lo permite, entonces sí, señor Morello, soy muy desobediente.

—Eres el tipo de mujer que le da trabajo al marido.

—Tal vez, pero creo que el matrimonio debería ser un lugar donde ambos puedan hablar de sus deseos y opiniones. De lo contrario, es mejor quedarse soltero.

Otra sonrisa sarcástica se dibuja en el rostro del futuro Don, y pasa la lengua por sus labios.

—Para ser una princesa de la mafia, tienes la lengua afilada, ¿no lo crees?

—Y para ser un hombre que no tiene el menor interés en mí, usted hace demasiadas preguntas.

—¿Y cómo sabes que no tengo interés en ti? Estás aquí. Solo las más interesantes pasaron a la segunda fase.

—Solo me trajo aquí por insistencia de su padre —replico, y un pliegue se forma en su frente—. Y yo solo estoy aquí para cumplir con el protocolo y marcharme.

—¿No quieres casarte?

—No con un hombre que me rechaza.

—Prefieres a los imbéciles que se someten a los caprichos de su esposa.

—Si eso es lo que piensa, señor, entonces sí —respondo sin bajar el mentón.

Ya terminé mi presentación, así que me inclino para tomar mi bikini y salir de la sala, pero cuando intento moverme, él me agarra de la cintura y me aprieta contra el caño.

—Aún no te he dado permiso para irte, Giulia.

—Ya no necesito quedarme aquí y seguir desperdiciando nuestro tiempo.

Con una mano firme, Dante Morello me atrae más hacia él, moldeando su cuerpo contra el mío. Él está vestido con un traje, pero yo estoy completamente desnuda, y un calor extraño se apodera de mi vientre. Se inclina para hablarme al oído.

—Voy a asumir que solo eres una niña y que no tienes idea de con quién estás hablando.

—Soy una mujer, señor Morello. Solo que nunca he besado ni tenido sexo, porque mi cuerpo fue guardado únicamente para usted —replico, sintiendo el calor de su respiración contra mi rostro.

Él suelta un gruñido y me aprieta con más fuerza.

—Giulia, estás provocando al hombre equivocado…

—Entonces, déjeme irme —digo, sobrecogida por el poder de su presencia.

Intento apartarme de nuevo, pero él no lo permite.

—Aún no.

Dante me toma de la nuca y me invade con su lengua caliente, provocando una fiebre tan intensa en todo mi cuerpo que el calor en mi vientre se transforma en una mezcla de dolor y necesidad.

Me besa y lame con furia, tomándome de una forma feroz. Es la primera vez que beso a un hombre y, sin pensar en las

consecuencias, me entrego, excitada.

Debería huir; este hombre me rechazó. Pero todo lo que pienso es que necesito más de él.

—Qué boca tan exquisita, bella —murmura, y solo consigo gemir en respuesta—. Abre las piernas para mí.

Lo obedezco sin pensar, y Dante mueve las caderas, mostrándome lo duro que está. El futuro Don de la mafia está así por mí, y darme cuenta de cuánto lo afecto me hace separar aún más las piernas.

Él gruñe en respuesta y lleva la boca a mi cuello, con su barba rozando y arañando mi piel en el proceso. Su agarre se vuelve más intenso, y Dante desliza la mano hasta tomarme la nalga sin pudor.

—Oh, Dios mío... —gimo, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, ofreciéndome más, disfrutando de la manera en que ese hombre me posee.

—Mierda, nena, eres tan receptiva —Dante vuelve a besarme con deseo, frotándose contra mí cada vez con más fuerza—. Mira cómo me pones.

En un impulso, llevo la mano a su pantalón y palpo su dura verga.

—Quiero verte también —murmuro, y de repente, él deja de tocarme y se aparta.

Abro los ojos de inmediato y veo la comisura derecha de su boca curvada en una sonrisa.

He bajado la guardia, y él se está riendo de mí.

—Ya no eres pura, Giulia. Y puedo difundir esa información entre los altos cargos de la mafia. Nadie querrá casarse contigo.

—Entonces, mi destino está en sus manos.

—Podría torturarte, perseguirte.

—Si eso es lo que desea...

—¿Y harías todo lo que deseo? ¿Incluso siendo desobediente?

Suelto el aire, incrédula, molesta por todo y deseando marcharme.

—¿Es eso lo que quiere? ¿Que una mujer se someta a su voluntad y solo diga "sí" a todo, incluso cuando quiera decir que no? Porque, del otro lado de esa puerta, hay cuatro chicas desesperadas por ese papel.

—¿Y qué es lo que tú quieres?

—Lo que yo quiero no importa.

Dante Morello me sujeta del cuello, y su toque firme me calienta, pero no bajo la cabeza.

—¿Ah, sí? Porque hace unos segundos parecía mucho que me deseabas —dice con arrogancia y burla en la voz—. Mientras te besaba y gemías, restregándote y pidiendo más.

Si el arrepentimiento pudiera matar, yo estaría muerta.

Ahora ya no soy pura. Y él lo sabe. Dante me provocó y me humilló solo para demostrarme que estaba equivocada, que podía dominarme como a un perrito obediente.

El futuro Don saca un pañuelo del bolsillo y se limpia la boca, con una sonrisa burlona pintada en los labios.

Mi rostro se sonroja de vergüenza al darme cuenta de lo ingenua que fui, de lo fácil que me entregué a ese hombre que probablemente solo me estaba poniendo a prueba, viendo hasta dónde llegaría con alguien con quien ni siquiera estoy casada.

Siento ganas de llorar, pero contengo las lágrimas. Mi garganta arde cuando él guarda el pañuelo y sacude la cabeza.

—Yo tampoco soy nada obediente, señorita Grecco. Ya deberías saber que quien da las órdenes soy yo.

Abro la boca para replicar, pero él levanta el dedo índice y lo coloca sobre mis labios, obligándome a callar.

—Mide tus palabras, Giulia. Antes de ser insolente, recuerda que estás hablando con tu futuro Don, y exijo ser tratado como tal. —Inclina mi mentón para que lo mire a los ojos—. Eso significa respeto, sumisión y obediencia. Te guste o no.

Dante Morello me mira una última vez antes de salir de la sala, dejándome sola con mi vergüenza, mi rabia y mi arrepentimiento.

Ahora sí estoy arruinada para siempre. Él va a contar lo que pasó aquí a Don Tommaso, y probablemente tendré que casarme con algún viejo barrigón y apestoso que me pida en matrimonio, porque mis padres se asegurarán de castigarme cuando sepan la verdad.

Vuelvo a ponerme el bikini y seco las lágrimas rebeldes que insisten en escapar. Salgo de la sala en silencio y no encuentro a ninguna de las chicas afuera, solo a Don Tommaso Morello y a su esposa esperándome allí.

—Giulia, necesitamos hablar contigo. —El Don me mira, y lo único que hago es bajar la cabeza, esperando mi castigo—. Mi hijo te eligió. La boda será dentro de un mes.

¿Qué? ¿Dante Morello me eligió?

Cuando termina de hablar, levanto la cabeza sorprendida, pero Francesca Morello me abraza cálidamente y todo se vuelve aún más confuso.

—Sabía que te elegiría. Ahora ve a vestirte, iremos al médico.

—¿Al médico? —pregunto sin entender, ya que ya me han hecho todos los exámenes médicos e íntimos para comprobar mi virginidad antes de venir aquí.

—Sí, querida. Vamos a estimular tu fertilidad. Dante tiene un año para darnos un heredero si quiere ocupar definitivamente el lugar de su padre —responde, mientras camina conmigo hacia otra habitación donde están mis ropas.

—Yo… no entiendo —susurro, y la esposa del Don me sostiene el rostro, obligándome a mirarla.

—Giulia, tienes que aceptar que en nuestro mundo no siempre necesitamos entender lo que pasa por la cabeza de nuestros maridos. Debemos respetarlos y darles hijos. Esa es nuestra principal misión. Ahora serás la esposa de uno de los hombres más poderosos del planeta, y es tu deber asegurar que su linaje continúe. Así que, esfuérzate por eso.

Trago saliva y me visto, aunque todo parece irreal, como si esto no fuera más que un sueño… o una pesadilla.

No quiero ser la elegida de Dante. No quiero vivir cada día siendo humillada por mi marido, sabiendo que aprovechará cada oportunidad para obligarme a obedecerle.

—Vamos, tus padres nos están esperando. Están muy orgullosos de ti.

Mientras salgo del brazo de mi futura suegra, solo un pensamiento invade mi cabeza: *no quiero casarme con él, pero no tengo elección. Ahora estaré condenada a vivir en un matrimonio arreglado y a darle un heredero al Don de la mafia.*

Y, durante ese tiempo, Dante disfrutará torturándome.

Y lo peor de todo es que nadie podrá salvarme del hombre más poderoso de Italia.

CAPÍTULO 1

Giulia Morello

Giulia Morello

Estoy acostada, sola, y mi cuerpo no deja de temblar. La lluvia cae afuera y el ruido de la tormenta es tan fuerte que apenas puedo escuchar mi propia respiración.

Siempre tuve miedo de la lluvia, de la oscuridad y de la soledad, pero nunca tuve control sobre mi vida; hasta mi nacimiento

fue planificado para satisfacer intereses políticos. Nací para ser entregada a *él*, y nunca pude manifestar mi voluntad.

Sé buena chica. Mantente siempre bonita, perfumada y arreglada. Nunca te quejes. Baja la cabeza cuando estés en una sala llena de hombres. No mires ni te atrevas a desear a nadie. Le perteneces a él.

Y eso es todo lo que serás.

Todos los empleados ya se fueron a sus casas alrededor de la residencia principal, y es en este momento cuando siento más miedo; es cuando más sola me siento, pero él quiso que fuera así. Quiere privacidad, quiere la libertad de entrar en la casa, acostarse con su esposa y marcharse.

Un rayo atraviesa el cielo y alumbra la habitación, dibujando sombras extrañas en las paredes. Empiezo a temblar aún más y me cubro la cabeza con la manta, pero nada sirve. El miedo domina cada maldita célula de mi cuerpo.

Oigo el ruido de la puerta abriéndose y, enseguida, los pasos acercándose llenan la habitación, pero no me muevo.

Tal vez piense que estoy dormida y me deje en paz, al menos hoy, pero cuando siento la manta arrancada de encima sé que Dante no tendrá piedad. *Él nunca la tiene.*

—Estoy cansada —susurro, suplicando piedad.

Llevamos casi un mes casados y no ha habido ni una sola noche en la que Dante no haya querido acostarse conmigo.

Durante el día voy a eventos benéficos o a fiestas solidarias y hago todo por cumplir ejemplarmente mi papel como señora Morello. También lo acompaño a celebraciones, donde me exhiben por mi belleza y mi juventud, pues soy dieciocho años menor que mi marido y me enseñaron desde niña a cumplir con mi deber. Sonrío, asiento y me coloco a su lado, esperando únicamente el momento en que Dante decida que ya he aparecido lo suficiente.

Él me lleva a casa y se va a ocuparse de los asuntos de la *Cosa Nostra*, de los cuales no tengo derecho a saber ni a preguntar. No hablamos más de lo necesario ni tenemos intimidad, pero cuando llega la noche y quedamos a solas en una habitación, su lado animal se revela.

Dante no hace el amor conmigo. Me tortura. Me penetra como un animal hambriento y no para de meterme la verga hasta que estoy completamente exhausta.

Me enseñaron a satisfacer a mi marido para que no buscara sexo fuera de casa, pero el Don me trata como a una perra en celo y no abandona mi cama hasta no eyacular al menos tres veces dentro mío.

Y después de tantos días en esta rutina, siento que ya no tengo energía para el sexo. Las empleadas me ayudan con pomadas para reducir la sensibilidad de mi vagina, pero las duras embestidas de mi marido cada noche no me dejan descansar ni tener tiempo para recuperarme.

Intento tirar otra vez de la manta, pero no me lo permite. Enfrento al hombre que está frente a mí y su mandíbula está apretada, marcando los rasgos severos de su rostro.

—Eres mi mujer, Giulia. ¿Quieres huir de tu obligación? —ordena.

Dante se mete las manos en los bolsillos del pantalón, pero sé que está impaciente. Su camisa negra está impecable, remangada hasta los codos, y deja asomar un reloj de lujo. Su olor es intenso, amaderado, con toques de whisky que delatan que ha estado bebiendo. Y ese olor queda impregnado en las sábanas durante mucho tiempo, incluso después de que se va.

Mi marido no espera respuesta y empieza a desabrocharse la camisa, botón por botón, mostrando su pecho musculoso y firme. Cicatrices y tatuajes llenan casi toda su piel, marcando su trayectoria y su posición dentro de la mafia.

No aparta la mirada de mí; yo giro la cabeza para evitar el contacto tan íntimo de su mirada. Llevo una camisola de encaje negro y una tanga tan pequeña que no deja nada al descubierto. Ambos tejidos son transparentes, y cada centímetro de mi cuerpo se depila semanalmente para que esté siempre lisa para él.

—Mírame, Giulia —ordena.

—Estoy dolorida —gimoteo.

—No me lleves la contra.

—Yo era virgen, y ahora todas las noches te tengo dentro mío. —lloriqueo, pero él no siente compasión.

—Te pondré pomada para ayudarte, *baby*, pero seguirás abriendo las piernas para mí, porque yo soy tu hombre. Ahora mírame. —Su tono es cruel.

Hago lo que me ordena y él me examina de pies a cabeza, reparando cada detalle de mi cuerpo. Siento el rubor subir a mi rostro, pero no me muevo. Espero que se quite toda la ropa y se suba sobre mí.

Su mano pesada sujeta mi cadera y se coloca entre mis piernas. Jadeo al sentir su dura verga rozar la tela de mi tanguita.

—Eres bonita, ¿lo sabías? —empieza, besándome el cuello; su lengua baja por mis hombros y eso es tan placentero que tengo que contener la respiración para no gemir. No quiero que sepa que disfruto de lo que me hace. Tiene que saber que estoy cansada—. Me encanta saber que te quedas esperándome cada noche… lista para que te meta la verga.

Dante sube la boca hasta mi mentón y su barba raspa ligeramente mi piel, haciéndome estremecer. Su toque es tan certero que, aunque esté agotada de noches intensas sin descanso, sigo deseándolo.

Chupa mi lóbulo con lentitud y mi piel se eriza. Su boca es suave y su lengua dura y firme. No puedo resistir y dejo escapar un gemido.

—Así, baby. Me encanta cuando gimes para mí.

Sus manos grandes recorren mi cuerpo y levanta mi camisola; una ansiedad súbita me invade cuando sus dedos se colocan en el lateral de mi tanga.

Dante la aparta y, sin aviso, me penetra con una estocada profunda y precisa. Mi boca se abre en un grito de dolor, pero sus labios me ocupan y su lengua me obliga a relajarme.

Bombea sobre mí sin cesar, y su boca me chupa y lame de tal manera que pronto el dolor se transforma en excitación. Cuando nota que me relajo, Dante gruñe y baja los labios hasta mi cuello. Bajar mi camisola deja mis tetas expuestas, y no tengo ni tiempo de respirar cuando él muerde mis pezones y comienza a mamar.

Mis piernas tiemblan de placer y en pocos minutos ya gimoteo su nombre y sollozo. Agarro su cabello para que siga chupando mis tetas y él acelera, trabajando con su lengua y con su miembro.

Estoy toda mojada y Dante está caliente y erecto dentro mío, penetrándome con embestidas cortas y rápidas. Baja una mano hasta mis caderas y empuja con más fuerza, levantándome de la cama en el proceso.

Empieza a menear su pelvis contra mí y eso roza mi clítoris hasta hacerme gritar de lujuria. Dante sigue, y con un dedo intensifica mi excitación, frotándolo sin parar sobre mi punto sensible.

Aunque no tenga intimidad con mi marido, entre cuatro paredes es como si Dante supiera exactamente lo que necesito. Se concentra en mi clítoris erecto y trabaja sobre él, dejándome sin aliento de tanto placer.

Una ola de calor sube por mis muslos, atraviesa mi vientre y se concentra en mi vagina. Dante vuelve a besarme la boca y su lengua es tan experta que estoy completamente enganchada a las sensaciones que provoca en mi cuerpo.

Me chupa mi lengua y aprieta aún más mi clítoris, frotando el punto duro en círculos firmes.

—Oh, Don —gimoteo, elevando la cadera para aumentar el contacto y que sus embestidas sean más profundas.

El orgasmo me golpea; mi espalda se arquea y mi cuerpo convulsiona debajo de él.

Dante gruñe satisfecho y me pone a cuatro patas en cuanto se da cuenta de que he terminado. Me da unas palmadas en el culo y penetra mi vagina otra vez, con aún más fuerza, aprovechando que está húmeda por el orgasmo.

—Qué hermoso culito —gruñe.

Mis piernas flaquean, pero Dante alcanza un punto dentro mío tan ardiente que empiezo a derretirme de placer. Estoy a punto de acabar otra vez.

Él embiste con dureza y me trata como a su perra en celo, pero en ese instante parece que eso es todo lo que necesito. Abro aún más las piernas y dejo que se hunda hasta el fondo; el Don gime.

—Estás tan apretada, *baby*. Tan apretada —su voz es ronca y casi sin aliento, jadeando frenéticamente de dolor y deseo—, pero vas a estirarte. Te lo prometo.

Dante gruñe y me la mete con más fuerza, y cuando toma un poco del jugo de mi vulva y lo usa para introducir un dedo en mi ano, no resisto y hago lo que él manda.

—Ay, Don. Dámela por el culo. Me encanta cuando haces eso —gimoteo y empiezo a rebotar, chocando mis nalgas contra su pelvis —. Méteme tu hermosa verga bien adentro de mi culo —suplico.

A pesar de mi petición, Dante casi nunca accede. Sé que no quiere arriesgar eyacular por detrás, ya que necesita embarazarme pronto, pero me vuelve loca cuando me provoca con su dedo grueso.

Introduce otro dedo y aumenta la presión de las embestidas, acelerando también el ritmo de las penetraciones con su enorme verga.

Otro orgasmo me atrapa y aprieto su verga con las paredes apretadas de mi vagina. En cuanto lo hago, él también se derrama. Dante se inclina sobre mi espalda y muerde mi hombro mientras me llena con su semen.

Nuestra respiración se ralentiza, pero antes de que me desmaye, él me da la vuelta y sujeta mis piernas hacia arriba, usando los dedos que no metió en mi culo para tapar mi vagina llena de su semen.

Estoy exhausta, agotada de placer, y por eso ya ni me importa ese ritual que Dante hace cada vez que eyacula dentro mío.

Su pecho sube y baja, y aún se le escapan suaves gemidos, pero sus ojos están fijos en sus dedos dentro de mi vagina. Empuja sus gruesos dedos profundamente, intentando contener su semen, y yo permanezco inmóvil, esperando a que termine.

Cuando termina su ritual, Dante sonríe y me mira, y todas las veces que lo hace mi corazón se salta un latido. Como si todavía fuera la maldita primera vez.

El jefe de la mafia nunca demuestra sentimientos, ni dolor ni alegría, pero ver esa pequeña sonrisa cada noche mantiene encendido dentro mío un amor escondido por él.

—Vamos a la ducha —dice, y me carga en brazos, levantándome de la cama.

No tengo fuerzas en las piernas, pero no hace falta porque Dante hace todo mientras me mete la verga otra vez en el baño.

Y otra vez, en el borde de la cama.

Y otra vez, apoyada contra la pared.

Por fin, después de horas intensas de sexo ardiente y orgasmos prolongados, Dante me mete en la cama y sale de la habitación antes de esperar a que me duerma.

Soy su esposa para el sexo, y nunca seré nada más para él.

CAPÍTULO 2

Dante Morello

Dante Morello

—Tenemos que encargarnos de esos colombianos —comenta Matteo, mi hermano y subjefe de la mafia, mientras estamos sentados en la mesa de reuniones.

Vittorio, nuestro hermano menor y mi consejero, también está con nosotros en la sala. Nos reunimos a diario para discutir los

asuntos de la mafia y los negocios de la familia.

Nuestras operaciones son variadas: tráfico de armas, drogas y distintas actividades ilegales. Estamos infiltrados en todas las esferas del Estado, y ninguna decisión importante en el país se toma sin antes consultarnos.

Solo no trabajamos con tráfico humano, por una cuestión de honor y por la determinación del primer Don de la mafia italiana, que, por cierto, era uno de los patriarcas de nuestra familia. Desde entonces, la posición de jefe supremo se transmite de generación en generación al primogénito de los Morello. Y como soy el hijo mayor, mi padre me entregó el cargo directamente. Sin embargo, ante la sociedad, somos magnates italianos, dueños de los restaurantes más prestigiosos, hoteles de lujo, clubes nocturnos y grandes proyectos inmobiliarios. Nos esforzamos por mantener nuestra identidad oculta y el mando de la mafia en el mayor secreto posible, no solo por nuestra seguridad, sino principalmente para proteger a nuestras familias.

—Los malditos mataron a algunos de nuestros soldados y robaron nuestra carga —continúa Matteo.

—También intentaron robarles a los rusos y a los estadounidenses. Son tan imbéciles que prácticamente están rogando por una guerra con las mafias más poderosas del planeta —murmura Vittorio.

—¿Y cómo mierda consiguieron robarnos a nosotros?

—Estábamos con pocos hombres. Mandamos mucha carga a América y los soldados tuvieron que dividirse —explica Matteo.

—Aumenta la seguridad —ordeno—. No quiero a ningún hijo de puta encontrando una brecha para joder mis negocios. Y esos colombianos de mierda van a pagar por haberse metido con la mafia equivocada.

—¿Qué vamos a hacer? —me pregunta Matteo.

—Matarlos. Pero antes, vamos a dejar nuestra marca. Quiero que todos vean lo que les pasa a los que se atreven a interponerse

en nuestro camino —respondo.

—Tienen que servir de ejemplo, si no, pronto otras mafias también se atreverán a enfrentarnos.

Asiento con la cabeza.

—No voy a parar hasta exterminarlos uno por uno. ¿Algún otro problema en América? —pregunto.

—Por ahora no. Asustamos a los mexicanos el mes pasado y dejaron de molestarnos —dice Matteo.

—Solo hay que estar atentos para que los colombianos no hagan una alianza con los mexicanos y nos ataquen juntos —advierte Vittorio, y vuelvo a asentir.

—Sigan vigilando a los mexicanos y hagan volar la refinería principal de esos malditos colombianos. Confirmen la ubicación y manden a los soldados a hacer el trabajo completo, sin margen de error —ordeno—. Después, vayan tras las familias de esos mafiosos y maten a sus hijos y esposas frente a ellos. Cuando lo hagan, avísenme y tráiganme a los jefes.

—¿Vas a torturarlos? —pregunta Vittorio.

—Probablemente. Tal vez esos desgraciados tengan información que me interese —respondo.

—De acuerdo. Hablaré con los capos y prepararé a los soldados —dice Matteo, mientras comienza a escribir en su teléfono móvil—. Creo que en dos días esos bastardos ya estarán aquí.

—Llévalos directo al Galpón —ordeno, y mi hermano asiente.

Respiro hondo y aprovecho para beber un poco del whisky que mi secretaria me sirvió hace unos instantes. Ni siquiera son las nueve de la mañana y ya empecé el día resolviendo mierda.

—¿Está todo en orden con los irlandeses? —cambio de tema, enfocándome en otro asunto.

—Sí, nos reuniremos con ellos mañana en una de las islas de la Cosa Nostra —responde Matteo—, pero nuestro avión sale esta noche porque necesitamos reunirnos con el equipo antes.

—Bien. Asegúrate de que no haya sorpresas.

—No las habrá. Son ellos quienes buscan nuestro apoyo, no al revés.

—Aun así, asegúrate. No confío en nadie.

Matteo asiente, y yo suspiro antes de dar otro trago a mi whisky.

—Pareces cansado —dice Vittorio, llamando mi atención.

—Estoy bien.

—¿Cómo va el matrimonio? ¿Giulia es una buena esposa?

—Lo será cuando me dé mi heredero.

Escucho a Matteo tomar la botella de whisky, llenar su copa y luego las nuestras.

—Sé que no pediste mi opinión, pero debo decir que tu esposa se ganó mi respeto. Hasta consiguió agradarle a la señora Francesca Morello —dice Matteo con una sonrisa, y Vittorio lo imita.

Nuestra madre siempre fue exigente y difícil de complacer, pero le cayó bien Giulia desde la primera vez que la vio.

—Deberían viajar —sugiere Vittorio—. Tener la luna de miel que no tuvieron.

—No tengo tiempo para esas mierdas.

—En la mafia se comenta que tuviste suerte al casarte con ella —dice Vittorio.

—¿Qué carajo están diciendo de mi esposa?

—Eres el Don. La gente habla de tu vida —explica mi hermano menor, y yo resoplo, impaciente.

—Sobre todo porque dejaste de acostarte con las bailarinas de la Cosa Nostra.

—Me acuesto con mi esposa en casa, y eso es suficiente.

—Y sorprendentemente, Dante Morello está siendo fiel —bromea Matteo, levantando su copa.

—Giulia cumple con su papel.

—¿Le vas a prometer fidelidad, carajo? —insiste Matteo.

—No voy a prometerle ni una maldita cosa, más allá de protección y una vida cómoda.

Aflojo mi corbata y termino mi whisky de un trago, dejando claro que la parte seria de la reunión ya terminó.

—Yo no me casaría como tú lo hiciste. Me parece mucho riesgo poner un anillo en el dedo antes de probar si la mujer es buena en la cama —comenta Matteo.

—Somos mafiosos, Matteo. No hacemos solo lo que queremos. Yo no elegí casarme.

—Solo digo que primero le metería la verga.

—¿Y después con qué sábana demostrarías la virginidad de tu esposa? —replica Vittorio, y Matteo se encoge de hombros.

—Saco sangre de otra forma. Metérsela duro hasta hacerla sangrar —dice, y yo ruedo los ojos—. Prefiero eso a una esposa mala en la cama.

Matteo es disciplinado, serio e inteligente en el trabajo, pero fuera de los asuntos de la mafia siempre ha sido el más insensato y bromista de los tres. Vittorio, en cambio, pese a ser el menor, es más prudente con sus palabras y no habla por hablar.

Aunque crecimos en un ambiente criminal, nuestros padres siempre se esforzaron por mantener un clima familiar cálido y unido.

—Ten sexo para tener hijos y busca otras fuera de casa para calentar tu verga como te gusta. Es simple —dice Vittorio—. Somos hombres hechos y derechos; nadie espera fidelidad de nosotros.

—Pero si las dos cosas están en una sola mujer, ahí sí tengo suerte. Como nuestro Don —dice Matteo con una sonrisa provocadora.

—Insinúa algo sobre mi mujer una vez más y te meto una bala entre los ojos —le advierto, y mi hermano solo sonríe.

Vittorio niega con la cabeza y bebe el whisky de un trago.

—Intentaré no hacerlo, mierda, pero si tú no te hartas de meter la verga en la misma vagina todos los días, me da curiosidad saber cómo es compartir la cama con alguien.

—Qué bueno, Matteo. Me alegra escuchar eso, porque pronto voy a arreglarte un matrimonio.

—Yo paso. No pienso casarme todavía. Aún hay demasiadas vaginas fogosas que quiero disfrutar —replica, aflojándose la corbata y recostándose en la silla.

—Sabes que no tienes opción. Eres uno de los jefes de la mafia, y pronto tendrás que casarte. Si no eliges esposa en poco tiempo, lo haré yo —le advierto.

—¿Y por qué no le dices eso a Vittorio?

—Porque tú eres mayor que él. Te toca hacerlo primero.

—¡Qué mierda! —responde, volviendo a mirar su teléfono móvil—. Mira esto, una zorra dulce y sin compromiso acaba de mandarme un mensaje —dice, agitando el teléfono con una sonrisa lasciva—. Quiere que le meta la verga hoy sin ataduras.

—Solo no pierdas la noción del tiempo y no te olvides de la cena en casa de nuestros padres —le recuerda Vittorio.

Tommaso y Francesca Morello son el ejemplo perfecto de un matrimonio dedicado a la familia, y por eso insisten en reunir a sus tres hijos todas las semanas para cenar.

Aunque crecimos en medio del crimen, siempre hubo amor y respeto en casa, y mis hermanos y yo seguimos manteniendo esa cercanía incluso después de tomar nuestros propios caminos.

Y aunque me inspiro en la relación de mis padres para mantener mi matrimonio, el amor que hay entre ellos jamás existirá en el mío.

Giulia puede estar tranquila: siempre tendrá protección, comodidad, ropa cara, dinero y oportunidades. Antes de casarnos, descubrí que quería continuar sus estudios, y aunque no necesita

trabajar, me aseguré de apoyarla y pagarle la universidad de arquitectura más cara de la región.

Además, mi esposa siempre tendrá a un marido presente y atento en la cama. Es obvio que quiero un heredero, pero no la considero solo un recipiente para mi semen. Me preocupo por su placer cada vez que la penetro en su habitación. Aun así, no debe esperar nada más de mí.

No soy un hombre sensible ni estoy dispuesto a desarrollar sentimientos. El amor debilita, y mi posición dentro de la mafia no me permite tener flaquezas ni puntos vulnerables.

Matteo y Vittorio siguen conversando hasta que suena mi teléfono. Frunzo el ceño al ver que es la línea de mi casa. ¿Giulia me está llamando?

Contesto al primer tono.

—Señor, disculpe la molestia, pero usted pidió que le avisáramos si había alguna novedad con la señora Morello —dice una de las empleadas, su voz temblorosa deja claro el miedo que me tiene.

—Sí.

—Y ahora que fui a arreglar el cuarto de la señora, noté que las sábanas estaban manchadas de sangre, señor. Y no del tipo habitual, por la actividad sexual intensa, sino sangre menstrual, señor.

—¡Mierda! —grito, lanzando mi copa contra la pared y viendo cómo el vidrio se hace pedazos.

¡Tuvimos sexo todos los días, carajo! Más de una vez. Acabé dentro de ella y retuve mi semen en su vagina por varios segundos, como me indicó el médico. Pero no funcionó.

Nada de herederos.

—¿Dónde está ella? —pregunto.

—La señora Morello acaba de salir para la universidad, señor.

—¿A qué hora termina su clase hoy?

—Hoy tiene un seminario, así que regresará después de las cinco de la tarde, señor.

—A la mierda. Voy a buscarla ahora mismo.

Cuelgo sin esperar respuesta y marco el número de mi secretaria, que atiende al instante.

—Avisa al ginecólogo que cancele sus consultas. Voy para allá con Giulia. Y mande a alguien a limpiar mi oficina.

Cuelgo, me levanto, acomodo el traje y me preparo para salir.

—¿Algo anda mal? —pregunta Vittorio, y me doy cuenta de que mis hermanos aún están en la sala.

—Nada que les importe.

Salgo del lugar, los dejo atrás y bajo por el ascensor respirando hondo para no destruir todo a mi paso.

Ella solo tenía una obligación. Una sola.

Ya debería haber sabido que Giulia y su lengua afilada me traerían más dolores de cabeza que soluciones, pero odio que me desafíen, y desde que esa mujer se atrevió a enfrentarse conmigo, tuve que dejarle claro quién manda. Ella va a obedecerme en silencio, como yo quiera.

Tal vez debí elegir a otra esposa. Tal vez debí quedarme con una de las cuatro muchachas que bailaron para mí antes que ella: puras, dóciles, predecibles. Habría sido lo más sensato, lo más seguro. Pero el desafío siempre me atrae.

Y todo cambió cuando vi su entrega y probé su sabor. El sabor de su beso, mezclado con su aroma femenino, me hizo mandar al carajo el sentido común y caer en la tentación de esa pequeña arrogante que ama el sexo y ahora lleva mi apellido.

Solo necesito que haga lo que tiene que hacer y lleve pronto a mi hijo en el vientre. Esa es su obligación. Solo entonces la dejaré en paz.

CAPÍTULO 3

Giulia Morello

Giulia Morello

—Giulia, ¿estás bien? Pareces desanimada. —Me mira Sofía mientras retoco mi maquillaje frente al espejo.

Estamos en el baño, solas, y ella es mi única amiga en la universidad. La única persona que no tiene miedo de mí por estar casada con quien estoy.

Aunque la identidad de Dante y de los Morello no se divulga explícitamente, todos saben quiénes son y bajan la cabeza cuando están en el mismo lugar que yo.

Sofía fue la única que no actuó así el primer día de clases, pero antes de permitirme ser su amiga, mi esposo mandó investigar a la chica y todos los detalles de su familia.

Dante dice que todo esto es por mi seguridad, pero en el fondo sé que es solo otra herramienta para controlarme. Él insiste en vigilar y dirigir todas las decisiones relacionadas con mi vida, dejando claro que le debo sumisión las veinticuatro horas del día.

—Estoy bien, solo estoy ansiosa por el seminario —miento, intentando ocultar la verdadera razón de mi tristeza.

Aunque Dante esté obsesionado con tener un heredero, cuando desperté y vi las sábanas manchadas de sangre, una angustia me invadió.

Lloré en la ducha pensando que, sin un hijo en mi vientre, Dante convertiría mi vida en un infierno y toda su familia quedaría decepcionada. Pero, más que eso, lloré porque la idea de tener un bebé me daba consuelo: saber que no estaría sola, que tendría a alguien a quien amar y que me amaría a mí también, en lugar de sentirme tan sola en mi propia casa.

—¿Estás segura? Porque no necesitas preocuparte, sabes que eres la mejor alumna de la clase. La más dedicada y la que obtiene las mejores calificaciones.

Suspiro hondo y guardo el maquillaje en mi bolso, pensando que lo mejor que puedo hacer es levantar la cabeza y fingir que no me pasa nada. Que es normal no quedar embarazada el primer mes, incluso teniendo sexo todos los días y más de una vez por noche.

Miro a mi amiga y sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos.

—Pero por más que me esfuerce, siempre van a restarle mérito a lo que logro. Siempre van a creer que todo lo que conquisto es gracias a mi marido y no a mi esfuerzo.

—¿Y te importa lo que piensen esas personas de ti?

—¿Sinceramente? —Exhalo en un suspiro audible—. No mucho, pero hoy estoy cansada y estas cosas me afectan.

Sofía se acerca y entrelaza su brazo con el mío, sonriendo.

—Entonces deja esas tonterías y concéntrate en tu futuro, que seguro será brillante. Ahora vamos, porque si no llegaremos tarde a la clase de Jean Pierre, y lo mejor de mi día es poder admirar cada segundo la belleza del francés.

Reviro los ojos, pero no puedo evitar sonreír.

—Qué exagerada eres, Sofía. Ni siquiera es tan guapo.

—Claro que piensas eso, ¡mira a tu marido! Con todo respeto, parece más un dios griego que un humano de verdad —Sofía se acerca a mi oído y susurra—. Al lado del Don italiano, Jean Pierre no es más que un profesor sin gracia.

Muerdo mis labios para no sonreír, pero no funciona. Dante puede ser autoritario y tener un temperamento difícil, pero su apariencia es incuestionable.

Y aunque no sea nada delicado ni gentil en la cama, su fuerza me hace desearlo cada noche, incluso cuando mi cuerpo suplica descanso.

Salimos del baño y, de inmediato, tres hombres de mi clase se separan de la pared y comienzan a seguirnos. Son guardias de seguridad encubiertos que Dante puso como condición para que yo pudiera continuar con mis estudios.

Claro que este exceso de cuidado parece preocupación de un marido por su esposa, pero en realidad es otra manera del mafioso de saber qué hago, qué digo y con quién me relaciono.

Intento ignorar a los tres hasta llegar a nuestra aula, y cuando estamos a punto de entrar, Jean Pierre nos intercepta en la puerta.

—Giulia, ¿puedo hablar contigo?

Asiento con la cabeza y Sofía me mira antes de entrar con una expresión preocupada. A diferencia de ella, los tres guardias permanecen afuera, observando mi interacción con el profesor.

Jean Pierre es francés y nuevo en la universidad, y su manera despreocupada de actuar me hace pensar que no tiene idea de quiénes son los Morello ni de la importancia de mi marido en Italia.

Aunque él corre riesgo al acercarse a mí, de alguna forma me alegra pensar que alguien quiere hablar de algo relacionado conmigo y no solo por interés o miedo a los mafiosos.

—Pueden entrar, chicos. Quiero hablar en privado con la señorita —dice Jean Pierre a los guardias, pero ellos ni se mueven.

—Es una dama. Ella está casada —advierte uno.

—Y estamos bien aquí. Preferimos entrar después de la *señora* Morello —responde otro, enfatizando nuevamente mi título de mujer casada.

Jean Pierre suspira, cansado, y levanta las manos en rendición.

—Está bien, está bien. Seré breve —dice, mirándome—. Giulia, he visto tus trabajos y tu dedicación en mi materia, y debo confesar que estoy impresionado. Tienes un talento natural para la arquitectura y tus maquetas son impecables.

Una enorme sonrisa se apodera de mi rostro porque, desde que tengo memoria y fui obligada a estudiar artes para ser una buena esposa para el Don, me fascinó completamente la arquitectura. Sus formas, la historia detrás de los diseños y las infinitas posibilidades que ofrecen las construcciones siempre me han maravillado.

—Muchas gracias, profesor. Me he esforzado mucho para hacer los trabajos de la universidad.

—Se nota, Giulia. Pero surgió una oportunidad de desarrollar un proyecto en mi área, con una beca de estudios, y la primera alumna en la que pensé fuiste tú. ¿Te interesaría?

—¡Dios mío, estaría encantada! —digo, emocionada, pero entonces los guardias de mi marido carraspean detrás mío y recuerdo la realidad—. Solo necesito revisar mi agenda antes, ¿puede ser?

Doy la excusa más tonta que puedo porque, lamentablemente, no puedo aceptar nada antes de pedir permiso a Dante.

—¿Podrías darme la respuesta mañana? Tengo un plazo para enviar el proyecto y...

—No. —Suena una voz grave detrás mío y de inmediato siento que mi espalda es presionada contra una pared de músculos.

Una mano grande agarra mi cadera y giro el cuello para ver que el Don está a mi lado, fulminando a Jean Pierre con la mirada.

—Disculpe, señor. Creo que no nos conocemos —dice mi profesor, sonriendo incómodo.

Mi marido ni se inmuta. Solo me acerca más a él, casi fundiendo nuestros cuerpos.

—Ni necesitamos —susurra—. Solo te informo que mi mujer no va a hacer nada contigo.

—Ah, sí, usted debe ser el esposo de Giulia. —Sonríe mi profesor, nervioso—. Mucho gusto, soy Jean Pierre, profesor de la mayoría de las materias del primer año de arquitectura.

Jean extiende la mano hacia Dante, que ni siquiera se molesta en corresponder. En cambio, el Don italiano aprieta mi cintura y se inclina para susurrarme al oído.

—Si este tipo insiste en hablar contigo, lo mataré.

Trago saliva, consciente de que Dante es completamente capaz de hacerlo, sobre todo si lo desafían. Suspiro hondo y me esfuerzo por dar mi mejor sonrisa mientras él me sostiene con posesión, dejando claro al profesor que soy propiedad suya.

—Lo siento, profesor. No podré participar en el proyecto.

Mi voz es baja porque un nudo me aprieta la garganta, y la cara de decepción de Jean Pierre refuerza mi tristeza por no poder hacer algo que deseo por prohibición de mi esposo mafioso.

Dante no espera respuesta y me toma de la mano llevándome fuera de la universidad.

—¿Qué estás haciendo? Tengo un seminario hoy, Dante.

—Cállate —ordena, sin dejar de jalarme.

No sé por qué está aquí ni a dónde me lleva, pero sus guardias se esfuerzan por alcanzarnos.

—Señor, dejamos claro que la señora Morello está casada.

—Estábamos atentos. No pasó nada.

La mandíbula de mi marido está tensa y, por cómo me lleva hasta el coche, sé que está enojado. Dante me sostiene como si fuera una niña que va a recibir castigo por portarse mal.

—Denle una lección al profesor. Asegúrense de que no vuelva a molestar a mi esposa —gruñe sin mirar atrás y, de inmediato, me empuja dentro del coche. Me aparta y se sienta a mi lado, cerrando la puerta detrás de él.

—¡Dante, no! ¡Por favor! Él no hizo nada. Solo me ofreció un proyecto.

—Ningún hombre debe hablar contigo sin mi permiso.

—No soy un objeto ni tu propiedad, Dante. No puedes mandar en mi vida como te dé la gana.

—Eso es lo que tú crees —escupe las palabras.

Intento debatir, pero mi marido me ignora. Hace un ligero movimiento con la cabeza y el chofer acelera el coche, cerrando el vidrio entre nosotros para darnos privacidad.

—¿A dónde vamos? ¿Por qué me estás recogiendo en la universidad? Nunca lo haces.

—Parece que tendré que hacerlo más seguido.

—Dante, es en serio. Tengo un seminario hoy. Es para una nota, no puedo faltar.

—Olvídalo, Giulia. Vas a tener la máxima nota en esa porquería, te presentes o no.

—¡Pero no quiero que sea así! ¡Quiero ser una alumna normal, maldita sea!

Mi ira despierta su reacción. Dante agarra mi mentón y me obliga a mirar a sus ojos. Ojos tan negros que podrían infundir miedo a cualquiera. Ojos de un asesino.

—Tú no eres una alumna normal. Eres la esposa del Don de la mafia italiana y exijo respeto y obediencia.

Su tono es duro y su agarre firme. No puedo moverme ni dejar de mirarlo, pero hago un esfuerzo enorme para no llorar.

—¿A dónde vamos? —susurro, intentando cambiar de tema.

—Al médico.

Dante suspira y me suelta, y rápidamente me muevo hacia el asiento más alejado de él en el coche.

—¿Por qué? No tengo nada malo.

—Porque estás sangrando cuando no deberías.

Muerdo mis labios otra vez para no llorar, con la tristeza apoderándose de mí.

Está claro que él ya sabe que no estoy embarazada. Esa casa está llena de gente vigilándome; seguro que alguna empleada ya fue corriendo a informar al patrón que mis sábanas estaban manchadas de sangre.

—No voy a ir al médico.

El Don cruje el cuello y afloja la corbata sin mirarme.

—Cuando ordeno algo y tú insistes en hacerlo diferente, siempre termina siendo peor para ti, Giulia. Entiéndelo de una vez y deja de luchar contra mí, porque siempre perderás.

—No quiero ir al médico, Dante —susurro, con las lágrimas empezando a correr por mi rostro—. Por favor.

El Don extiende la mano hacia mí y la tomo, pensando que cederá. Me jala de nuevo hacia su pecho y me envuelve con sus brazos fuertes, aspirando el aroma de mi cabello.

—No te di opción, *baby*. Solo es información. Solo te estoy diciendo cómo va a ser.

Estoy tan cansada de discutir con Dante que decido quedarme callada. Al final, tiene razón. Él es el jefe de la mafia y yo solo soy su esposa, que debe ser sumisa; siempre perderé si insisto en luchar contra él.

Aun así, acaricia la piel desnuda de mi brazo y sigue oliendo mi cabello con un gesto tan tierno que ni parece la misma persona que me obliga a obedecer con sus palabras.

—Hemos llegado —susurra en mi oído, y solo entonces me doy cuenta de que me dormí durante el trayecto abrazada a él.

Me levanto, un poco avergonzada, y él sale del coche, extendiéndome la mano. Estamos en una de las clínicas de la Cosa Nostra, donde los mejores médicos de Italia atienden única y exclusivamente a mafiosos y sus familias.

Mientras caminamos por el pasillo, todos los empleados y pacientes que nos cruzamos bajan la cabeza en señal de respeto hacia mi marido. Dante camina con postura imponente, rostro serio, sin soltarme y sin preocuparse por nadie a nuestro alrededor.

Entramos en la última sala al final del pasillo y el médico ya nos espera; el mismo que visité con mi suegra cuando Dante me eligió como esposa.

Sonríe a mi marido y se dan la mano, pero solo me observa con respeto, sin atreverse a tocarme.

—Bueno, ¿cómo puedo ayudarlos?

—Giulia no está embarazada —responde Dante, sentándose y acomodándome a su lado.

El médico carraspea y se sienta en su lugar detrás del escritorio, imitando a mi marido.

—¿Y cómo fue el primer mes de casados? ¿Mantuvieron frecuencia sexual?

—Todos los días —responde el Don.

—¿Se han alimentado bien?

—Sí. Una nutricionista especializada prepara el menú y mi chef personal cocina las comidas de Giulia.

—Bien, puedo examinarla, señora Morello?

—Estoy menstruando —respondo, un poco avergonzada.

—No se preocupe. Eso no interferirá con el examen —dice y aprieta un botón—. Ahora puede ir a cambiarse en la sala de al lado; mi secretaria llegará en segundos para asistirla.

Trago saliva y me levanto, haciendo lo que el médico me indicó. La secretaria me ayuda a colocar la bata hospitalaria, con la abertura hacia el frente. Tan pronto estoy lista, el médico realiza varios exámenes, observaciones y me coloca algunos aparatos que parecen un ecógrafo.

Dante está a mi lado, observando todo, y se nota la tensión del médico al darse cuenta de que está siendo vigilado por el mafioso.

Finalmente, después de media hora de evaluaciones, la secretaria me ayuda a vestirme y regreso a la sala contigua, donde ambos hombres me esperan.

—Antes que nada, quiero decir que no se preocupen. No hay nada malo con la señora Morello y nada impide que puedan tener hijos —comienza el doctor, siempre enfocado en mi marido—. Y sobre tener relaciones todos los días y no quedar embarazada, eso también es normal. La concepción no es un proceso exacto y varios factores pueden afectar la fertilización. En general, las recomendaciones que puedo darles ahora son llevar una dieta saludable, no fumar, reducir el consumo de alcohol y, sobre todo,

intentar no preocuparse, porque el estrés puede disminuir la fertilidad.

El médico me mira.

—También le indicaré nuevas pomadas y vitaminas, señora, para ayudar a la recuperación de su cuerpo.

—¿Algo más? —pregunta Dante, poniéndose de pie.

—Bueno —carraspea el doctor y baja la mirada—, sé que su vida sexual no es asunto mío, pero recomendaría que tengan relaciones cada dos días en el período fértil en lugar de todos los días. El cuerpo de la señora Morello está exhausto.

La comisura de los labios de mi marido se arquea en una sonrisa irónica y me extiende la mano para ayudarme a levantar de la silla.

—Tiene razón, doctor.

—¿Sí?

—Sí. Mi vida sexual no es asunto suyo y no le pago para que me diera su opinión. Si vuelves a decir semejante tontería, la próxima vez le haré tragar su lengua.

El doctor se sonroja y trata de decir algo, pero Dante ya me ha sacado de la clínica y vamos de regreso a casa.

—No creas que esto cambia algo, *baby* —dice Dante, y lo miro sin entender—. Seguiré metiéndote la verga en tu vaginita todos los días, estés agotada o no.

Bajo la mirada, avergonzada, segura de que mi marido no me dará paz hasta que quede embarazada.

CAPÍTULO 4

Dante Morello

Dante Morello

Aparco frente a la mansión de mis padres y respiro hondo. Giulia está enfadada, mirando por la ventana. Pongo la mano en su nuca y la obligo a mirarme.

—Pelear conmigo no te va a resolver nada.

—Déjame en paz —murmura, intentando secarse las lágrimas del rostro, pero estas siguen cayendo—. Prefiero quedarme callada a que me traten como un animal.

—*Baby…*

—Yo tampoco estoy feliz por no estar embarazada, ¿entiendes? Yo también quiero un bebé, porque al menos así me dejarías en paz y no me sentiría tan sola, ya que a ti no te importo.

Sus palabras me atraviesan y, por más rabia que me den, Giulia tiene motivos para sentirse así.

—Vamos a entrar. Arregla esa cara y sonríe durante la cena —ordeno saliendo del coche sin esperar respuesta.

Ayudo a mi esposa a bajar y en segundos estamos dentro de la mansión donde nací y pasé toda la infancia.

Mi madre nos recibe en la puerta y esboza una enorme sonrisa en cuanto ve a mi esposa.

Es impresionante ver que Giulia realmente se ganó la confianza de Francesca Morello, que nunca había mostrado agrado por ninguna mujer con la que nos involucramos antes.

La sonrisa de mi esposa también se ilumina al ver el rostro familiar de la ex primera dama de la mafia, y las dos se dirigen a la cocina.

Camino hasta la sala y mis hermanos ya están allí fumando puros mientras conversan con mi padre. Me saludan al llegar y me siento en el sofá buscando un rato de descanso.

—¡Maten a esos colombianos ya! Van a darnos problemas —comenta mi padre, demostrando que, aun retirado, sigue al tanto de lo que ocurre en la *Cosa Nostra*.

—Tengo todo bajo control —digo, agarrando un puro y empezando a fumar.

—En dos días los jefes estarán en el Galpón, listos para ser torturados —dice Matteo con una sonrisa malévola.

—¿Y el acuerdo con los irlandeses? —pregunto.

—Está casi cerrado —responde Vittorio.

—¿Cuándo viajan? —vuelve a preguntar mi padre.

—Hoy por la noche, después de cenar —respondo.

—¿Tu esposa se quedará con nosotros? —me pregunta.

—No, se quedará en mi casa, bajo la supervisión de mis empleados.

—Puede quedarse aquí si quiere. Hay espacio y a tu madre le encantaría tener compañía —insiste mi padre.

—Le permitiré que te visite, pero no dormirá fuera de mi casa —corto el tema.

Mi padre asiente y cambia de tema, relajando la postura y trayendo conversaciones más livianas.

Minutos después se oyen risas en la cocina; la más ruidosa es la de mi madre.

—Tu mujer hace milagros —bromea mi padre—. Solo un ángel como Giulia logra que Francesca se ría así.

Las dos mujeres llegan a la sala y mi madre anuncia que la cena está lista. Giulia baja la cabeza y no me mira. Su cabello rubio suelto le cubre parte del rostro, pero el vestido negro que lleva marca cada curva de su cuerpo. Levanta la mirada un instante para sonreír a mi padre y a mis hermanos, pero enseguida vuelve a mirar al suelo, esquivándome.

No soporto que me ignore. Cuanto antes entienda que yo pongo las reglas, más fácil será nuestro matrimonio. Por eso me levanto y me acerco a ella, agarrándole la cintura con firmeza y bajando la cabeza para susurrarle al oído.

—Ve a mi antiguo cuarto, espérame solo en ropa interior.

Me mira asustada; sus ojos suplican que no haga eso.

—Dante, por favor.

—Es una orden, *baby*.

—Tengo hambre.

—Te voy a dar de comer —digo, y la malicia en mi sonrisa deja claras mis intenciones.

—Dante, estamos en casa de tus padres. Me da vergüenza.

—No hay nada de malo en que un marido quiera acostarse con su esposa, Giulia. Todos aquí lo saben.

—Yo-yo… —tartamudea, pero la interrumpo.

—Eres mi mujer. Cumple con tu deber sin quejarte y prepárate porque voy a meterte la verga tan duro que aprenderás a no volver a ignorarme.

Aprieto su carne con más fuerza y la veo levantar la cabeza; todos ya se han sentado a la mesa. Mi madre nos mira con cierta reprobación, pero lo que haga yo con mi esposa no le importa a nadie más que a nosotros dos.

—¿Estás bien, querida? —pregunta Francesca.

—Déjalos en paz —responde mi padre, demostrando que sabe exactamente lo que vamos a hacer, incluso sin mirarnos.

Giulia se sonroja aún más, pero no me importa.

Mi madre abre y cierra la boca, desistiendo de discutir. Soy su hijo, pero también soy el Don, y ella no me confrontará.

—Ahora —le ordeno a mi esposa, y a pesar de su reticencia, Giulia baja la cabeza y hace lo que le ordeno, dirigiéndose al dormitorio.

Me sirvo un poco de whisky y llegan los camareros con la comida, colocando los platos en la mesa.

—Podemos esperar —me dice Matteo con un dejo de diversión en la voz.

—No esperen.

—Dejen en paz a su hermano —dice mi padre, dirigiéndose a nosotros solo como sus hijos y no como miembros de la mafia—. Quiere despedirse de su esposa.

Me bebí el líquido ámbar de un trago y salí del comedor sin preocuparme por escuchar más comentarios sobre mi vida.

Caminé hacia mi antigua habitación y agarré el picaporte de la puerta; la ansiedad me invadió al pensar en ver a mi esposa esperándome.

Abro la puerta y la habitación está bañada en una luz crepuscular, iluminada únicamente por la lámpara de noche.

Giulia está tumbada boca abajo sobre el colchón, vestida solo con una tanga, tal como le ordené.

Espectacular.

Esa pequeña pícara me vuelve loco y es la mujer más condenadamente ardiente que he visto en mi vida.

Es imposible no sonreír al acercarme a mi chica. Dulce, sumisa y deliciosa. Solo espera a que la use, a que haga con ella lo que quiera.

Ella no se mueve, y solo sus atentos ojos azules siguen mis movimientos. La expresión de su rostro cambia en cuanto me bajo la cremallera del pantalón y saco mi verga. Mi grueso y gran miembro se erecta, solo con verla.

—Estoy con la regla, Dante —susurra como si me importara.

—No me das asco, *baby*. Soy tu hombre y te tendré cuando quiera.

Digo esto y me coloco detrás de ella, dejando que mi verga roce la tela de su tanga. Me tumbo sobre ella y ronronea como una gatita juguetona, porque aunque esté menstruando y cansada, su cuerpo no niega que me desea.

Aparto la tela y la compresa higiénica y alineo la cabeza de mi miembro con su entrada, sintiendo cómo el líquido me moja.

Soy un mafioso y he matado a más hombres de los que puedo recordar. La sangre de mi propia esposa no me impedirá acostarme con ella.

Introduzco la punta de mi verga y ella gime, retorciéndose mientras su estrecha vagina me recibe. Entro lentamente, conteniendo la respiración hasta estar completamente dentro de ella, y gimotea en cuanto la lleno por completo.

—Qué vaginita tan apretada, *baby* —le susurro, besándole el cuello y comenzando a moverme lentamente de un lado a otro.

Ha pasado casi un mes desde que empezamos a tener sexo todos los días, pero su vaginita receptiva me aprieta como si fuera la primera vez. Aumento la velocidad de mis embestidas y empiezo a penetrarla con fuerza, dejando que el sonido de nuestros cuerpos chocando resuene en la habitación.

Yo estoy completamente vestido y ella solo lleva la tanga, tumbada boca abajo, totalmente entregada, y eso me excita muchísimo. Giulia muerde la sábana para no gemir demasiado fuerte, y yo muevo los dedos hacia su culo, introduciendo dos en su apretado ano sin pedir permiso.

—Oh, Dante… —gime ella, retorciéndose más contra mí.

Ella quiere más. A mi traviesa esposa le gusta que le meta los dedos en el culo.

—Hoy voy a meterte la verga en el culito, *baby*.

Está menstruando, no necesito eyacular dentro de su vagina.

Giulia jadea al oír mis palabras y mueve las caderas con más fuerza, lo que me anima a penetrarla con más intensidad.

—Pero primero voy a hacer que acabes, para que puedas relajarte y no te duela tanto. No quiero lastimarte —le digo, besándole el cuello, chupándola, lamiéndola y saboreándola.

Mi esposa huele a mujer y me vuelve loco. Cuando estoy cerca de ella, mis instintos animales se desatan y lo único que puedo pensar es en metérsela cada vez más fuerte.

Presiono con más fuerza. Introduzco los dedos con más presión.

—Tócate —le ordeno, y mi obediente gatita inmediatamente lleva dos dedos a su necesitado clítoris, dándose un placentero masaje mientras la penetro por delante y por detrás.

Me siento increíblemente satisfecho con esto, porque le enseñé absolutamente todo en la cama. Ella era virgen y yo, con mi experiencia, la moldeé para que hiciera el amor a mi manera, pero, más allá de eso, los instintos de la rubia de 18 años lo hicieron todo aún mejor y Giulia se convirtió en la perfección absoluta en la cama.

Ella aumenta la intensidad de sus movimientos. Yo intensifico el coito, embistiendo y penetrando sin piedad.

Me voy a divertir…

—Trágale la verga a tu hombre —ordeno, introduciendo mi miembro en ella y aumentando la presión de mis embestidas.

Ella gime, jadea, lloriquea, pero es cuando grita mi nombre y su cuerpo se convulsiona que me doy cuenta de que está teniendo un orgasmo.

Mi esposa se olvida de que estamos en casa de mis padres y gime fuerte, completamente entregada a mí.

Sonrío con satisfacción, y cuando veo que acaba de llegar al orgasmo, saco mi verga de su vagina y le doblo las piernas, dejándola a cuatro patas. Me apoyo sobre mis rodillas y la agarro por la cintura desde atrás, introduciendo mi glande hinchado en la entrada de su ano.

—Voy a metértela por detrás, preciosa.

Comienzo a entrar, pero las estrechas paredes de su pequeño culo me aprietan tanto que no puedo moverme.

—No, *baby*. Relájate. No voy a poder entrar así —digo suavemente, y decido tomar dos dedos para estimular yo mismo su sensible clítoris.

Ella intenta alejarse, por la sensibilidad de su lugar. Giulia acaba de tener un orgasmo y su pequeño bulto de nervios aún está inflamado, pero sabe que si continúo se sentirá mejor.

—Deja de pelear conmigo y abre más las piernas.

Giulia gimotea, pero me obedece, así que froto su clítoris erecto con presión, manteniendo un ritmo lento hasta que siento que su cuerpo se relaja.

—Muerde la almohada —ordeno, y ella, una vez más, hace lo que le digo.

Cuando me doy cuenta de que está más relajada, decido meterle la verga por el culo de una sola vez, hasta el fondo.

Giulia grita y llora de dolor, pero yo le acaricio el pelo para consolarla sin dejar de penetrarla.

—Shhh, cariño. El dolor pasará. Quédate quieta y pasará.

Veo lágrimas en su rostro, pero no dejo de penetrarla. Introduzco y retiro mi miembro lentamente para que se acostumbre, y como si hubiera sido hecha a mi medida, Giulia aprende a relajarse y se deja llevar, reemplazando su llanto con gemidos de placer.

El olor y el sonido del sexo están por todas partes; estoy rompiendo el culo de mi esposa (18 años menor que yo) mientras la veo abrirse de piernas para mí.

—¡Qué belleza!

Acelero mis embestidas hasta que entierro su cabeza en el colchón, subiéndome encima de ella como un macho devorando a su hembra.

Ella me recibe completamente, sin quejarse, y cuando amenaza con llorar, le ordeno que vuelva a morder la almohada, y Giulia obedece.

Mantuvimos ese ritmo frenético durante unos segundos más hasta que sentí la presión en mis testículos y el calor se apoderó de mi verga.

—Voy a eyacular en tu culo, *baby* —le advierto, derramando mi leche dentro de ella y escuchándola gritar conmigo.

La zorra está teniendo otro orgasmo.

Nuestros cuerpos se convulsionan al unísono, en un ritmo propio, demencial y demasiado intenso.

Solo cuando nuestra respiración se calma, salgo de ella y me doy cuenta del lío que hemos hecho y del desorden que hemos dejado en la habitación.

Giulia está tumbada boca abajo en el colchón, probablemente sensible y con dolor, así que la sujeto con mucho cuidado y la llevo al baño para que podamos ducharnos juntos.

—Vamos, *baby*, yo te cuidaré.

CAPÍTULO 5

Giulia Morello

Giulia Morello

Estoy exhausta. Dolida, sensible.

Sin embargo, estoy satisfecha. Y muy relajada.

Dante me toma en brazos y me enrosco en su cuello sin murmurar una palabra. Me lleva al baño, se quita la ropa y entra en

la ducha conmigo, lavándome con cuidado.

—¿Duele mucho? —me pregunta, enjabonando mi culo con su jabón perfumado.

Los padres de Dante mantuvieron los cuartos de todos sus hijos, incluso después de que se mudaran, y por eso todo aquí huele y me recuerda a mi marido.

—No —miento, sintiendo cómo mi culito late de dolor.

Él suelta el aire por la nariz sonriendo.

—Mientes mal, *baby*.

Muerdo mis labios para no sonreír, porque los pocos momentos en que mi marido es cariñoso conmigo son suficientes para hacer que me enamore de él.

No quería sentir nada por Dante. Me mantiene cautiva, me somete y deja más que claro que solo me quiere en la cama y para engendrar su heredero, pero es cuando me mira así o me regala una de sus sonrisas sinceras que la parte tonta e ingenua de mí se aferra a la esperanza de que algún día podríamos ser una pareja de verdad.

Con amor, compañerismo, amistad.

El Don enjabona mis tetas, mis brazos, y soy lo suficientemente atrevida como para arriesgarme a hacer lo mismo con él.

Mi marido tensa el cuerpo y duda los primeros segundos, pero pronto suspira y se entrega, dejándome tocarlo de esa forma también.

—Intentaré no lastimarte tanto la próxima vez —susurra, mirando mi cuerpo.

Sigo su mirada y veo que estoy llena de moretones y marcas por todas partes, como si Dante me hubiera marcado como su propiedad, grabando en mi cuerpo todo lo que hace conmigo.

—No importa, me gusta —digo, mirándolo a los ojos.

Dante me devuelve la mirada, y su mirada cruel denuncia lo peligroso que es, pero a pesar de todos sus defectos, es como si mi cuerpo nunca quisiera alejarse de él.

Enlazo mis brazos alrededor de su nuca y lo atraigo hacia mí, sin que lo espere. Es un gesto cariñoso y poco común entre nosotros, pero siento que lo necesito más que el aire que respiro.

Toco sus labios y trato de abrir su boca con mi lengua para besarlo, pero el Don aparta mis brazos y se aleja.

Se da la vuelta y entra al chorro de la ducha; en ese momento, su frialdad duele más que una bofetada. Mi marido me quiere solo para tener sexo y procrear, sin la menor intención de enamorarse de mí.

Me encojo y abrazo mi cuerpo, y el Don aún tiene los ojos cerrados bajo el agua cuando dice:

—Viajaré después de la cena.

—¿Cómo? —pregunto incrédula—. No me habías dicho nada.

—Te estoy avisando ahora.

—¿A dónde vas?

—No es asunto tuyo.

Suelto el aire, indignada.

—¿Y cuándo vuelves?

—En dos días, pero luego tengo algunos compromisos, así que no pasaré por casa.

—¿Compromisos? —Mi voz tiene rabia—. ¿Te vas a encontrar con otra mujer?

Dante abre los ojos de inmediato. Su furia es evidente. Da un paso hacia mí, obligándome a inclinar la cabeza para mirarlo.

—No seas celosa. Es una pérdida de tiempo —gruñe.

—Te vas a encontrar con otra mujer —confirmo.

—Mi paciencia se está acabando y si no me das un heredero pronto, voy a anular la mierda de nuestro matrimonio; y, sí, me encontraré con otras mujeres.

—Deberías haber ahorrado nuestro tiempo y escogido otra chica aquel día.

—Probablemente —responde con brusquedad, y me dan ganas de golpearlo—. Desde luego, ninguna otra me daría tantos problemas.

—No es por eso, Don. Si soy una esposa tan mala para ti, te dejaré libre para buscar a otra mujer que te guste. —Mi lengua afilada habla más que mi sentido común.

Enfrentar a mi Don así podría costarme la muerte, pero mi odio me dice que no tengo nada que perder.

Él inhala con furia y necesito contenerme para no estremecerme. No voy a ceder ahora.

—Mide tus palabras, Giulia. No soy un hombre tolerante con la insolencia. —Su tono es cruel—. Guarda tu energía para quedar embarazada en vez de desafiar a tu marido.

—Quizá no quiero llevar un hijo tuyo —replico, dejando que el dolor y la rabia hablen por mí.

—Vas a llevar todos mis hijos, Giulia. Soy tu hombre y me aseguraré de que así sea, te guste o no.

El Don pasa junto a mí y toma su toalla, enrollándola en la cintura. Sale del baño y me quedo sola en la ducha, luchando contra las lágrimas mientras lavo la sangre que, más que nunca, simboliza mi fracaso como su mujer.



Por suerte, Francesca Morello me había comprado varias prendas y había llenado el clóset de la habitación de Dante en su casa. Gracias a eso, no me costó nada encontrar otro vestido para ponerme después de ducharme.

El que llevaba antes estaba sobre la cama, y el sexo con mi marido, justo en medio de mi menstruación, había dejado un desastre mayor del que imaginaba, era imposible volver a usarlo. Así que, con el cabello mojado y la ropa completamente diferente, solo tuve que lidiar con la vergüenza de bajar las escaleras y encontrar a la familia Morello, consciente de que todos notarían de inmediato lo que Dante y yo hacíamos en la habitación. Claro que mis gritos no fueron discretos, pero preferí enfrentar un motivo de vergüenza a la vez.

Todos habían terminado de comer cuando Dante y yo llegamos al comedor, y mi rostro ardía tanto que miraba al suelo para no cruzar miradas con nadie.

Dante me lleva a mi lugar y se sienta a mi lado, pero no intercambiamos una sola palabra durante la cena. Él conversa con Matteo sobre algo relacionado con los hoteles de la Cosa Nostra, y Francesca es lo suficientemente amable para iniciar conversación conmigo como si nada hubiera pasado.

Cuando terminamos de comer, noto que el teléfono móvil de mi marido no deja de vibrar y, aunque Dante intenta ser discreto, veo el nombre Chiara en la pantalla. Mi estómago se revuelve y mis ojos se llenan de lágrimas.

—Con permiso, necesito ir al baño —digo, pero Dante me sujeta la silla.

—No. Ya nos vamos —responde con dureza. No puedo enfrentarlo delante de su familia, así que bajo la cabeza y espero hasta que salgamos de allí.

Contener las lágrimas es casi una tortura. Mis ojos arden y la garganta me quema, pero me esfuerzo por no mostrar nada a nadie.

Por suerte, no tardamos en irnos. Me despido de todos con una sonrisa y un gesto, como la esposa perfecta que fui criada para ser, pero al entrar al coche con mi marido, giro la cara sin preocuparme por disimular mi descontento.

—¡Dime de una vez! —gruñe, acelerando el coche y saliendo de la propiedad de sus padres.

—No tengo nada que decir —miento.

Él resopla, impaciente.

—No soy un hombre al que le guste jugar, Giulia. Si tienes algo que decir, dilo ahora o quítate esa cara de enfado.

Me giro hacia él y encuentro su mirada mortal, pero estoy tan enojada que no me importa.

—¿Quién es Chiara?

—Eso no es asunto tuyo. —Su tono es cortante, pero me río con sarcasmo.

—Entonces, un hombre puede llamarme por la noche sin parar, y eso tampoco será asunto tuyo.

Siento un tirón en la nuca; el Don me sostiene con una mano mientras con la otra maneja.

—Haz eso y lo mataré frente a ti.

—Mientras tanto, ni siquiera tengo derecho a saber quién te llama —escupo las palabras, liberándome de su agarre y volviendo la mirada a la ventana.

—Mírame —me ordena, pero lo ignoro—. Te dije que me miraras, Giulia.

Maldito sea, maldigo hasta mi décima generación por estar involucrada con la mafia. Daría todo por ser solo una chica normal y no la esposa sumisa del Don italiano.

Entonces, lo miro.

Sus ojos están vacíos, su mandíbula apretada. Y siento ganas de golpearme por encontrarlo tan atractivo a pesar de toda la rabia

que siento.

—Giulia, me estás haciendo perder la cabeza. —Inhala audiblemente—. Chiara trabaja para la Cosa Nostra y eso es todo lo que voy a decirte.

—¿Y tiene que llamarte constantemente? ¿Te encuentras con ella? ¿Qué tipo de "trabajo" hace? —Hago las comillas con la mano, furiosa.

—Ya te lo dije. Tener celos de mí es una pérdida de tiempo.

—No estoy celosa —miento, dejando que aparezca una media sonrisa en su rostro.

—Te pones sexy cuando estás nerviosa. Lástima que no tenga tiempo para meterte la verga de nuevo. —Se ríe, y me doy cuenta de que ya llegamos a nuestra propiedad.

Cuando Dante aparca, intento abrir la puerta, pero él bloquea todo y no me deja salir.

—Giulia, mírame.

Suspiro, pero estoy tan cansada que esta vez obedezco sin protestar. Ahora sostiene mi nuca con ambas manos, enredando mis cabellos con cariño.

—Soy mafioso, cruel y asesino, pero no te he traicionado, *baby*.

Me muerdo el labio porque sus palabras me impactan tanto que siento ganas de llorar. La combinación del síndrome premenstrual, los celos y la ira en una misma persona puede ser devastadora.

Me atrae hacia él y quiero más de su cercanía. Mi marido puede ser frío y calculador, pero desde niña me enseñaron a amarlo, así que es difícil negar cualquier migaja de cariño que me ofrece.

Su cabeza se inclina hacia mí y cierro los ojos esperando un beso, pero siento su nariz rozando mi cuello.

—Extrañaré tu olor —dice, aspirando mi perfume como un animal olfateando su presa—. Tu sabor. —Me lame y me chupa el

cuello, provocándome escalofríos—. Y tu dulce vulvita.

Siento mi entrepierna arder, pero el Don no prolonga el contacto. Se aparta y me sonríe con ese gesto travieso.

—Nos vemos pronto, *baby*. Compórtate.

—¿Me quedo sola? —Me cae la ficha.

—Puedes visitar a mis padres si quieres, pero prefiero que duermas en casa, donde tengo más control sobre todo.

—¿Puedo visitar a Sofía?

—Giulia…

—Por favor, Dante. Soy tu esposa, no tu prisionera.

Él suspira, cansado.

—Lo pensaré. —Desbloquea las puertas—. Avísame si necesitas algo.

Intento salir del coche, pero me jala una vez más.

—Y ni se te ocurra comportarte como una chica rebelde, *baby*, porque estaré observándote. Habrá soldados por todas partes para protegerte y vigilarte.

Sonrío. Si quiere jugar con mi mente, entraré en su juego.

—Espero que de verdad me estés vigilando, Don... Pon cámaras para verme y empleados para escucharme, y seguro descubrirás que me toco cada noche para darme placer.

—Giulia... —Sus pupilas se dilatan.

—Gemiré tan fuerte que tus soldados se sentirán incómodos.

—Mataré a cualquiera que te escuche masturbarte —advierte.

—Estaré pensando en ti, marido —digo, con la voz más sexy que puedo—, pero no puedes impedirme acabar. Ni puedes impedir que tus soldados me oigan —provoco.

—No juegues conmigo.

Me agarra con fuerza, y esta vez, cuando su teléfono móvil vibra con el nombre Chiara en la pantalla, finjo que no me importa.

Dante rechaza la llamada y maldice, y aprovecho para liberarme de su agarre, sonriendo con toda la malicia que puedo.

—Buen viaje, Don.

Salgo del coche y me muevo provocativa, decidida a olvidar mi corazón herido y reemplazar mi versión insegura por una mujer audaz, que jugará con la mente del hombre más poderoso de Italia.

Si voy a seguir casada con él, necesito aprender a sobrevivir. Y si no puedo hacerlo enamorarse de mí, tal vez sea yo quien deba blindar mi corazón y dejar de amarlo.

CAPÍTULO 6

Dante Morello

Dante Morello

—¿Qué te pasa? —pregunta Matteo en cuanto llegamos a la isla—. No dejas de mirar el teléfono móvil.

—Solo estoy revisando las cámaras de casa —susurro, guardando el aparato en el bolsillo.

La rubia descarada a la que llamo mi esposa se aseguró de lanzarme una bomba a la cabeza antes del viaje, y ahora todo lo que pienso es que será lo suficientemente loca para tocarse y gemir fuerte mientras tiene un orgasmo, haciendo que cada maldito soldado mío escuche sus gritos.

Gritos que son míos. Solo míos.

Y su provocación despertó una posesividad tan insana dentro mío que, antes de viajar, retiré a todos los soldados responsables de vigilar el interior de la casa y los reubiqué solo en los lugares donde no podrían escuchar los gritos de mi mujer.

—¿No pusiste soldados allí?

Suspiro, cansado.

—Me pareció mejor no hacerlo.

La sonrisa satisfecha que me lanza Matteo me dan ganas de golpearlo.

—¿Don Dante Morello está celoso de su esposa? He vivido para ver este día —se burla.

La mirada mortal que le lanzo hace que Matteo se calle, y por suerte Vittorio cambia de tema hablando sobre el acuerdo que los irlandeses quieren hacer con nosotros.

Necesitan nuestra ayuda para eliminar a la mafia francesa, que no deja de interferir en sus negocios. Y aunque normalmente no me involucro en las mierdas ajenas, los irlandeses están ofreciendo algunos Estados de su territorio para que podamos comercializar nuestras mercancías.

Aún no hay nada cerrado entre nosotros, pero confieso que tengo curiosidad por escuchar la propuesta que tienen para nosotros.

—Tenemos que revisar a las bailarinas del club antes de dormir. Los irlandeses seguro querrán conocer a nuestras mujeres —afirma Vittorio, y asiento con la cabeza.

—Chiara no dejó de llamarme durante la cena. —Suspiro, cansado—. Me trajo problemas con mi mujer.

Chiara es una de las bailarinas vinculadas a los negocios de la Cosa Nostra. Una que antes calentaba mi cama, antes de casarme con Giulia, pero aun sabiendo que no hay posibilidad de volver a relacionarme con ella, la pelirroja de ojos verdes siempre inventa una excusa para llamarme o hablar conmigo.

—No te deja en paz —dice Matteo, con una sonrisa en el rostro.

—Está perdiendo el tiempo y si sigue molestándome o provocando problemas con mi mujer, perderá el empleo o la vida.

—Entonces, vamos a resolver esto rápido —dice Vittorio, y nos dirigimos al club de la isla, donde probablemente la pelirroja nos espera.

Llegamos al lugar y está lleno, aunque sea una isla lejana de Italia. Es el lugar perfecto para que los millonarios hagan sus mierdas sin ser descubiertos, porque el secreto es primordial en nuestros clubes. Incluso los empleados deben firmar un contrato garantizando confidencialidad.

La música sensual suena alta, la luz es tenue y las mujeres desfilan con lencería provocativa mientras bailan o atienden a nuestros clientes en las mesas.

—Esto es el paraíso —exclama Matteo, escudriñando el lugar con mirada de depredador.

Hace unas semanas probablemente haría lo mismo, pero ahora mi actitud se limita a tomar el teléfono móvil una vez más y verificar si Giulia ya está en la cama.

No lo está.

Mi esposa está en la sala viendo televisión, boca abajo, vestida solo con una minúscula lencería.

La hija de puta quiere volverme loco.

—¡Maldita sea! —murmuro, apretando su número de inmediato, sin importarme ninguna otra mujer que me observe con segundas intenciones.

Giulia tarda un poco en contestar, y tengo ganas de volver a casa y nalguear su culo hasta que aprenda a no jugar conmigo.

Matteo y Vittorio me miran con una interrogación en la frente.

—Vayan. —Séñalo con la cabeza hacia la sala VIP del club—. En un rato me encuentro con ustedes.

Los dos se marchan sin preguntar, y finalmente escucho la voz de mi esposa al otro lado.

—¿Hola?

—¿Qué mierda crees que estás haciendo, Giulia?

—No sé de qué hablas —murmura, haciendo que mi sangre hierva.

—Ve a tu cuarto ahora mismo y ponte algo decente. Hay soldados alrededor de la casa.

—Estoy en mi casa, debería poder decidir qué ponerme y cuándo ponérmelo.

—Giulia... —Suspiro profundamente, buscando paciencia—. Es una orden. Ve a tu cuarto antes de que tenga que disparar a alguno de mis hombres por verte así.

—La película no ha terminado —se queja.

—Hay televisión en tu cuarto.

—Pero hasta que arregle todo, tomará tiempo, y está en la mejor parte… —susurra—*. El mafioso está chupando las partes íntimas de la chica que secuestró.*

Su voz sexy envía un choque eléctrico directo a mi verga, y gruño.

—Giulia, no juegues conmigo. Voy a matar a alguien si te ve así.

—Don, estoy tan mojada. La forma en que lo está haciendo me está volviendo loca.

—¡Maldita sea, *baby*!

La frustración es clara en mi voz, y me arrepiento amargamente de haber venido temprano para negociar con los irlandeses. Podría estar en casa ahora mismo, metiendo mi verga en la vaginita apretada de mi esposa.

—Estoy acostumbrada a acabar todos los días, Don. Necesito alivio. Quiero tocarme.

—No —gruño—. Ya acabaste hoy.

—Por favor…

—No discutas conmigo.

—Pero voy a acabar pensando en ti. En mi mafioso —dice pausadamente, y mando el sentido común al carajo, apretando mi verga por encima del pantalón.

Está dura como una piedra, palpitando por ella.

Suspiro hondo y guardo silencio, intentando recomponerme. La imagen de Giulia en lencería en mi casa me vuelve loco, y esta chica de dieciocho años está robándome la cordura. Pero antes de que diga algo más, Chiara aparece frente a mí usando solo una tanga roja de encaje y con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—No me contestaste, Don. Pensé que no vendrías a verme hoy. Te extrañé —me provoca la pelirroja, pero a pesar de su belleza, es como si mi interés por ella hubiera muerto completamente. Ya no me atrae.

Ni siquiera tengo oportunidad de decirle que tiene prohibido llamarme, porque escucho un suspiro furioso al otro lado y me doy cuenta de que mi esposa escuchó cada palabra que Chiara dijo.

—No puedo creer que confié en ti, Dante —reprocha Giulia por teléfono, claramente herida.

—Baby…

—Diviértete con tus putas. Espero que me dejes en paz.

Mi esposa cuelga en mi cara, y tengo ganas de romper el teléfono de tanta rabia. Cuento hasta diez para calmarme, pero al ver que Chiara aún está frente a mí, mi paciencia se agota.

Tomo a la chica del brazo y la arrastro hasta un rincón apartado, dispuesto a dejar mi mensaje claro. La pongo contra la pared, y ella me mira con miedo y excitación en los ojos.

—Solo te lo advertiré una vez. Si necesito repetirlo, no seré tan bueno —gruño, con mi furia emanando de cada poro—. No quiero verte ni pintada de oro. Si sigues molestándome o fastidiándome, voy a meter mi arma en tu boca y volarte el cráneo.

Los ojos de Chiara se llenan de lágrimas, pero me importa un carajo. La suelto de inmediato y ajusto mi traje, caminando hacia la sala VIP mientras busco a Giulia por las cámaras de la casa.

No está en la sala. Ni en la cocina. Y cuando busco en la cámara de su cuarto, la imagen está negra.

La terca chica descubrió la cámara y puso algún pedazo de tela para tapar la lente.

—¡Maldita sea! —gruño, marcando su número nuevamente. La llamada suena hasta ir al buzón de voz, y mi esposa no contesta.

Envio un mensaje:

¡Atiéndeme ahora!

Pero nuevamente me ignora.

Pienso en mandar a uno de mis soldados a verla, pero recuerdo que la descarada debe estar en lencería y no puedo arriesgarme a que un hombre vea el cuerpo de mi esposa.

Llego a la sala VIP, enfurecido como un animal salvaje que acaba de ser desafiado, y mis hermanos lo notan en cuanto me miran.

—Acabemos con esta mierda de una vez —escupo las palabras, mirando a las bailarinas desnudas que desfilan ante ellos.

Ellos revisan sus cuerpos, asegurándose de que sean lo suficientemente atractivas para los irlandeses, pero todo lo que pienso es en la pequeña tentación que lleva mi apellido.

Matteo y Vittorio permanecen enfocados en el trabajo, sin comentar nada sobre mi ira. Aunque tenemos confianza, saben reconocer cuando no estoy para bromas.

Y ahora mi paciencia es tan corta que no dudaría en dispararle a cualquiera que ose decir algo que me desagrade.

Seleccionamos a las mejores mujeres y damos las instrucciones para la noche siguiente. Una vez que todo está listo, dejo a Vittorio con los últimos detalles de las bailarinas y salgo del club.

Marco el número de Giulia una, dos, tres veces y nada. Veo a Matteo salir de la sala VIP de la mano de una de las bailarinas, y sé que mi hermano probablemente pasará la noche entre sus piernas.

Gruño de frustración, porque no tengo idea de lo que mi esposa está haciendo, y no dudo que haga algo para desagradarme por lo que escuchó de Chiara.

Solo no maté a la pelirroja en el club porque ese trato era normal entre nosotros y no me vio después del matrimonio, pero la rabia por su descuido hace hervir mi sangre, y debo controlarme para no volver allí y terminar mi trabajo.

¡Quita la tela de la cámara! ¡Ahora mismo! ¡O te arrepentirás!

Envio otro mensaje, pero Giulia está decidida a ignorarme, así que después de innumerables intentos fallidos, arrojo el teléfono contra la pared y lo veo hacerse añicos.

—¡Maldición!

Si mi presencia no fuera tan indispensable en la reunión con los irlandeses, tomaría mi jet ahora mismo y volaría de regreso a casa, solo para meterle la verga a mi insolente mujer y dejarla tan castigada que nunca más me desafiaría.

Pero los negocios están primero. No puedo descuidar la Cosa Nostra por un capricho o la rebeldía de mi esposa.

Solo por eso decido esperar.

Entro al cuarto del hotel, voy directo a la ducha y pongo el agua fría para bajar la temperatura de mi cuerpo mientras me toco, imaginando todo lo que quiero hacer con mi esposa cuando llegue a casa.

Giulia aprenderá que no se juega con el Don italiano sin recibir su castigo al final.

CAPÍTULO 7

Giulia Morello

Giulia Morello

—Dios mío, hoy estoy agotada. —Suspiro mientras salgo de la biblioteca junto a Sofía. Pasamos la tarde trabajando, pero me fue imposible concentrarme después de lo que ocurrió ayer.

La rabia me invadió en cuanto escuché la voz de otra mujer en el teléfono del Don, e inmediatamente relacioné todo con esa tal

Chiara que no dejaba de llamar a mi marido durante la cena. Pero después de colgarle en la cara, tuve la certeza de que Dante no se fue a la cama con ella.

El Don pasó las horas siguientes llamándome y enviándome mensajes constantemente, queriendo saber qué estaba haciendo. Así que sería prácticamente imposible tener el teléfono encima todo el tiempo y prestar atención a la otra mujer en la cama.

Sin embargo, aun ignorando sus intentos de contacto y tapando la cámara "escondida" en mi cuarto, no logré pegar ojo en toda la noche. Estoy agotada de todo esto, de mi vida, de esta prisión.

Sé que no puedo negar mi cuerpo a mi marido y debo ser una esposa sumisa, ya que estoy casada con el jefe de la mafia italiana. Pero si él piensa que puede tratarme como un objeto que usa cuando y como quiera, entonces voy a volverlo loco.

Soy su esposa y amo someterme a él en la cama, pero no voy a aceptar ser humillada con una traición. Muchas mujeres se conforman con la infidelidad de sus maridos, pero ese no es mi caso.

Y cada día que pasa entiendo que necesito matar el sentimiento que él despierta en mí, porque amar a alguien como él es suplicarle al sufrimiento.

Salgo de la biblioteca tomada del brazo de mi amiga y, de inmediato, uno de sus guardaespaldas disfrazado de estudiante se acerca, extendiéndome el teléfono.

—El jefe quiere hablar contigo.

—Ahora no. Estoy ocupada —miento, dándole la espalda a su soldado y caminando hacia el baño.

Él se planta frente a mí y bloquea mi paso.

—Contesta. Es una orden.

—Tú no me mandas —gruño. Hay ira en sus ojos, pero no dice nada—. Soy esposa de tu jefe y dudo que le guste saber que me estás molestando.

Retrocede y me alejo entrando al baño con Sofía. Ya le había contado un poco de lo que pasó anoche, pero cuando llegamos al baño, estoy tan enfadada que descargo toda mi frustración sobre mi amiga.

—Pídele permiso para que te quedes a dormir en mi casa hoy.

Suelto una carcajada.

—No lo permitirá. Nunca lo permitirá.

—Entonces ven escondida.

Sacudo la cabeza y miro a los lados, solo para asegurarme de que estamos solas en el baño.

—Amiga, ¿te olvidaste de quién es mi marido? Si hago algo sin su permiso, me arranca la cabeza. Y si termino en tu casa, también arranca la tuya.

Sofía aprieta los labios y suspira, reconociendo que tengo razón.

—Nunca fui libre, ¿sabes? Desde pequeña me entrenaron solo para ser su esposa, su sombra. Nunca pude elegir lo que realmente quería hacer, porque debía dedicarme a lo que él necesitaba que su esposa fuera.

—Lamento eso, amiga.

—Yo también. —Suspiro, mirando mi reflejo en el espejo.

Mi cabello rubio, largo y liso; los ojos azules; los labios rosados y la nariz delicada… incluso en apariencia debía ser perfecta para ser elegida por él.

Sofía y yo permanecemos en silencio hasta que una chica de la universidad entra al baño mirándonos como si quisiera decirnos algo. Entra a una de las cabinas y cierra la puerta, pero no pasan ni diez segundos y sale acercándose a mí.

—Giulia, no sé si sabes quién soy, pero sé quién eres tú. Y sé quién es tu marido —habla en un tono muy bajo, mirando a los lados para asegurarse de que nadie más nos escucha—. Soy parte del movimiento feminista y creo que las mujeres no debemos

someternos a la traición de los hombres, mucho menos en tu caso, con todo lo que está circulando en internet.

Frunzo el ceño ante sus palabras.

—¿En internet?

—Sí —dice como si fuera obvio—. Las fotos de tu marido con la pelirroja en el club, en el rincón oscuro, agarrándola —me explica.

Siento como si la sangre se me saliera del cuerpo.

—C-como es eso —tartamudeo.

En lugar de responderme, la chica extiende su teléfono móvil y me muestra la prueba.

Dante lleva la misma ropa que ayer, en lo que parece un club, sujetando a una pelirroja contra la pared en un rincón. No puedo ver bien su rostro, pero la mirada sensual de la mujer deja claro de qué estaban hablando.

Y probablemente lo que estaban a punto de hacer.

Chiara.

Mi estómago se revuelve con la certeza de que es ella.

—¿No lo sabías? —Hay culpa en su voz—. Lamento mucho todo esto, pero creo que nosotras, las mujeres, merecemos más.

Quedo en shock, sin saber qué decir. Mis ojos se llenan de lágrimas, pero me contengo. Simplemente agradezco a la chica, y ella se va dejándome sola con Sofía en el baño.

—Amiga… —Sofía se acerca, pero no quiero un abrazo.

En realidad sé exactamente lo que quiero. Mientras la imagen de mi marido agarrado a otra mujer resuena en mi mente, entiendo que Dante ha ido demasiado lejos.

—Sofía, ¿recuerdas que te conté que en uno de los clubes de Dante solo se puede entrar con máscara?

—Sí. Escuchaste la conversación con Matteo y me lo contaste.

—Exacto. —La miro fijamente—. Consigue dos máscaras para nosotras, porque hoy vamos a ese club. Voy a ser una mujer normal y a hacer lo que quiero por primera vez.

Los ojos de mi amiga se abren de par en par.

—Giulia, Dante te va a matar cuando lo sepa.

—Que me mate —digo, secando las lágrimas tercas que caen por mi rostro—. Porque si voy a vivir esta vida con él, quizá morir sea una buena opción.

Soy la esposa rechazada del mafioso y mi único papel para él es engendrar a su heredero. Él me mira como un depredador a su presa y me posee como un macho salvaje. Sin amor, sin compañía de marido y mujer. Yo era virgen, pero ahora soy su propiedad.

Pero estoy cansada de eso.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Iré a tu casa. Y tú le pedirás a tu prima que nos lleve. Dijiste que ella tiene problemas económicos y voy a pagarle mucho dinero.

—Giulia, ella no desafiará al Don. Nadie quiere enfrentar a la mafia. Es como suicidarse.

—Por eso no sabrá que soy yo. Estaré con máscara y le dirás que soy otra persona. —Suspiro, mirándola—. Hazlo, por favor, necesito tu ayuda.

—¿Y cómo harás para que tu marido te deje dormir fuera de casa?

—Eso lo soluciono yo. Tú cuida tu parte y yo la mía.

—Amiga, si el Don italiano permite que duermas en mi casa, pondrá soldados en toda la manzana para vigilarnos.

—Por eso iremos al club en el maletero de tu prima. Le dirás que mis padres son muy controladores y no me dejan salir, así que tenemos que ir sin levantar sospechas, por si pasan por tu casa cuando vayamos a la fiesta —explico, pensando que mi situación es casi así, pero en realidad es mi marido quien me controla y domina.

Sofía sacude la cabeza, confundida.

—Es muy arriesgado. Todo puede salir mal.

—Es mi única oportunidad de ser libre, al menos una vez. —Me acerco, apoyando las manos en sus hombros—. Por favor, ¿puedo contar contigo?

—¿Y si tu marido me mata? —bromea, aunque sabemos que es posible.

—Entonces iremos juntas al cielo.

—O al infierno —responde, abrazándome—, pero puedes contar conmigo. Te ayudaré.

Respiro aliviada, dejando que la adrenalina recorra mi cuerpo, mientras pienso que, por primera vez, seré una chica mala.

Y si el Don cree que solo él tiene derecho a divertirse, voy a demostrarle que está muy equivocado.

CAPÍTULO 8

Giulia Morello

Giulia Morello

Llego de la universidad y noto que hay algo diferente en cuanto piso mi cuarto. Soy una persona muy detallista y presto atención a las mínimas cosas, así que me doy cuenta de que mi mesita de noche fue arrastrada y está unos centímetros fuera de

lugar. La televisión en el panel de la pared también está más inclinada y el colchón de mi cama parece distinto.

Exhalo, incrédula pero no sorprendida. Dante ha ordenado que instalaran más cámaras para vigilarme.

Bueno, tendré que ser más cautelosa.

Entro al clóset para pensar en la ropa que voy a usar en el club y mi teléfono móvil vibra al instante.

Dante: ***Giulia, ya he sido demasiado paciente. Estoy enviando diez soldados a la casa de tus padres en este momento. Si no me llamas en un minuto, ordenaré que los maten a sangre fría por tu desobediencia.***

Mi corazón se acelera al leer sus palabras, y enseguida mi marido me envía otro mensaje.

¡Date prisa, que están cerca! ¡No digas que no te lo advertí!

Tengo ganas de gritar de frustración, porque aunque mis padres no hayan sido los mejores del mundo y me hayan criado solo para seguir reglas, aún son mis padres.

Mis ojos se llenan de lágrimas y mi garganta se cierra al imaginar que podrían ser asesinados por mi propio marido. Así que decido tragar mi orgullo y poner mi plan en marcha antes de lo esperado.

Llamo a Dante. Contesta al primer tono. El Don inhala audiblemente.

—Giulia, deja de poner a prueba mi paciencia, porque pronto me cansaré de este juego y no te gustará.

—¿Estoy poniendo a prueba tu paciencia? —digo con una risa amarga—. Pensé que estabas ocupado con otras cosas en lugar de preocuparte por lo que hago o dejo de hacer.

—Giulia… —Su voz suena como advertencia—. *Eres mi mujer y me debes respeto.*

—No uses esa boca para llamarme así. Ya vi las fotos. Yo y toda Italia —vocifero.

—Baby…

—Fui muy tonta, ¿sabes? Mientras yo estaba encerrada en nuestra casa, tú estabas ocupado acostándote con otra mujer.

—Giulia, necesitamos hablar.

—Habla con Chiara, Don. Seguro que le encantará escucharte.

Tomo un bolso del clóset y empiezo a meter varias prendas, incluyendo un vestido dorado que planeo usar esta noche, pero con cuidado lo coloco entre un vestido largo de punto para que Dante no descubra mis intenciones. Después de todo, sé que me está viendo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dice, dejando claro que estoy en lo cierto. Aquí también hay cámaras.

—¡Estoy harta de esta vida! ¡De ser tu prisionera! —grito por teléfono, sin dejar de preparar mi bolso—. Y para empeorar todo, incluso me enamoré de ti. Sí, Don, aunque no me quieras y me uses como si fuera solo tu objeto, fui criada para amarte y alimenté este sentimiento con cada maldita migaja que me diste el último mes.

Dante guarda silencio unos segundos, pero, aunque todo este drama forma parte de mi plan, estoy realmente herida y dejo que mis palabras lo reflejen.

—Estoy ocupado ahora. Hablaremos cuando llegue a casa. Ahora deshaz ese bolso, porque no vas a ningún lado.

—¡No quiero quedarme atrapada en esta casa!

Él suspira.

—Entonces ve a la casa de mis padres. Quédate allí hasta que vuelva.

—No, Dante. Estoy dolida y no quiero quedarme en casa de tus padres. Quiero ir a casa de mi amiga, como haría cualquier chica normal en mi situación.

—Baby, no compliques las cosas. Nunca serás una chica normal. Eres la mujer del jefe de la mafia italiana.

Cierro mi bolso y salgo del clóset rumbo al baño para tomar mis artículos de higiene personal.

—Tengo derecho a dormir en casa de mi amiga. Al menos un día. ¡Tú me traicionaste, maldita sea! Deberías tener un mínimo de compasión —escupo las palabras.

El Don suelta algunas maldiciones al otro lado y yo me quedo quieta, guardando mi neceser y mis productos de baño en la mochila.

—Un día, Giulia. Dormirás en casa de tu amiga solo un día —dice pausadamente—. *Y si intentas aprovecharte para hacer alguna travesura, te castigaré y suplicarás misericordia, pero no te la daré.*

Contengo un suspiro y evito sonreír, porque apenas puedo creer que mi plan funcionó. No temo por las amenazas de Dante; sufrir por sus traiciones y su indiferencia duele más que cualquier castigo que pueda darme.

—Gracias —susurro.

—Avisaré a mis soldados —dice y cuelga en mi cara, pero no me importa, porque le envío un mensaje a Sofía diciéndole que en cinco minutos estaré en su casa.



He gastado una buena cantidad de dinero para que la prima de Sofía aceptara llevarnos al club, porque al final mi amiga había confesado quién era yo y la chica se había negado a llevarme.

Sin embargo, ella está desempleada y necesita mantener a su hijo, así que cedió a cambio de unos cientos de euros que el mafioso me entrega todas las semanas.

Por suerte, los soldados de mi marido ni sospecharon que salimos de casa, porque dejamos la televisión del cuarto de mi amiga encendida y colocamos almohadas bajo las cobijas para simular que había alguien, en caso de que intentaran espiarnos.

La prima de Sofía se detiene a dos cuadras del club, en una calle oscura, y nosotras salimos del maletero ajustando nuestros vestidos y máscaras. Caminamos hasta el establecimiento de lujo de mi marido y me siento tan libre que no dejo de sonreír.

Mi vestido es un strapless de lentejuelas doradas muy corto, y Sofía me consiguió una máscara que hacía juego. Mi cabello suelto cae en ondas por debajo de la cintura y los tacones finos me dan un aire aún más elegante.

—Pareces el sol de lo radiante que estás. —Sonríe mi amiga, también impecable. Su vestimenta es un enterizo negro elegante—. Si morimos hoy, al menos habremos disfrutado la vida.

Abrazo a mi amiga y pronto estamos en la puerta del club, donde un guardia nos analiza de pies a cabeza.

—¿Te conozco? —pregunta señalándome.

Niego con la cabeza, temerosa de que reconozca mi voz. Todos en la ciudad saben quién soy; nuestro matrimonio fue noticia en toda Italia, ya que Dante, además de mafioso, es uno de los CEOs más importantes del país.

—Ella es muda —dice Sofía apresurándose, y el guardia duda un momento, pero pagamos nuestras entradas y nos deja pasar.

Entramos al club y casi nos quedamos paralizadas al notar la sensualidad que emana del lugar. Luces bajas, música sexy y caños

de pole dance por todas partes, donde las bailarinas solo con lencería muestran sus cuerpos y coreografías.

Hay un piso superior que deduzco que es la zona VIP, lleno de hombres de traje bebiendo whisky caro y disfrutando la "vista" del club. Todos usan máscaras, pero se nota que son personas adineradas, con influencia y poder.

Me invade un mal presentimiento, porque Dante solo viene a casa para acostarse conmigo y pasa todo su tiempo libre en sitios como este, probablemente siendo uno de esos hombres de ahí arriba. Mientras tanto, yo no pude asistir a la escuela como las demás chicas y he vivido aprisionada desde que tengo memoria.

Hoy, sin embargo, es mi día de cambiar eso.

Sofía me lleva al bar y pide dos tragos para nosotras. Tomo un sorbo del líquido azul y hago una mueca; nunca antes había bebido alcohol, pero hoy es un día diferente y solo quiero disfrutar mi experiencia.

Nos dirigimos a la pista de baile y nos movemos al ritmo sensual de la música. Levanto los brazos y cierro los ojos, disfrutando de la música, del trago fuerte y de un poco de libertad.

Nos reímos y bailamos varias canciones, bebiendo más tragos. Siento mi cabeza ligera por el efecto del alcohol.

—Amiga, ese hombre no deja de mirarte —Sofi susurra señalando la zona VIP, donde un moreno con máscara fija su mirada en mí.

Mi cuerpo se encoge por el miedo a ser descubierta, pero recuerdo las fotos de Dante con Chiara y decido cambiar mi actitud. Además, estoy tan ebria que le sonrío, aun sabiendo que eso me costaría la vida si el Don se enterara.

El hombre con máscara me devuelve la sonrisa y Sofía, igual de ebria, suelta un gritito emocionado.

—Si fueras loca, deberías bailar en el pole dance para que te vea —dice entre risas—. Sería una forma de desquitarte de la

humillación que tu marido te hizo pasar.

La miro sorprendida, pero pronto sonrío con determinación.

—Hoy estoy un poco loca —digo, separándome de ella y acercándome al caño de pole dance en medio del club. Es el más alto y llamativo.

Es justo lo que necesito.

Agarro el caño y cierro los ojos, recordando que la última vez que bailé así fue hace dos meses, cuando el Don me eligió como su esposa.

Maldigo aquel día que arrancó mi libertad. Maldigo a mis padres por haberme llevado hasta allí. Maldigo a mis suegros por insistir en que pasara a la segunda fase, pero, sobre todo, maldigo al hombre que, aun hiriéndome, todavía ocupa un lugar especial en mi corazón. Tras maldecir mentalmente a todos los que me causaron dolor, comienza a sonar la canción "Paro", de Nej, y me entrego al baile con alegría y sensualidad.

Y a pesar de todo mi dolor y mis problemas, con los ojos cerrados, no me siento la mujer del hombre más poderoso de Italia. Ahora soy solo una joven de 18 años bailando libre, como jamás se me permitió ser.

CAPÍTULO 9

Dante Morello

Dante Morello

Mis dedos tamborilean sobre la mesa, delatando mi impaciencia. El abogado de los irlandeses explica su propuesta, pero mi mente está lejos, pensando en mi descarada mujer, que está durmiendo fuera de casa.

Solo le di permiso porque vi que estaba dolida y no quiero que se sienta como una prisionera. Me debe obediencia y sumisión, pero quiero que la madre de mis hijos sea feliz a mi lado.

Entiendo sus razones para enfadarse por lo que escuchó de Chiara y también por las fotos que circularon en internet, pero ya ordené eliminar a cada uno que estuvo involucrado en esa mierda, y la pelirroja fue despedida bajo amenaza de muerte si vuelve a cruzarse en mi camino.

Matteo y Vittorio están a mi lado, impasibles, concentrados en lo que el hombre dice.

Un movimiento llama mi atención y veo que es el teléfono móvil de Matteo, que murmura un insulto al leer algo en la pantalla.

Extiendo la mano hacia él y suspira.

—No te va a gustar —dice entregándome el aparato.

Miro el teléfono móvil y veo que un guardia de uno de nuestros clubes acaba de enviar una foto de una rubia con máscara, acompañada de una morena de la misma edad.

¿Ella es la esposa del Don?

La rubia es tan hermosa que en la foto se nota que todos los hombres del club la miran, deseando llamar su atención.

Reconozco a Giulia de inmediato, pues fui yo quien eligió ese vestido dorado cuando la estilista montó el clóset de mi esposa.

—¡Maldita sea! —grito, levantándome de la mesa y viendo al abogado de los irlandeses mirarme con los ojos abiertos—. Terminarán esto entre ustedes. —Señalo a mis hermanos y salgo de la sala sintiendo cómo cada gota de mi sangre arde de rabia.

Ninguno de los dos me cuestiona y en ese momento me importa un carajo lo de los irlandeses; todo lo que pienso es que necesito sacar a mi esposa del medio de un grupo de hombres.

¡Puta madre!

Giulia ha cruzado todos los límites y va a pagar por ello.

Le envío un mensaje al piloto para que prepare el jet de inmediato. En pocos minutos estoy sobrevolando Italia y pensando en la mierda que hice de mi vida al elegir a Giulia como mi esposa. Estoy seguro de que ninguna otra me daría tanto trabajo y disgusto.

Llego al aeropuerto y un coche blindado ya me espera. Otros cinco coches con soldados nos acompañan y el conductor acelera mientras preparo dos armas y las coloco en el cinturón. En ese momento podría causar una masacre en mi propio club solo para matar a cada maldito hombre que se atrevió a mirar a mi mujer.

El coche apenas se detiene frente al club y salto con las dos pistolas en la mano, sin preocuparme por ser discreto. Unos cuarenta soldados de la mafia están detrás mío, armados hasta los dientes, listos para matar a cualquiera que yo indique.

Los guardias y la gente de la fila bajan la cabeza y abren espacio al vernos.

—¿Dónde está ella? —pregunto al guardia que envió el mensaje a Matteo, y traga saliva señalando el centro del club.

Hacia el caño de pole dance más alto y llamativo.

Donde Giulia, *mi maldita esposa*, baila con su vestido diminuto, contoneando las caderas con movimientos que deberían estar reservados solo para mí.

La furia se apodera de mi cuerpo de tal manera que disparo la primera bala a la cabeza del guardia de seguridad que acaba de responderme, porque si el bastardo sabía que era mi esposa, debería haber detenido esta mierda antes de que llegara a este punto.

La gente grita y se asusta, y aprovecho el momento para disparar un par de tiros al aire, alcanzando directamente a algunos hombres que tienen los ojos fijos en la mujer rubia que baila en el caño.

—¡Todos al suelo, maldita sea! —grito, disparando a las luces, la decoración y cualquier cosa que pueda romper y mostrar mi furia.

Las personas obedecen y se acuestan en el suelo, aterrorizadas. Todos saben que este club me pertenece y que, aunque lleve el título de CEO, soy el jefe de la mafia italiana; nadie se atreverá a desafiarme.

—¡Nadie entra ni sale sin mi permiso!

Mis soldados rodean el club, con las armas listas, esperando solo una orden mía.

—¡Maten a todos los que miren a mi mujer, mierda! —gruño y camino lentamente hacia el centro del salón, donde hay una sola persona de pie, sin intención de obedecer.

La música sigue sonando y mi mujer baila "I See Red", del grupo Everybody Loves an Outlaw, mirándome directamente.

Una máscara cubre sus ojos y el maldito vestido casi no cubre nada de su cuerpo. El dorado resalta su piel blanca, sedosa, hermosa. Su cabello rubio cae suelto y salvaje, combinando perfectamente con la postura audaz de esa mujer.

Estoy tan furioso que podría matarla, pero Giulia es tan sexy que necesitaría meterle la verga antes, solo para probar su sabor y enterrarme dentro de ella una última vez.

Respiro hondo, tratando de controlarme, pero su mirada me desafía, esperando que le dispare.

Me detengo a centímetros de mi esposa. Siento su olor; femenino, dulce, sensual. Mi miembro late al instante, recordando quién es ella. Quiero su cuerpo, su aroma, su sabor, todo lo que puede ofrecerme, pero soy su Don y Giulia debe aprender a no desafiarme.

—Tienes diez segundos, Giulia. Diez segundos para señalar a cada hijo de puta que se atrevió a mirar lo que es mío.

—Vas a matarlos. —Eso no es una pregunta.

—Uno por uno.

Apunto el arma hacia ella. Giulia sonríe y no deja de bailar.

—No te preocupes. Nadie me miró —dice la desagradecida con descaro, y eso hace que mi sangre hierva aún más.

Miro a los lados y veo a mis hombres observándonos.

—¡Ustedes también en el suelo, maldita sea! —grito, mientras mis soldados disparan contra uno que estaba viendo bailar a mi esposa.

Me obedecen inmediatamente.

—¿Me extrañaste, Don? Llegaste antes de tiempo. —Su voz seductora revela que está ebria, y solo es otro motivo para querer matarla.

No le permití que bebiera.

—Vamos a casa —digo en tono bajo y firme.

—Pero la fiesta apenas empieza —responde, con la voz lánguida, girando otra vez en el caño.

Entonces pierdo la paciencia. La agarro por la nuca y le inclino la cabeza hacia atrás con firmeza, obligándola a mirarme.

—¿Perdiste la cabeza, maldita sea?

—¿Me vas a matar? —Su sonrisa me sorprende.

—¿Quieres que lo haga?

—Si eso significa mi libertad, quizás sí quiera.

Suelto una risa amarga, cruel.

—Jamás serás libre, Giulia. Eres mi propiedad, mi sumisa, y hoy te mostraré las consecuencias de desafiar a un Don —la amenazo, agarrando su brazo y arrastrándola por el club, ignorando sus protestas.

—¡Necesito encontrar a Sofía!

—Mañana la verás, *baby*. Como soy un buen marido, dejaré su cuerpo en la puerta de tu cuarto para que puedas despedirte —aviso, y por primera vez veo a mi esposa estremecerse.

—¡Dante, no! —dice, pero la ignoro, llevándola hasta la puerta.

—¡Limpien el desorden! —ordeno a los guardias que, al igual que todos en el club, están en el suelo.

—Sí, jefe —responden y se levantan sin mirarme.

Giulia se detiene, tratando de impedir que la lleve, pero pierdo la paciencia y la cargo sobre mis hombros, cuidando de cubrir su ropa interior mientras sigo caminando.

Entramos al coche y le coloco el cinturón; ella se resiste y llora.

—¡No puedes matar a mi amiga!

—Cada error tiene consecuencias, Giulia. Te advertí que no hicieras ninguna travesura.

—Don —sostiene mi rostro con las manos, pero yo agarro sus muñecas y las coloco en mi regazo—, por favor, no te desobedeceré más.

La miro con la mirada de un asesino.

—Voy a destruir todo lo que amas. He sido amable hasta ahora y te expliqué que pelear conmigo es inútil, porque siempre perderás. No me escuchaste. Ahora el juego cambió. Te arrepentirás toda la vida del maldito momento en que decidiste desafiarme.

Giulia empieza a llorar compulsivamente y me alejo, dejando que sienta el peso de las consecuencias de sus acciones.

Bailar en uno de mis clubes, con un atuendo sensual, frente a un grupo de hombres… Ha perdido completamente la razón. Su cuerpo es solo mío y no permitiré que otros lo deseen. Y mataré a cada desgraciado que ose mirar a mi mujer.

Respiro hondo y trato de controlar mi ira, porque aunque la chica rebelde me llevó al límite, su audacia me excitó como ninguna otra jamás lo hizo.

Ya casi llegamos a casa cuando miro a mi lado y veo que Giulia se ha quedado dormida. Su rostro aún está húmedo por las

lágrimas y estoy tan cansado que decido posponer nuestra conversación mientras pienso en lo que haré.

CAPÍTULO 10

Dante Morello

Entro en casa con mi esposa dormida en mis brazos, pero me sorprendo al ver quién me espera en la sala.

—Don Tommaso, ¿a qué le debo el honor? —ironizo, claramente cansado y sin ganas de conversar ahora.

—Deja a tu esposa en el cuarto. Necesitamos hablar.

—Si es por los colombianos…

—No, hijo. No quiero hablar de negocios. Quiero hablarte como tu padre.

Suspiro de manera audible, pero hago lo que me pide. Mi padre no suele entrometerse en mi vida personal, así que si está aquí, el motivo debe ser serio.

—Siéntate —digo después de dejar a Giulia dormida en su cama y regresar a la sala.

Me desplomo en el sillón y mi padre no se mueve, pero me observa con esos ojos fríos.

—¿Qué pasó con tu esposa?

—Estoy seguro de que ya lo sabes —bufo—, pero ella recibirá su castigo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Prohibirle salir de casa, bloquear su universidad, matar a su amiga, a sus padres y a todas las cosas que ama. Giulia me desafió y necesita aprender a obedecerme.

Mi padre suspira y finalmente se sienta en el sofá. Permanece en silencio mientras lo observo.

—¿Viniste a darme consejos matrimoniales, padre?

—Dante, eres un mafioso experimentado, pero un novato en el tema del matrimonio, así que escucha lo que te digo: elige tus batallas, no luches guerras innecesarias con tu esposa, porque será tu compañera de por vida. En la mafia no existe el divorcio. El matrimonio es sagrado. La familia es sagrada.

—La familia es sagrada —refuerzo—. Y el papel de la esposa es obedecer al marido. Giulia será castigada por desafiarme.

—Giulia no es tu enemiga.

—Es desobediente.

—Es inmadura —corrige—. Todavía es inmadura. Tienes el doble de su edad y necesitarás enseñarle sobre la vida, moldearla a tu manera.

Suspiro, impaciente.

—Como si no tuviera suficiente trabajo ya.

—Hijo, si no cuidas de tu mujer, te dará tanto problema que no podrás dirigir la mafia. Mira hoy, por ejemplo: no pudiste continuar la reunión con los irlandeses después de descubrir que Giulia estaba en tu club, siendo codiciada por decenas de hombres.

—Matteo y Vittorio pueden negociar con los irlandeses sin mí. Y en cuanto a mi esposa, pagará por su atrevimiento —repito—. Y descubriré todo lo que pasó y castigaré a cada involucrado.

—Antes de hacer algo de lo que te arrepientas, recuerda que tu esposa es solo una chica de 18 años que fue criada para amarte. Y esta misma chica vio fotos tuyas con otra mujer, semidesnuda, que se difundieron por toda Italia.

—Eso ya se resolvió.

—No para tu mujer —replica—, que cree que fue traicionada.

—No la traicioné, pero ella no debe esperar fidelidad. Nació en la mafia y sabe cómo funcionan las cosas.

—Tu esposa no es una princesa cualquiera de la mafia. Tiene más audacia y opinión que las otras nueve candidatas juntas.

—Elegí a la chica equivocada. Y ustedes tuvieron responsabilidad en esto. Yo no quería que Giulia pasara a la segunda fase —escupo las palabras.

—En realidad, sí querías. Vimos cómo la miraste. Era diferente a las demás, y fue la única que te devolvió la mirada, que se atrevió a hacerlo. Por eso quisiste retroceder. Tenías miedo de que fuera audaz y no siguiera tus órdenes. —Sonríe—. Te conocemos.

—Entonces, si sabían que mi esposa no era sumisa, ¿por qué insistieron en que pasara de fase?

—Porque no soportarías convivir con una mujer pasiva y sin opinión, Dante. Mira a tu madre. —Sonríe, recordando la fuerte personalidad de su esposa—. Es decidida, lucha por lo que quiere y es una leona protegiendo a los suyos. Yo podría haber elegido a cualquiera, pero la vida no sería tan divertida. Así es tu mujer. Giulia es rebelde y no se somete fácilmente; será difícil domarla, pero despertará en ti el deseo de volver a casa todos los días.

—Ustedes insistieron para que me quedara con ella. No debía haberlos escuchado —digo con desdén.

—No, Dante. Fuiste tú quien la eligió, incluso después de todo lo que te dijo en la segunda fase. —Lo observo con una mirada mortal—. Sí, lo vimos todo. Giulia nunca te escondió que no sería la esposa dócil que dice "amén" a todo lo que el marido quiere. Y aun así la quisiste.

—Me desafió.

—Y aun así la quisiste —repite—. Entonces tal vez no merezca ser castigada por algo de lo que siempre fuiste consciente.

Me froto las manos por el rostro, cansado y furioso por toda la mierda que mi esposa hizo, pero pronto lo miro de nuevo.

—¿Y qué sugieres que haga ahora?

—Tómate unas vacaciones con ella.

—¿Qué? —Exhalo, incrédulo.

—Sí, hijo. ¿No ves que todo lo que hace esta chica es para llamar tu atención? Quiere estar contigo, quiere un marido cariñoso, no solo alguien que esté presente en la cama.

—No soy cariñoso.

—Pero eres inteligente. Y te darás cuenta de que la única forma de controlar a tu esposa es haciéndola feliz. —Se levanta del sofá y camina hacia la salida—. Haz feliz a tu esposa y ella se esforzará por complacerte. Te lo digo por experiencia.

Jadeo, sin paciencia.

—El sexo también mejorará, y quizás el heredero llegue más rápido —completa—. Pero si quieres seguir con la idea de castigarla, prepárate para tener una mujer insatisfecha o infiel.

—La mataría si se acostara con otro hombre —gruño.

—Puede que no lo notes, pero ya estás matando a tu esposa. —Suspira—. Solo cuida que no sea demasiado tarde.

Don Tommaso sale de mi casa y me quedo solo en la sala, con la cabeza hirviendo y sin saber qué hacer.

Tal vez tenga razón. Tal vez la única forma de domar a mi esposa rebelde sea haciendo lo que ella quiere.



No consigo pegar ojo y paso la noche entera en el gimnasio de mi propiedad. Mi cabeza hierve, y cuando esto sucede, llevo mi cuerpo al límite para ver si llega el sueño, pero no viene.

Al amanecer, me tomo una ducha fría y me pongo un pantalón de jogging, y voy directo al cuarto de mi esposa. No toco la puerta y no permito que tenga llave, así que entro de golpe, y mi cuerpo se tensa al no verla allí.

¿Giulia huyó?

Respiro aliviado al escuchar el agua de la ducha y voy al baño, encontrando a mi esposa mojada dentro de la cabina.

Está de espaldas, con el cabello rubio pegado a la piel hasta la cadera, y su cuerpo tan perfecto que me quedo unos segundos admirándolo antes de que note mi presencia.

—Giulia —digo con firmeza.

Se da vuelta de inmediato y percibo que sus ojos están húmedos. Mi mujer estaba llorando.

—Si es para decirme que mataste a alguien que amo, puedes irte. No aguantaré escucharlo —dice, con los labios temblando.

Camino hasta ella y abro la cabina sin permiso, quedando en el mismo espacio. Ella abraza su cuerpo como si quisiera esconderlo.

—No te escondas —ordeno.

—No quiero estar desnuda frente a ti.

Agarro sus brazos y los aparto de sus tetas, mirando su cuerpo a propósito para mostrar quién manda.

El perfume femenino de su jabón me golpea y me excita de inmediato. Es inexplicable el poder que tiene sobre mí. Siempre he disfrutado del sexo, pero cerca de ella me convierto en un macho que solo piensa en penetrar.

—Soy tu marido, Giulia. Ya he explorado cada parte de tu cuerpo, ¿y ahora te pones respondona? —digo.

—Vete. No quiero tener sexo —responde con dolor en la voz, pero inevitablemente sus ojos bajan a mi pecho tatuado y a mis músculos, y la veo jadear.

El agua me empapa, pero no me importa. Bajo el rostro y aspiro su perfume como un animal hambriento. Exhalo aire caliente hacia su cuello y veo que su cuerpo se eriza.

—Mentirosa —susurro, acercando mis labios a su piel—. No vine a meterte la verga. Vine a advertirte. Y a darte una información.

Me alejo y cruzo los brazos, mientras sus ojos van directo a la V de mi abdomen, en la cintura del pantalón.

—¿Qué advertencia? —pregunta, mirando mi cuerpo.

—Giulia, sigue mirándome así y te meteré la verga —amenazo —. Estoy tan enfadado que no será ni bonito ni romántico. Te quedarás sin caminar por una semana, y nadie vendrá a ayudarte.

Ella parpadea, asustada, y vuelve a mirarme a los ojos.

—¿Qué advertencia? —repite.

—Que si me desafías otra vez o repites la mierda que hiciste ayer, mataré todo lo que amas. Seré el diablo en tu vida, tu demonio personal, pero como recién nos casamos, seré bueno y paciente solo una vez.

Se mete bajo el chorro de agua y cierra los ojos, tomando su ducha sin mirarme otra vez. Mi cuerpo y pantalón están empapados, así que decido quitarme la tela antes de salir y dejarla sola.

—¿Y cuál es la información? —susurra, con miedo en su voz.

Salgo de la cabina y tomo una toalla, enrollándola en mi cintura, pero antes de salir del baño, señalo hacia ella.

—Vamos a viajar. Prepara tus cosas.

—¿A dónde? —Se nota su sorpresa.

—A una de las islas de la Cosa Nostra. Será nuestra luna de miel.

Giulia frunce el ceño, desconfiada.

—Don, ¿por qué haces esto? ¿Me vas a matar allí? ¿Vas a matar a las personas que amo durante el viaje?

Suelto una risa, disfrutando su miedo. Giulia debe temerme, pero primero necesito ganar su confianza, como me instruyó mi padre.

—Solo quiero viajar con mi esposa. ¿Algún problema?

Me observa unos segundos, incrédula y sin decir nada.

—¿Por qué ahora?

—Si no quieres, dilo de una vez.

Aprieta los labios.

—Quiero —dice, y la esperanza llena su rostro.

—Entonces en diez minutos mandaré a alguien a ayudarte con las maletas. Partiremos en dos horas.

Una sonrisa sincera ilumina su rostro, y es la primera vez que me doy cuenta de que mi padre tenía razón. Mi esposa me ama de

verdad y desea mi atención.

Si fingir que la amo es lo que necesito para tener paz y asegurar a mi heredero más rápido, lo haré sin dudar.

Y en eso pienso cuando llamo a mis hermanos y les pido que se ocupen de los colombianos, porque durante las próximas dos semanas estaré ocupado en una luna de miel que nunca imaginé que tendría junto a mi rebelde esposa.

CAPÍTULO 11

Giulia Morello

Giulia Morello

Soy una esposa para el sexo. Siempre lo tuve claro, pero pensé que era porque Dante estaba obsesionado con tener un heredero.

Al parecer estaba equivocada, porque incluso durante mi menstruación mi marido no dejó de buscarme ni de mirarme con

deseo.

Y aunque sea violento, posesivo y arrogante, mi cuerpo sigue suplicando por su contacto.

Fui programada para amarlo desde que nací y no puedo desprenderme de este sentimiento. Me aferro diariamente a las migajas de atención que me da.

El Don italiano me ha marcado y poseído de una forma que apenas puedo soportar. Si vivir cerca de él es una prisión, estar lejos de él sería una tortura.

Estoy condenada.

Pero una condenada feliz, porque soy lo suficientemente estúpida como para no dejar de sonreír mientras estamos juntos en su avión, rumbo a nuestra luna de miel.

Dante trabaja en su computadora y apenas me mira. Lleva una camisa negra, con los primeros botones desabrochados, y unos jeans oscuros que parecen diseñados exactamente para él.

Es hermoso. Irradia poder y sensualidad. Tal vez por eso me resulta tan difícil no enamorarme de él.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Trabajando —responde sin apartar la vista del ordenador.

—¿En tu cadena de hoteles?

—También. Soy CEO de varias empresas.

—¿Y tienes algún puesto de pasantías disponible?

Dante me mira al instante.

—Ni lo pienses.

—Dante, estoy en la universidad… tarde o temprano tendré que hacer prácticas o no me graduaré.

—Eso no es cierto —dice, ya que mi marido conseguiría mi diploma aunque no hiciera ningún examen.

—Quiero hacer prácticas, Don. Quiero aprender arquitectura en la práctica —insisto.

—No quiero que mis empleados te miren.

—Pueden mirarme, pero siempre seré tuya —intento argumentar.

—No, Giulia. —Su tono es duro—. Eres mi mujer, no mi empleada.

—Entonces, ¿para qué estudio arquitectura si no me dejarás trabajar?

Mi voz suena herida y mi marido me mira de nuevo, suspirando con impaciencia.

—*Baby*, estudias porque quieres, pero sabes que no es necesario. Eres mi mujer y siempre cubriré todo lo que desees.

—No necesito un trabajo, pero lo quiero.

—Dime qué quieres y te lo compraré, Giulia. Así de simple.

—Dante…

—*Baby*, vamos a nuestra luna de miel, no discutamos ahora —dice, cerrando la computadora y dando un golpecito en el sillón a su lado para que me siente.

Estoy frente a él, pero me levanto y hago lo que pide.

—Solo prométeme que lo pensarás.

—Si me das mi heredero… —bromea.

—Sabes que si es por mí ya estaría embarazada —susurro, conteniendo las lágrimas—. No es culpa mía.

—Está bien, *baby*. Lo pensaré.

Mi marido me atrae a su regazo y coloco una pierna a cada lado de su cuerpo, montando sobre él. Llevo un enterizo negro de lino, pero aun así siento la dureza en su pantalón.

—¿Cuándo termina tu menstruación?

—Mañana es el último día.

Él sonríe.

—Te dejaré descansar hasta que termine.

Frunzo el ceño.

—¿Y por qué harías eso?

—Porque todo este viaje es para complacerte.

El Don se acomoda en su sillón y siento su erección rozarme.

—Don… No quiero que pienses que no me gusta ir a la cama contigo.

—Sé que te gusta, Giulia. Conozco a mi mujer. —Me toma por la nuca, casi besándome, pero no lo hace—. Sé cómo te gusta tener sexo como una perra en celo y que te diga palabras sucias mientras estoy dentro tuyo.

Mi rostro se enciende, mi vientre se contrae. No sé qué decir de la vergüenza, pero no hace falta. En ese momento, un hombre entra en nuestra cabina y baja la cabeza.

—Perdón, señor. Solo vengo a avisar que vamos a aterrizar.

El Don no responde y no aparta los ojos de mi rostro, disfrutando verme sin gracia. Yo también estoy atrapada en su mirada, pero pocos segundos después me baja de su regazo y sonríe, tomando mi mano.

—Vamos, esposa. Nuestra luna de miel apenas comienza.



Descendemos en una isla y la playa paradisíaca es tan hermosa que parece sacada de una película. La arena blanca, el agua cristalina, el resort de lujo que resalta entre los árboles. Todo es perfecto.

Desde el pequeño aeropuerto se puede ver casi toda la isla y algunos turistas pasean por la zona.

—¡Qué milagro que me traigas a un lugar con otras personas semidesnudas! —bromeo, tomando la mano de mi marido.

Dante me lleva hasta un coche negro y una fila de hombres de traje nos saluda inclinando la cabeza.

—¿No querías ser una chica normal? Bueno, lo serás por quince días —ironiza.

El conductor acelera y al menos ocho coches del mismo modelo nos escoltan.

—Para ser una chica normal, tus soldados deberían ser más discretos, Don. Y no llegaríamos a un resort escoltados por medio ejército italiano —digo sonriendo.

Dante se ríe por primera vez, echando la cabeza hacia atrás y riendo de verdad, y yo también río. Su risa es agradable de escuchar.

—Todos saben quiénes somos, *baby*, con soldados o sin ellos. Nunca serás una chica normal; eres la primera dama de la mafia italiana y jamás te dejaré desprotegida.

—¿Y si intento escaparme de nuevo? —provoco, dejando que mi atrevimiento hable.

—Puedes intentarlo, *baby*, pero siempre te encontraré. Soy tu marido y el Don de la mafia, y puedo rastrear tu olor a kilómetros.

—¿Como un animal salvaje?

—Como un macho que percibe el olor de su hembra —responde, apretando mi cintura.

Llegamos al resort y nuevamente somos escoltados por hombres de negro. Camino de la mano del Don y todos bajan la cabeza al cruzarnos. Saben quién es él. De hecho, saben quiénes somos ambos. Estamos en la cima de una de las mayores mafias del planeta y, en ese momento, me doy cuenta de que me gusta.

—¿Dónde está nuestra habitación? —pregunto.

—Tendremos un ala solo para nosotros, apartada en el resort, porque para escuchar tus gemidos me gusta la exclusividad —susurra en mi oído, haciéndome sonrojar de nuevo.

—Me gustaría cambiarme de ropa.

Él asiente con la cabeza en señal de aprobación y me conduce a una enorme suite, pero deduzco que no es la nuestra debido a su proximidad a las otras habitaciones.

—Vuelvo en diez minutos por ti.

Dante sale de la habitación, dejándome sola con mis maletas. Tomo un vestido largo y vaporoso y lo complemento con gafas de sol y un sombrero. Llevo un bikini debajo, por si nos metemos al agua.

Mi marido regresa y noto que también se cambió de ropa, pero apenas me ve, entrecierra los ojos y me evalúa de pies a cabeza.

—Si crees que vas a usar bikini delante de otros hombres, estás equivocada.

—Está bien —intento parecer indiferente, pero estoy decepcionada. Nunca he ido a la playa y me gustaría mucho nadar.

Dante suspira.

—Hay una playa privada en nuestra suite; podrás meterte al agua después.

—Gracias. —Sonrío y él asiente con la cabeza en señal de aprobación.

—Vamos a almorzar —dice, tomando mi mano y caminando a mi lado con su posesividad de siempre.

El restaurante es enorme. Sillas y mesas lujosas, candelabros millonarios y comida refinada para paladares sofisticados.

Nuestra mesa tiene una vista hermosa al mar y el chef nos sirve personalmente; el Don elogia su comida. Los platos son impecables y lo sé porque mi marido no escatima elogios.

—¿Estás cansada? ¿Quieres ir a la habitación?

Dante me observa atentamente.

—¿Puedo ser sincera? Quisiera pasar la tarde en la playa, ver el atardecer… Es la primera vez que veo el mar.

Él arquea una ceja.

—¿Tus padres no te llevaban a la playa?

—No. Apenas podía salir de casa. Tenía que guardarme —digo, viendo cómo el mafioso me observa—. Para ti.

—*Baby…* no tenía que ser así.

Extiende la mano y acaricia mi cabello, pero no quiero su lástima.

—Te estabas preparando para ser el Don. Y yo debía prepararme para ser tu esposa. —Intento sonreír, pero no puedo—. Además, mis padres preferían invertir dinero que gastar en este tipo de cosas. Para ellos, los viajes son tonterías.

—Tus padres son unos hijos de puta. Les dimos dinero para tu educación, alimentación, ocio y cualquier cosa que necesitaras. Tenías permiso para viajar, Giulia.

Me sorprende su comentario.

—¿Ustedes les pagaron a mis padres?

—Cubrimos todos los gastos de las diez candidatas, incluyendo los tuyos —responde, frunciendo el ceño—. Pensé que lo sabías.

—Nunca lo supe. Mis padres nunca hablaban conmigo más allá de lo necesario.

—¿Quieres que los castigue?

—No —me apresuro a decir—, por favor, no lo hagas.

El rostro de mi marido es cruel.

—No cuidaron de mi esposa como debían.

—Pero me trajeron hasta ti. —Coloco la mano en su rostro, tocando su expresión dura.

Él suspira.

—Si cambias de opinión, avísame. No negaré un pedido tuyo.

—Lo sé —susurro.

—Pero no te preocupes, *baby*. Conozco muchos lugares y te llevaré de paseo —dice, haciendo que mi corazón se caliente.

Pero entonces…

—"Conoces muchos lugares". Estuviste con muchas mujeres. Estés conmigo o no —digo, sin poder ocultar los celos.

Él sostiene mi mentón con cariño y me gira hacia él.

—Nunca te engañé, *baby* —dice, leyendo mis pensamientos.

—¿Y las fotos? —pregunto finalmente. Intenté enterrar mis celos, pero fue imposible. Si Dante es posesivo, yo también lo soy.

—Una mierda de montaje —gruñe—, pero ya me ocupé de los implicados.

—¿Y Chiara?

Él suspira.

—Es pasado.

—Te has acostado con ella en el pasado. —No fue una pregunta y mi estómago se revuelve al confirmarlo.

—¿Importa? —*Sí, se acostaron.*

Mis ojos se llenan de lágrimas y Dante limpia una que cae por mi rostro.

—No llores, *baby*.

—Es difícil saber que estabas con otras mientras yo solo esperaba por ti.

—Giulia, soy un hombre experimentado. He estado con muchas mujeres, pero el pasado no importa. Eres mi mujer hoy y lo serás hasta mi muerte.

Suspiro, secándome las lágrimas.

—Está bien.

—¿Vas a preguntarme algo más o podemos ir a la playa?

—Entonces, ¿vamos?

—Este viaje es para complacerte. Haremos todo lo que quieras. —Hace una pausa—. Dentro de ciertos límites, por supuesto.

—Tengo la impresión de que si te pidiera la luna, la conseguirías.

—La compraría para ti. Ya te dije que puedo cubrir tus lujos.

—¿Eres tan rico? —bromeo.

—No suelo tener problemas con el dinero —dice con desdén —. Pide lo que quieras y siempre te lo daré. Joyas, coches de lujo, vestidos caros…

—¿Y tu amor? —pregunto sin rodeos, sin dejar lugar a dudas.

Dante duda y siento ganas de retractarme. La garganta me arde al darme cuenta de que nunca me amará.

—Tengo mucho dinero, pero no un buen corazón, Giulia. No puedo darte el amor que quieres. Seré un buen marido, pero jamás me enamoraré. —Su voz es tranquila, pero sus palabras suenan firmes, porque no duda de lo que dice. Ni siquiera titubea.

—Nunca te enamorarás y nunca me dejarás ir —constato.

—Eres mía.

—Esposa y prisionera. A tu lado, no hay una sin la otra.

—Puede que no seas completamente libre, *baby*, pero experimentarás cosas que nadie más tendrá. Cosas que solo tú podrás disfrutar. Cosas que solo ser la primera dama de la mafia te puede brindar.

Suspiro.

—Sí, debemos aceptar que jamás podremos tenerlo todo. —Miro a mi marido, que habla en serio—. A menos que nazcas en la línea del Don de la mafia italiana; entonces, todo te será posible.

Dante entrelaza nuestros dedos y besa mi palma, sacándome del restaurante.

—Vamos, *baby*, puede que no tengas libertad, pero tendrás tu tarde en la playa y tu atardecer con vista al mar.

CAPÍTULO 12

Giulia Morello

Giulia Morello

Después de pasar la tarde en la playa, decidimos ver el atardecer desde la habitación del resort, ya que yo estaba exhausta por el viaje.

Dante me lleva hasta nuestra ala y veo que nuestra habitación flota sobre el mar. Hay una escalera exclusiva que

conduce a una playa privada, y en el balcón del dormitorio hay una enorme piscina de borde infinito.

La decoración es acogedora y la bañera de hidromasaje ya está lista para usarse, con champán al lado y pétalos de rosas rojas por todas partes.

—Dante, todo está perfecto —susurro, observando cada mínimo detalle de la habitación. Es el lugar más romántico en el que he estado.

—Quiero aprender a complacerte, *baby* —dice abrazándome por detrás y besando mi cuello—. Quiero que seas feliz a mi lado, incluso con las limitaciones que conlleva ser mi esposa.

Me giro para mirarlo y percibo que está siendo sincero, que ha bajado la guardia.

—Pensé que no te importaría eso.

Él sostiene mi rostro entre sus manos.

—Soy mafioso y jamás seré un príncipe, pero seré bueno contigo y con nuestros hijos.

—Me rechazaste cuando nos conocimos —le recuerdo.

—Por tu atrevimiento —da una media sonrisa—, pero aun así te elegí a ti, Giulia.

Dante me besa con salvajismo, penetrando mi boca con su lengua fuerte y exigente. Agarro su cuello, pidiendo más, pero él se aparta y sonríe.

—Hoy no, esposa. Voy a dejar descansar tu dulce vaginita.

Desabotona su camisa sin dejar de mirarme, y muerdo mis labios al notar que mi mafioso también disfruta provocarme. Su pecho duro y tatuado aparece ante mí, y su abdomen definido delata el entrenamiento físico que tiene.

Tomo valor y me acerco, tocando su torso desnudo. Mis dedos recorren los dibujos en su piel y Dante permanece quieto, permitiéndome explorarlo.

—Algún día quiero saber el significado de tus tatuajes.

—Son tatuajes de mafia. Significan honor, lealtad, poder…

—¿Y cuándo te los hiciste?

—La mayoría cuando fui iniciado.

—¿Cómo funciona el ritual?

—Es una ceremonia secreta, no puedo contarte —dice, acomodando un mechón de mi cabello detrás de mi oreja—. Juré mantener el secreto con mi propia sangre.

—Está bien —digo, tocando su brazo, su pecho y su abdomen —. Me gustan. Me gusta tu cuerpo.

—Me alegra saberlo —responde, con una media sonrisa sarcástica, dejándome explorar su cuerpo.

Estoy a punto de usar mi lengua para tocarlo cuando su teléfono móvil vibra y corta nuestro momento. Dante suspira y toma el aparato.

—Necesito responder, *baby* —dice escribiendo algo en la pantalla—. Quítate la ropa y entra a la bañera mientras tanto. Vamos a ver el atardecer desde la bañera.

Asiento y mi marido se aleja, probablemente resolviendo algún asunto de la mafia. Hago lo que me pide, me quito la ropa y me recojo el pelo antes de meterme desnuda en la bañera.

Estoy menstruando, pero, por suerte, mi flujo nunca ha sido intenso. Y, de todos modos, Dante no aceptaría eso como excusa para no hacer lo que me ordenó.

El agua está deliciosa y la habitación climatizada mantiene una temperatura agradable. Cierro los ojos y apoyo mi cuello en la bañera, relajando el cuerpo e intentando hacer lo mismo con la mente.

Pasan pocos segundos cuando escucho música romántica y noto que Dante se acerca. Sigo con los ojos cerrados cuando mi marido se coloca detrás mío y me encaja entre sus piernas, recostando mi espalda contra su cálido pecho.

—¿Estás en ropa interior? —pregunto, queriendo reír.

—O es esto, o te metería la verga de nuevo. Necesito al menos una barrera entre nosotros.

—¿De verdad disfrutas tener sexo conmigo? Soy tan inexperta.

—Tú eras virgen y fui yo quien rompió tu himen, Giulia. Soy un maldito hombre de las cavernas que disfrutó ver tu sangre en mi verga la primera vez que te metí mi miembro. Eres solo mía y estás aprendiendo perfectamente cómo complacer a tu hombre. No me niegas nada entre tus piernas y me montas como una perra en celo, como me gusta. —Sonríe—. Así que sí, *baby*. Me encanta enterrarme en ti.

Mi vientre se contrae al instante, pero sus palabras me dejan sin gracia.

—Solo piensas en sexo —digo, mordiendo mis labios.

—Y a ti te encanta, pero hoy es diferente, quiero ser romántico.

Abro los ojos y lo miro, viendo que habla en serio.

—Quiero intentarlo. Por ti —completa, y debo controlarme para no llorar de emoción.

Durante dieciocho años fui entrenada para amarlo, para ser suya. Aprendí todo sobre un hombre que nunca había visto y fui disciplinada para satisfacer todos sus gustos, así que escuchar al Don italiano decir que quiere complacerme y ser romántico es algo que supera todos mis sueños.

Ser su esposa puede ser una maldición muchas veces, pero aun así es mi maldición. Una que, aunque me duela admitirlo, elegiría todos los días de mi vida.

—Apoya tu cabeza en mi pecho y descansa. El sol está comenzando a ponerse —susurra, y hago lo que me pide, sintiendo sus brazos calientes rodearme mientras contemplo el atardecer más hermoso que he visto en mi vida.

El abrazo de Dante me da la sensación de hogar. Es protección, consuelo, afecto. Todo lo que siempre quise de él, pero que nunca me había dado.

Y aunque me duela saber que jamás corresponderá a mi amor, si mi marido me trata así, tal vez pueda conformarme con eso.

—¿Don?

—¿Sí?

—¿Dormiremos en la misma cama hoy? —pregunto, temiendo que la respuesta sea "no".

Desde que nos casamos, él nunca se queda conmigo después del sexo. Solo entra a mi habitación para tener relaciones.

—No me gusta dormir acompañado, Giulia.

—Por favor, Don… es importante para mí.

Dante suspira, ponderando su decisión.

—Está bien, *baby*. Hoy dormiremos juntos.

No puedo disimular mi sonrisa y él me abraza con cariño, besando la parte superior de mi cabeza.

El sol se pone lentamente en el horizonte, pintando el cielo de tonos naranjas y rosados. Respiro profundo, sintiendo cómo la brisa del mar invade la habitación mientras el sonido suave de las olas rompiendo en la playa completa la escena perfecta.

—Haces muy difícil la decisión de no amarte —susurro.

—Entonces solo ámame, Giulia. No luches contra mí. Todo será más fácil —dice, apartando mi cabello recogido y besando mi cuello con ternura, envolviéndome aún más fuerte con sus brazos.

Así, apoyada en su pecho y sabiendo que este es uno de los mejores días de mi vida, cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño.

CAPÍTULO 13

Dante Morello

Dante Morello

Giulia se duerme sobre mi pecho y me quedo unos instantes quieto, simplemente permitiéndole descansar. Es insana la discrepancia entre los dos: su pureza y mi maldad, su ingenuidad y mi crueldad. Ella es apenas una niña, mientras que yo soy un hombre adulto.

En un mundo ideal, la rubia de dieciocho años jamás debería haberse casado con un hombre como yo. Asesino, mafioso, peligroso y con la edad suficiente para ser su padre. Pero este no es un mundo ideal.

Este es mi mundo, y no me siento culpable por ejercer mi poder y haberla elegido como esposa.

Giulia ha cumplido bien su papel, y espero que después de estos quince días de atención, entre en razón y deje de darme problemas.

Me levanto de la bañera con mi esposa en brazos. Ella refunfuña un poco, pero no se despierta. Tomo una toalla e intento secarla antes de acostarla, luego la tapo y la dejo dormir.

Hoy le daré descanso.

Y no solo porque soy un buen tipo y quiero que se recupere, sino porque pasé todo el día pensando en los colombianos y necesito ocuparme urgentemente de ese asunto con mis hermanos.

Casi envío esta idea de luna de miel al quinto infierno cuando Matteo me avisó que tuvieron un incidente al intentar eliminar a nuestros enemigos. Quise volver y encargarme personalmente de los colombianos, pero respiré hondo y envié un mensaje a mi hermano avisando que lo llamaría pronto; luego seguí el consejo de mi padre y cumplí con el papel de buen marido.

No trabajé hasta que mi esposa se durmió. Para comandar la Cosa Nostra sin obstáculos, primero necesito asegurarme de que Giulia no interfiera más.

Me envuelvo una toalla en la cintura y salgo de la habitación hacia un balcón más apartado donde Giulia no podrá escucharme. Marco el número de Matteo y mi hermano contesta al primer tono.

—¿Qué mierda pasó?

*—El Consejero de los colombianos. —Suspir*a—. *Alguien filtró la información de que íbamos a atacar y logró escapar.*

—¡Maldición!

—Pero sospechamos quién fue el informante y está siendo interrogado en el Galpón —dice refiriéndose al lugar que usamos para sacar información de nuestros enemigos.

Nuestros métodos son los más variados: tortura, privación de sueño, matar familiares y todo lo que nuestra imaginación permita.

—¿Y los demás miembros de la mafia? —Suspiro, impaciente.

—Los atrapamos a todos.

—¿Y las familias?

—Todas muertas —responde—. *Incluso la del Consejero. No fue lo suficientemente rápido y nuestros soldados actuaron primero.*

—Bien. —Exhalo un poco más aliviado—. Torturen a los jefes hasta sacar algo. El Consejero intentará vengarse.

—Ya estamos encargándonos de todo, no te preocupes. Llamé solo para avisar y para que estés alerta en caso de que aparezca por ahí.

Resoplo. Tendría que ser suicida para aparecer en mi isla e intentar matarme con cientos de soldados italianos aquí, pero Matteo tiene razón: la precaución nunca es demasiada.

—¿Y los irlandeses? ¿Alguna novedad?

—Nada nuevo. Te dije que cerramos contrato con ellos ayer y vamos a comercializar en dos Estados más además de la propuesta inicial. Fueron generosos —bromea.

—Están desesperados. Nos necesitan.

—Sí. Cuando vuelvas, arreglamos los últimos detalles. Por cierto, ¿cómo va la luna de miel?

Observo a mi esposa desde el balcón; duerme serena, con el rostro inocente de quien nunca hizo nada malo y aun así entregó su corazón a un mafioso que la rechazó.

—Bien —respondo directo—. ¿Hay algún asunto pendiente de la Cosa Nostra?

—*No, jefe* —bromea—. *Tenemos todo bajo control. Disfruta tu viaje y, por el amor de Dios, tráeme un sobrino en la barriga de tu mujer.*

—Ocúpate de tu vida, Matteo —respondo, y cuelgo mientras regreso a la habitación donde me espera mi inocente esposa.

Observo a Giulia por casi media hora antes de decidir acostarme junto a ella. Nunca pasé la noche así con ninguna mujer y no estoy acostumbrado a compartir la cama, pero le prometí a mi esposa que dormiríamos juntos y soy un hombre que honra su palabra.

Giulia duerme profundamente cuando me acerco a ella en el colchón. Estoy completamente desnudo, como me gusta dormir, y automáticamente me excito al sentir el calor de su piel entre las sábanas.

Intento comportarme, pero su perfume dulce no ayuda. Para empeorar, la chica se acurruca contra mí como una gatita caprichosa en cuanto percibe que estoy en la cama. Sus pezones rozan mi pecho, excitándome aún más.

—*Baby*, así no voy a aguantar… —susurro, pero ella no me escucha. Continúa aferrándose y frotándose contra mi cuerpo.

¡Carajo!

Respiro hondo y cuento hasta mil intentando controlar mi lado salvaje. Soy un hombre experimentado y gasto todo mi autocontrol para no mandar al demonio el sentido común y enterrarme entero en mi mujer. Pero Giulia cruza todos los límites al enredar una pierna en mi cadera, rozando su muslo sedoso contra mi miembro.

Trago saliva y, lentamente, la aparto de encima. Salgo de la cama y voy al baño, abriendo la ducha fría e introduciéndome bajo el chorro para calmar mi cuerpo.

No lo consigo.

Pienso en la tentación de dieciocho años que duerme desnuda en mi cama y mi verga palpita, dolorida, loca por eyacular.

Apoyo una mano en las frías baldosas de la pared y presiono mi grueso miembro, haciéndome una buena paja.

Aprieto toda mi longitud con fuerza, en movimientos rápidos, impulsando la cadera adelante y atrás en busca de alivio.

Pienso en los pezones rosados de mi mujer, en su pequeña y apretada vaginita que queda húmeda cada noche para mí, y pronto alcanzo el orgasmo.

Gozó fuerte, intenso, y eyaculo sobre toda la pared, deseando que fuera la boca de Giulia la que me recibiera.

Termino la ducha y me pongo un short, dispuesto a volver a la cama y finalmente dormir, pero al ver a la rubia boca abajo en el colchón, con su culito levantado, mi miembro se endurece de inmediato. Me muero de ganas de agarrarla por detrás y metérsela hasta el fondo.

Cálmate, Dante, no eres un animal. Tienes que ser romántico, es tu luna de miel.

Intento convencerme, pero desisto de volver a la cama y voy al gimnasio privado junto a la habitación. Necesito gastar energía para no actuar como un salvaje y despertar a mi esposa inocente para tener sexo.

Entreno fuerte por más de dos horas, pero nada me cansa. Estoy tan obsesionado con Giulia que sé que no descansaré hasta obtener de ella lo que necesito.

Tomo una botella de agua y voy al balcón, viendo los primeros rayos de sol aparecer.

De repente, una mano me agarra por detrás y, por instinto, derribo a la persona al suelo, montando sobre ella y apuntando mi arma a su rostro. *No, ni siquiera en el gimnasio voy desarmado; debo estar siempre alerta.*

Mi esposa grita y abre los ojos, atrapada debajo de mi cuerpo. Exhalo aliviado al ver que fue Giulia quien me abrazó y tiro el arma a un lado.

—Me asustaste, *baby* —digo, levantándome de encima. Está en shock, así que la levanto con cuidado—. ¿Estás bien?

Mi esposa lleva puesta una camisola diminuta y sensual, y siento ganas de golpearme por haber prometido no tocar su vulvita hoy.

—Sí —miente—, pero ibas a matarme —susurra, asustada.

Agarro su mentón y giro su rostro hacia mí.

—Estoy programado para reaccionar ante amenazas, Giulia, y eso hice cuando me asustaste, pero jamás te haría daño.

—Ya me hiciste daño —dice—. Tengo moretones por todo el cuerpo.

—En la cama no cuenta, *baby*, porque eres mi putita y sé que te gusta lo que hago —digo, tocando sus labios rosados con la punta de mi lengua.

Ella abre la boca y succiona mi lengua, chupándome como lo haría con mi verga.

—Sí, me gusta cómo me lastimas cuando me la metes —ronronea como la gata caprichosa y puta que es, haciéndome gruñir en respuesta.

—Tienes que parar con eso, Giulia, porque si sigues provocándome, voy a romper mi promesa y te voy a meter la verga ahora mismo.

—¿Y quién dijo que eso no es exactamente lo que quiero?

—Siempre me dices que estás cansada.

—Sí, porque me agotas, pero me gusta. Me acostumbré a nuestra vida —bromea, pasando la lengua delicadamente por mis labios.

—*Baby*, te lo advierto, hoy no es un buen día para provocarme —alerto, sintiendo mi verga latir.

Ella envuelve mi cuello con los brazos y frota sus tetas contra mí; siento sus pezones duros bajo la camisola fina.

—¿Me vas a dejar con las ganas, Don? —susurra con sensualidad—. Estoy deseando chuparte. Quiero sentir el gusto de mi hombre.

Giulia es mi ruina y cada vez lo tengo más claro.

Con un movimiento firme, tiro de su pelo por la nuca y la inclino hacia atrás, haciendo que me mire a los ojos con intensidad.

—Me estás robando la cordura, *baby*. Por primera vez una mujer me hace esto.

—Es justo que yo sea tu primera al menos en algo, ya que tú eres mi primero en todo.

—Tu primero y único, Giulia. Eres mía y ningún otro podrá tocarte.

Estoy a punto de hacerla agacharse para que me la chupe, pero ella pone las manos en mi pecho y me pide:

—¿Podemos ir al baño? —Mira alrededor, tímida—. Este gimnasio es muy… abierto. Tengo miedo de que alguien nos vea.

—El cabrón que te vea moriría antes de contar lo que vio, *baby*, pero si eso te hace sentir más cómoda, vamos. Quiero metértela hasta el fondo.

Sujeto a mi esposa y camino hasta el baño, cerrando la puerta para darle la intimidad que quiere.

Arranco su camisola de un impulso, pero ella se aparta y me sonríe.

—¿Puedes entrar en la ducha primero? Quiero verte... con calma.

Su voz es dulce y su rostro inocente, pero mi joven esposa enciende mi cuerpo.

—No tardes, que si no vengo a buscarte y te penetro aquí en el suelo —le advierto mientras entro en el box y enciendo el agua.

Me doy la vuelta y me enjabono el pecho; no pasa mucho tiempo hasta que siento los brazos de la rubia envolviéndome por

detrás. Giulia toma el jabón de mi mano y empieza a frotarme con timidez y cuidado, rozando sus tetas contra la base de mi espalda.

Estoy en llamas y mi verga late dolorosamente, pero respiro hondo y le dejo que haga lo que quiera y que me toque donde quiera.

Gruño de placer cuando sus dedos delicados se cierran alrededor de mi grueso miembro y comienzan una fogosa masturbación.

Apoyo las dos manos en la pared y respiro hondo.

—Giulia, mi paciencia tiene un límite —alerto.

—Enséñame a chupártela, Don. Quiero hacerte acabar. Aprender cómo te gusta.

Su sumisión me pone como un caballo; aunque tenemos sexo a diario y no me eyaculo en otro lado que no sea en su ardiente vaginita porque quiero que se quede embarazada, hoy es distinto. Está menstruando y voy a eyacular en su boca.

Me giro hacia ella y tomo su delicada mano, colocándola de nuevo sobre mi verga. Primero Giulia aprenderá a masturbarme. Ella vuelve a tocarme y yo cubro su mano con la mía.

—Más fuerte, *baby*.

Y ella obedece. Su mano sube y baja por mi verga con una presión endiablada.

La perra se acerca a mi pecho, usa la lengua para lamer mis pezones y cierra su boca carnosa alrededor de ellos mientras sigue la masturbación.

—Arrodíllate —ordeno, y mi esposa se arrodilla en el box, frente a mí. Cierro el grifo de la ducha y no dejo de mirarla.

Inclino su cabeza un poco hacia atrás y veo sus ojos inocentes y sumisos mirándome.

—Quiero que me mires así mientras te penetro la boca. ¿Entendiste?

Ella asiente y, con una mano, sujeto la base de mi verga, rozando la cabeza hinchada contra sus delicados labios. Giulia empieza a mamar despacio, pero pronto abre más la boca para dejarme entrar.

—Mi putita fogosa —digo, viéndola arrodillada con mi verga en la boca. Sonríe cuando me oye.

Agarro su pelo con fuerza y acerco su cara deslizando mi verga por su lengua suave, tomando el control de la mamada. Ella cierra los labios a mi alrededor y presiona cada punto mientras su lengua recorre mi longitud.

—Qué buena chupada, *baby*. ¿Vas a aguantar que te la meta entera?

La putita gime y asiente; en respuesta, sigo metiéndome despacio, moviendo su cabeza con un ritmo delicioso. Su boquita pequeña y caliente me vuelve loco.

Voy más profundo hasta que la oigo casi atragantarse al llegar a su garganta.

—Ya te está dando arcadas, pero apenas empecé. ¿No vas a aguantar a tu hombre?

Sujeto su pelo para apartarla, pero mi esposa no se rinde. Quiere seguir chupándome y su sumisión me pone aún más ardiente.

Agarro su nuca con más fuerza y la zorra pasa a chupar mi verga con más ganas, mamando con furia.

Contengo la respiración. Necesito entrar con más fuerza.

—¿Puedo hacerlo a mi manera, *baby*?

Giulia actúa como la esposa obediente y asiente, dándome luz verde para controlar la chupada.

Muevo las caderas hacia la boca cerrada y tiro de su pelo al mismo tiempo, metiendo y sacando mi verga de la garganta de la novata.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero la puta sigue mamando con ganas, mostrándome que aguanta.

Siento el orgasmo acercándose y tumbo más la cabeza de mi mujer.

—Trágalo todo —ordeno, justo cuando sale el chorro de mi semen, con una presión tan violenta que Giulia se atraganta, pero aun así no se aparta.

Mi esposa aprieta mis huevos con cuidado y continúa mamando, saboreando cada gota de mi leche.

Después de eyacular, saco mi verga de su boca y limpio los bordes de sus labios con el pulgar.

—No desperdicies mi leche. Tómala toda —le digo, empujando una gota de semen en su boca y sintiendo a la rubia chuparla como si se muriera de hambre.

La levanto del suelo y la subo encima mío, haciéndola enroscar las piernas alrededor de mi cuerpo. La beso en su rosada boca y saboreo mi propio gusto; aunque no soy fan del sabor del semen, es increíble ver que ese era el sabor que tenía la boca de mi mujer.

Termino de meterle la verga a mi esposa dentro del box y por fin descargo la tensión, dejando a Giulia toda cubierta de mi semen.

Luego nos duchamos otra vez para limpiarnos, y Giulia apoya la cabeza en mi pecho, exhausta por el sexo intenso.

Mientras la ayudo a lavarse, me doy cuenta de que cada vez más tengo sexo con mi mujer por placer y no solo por la obsesión de embarazarla.

Sigo queriendo a mi heredero; de hecho, lo necesito por lo que vi hoy. Quizá mi padre tenía razón cuando dijo que el sexo mejora cuando se complace a la esposa.

Bueno, si sigue así, esta luna de miel pudo haber sido una gran idea.

Y quizá Giulia vuelva a casa con mi hijo en la barriga.

CAPÍTULO 14

Giulia Morello

Giulia Morello

Dante parece feliz.

Después de la mañana inesperada en el baño, tuvimos un día agradable, lleno de paseos y comidas diferentes.

Hicimos buceo para ver los peces, paseamos en barco y mi esposo me mostró varios puntos turísticos de la isla. La Cosa Nostra posee varias islas, pero Dante me dijo que esta es especial. Es la isla donde sus padres, abuelos, bisabuelos y todas las generaciones anteriores de los Morello pasaron su luna de miel.

Volvimos a la habitación al final de la tarde y nos duchamos juntos. No tuvimos sexo, pero él me enjabonó y chupó mis tetas, y yo aproveché para dejar marcas en su cuerpo.

Dante es mío y no aceptaré compartirlo. Y parece que este viaje me está acercando cada vez más a él.

Después de la ducha, le pedí al Don que cenáramos en el resort esa noche. La programación indicaba que habría un show de talentos y sentí curiosidad. Quería ver gente nueva, animarme y divertirme con mi esposo, disfrutando al máximo de lo que más se acercaba a una vida normal.

Mi esposo aceptó y salió a resolver algunos asuntos de negocios para darme tiempo de arreglarme.

Me puse un vestido blanco ajustado, de tirantes finos, y me dejé el cabello suelto. Me hice un maquillaje ligero y me puse mi perfume dulce de Victoria’s Secret. Dante siempre elogia mi aroma y me gusta complacerlo.

Mi esposo me envía un mensaje diciendo que tuvo un imprevisto y que se retrasaría unos minutos. Sé que está en el restaurante y decido ir a encontrarlo, porque quiero sorprenderlo.

Casi llegando al salón, escucho la música animada. Los invitados ya parecen ebrios y cantan felices en el show de talentos.

Sonrío y entro a la fiesta, y el camarero me ofrece una copa de champán en cuanto cruzo la puerta. Tomo la bebida y agradezco con una sonrisa, dispuesta a dar una vuelta antes de buscar a mi esposo, pero mi cuerpo se congela al mirar hacia la barra.

Dante está sentado al lado de una mujer. Es joven, bonita y lleva un escote tan profundo que mi esposo me mataría si siquiera

pensara en salir de casa vestida así, pero con ella no parece importarle.

El Don parece cómodo conversando con ella y ella pone una mano en su hombro, riendo de manera exagerada. Él no se mueve, dejando que la morena lo toque. Y ella continúa insinuándose para él.

La tristeza me invade, comprendiendo que el retraso de mi esposo fue para pasar más tiempo conversando con ella.

Estoy tan impactada que mi copa cae al suelo y, de inmediato, el Don mira en mi dirección.

Sin esperar ni un segundo más, salgo corriendo del salón, sintiéndome la mujer más estúpida del mundo por amar a alguien que, en el fondo, siempre me rechazará y buscará a otras para satisfacer sus deseos.

—¡No huyas de mí, Giulia! ¡Voy a atraparte! —Dante ya está detrás mío y acelero la carrera, intentando con todas mis fuerzas escapar de él y de la escena que acabo de presenciar.

Solo avanzo unos metros cuando siento un brazo fuerte tirarme.

—¿A dónde crees que vas, *baby*?

—De vuelta a la habitación —digo, tirando de mi brazo—. Y tal vez intentaría ahogarme en el mar.

El llanto está atrapado en mi garganta, pero no le daré ese gusto al Don. No me verá llorar.

—No, Giulia, no lo harás.

Consigo zafarme de su agarre e intento correr, pero Dante me detiene de nuevo.

—Déjame volver a la habitación. Así estarás libre de meterle la verga a tus putas —escupo las palabras.

—A la única que quiero meterle mi enorme verga es a ti —avanza, agarrando mi nuca y mi cabello.

Su mirada me fulmina con odio, deseo, todo.

—¿Ah, sí? Porque hace un rato me pareció diferente, mientras esa mujer se restregaba contra ti, ¡y tú la dejabas!

El Don sonríe.

—Estás realmente enamorada de mí, ¿verdad?

Bufo, irritada.

—Pensé que sí, Don, pero acabo de entender que jamás me enamoraría de alguien como tú. —Intento zafarme otra vez, pero no me deja—. Ahora suéltame y déjame ir a la habitación.

—No vas a huir de mí esta vez, Giulia. —Me sostiene con más fuerza—. Tengo planes para los dos.

—No quiero saber de tus planes.

—No te estoy preguntando si quieres. Vas a hacerlo.

No puedo más y dejo caer una lágrima, derramando mi frustración.

—¿Por qué me elegiste? ¿Por qué no me dejaste libre para casarme con un hombre que realmente me amara y cuidara de mí?

—¿Crees que quería casarme, Giulia? —gruñe, aumentando la intensidad del agarre—. Pero soy el Don de la mafia y no hago solo lo que quiero. Me casé contigo por obligación y te protegeré y cuidaré tus necesidades aunque tenga que morir por ello, pero jamás tendrás mi amor. Y si estoy obligado a aceptar mi destino, tú también tendrás que aceptar el tuyo, porque tu esposo soy yo y no admitiré que pienses en casarte con otro.

—Entonces, ¿por qué me trajiste aquí? Si nunca me amarás, ¿por qué estás dispuesto a complacerme?

Él bufa.

—Para intentar facilitar las cosas para nosotros. —Sus ojos se oscurecen—. Y para meterte la verga cuando yo quiera.

—No quiero tener sexo contigo. —Me encojo—. No después de lo que vi.

—No te obligaré, Giulia, pero si me desobedeces o intentas huir de mí de nuevo, pagarás las consecuencias.

—Ibas a engañarme.

—Sacas conclusiones apresuradas.

—¿Podré estar con otros hombres yo también? —lo provoco.

Dante me suelta y pone las manos en los bolsillos, inclinando el rostro para mirarme.

—Si eso es lo que quieres.

—Vas a matarlos a todos —constato lo obvio.

—Uno por uno. Frente a ti.

—Y mientras tanto, puedes engañarme. —Exhalo, indignada.

—Es la última vez que te lo digo, Giulia. No te estaba engañando.

—Entonces, ¿quién era esa?

—Una bailarina de la Cosa Nostra.

Me río con sarcasmo.

—¡Qué bien! Entonces vete a bailar con ella, yo me voy.

—Ya te dije que tengo planes para nosotros esta noche, Giulia, no discutas. —Su tono es duro y me hace detenerme.

—Entonces, ¿por qué estabas conversando con esa mujer? —Me giro y señalo con el dedo la cara de mi marido, que ni se inmuta.

—No me lo pones fácil. —Suspira, impaciente—. Ayer ella estuvo con uno de los jefes de la mafia irlandesa. Me estaba pasando información.

—Información y otras cosas, ¿verdad? ¿Qué necesidad de tocarte y reírse de esa manera?

Dante contiene una risa.

—¿Estás celosa, *baby*?

Sujeto el mentón de mi esposo y me acerco a sus labios.

—Estoy aprendiendo de ti, Don. Y si veo otra mujer tocándote de nuevo, también me encargaré de matarla frente a ti. Puedes estar seguro.

Hay excitación en sus ojos cuando lo suelto, e incluso un poco de admiración.

Si Dante quiere jugar conmigo, entonces entraré en su juego.

Él agarra mi mano y entrelaza nuestros dedos, sonriendo discretamente.

—Vamos. Tengo algo para ti.

Y entonces lo dejo llevarme.



Dante me pide que cierre los ojos y obedezco, esperando su sorpresa. Me ayuda a bajar del coche y caminamos unos metros más, hasta que me detiene sosteniéndome por detrás.

—Abre los ojos, *baby*.

Cuando hago lo que me pide, necesito contener la respiración para no emocionarme. Estamos en lo alto de la isla, en un piso al aire libre, desde donde podemos ver todas las estrellas. Hay velas románticas, cojines y mantas en el suelo, y pétalos de rosas por todas partes, creando una escena espectacular.

—Dios mío, Dante... —Me giro hacia él, con los ojos vidriosos —. Esto es hermoso.

Él esboza una media sonrisa, arrogante y satisfecho al mismo tiempo, tan perfecto que podría morir ahora mismo solo para que su rostro fuera lo último que viera en la vida.

Le tomo los labios y lo beso, de manera lenta y romántica, completamente diferente a cómo solemos hacerlo, pero mi esposo cede, brindándome el cariño que sabe que necesito.

Cuando nos separamos, lo abrazo y él acaricia mi cabello.

—¿Cenamos mientras miramos las estrellas? —pregunto.

—Sí, es una cena tradicional de mi familia. Todas las generaciones lo han hecho en su luna de miel.

Me muerdo los labios, intentando contener un poco la sonrisa, pero fallo estrepitosamente.

Él me lleva hasta una mesa puesta con dos sillas y enseguida aparecen algunos camareros con champán y platos sofisticados. Todo está delicioso y no tardamos en comer. Cuando termino, veo que mi esposo me observa.

—Tienes que confiar en mí, Giulia.

—Me escondes muchas cosas.

—Todo hombre tiene sus secretos, y el sigilo dentro de la mafia es sagrado.

—El matrimonio también lo es —replico.

—No hay otra más que tú. —Suspira, impaciente.

—Si algún día eso cambia, me perderás de inmediato, Dante —amenazo.

—¿Cómo dices?

—Si me engañas, me iré. Saldré de tu vida, desapareceré del mapa.

Dante aprieta la mandíbula y lleva una mano a mi muslo, apretándolo.

—Nunca permitiré eso, Giulia. Eres mía. —Su voz es ronca, baja y cruel—. Y si intentas huir, juro que te buscaré en cada rincón de este maldito planeta.

Me estremezco con sus palabras y él me aprieta más.

—Y sabes que siempre te encontraré. Siempre.

Suspiro, desistiendo de discutir, y miro al cielo, viendo la inmensidad de estrellas brillando.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —Doy una sonrisa triste—. Que como nunca pude salir de casa, todas las noches miraba las estrellas pensando si tú también las mirabas. —Suspiro—. Me sentí tan sola que les hablaba y les pedía que me contaran lo que tú estabas haciendo.

El apretón de Dante en mi muslo se detiene, pero mantiene su mano posesiva sobre mí. Mi esposo guarda silencio, escuchándome.

—He soñado tantas veces contigo... Me preguntaba cómo serías. Cómo sería tu voz, tu color favorito, tu comida preferida. Si me querrías...

Suspiro y cierro los ojos, transportándome a recuerdos del pasado.

—Una vez, cuando tenía 12 años, mi madre entró a mi cuarto y me pidió que dejara de mirar al cielo, que eso era una tontería y que no me convertiría en una buena esposa. ¿Y sabes qué le respondí? —Abro los ojos y miro a mi esposo, sonriendo—. Que algún día mirarías las estrellas conmigo. Que me amarías tanto que, aunque fueras un mafioso, me abrazarías todas las noches y te quedarías a mi lado para contemplar el cielo.

—Giulia…

—Lo sé, Don. Esto no sucederá. Hoy es solo un día especial, para seguir una tradición que tus padres y abuelos siempre hicieron. —Mi voz es tranquila y suave—. Está bien.

—No soy ese hombre, Giulia. No alimentes ese tipo de esperanza porque es una pérdida de tiempo —responde, tan sereno como yo, y aunque no lo demuestra, sus palabras me duelen, porque sé que esperar su amor es perder el tiempo. Eso nunca ocurrirá.

Suspiro y le doy mi última sonrisa triste.

—Lo sé, pero pasé 18 años creyendo en mi cuento de hadas y necesitaré algo de tiempo para desencantarme.

Me levanto de la mesa y voy hacia un montón de cojines, recostándome y mirando al cielo. Contemplo las estrellas que durante tanto tiempo fueron mi única compañía, ya que mis padres no solían hablar conmigo.

Tal vez por eso me aferré tanto a la imagen de Dante. Él era mi esperanza de tener una vida feliz, pero poco a poco mi esposo está destruyendo ese sentimiento, y tal vez, cuando eso suceda, finalmente logre dejar de amarlo.

Pasan unos segundos y el Don se acerca, abrazándome contra su pecho. Huele mi cabello como siempre, y yo suspiro, disfrutando del momento que, a pesar de todo, siempre había soñado.

Dante y yo, mirando las estrellas, juntos.

Estoy casi quedándome dormida cuando escucho su voz ronca susurrar:

—No debí haberte elegido.

Aprieto los ojos con fuerza, evitando llorar. Él se arrepiente de haberse casado conmigo.

Y yo, a pesar de estar rota, herida y dolida, no me arrepiento de haberme casado con él.

Eso duele más, porque lo amo y será casi imposible eliminar todo lo que siento, incluso si él nunca me corresponde.

Y lo peor de todo es tener la certeza de que esta no será la última vez que mi esposo me lastimará.

CAPÍTULO 15

Dante Morello

Dante Morello

Después de la cena bajo las estrellas, mi esposa se apartó. Giulia se mantuvo distante, en su rincón, siempre pensativa, leyendo o escuchando algo en sus auriculares, haciendo todo lo posible por no hablar.

Le di su espacio, porque no quería involucrarme más de lo necesario. Además, estaba pendiente de la situación con los colombianos, y toda esa mierda ya me estaba quitando la paz, ya que no habían localizado al Consejero que se había fugado. El hijo de puta había desaparecido del mapa.

Nuestra luna de miel terminó y tuvimos sexo todos los días, pero, aunque ella no me negaba en la cama, la rubia empezó a intentar alejarse de mí a toda costa.

Dejó de mirarme a los ojos y de iniciar conversaciones o charlas en los eventos a los que íbamos juntos, como siempre había tenido por costumbre.

Giulia se resignó a mi falta de amor y decidió distanciarse, y es evidente que está triste, herida. La chica atrevida ya no existe, pero no puedo hacer nada.

No soy capaz de amarla como ella necesita, y cada día que pasa entristezco más a la niña inocente que esperó toda su vida por mí.

No debería haberme casado con ella.

Esa es la verdad.

Y su tristeza es tan evidente que hasta mi familia ya me está molestando por ello.

—¿Por qué no la envías a casa de sus padres? Se va de vacaciones, ¿cierto? Tal vez estar cerca de su madre la ayude, no sé —pregunta Matteo, y yo me tomo el whisky de un trago, sin importar que sean apenas las siete de la mañana.

Estamos en la empresa, ocupándonos de los negocios, pero la situación con Giulia está pasando los límites y necesito hacer algo al respecto.

—Si haces eso, ella va a pensar que la estás devolviendo a sus padres. Y si esa es tu intención, convertirás a tu esposa en una marginada dentro de la mafia —dice Vittorio, defendiéndola.

Inhalo aire ruidosamente, pensando en la mierda que es mi vida. Los rusos prácticamente nos están declarando la guerra por una disputa territorial, nos hemos enfrentado a los alemanes por culpa de los malditos irlandeses, y no hay ni rastro del Consejero colombiano.

Para empeorar, llevo más de cinco meses casado y Giulia ha menstruado en cada uno de ellos. Y durante su período es cuando más llora y se aleja de mí.

Estoy agotado. Tan agotado que después de la luna de miel decidí no buscarla en esos días del mes. No soporto presenciar su tristeza y mucho menos enfrentar mi fracaso en generar un heredero.

Esta mierda debería ser simple. Y si no actúo rápido, mi padre va a reclamar su cargo de Don de vuelta.

—A veces el estrés está interfiriendo en el proceso de embarazarla —comenta Matteo, también bebiendo whisky—. Irse unos días a la ciudad de sus padres podría ayudarla. Distraer su mente y la tuya.

—Ella no se lleva bien con sus padres —digo, pensando que mantener a Giulia alejada también es un paso atrás en mi lucha por un heredero.

—Pero tú tampoco eres el esposo más cariñoso del mundo, ¿verdad? —responde mi hermano, haciendo que suspire.

—Lo pensaré.

—¿Y te quedarás sin meter la verga todo ese tiempo? —pregunta Vittorio.

—Lo dudo. Mandará la fidelidad a la mierda —responde Matteo—. Ayer en el club pensé que finalmente iba a traicionar a Giulia y meterle la verga a la bailarina.

—Ten cuidado de no estropear las cosas en tu matrimonio. Tu esposa es celosa, pero no es tonta —dice Vittorio.

Bufo, cansado, porque la verdad es que he pasado más tiempo del necesario en los clubes de la Cosa Nostra para no ver la tristeza de Giulia.

Ayer, intentando despejar mi mente de los problemas de nuestro matrimonio, dejé que una de nuestras bailarinas se restregara contra mí, pero no fue lo que esperaba porque todo lo que hacía era pensar en Giulia.

En cómo bailó para mí cuando la elegí como esposa. En cómo su cuerpo es la maldita perfección y su aroma es la droga más adictiva del planeta.

No, ni siquiera podría besar a otra mujer.

Al final, le di dinero a la bailarina y decidí ir a casa antes de llevármela a la cama, cosa que a ella no le gustó, pero me importaba un carajo. No tenía ganas.

Me duché para quitarme el perfume de la otra mujer, desperté a mi esposa y tuve sexo con ella, enloquecido por su aroma, su sabor y su cuerpo. No me arrepentí. Giulia tiene la vulva más deliciosa y apretada del maldito planeta, y nunca me cansaré de eso.

Sin embargo, a pesar del buen sexo, la situación entre nosotros es un desastre.

—Soy un hombre adulto. Sé cuidarme solo —gruño y me levanto, saliendo de la oficina sin despedirme.

Apenas he llegado y ya he decidido volver a casa, porque sé que mi esposa aún no ha ido a la universidad y quiero solucionar este lío de una vez por todas.

Estoy enfadado con Giulia por estar triste, pues desde el principio le advertí que no alimentara ninguna maldita esperanza de hacer que yo la amara, pero no me escuchó.

Si al menos me diera un heredero, tal vez las cosas cambiarían, pero nuestro matrimonio, que ya se basaba únicamente en el sexo, se ha reducido aún más a eso.

Tenemos sexo con fuerza y con rabia, usando bofetadas, mordiscos y arañazos en lugar de palabras para demostrar toda nuestra frustración con el otro. Tenemos sexo duro y caliente todos los días, pero esos son los únicos momentos en que estamos juntos.

Llego a la mansión y subo las escaleras de dos en dos para ir a su habitación, pero no la encuentro. No necesito buscar mucho, porque cuando entro en mi suite, veo a mi esposa parada, de espaldas a mí.

—¿Qué estás haciendo?

No responde, así que camino bruscamente hacia ella.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo en mi cuarto, Giulia?

Sujeto su brazo y la giro para mirarme, y entonces veo la camisa que usé la noche pasada en sus manos.

Solo me tomó medio segundo entender que mi esposa estaba oliendo el aroma de otra mujer. El perfume de las bailarinas es fuerte y hasta yo lo percibo desde aquí.

—Giulia, ¿por qué estás revisando mis cosas? —gruño, enojado conmigo y con ella, tirando la prenda al suelo.

—¿Dónde estuviste antes de venir a casa y acostarte en mi cama, Dante? —Su voz está cansada, y por Dios, nunca había visto a mi mujer tan triste como ahora.

Intento acercarme.

—No —me interrumpe y da un paso atrás. Abraza su propio cuerpo y sus ojos están rojos de tanto llorar—. Ni hace falta que me lo digas. Ya lo sé.

Me quedo sin palabras, porque no voy a justificar lo injustificable. A pesar de no haberla engañado, no soy un santo y casi estuve con otra mujer. Además, Giulia no me creería y no tengo paciencia para convencer a nadie de nada.

Esta situación me está haciendo perder la cabeza. Ella no debería esperar la fidelidad que nunca le prometí.

Aun así, siento molestia al ver que está tan herida. La chica me quiere.

Giro el rostro hacia la pared, porque es casi doloroso mirarla. Es como si pudiera ver su corazón rompiéndose y convirtiéndose en polvo.

Y ni siquiera espera una respuesta, porque sale de mi cuarto y me deja solo.

Respiro hondo y voy tras ella, abriendo la puerta de su habitación sin pedir permiso.

—Giulia —llamo, pero me ignora. Está frente a la ventana, mirando nuestra propiedad, y puedo ver que está llorando—. Mírame, es una orden.

Se limpia el rostro y hace lo que le pedí, y me siento un mierda por lastimarla. Quizá Matteo tenga razón y lo mejor sea darme un tiempo lejos de ella.

—Prepara tus cosas. Te vas a la casa de tus padres.

La conmoción se refleja en su rostro.

—Dante, ¿me vas a devolver? —Sus lágrimas caen y ya no se preocupa por disimular el llanto.

—Necesito pensar, Giulia. Esto no está funcionando.

—No quiero irme —solloza—, por favor.

—No es una pregunta ni un pedido. Te estoy dando información. Mañana uno de mis soldados te llevará a la ciudad de tus padres.

—Dante, por favor, me tratarán como a una marginada. No me rechaces así. Mejoraré como esposa para ti —implora, secándose las lágrimas y tratando de sonreír, pero sin éxito.

—No compliques las cosas. Y no implores, ¡maldita sea!

—¿Vas a anular nuestro matrimonio? ¿Quieres casarte con otra mujer?

Me froto el rostro, impaciente.

—Te enviaré dinero y alquilaré un departamento para que no tengas que estar con tus padres. —Suspiro, sin responder sus preguntas—. Pondré a mis hombres para protegerte y proveer lo que necesites.

—¿Vas a anular nuestro matrimonio, Dante? ¿Te vas a casar con la desgraciada que estuvo contigo anoche? —repite, caminando hacia mí. Me da un puñetazo en el pecho y me quedo ahí parado, dejando que descargue su frustración conmigo.

La miro a la cara y solo veo dolor y sufrimiento. Y lo peor es que ni siquiera siento lástima. Siento rabia. Rabia conmigo mismo por haberla elegido y rabia con ella por no haberse quedado embarazada.

¡Ojalá estuviera embarazada de mi hijo…!

No respondo a su pregunta y aparto la mirada, porque no tengo las respuestas que busca. No sé qué hacer ni si me casaré con otra persona. Soy un hombre impulsivo pero racional, y quiero estar seguro de mis decisiones.

—Sal —dice, y la miro, sorprendido—. Sal de mi habitación. Voy a empacar mis cosas. Y dile a tu soldado que partiré en una hora.

Mi esposa se limpia el rostro, borrando las últimas lágrimas que derramó por mí.

Reúne lo que le queda de fuerza y dignidad, y me demuestra que cumplirá mi orden sin rogar más.

—Y ten por seguro algo, Dante. Esta es la última vez que me verás pidiendo quedarme contigo. En cuanto salga de esta casa, serás tú quien ruegue por mí si quieres tenerme de vuelta.

Asiento con la cabeza y salgo de su habitación, sintiéndome peor que antes de enviarla de regreso.

Tal vez no debí haber escuchado los consejos matrimoniales de Matteo, que es el último cabrón en el mundo que sabe algo sobre matrimonio. Pero qué más da.

No voy a retractarme.
Giulia necesita espacio, y mientras tanto, decidiré qué hacer.

CAPÍTULO 16

Giulia Morello

Giulia Morello

Estoy destrozada y mi corazón se ha convertido en polvo, pero a partir de ahora decidí que Dante no tendrá mis lágrimas.

No más.

Hoy debía ser uno de los días más felices de mi vida. Llevamos meses intentando tener un hijo y, por primera vez, mi ciclo está retrasado.

No escuché a Dante salir por la mañana, así que fui a su habitación pensando que lo encontraría. Mi intención era llamarlo para que me acompañara al laboratorio e hiciéramos un examen, pero apenas vi la camisa arrugada en el suelo, un instinto me hizo acercarme y olerla.

Soy una mujer celosa. Al fin y al cabo, estoy encerrada para servir a mi esposo y nunca le niego mi cuerpo. Él no tiene motivos para engañarme.

Así que, cuando sentí el perfume femenino de otra mujer en su ropa, mi mundo se derrumbó. Dante me destrozó por completo, porque hasta ese momento yo creía en su lealtad, confiaba en su palabra.

Desde la luna de miel no había tenido motivos para desconfiar de él, pues parecía fiel, aunque no me amara de la manera que yo deseaba.

Pero en cuanto agarré su camisa y sentí que había otra mujer entre nosotros, todo se vino abajo.

Siempre le dije que si existiera otra, me iría, pero en ese instante solo deseé que fuera mentira, porque sabía que moriría lejos de él, del hombre que amo.

El dolor fue tan intenso que pensé que no podría soportarlo. Creí que no podía empeorar, pero cuando él entró y lo confronté, y ni siquiera se molestó en negarlo, fue como hundir un cuchillo en mi corazón.

Era verdad. Dante estaba con otra.

Mientras yo me alegraba por primera vez en meses, investigando nombres y ropitas de bebé en internet, mi esposo estaba en la cama con otra mujer.

Y pensé que había caído de paracaídas en una pesadilla cuando el Don me dijo que recogiera mis cosas y volviera a la casa de mis padres.

Me trató con indiferencia, me usó en la cama como quiso, me traicionó y ahora me enviaba lejos.

Mi estómago se revolvió de náusea al escuchar su orden, y aun así tragué mi orgullo y le pedí quedarme. Era mi esposo, no había hecho nada malo, y aun así me rechazó. Me miró como si yo fuera culpable de todo, como si me tuviera rabia y asco.

Dante mató mi alma de todas las maneras posibles.

Solo esperé a que saliera de mi habitación para correr al baño y vomitar. De tanto contener las lágrimas, mi cuerpo reaccionó expulsando todo lo que había desayunado.

Mi sufrimiento fue tan intenso que el dolor se volvió físico, palpable, y pensé que no podría soportarlo.

Y para completar mi ruina, al quitarme la ropa para ducharme, vi sangre en mi ropa interior.

El ciclo, que estaba retrasado, finalmente llegó. Y la menstruación solo confirmó una vez más que no hago nada bien. Que no puedo siquiera quedar embarazada, a pesar de tener relaciones todos los días para lograrlo. Mi mayor fracaso.

Muerdo mi mano para no llorar, recordándome que Dante no merece mis lágrimas. Mientras tanto, el agua cae sobre mí y lava la sangre y toda la esperanza que aún guardaba dentro.

Cuando finalmente salgo de la ducha, siento mi cuerpo exhausto por la intensidad de lo vivido, pero estoy cansada de luchar.

Aceptar mi destino y vivir una nueva vida será lo que tenga que hacer.

Por eso preparo mis maletas en silencio, tirando toda la ropa cara y los zapatos de marca que recibí, pero que nunca me sirvieron

de nada. Las cosas más importantes de la vida son aquellas que el dinero no puede comprar.

Escucho un golpe en la puerta y me avisan que el chofer ya me espera afuera. Algunos soldados me ayudan a bajar con las maletas y no vuelvo a ver a Dante, que probablemente ya salió de la casa. Sin despedirse, sin arrepentimiento.

Que se joda. Esto solo me motiva.

La ventaja de estar en el fondo del pozo es que no hay más manera de hundirse, y me esforzaré en los próximos días por encontrar un modo de sobrevivir. Buscar un motivo, un propósito en la vida.

Así que, al subir al coche y el chofer acelerar para alejarme de la mansión que solía llamar hogar, trago mis lágrimas y pienso que tal vez exista un Dios que me está dando la oportunidad de ser feliz.

Porque quizás, ahora lejos de Dante, finalmente tenga mi libertad.

Y encuentre otra forma de amor. El mío propio.



Llego a la ciudad de mis padres y pongo los ojos en blanco al verlos en la puerta del hotel donde me hospedaré hasta encontrar un apartamento.

Bajo del coche con el estómago revuelto y le ordeno a uno de los soldados que lleve mis maletas a la habitación. Ni siquiera miro a mis padres; no merecen más que mi indiferencia.

—¿Qué mierda hiciste para que tu marido te mandara de vuelta? —gruñe mi padre acercándose violentamente, pero otro soldado de Dante se coloca a mi lado y él retrocede.

—Giulia y su boca grande. Intentamos disciplinarte, pero desperdiciaste la oportunidad de tu vida con tu actitud insolente —completa mi madre.

—Eres una inútil. Vas a traer una vergüenza enorme a nuestra familia.

—Nos van a ridiculizar dentro de la Cosa Nostra por tu culpa. Te convertirás en una marginada. —Mi madre retuerce el rostro al hablar, pero a pesar de la crueldad de sus palabras, no me lastiman.

Dante ya me ha destrozado tanto que no queda nada en mí que pueda ser herido.

—Hola, papá. Hola, mamá. También es un placer verlos —ironizo—. Estoy bien, gracias por preguntar. Ahora, si me permiten, voy a mi habitación a descansar.

—Vas a quedarte con nosotros y te castigaremos a nuestra manera —dice mi padre, agarrándome la muñeca.

El soldado de Dante agarra su arma, pero yo niego con la cabeza. Yo misma me encargaré de este asunto.

Tiro de mi brazo con fuerza y le señalo la nariz a mi padre con un gesto arrogante que nunca me había atrevido a mostrar frente a él.

—A pesar de sus palabras crueles, aún no me he separado de mi marido y sigo siendo la esposa de su Don. Por lo tanto, me deben respeto, les guste o no. Y si se atreven a tocarme, molestarme o amenazarme de nuevo, personalmente ordenaré que sean excluidos de la Cosa Nostra. —Sonrío con crueldad—. Y créanme, Dante no me dirá que no. Él los castigará con una sonrisa en el rostro.

Mis padres retroceden un paso, consumidos por la rabia.

—Ahora, si me permiten, voy a mi habitación. Espero no volver a verlos.

Y así me marcho, con la cabeza erguida, caminando sobre mis tacones y decidida a no permitir nunca más que nadie me humille.

Ni mi esposo, ni mis padres, ni ninguna otra persona en este maldito mundo.



Ya ha pasado una semana desde que salí de casa y Dante no me ha buscado ni una sola vez. Hay soldados por todas partes vigilando y controlando mis pasos, pero el Don ni siquiera se ha molestado en llamarme para preguntar cómo estoy.

En los primeros dos días, la tristeza me consumió y me atiborré de dulces y helados mientras veía varias series en la televisión. No quería vivir más y era más fácil observar la vida de los demás que reflexionar sobre la mía.

En los días siguientes, fui mejorando poco a poco. Volví a comer saludablemente, empecé a correr en el parque para ejercitarme e incluso comencé a frecuentar la biblioteca de la ciudad, disfrutando de mi vida como "chica normal" por primera vez.

La gente me reconoce y aún baja la cabeza al verme, con miedo de quién soy, pero sé que a mis espaldas hacen chismes sobre mí y se preguntan por qué estoy aquí y no al lado de mi marido, en mi supuesta casa.

Antes me importaba eso, pero ahora no, así que cada vez que escucho a alguien hablar de mi vida, me pongo los auriculares y corro más. Más rápido. Más kilómetros. Más cansancio.

El agotamiento de mi cuerpo me hace olvidar un poco mis problemas y eso es increíble.

Y por eso decidí inscribirme en clases de tenis en el club de la ciudad. Practicar deportes ha liberado la hormona de la felicidad en mis venas y Dios sabe cuánto la necesito.

Tuve que pedir permiso a mi esposo para practicar el deporte, pero preferí llamar a Vittorio antes que a Dante. Siempre tuve

afinidad con el Consejero de la mafia, y mi respuesta también vino a través de él, diciendo que el Don había autorizado mis clases.

Después de una semana viviendo mi nueva vida, sin saber si volveré o no con mi esposo, decidí dejar de lamentarme y participar de mi primera clase.

—Lo estás haciendo muy bien. Estás atenta —me anima mi profesor mientras intento acertar todas las pelotas que me lanza, y modestia aparte, lo estoy logrando.

Me esfuerzo al máximo para conseguir lo que quiero, y mi nuevo objetivo es ser buena en el tenis.

Mi clase termina y estoy exhausta. Exhausta y feliz en la misma proporción. Estoy empezando a hacer cosas por mí misma, y eso me da un poco de sentido en la vida.

Me siento en una mesa a la sombra para beber agua y mi profesor se acerca, felicitándome.

Se llama Haroldo y debe tener como máximo un año más que yo. No tengo idea de quién es ni de su familia, ya que crecí atrapada en mi casa, pero ha sido tan amable que me da pena no haber conocido más hombres en mi vida.

—Si sigues así, te volverás profesional —bromea.

—No exageres.

Sonríe con sus dientes perfectos y su sonrisa es tan tierna que casi cierra los ojos al hacerlo. Haroldo es rubio, de ojos azules y muy atractivo.

—Pero me gustaría tomar más clases. De hecho, me gustaría hacerlas todos los días, si es posible. Incluso sábados y domingos —agrego.

—Está bien, pero suele ser caro.

—El dinero no es problema.

Al menos Dante no se ha negado a darme eso; me envía una cantidad exorbitante de dinero e incluso me deja con tarjetas de crédito ilimitadas.

—Me gustaría decir eso algún día —dice, sonriendo sinceramente.

—Créeme, hay cosas más importantes que eso. Cosas que ningún dinero puede comprar.

—Sí, tienes razón, pero un poco de plata no le hace mal a nadie.

Sonreímos y seguimos conversando hasta mi próxima clase. Coordino mis horarios con él y voy a mi pequeño apartamento que alquilé hace unos días.

Tomo una ducha relajante, ceno mi ensalada y me dejo caer en la cama, pensando que quizás hoy, agotada como estoy, podré dormir rápido, pero no.

De nuevo, el insomnio me consume.

Y la razón tiene casi dos metros de altura, un cuerpo esculpido por los dioses y un corazón que nunca será mío.

Intento olvidarlo, meterlo en lo más profundo de mi mente, pero el mafioso arrogante insiste en dominar hasta mis pensamientos más íntimos.

Rindiéndome al deseo, corro mi ropa interior hacia un lado y llevo mis dedos a mis pliegues, tocándome y recordando todo lo que quería que Dante hiciera conmigo.

Tengo un orgasmo y susurro su nombre, limpiando una lágrima rebelde que recorre mi rostro al darme cuenta de que quizás nunca más sentiré su cuerpo, pero al menos puedo tenerlo en mi mente y usar los recuerdos de lo que hacía conmigo para llegar al placer, porque nuestro sexo era salvaje, duro y sucio, y siempre lo quise así.

Me volví adicta (como una drogadicta) al cuerpo de Dante y a las sensaciones que me provocaba, porque, a pesar de todo, esos momentos me anestesiaban; me hacían sentir algo más que tristeza y sufrimiento.

Me limpio en el baño y regreso a la cama, ahora sí, agotada y extenuada al extremo.

Solo entonces logro dormir, porque es más fuerte e intenso que yo, pero mi cuerpo aún no entiende que el Don de la mafia ya no me quiere en su cama.

Y duele demasiado pensar que tal vez tampoco me quiera en su vida.

CAPÍTULO 17

Dante Morello

Dante Morello

—¿Quién te envió? —digo, despacio, mientras rodeo al hombre colgado por las cuerdas en el Galpón.

Intentó matarme hace cuatro días y desde entonces lo hemos estado torturando para sacarle información, pero el soldado no ha abierto la boca.

—Arráncale los ojos de una vez —dice Matteo, en un rincón de la sala, observando la escena.

—Le daré una última oportunidad —respondo, mirando a los ojos al hombre frente a mí.

Está al borde de la locura, pero no se entrega. Es un soldado leal, bien entrenado, y lo que más me enfurece es que sea italiano. Alguien está usando a mi propia gente contra mí.

Su cuerpo está cubierto de sangre por nuestros métodos, pero es la privación de sueño lo que más lo tortura. Tras tantos días sin dormir, su cerebro debe estar a punto de colapsar y sus músculos están exhaustos.

La privación de sueño suele ser más eficaz que las golpizas cuando se trata de arrancar información de nuestros enemigos. La presión arterial elevada, la confusión mental, las alucinaciones y otros efectos son resultado de varios días sin dormir, pero el desgraciado no se rinde.

Estaba a punto de terminar con esto cuando mi teléfono móvil vibra. Suspiro al ver que es uno de mis soldados actualizándome sobre Giulia. Hace una semana y media que estamos lejos, y nada es como imaginé. Todo está jodidamente distinto.

Pensé que no la echaría de menos y que me sentiría aliviado de no ver su tristeza en los rincones de la casa, pero la verdad es que mi mansión perdió todo su calor y brillo cuando la rubia de 18 años se fue.

He estado durmiendo en la oficina para evitar regresar a casa, porque me molesta entrar y percibir que su aroma sigue por todas partes. Pero lo que más me incomoda es saber que todavía deseo su cuerpo todos los días, extraño su voz, su curiosidad e incluso su lengua afilada.

Está almorzando con su profesor de tenis.

Otra vez ese hijo de puta.

Gruño al teléfono móvil y señalo a Matteo, sin paciencia para continuar el interrogatorio.

—Arráncale los ojos y haz que se los coma. Tortúralo como quieras y termina este maldito trabajo. Descubre quién envió al desgraciado. Me voy.

Mi hermano asiente y salgo del galpón, intentando decidir qué hacer con mi descarada esposa.

Le permití tener clases de tenis y vivir una vida normal por un tiempo, pero no voy a permitir que tenga a otro hombre a su lado. Aunque nuestro matrimonio sea anulado.

Pensar en eso me revuelve el estómago, porque desde que Giulia salió de casa, no hago más que pensar en esa hija de puta atrevida.

Estaba dispuesto a separarme de ella e incluso consideré encontrar a otra mujer, pero mi cuerpo implora por el de ella y sé que esta mierda nunca pasará, que ninguna otra podrá hacer conmigo lo que solo ella ha logrado.

Me está volviendo loco.

Subo al coche y voy directo a un club nocturno, agarrando a una bailarina rubia por la nuca y llevándola inmediatamente a mi oficina. De manera inconsciente, busqué a la que más se pareciera a Giulia.

Viene, sonriendo satisfecha, y la obligo a arrodillarse, pero antes de que pueda bajarme los pantalones, me froto la cara con las manos y grito:

—¡Detente!

—¿Qué hice mal? —Su voz refleja miedo.

—Solo vete —ordeno.

—Quiero hacerte disfrutar —insiste.

Resoplo, impaciente, porque sé que no podría lograrlo.

Tendría que cerrar los ojos para sentir algo de deseo. Tendría que fingir que era mi joven esposa la que me complacía, aunque sabía que esa bailarina jamás podría hacerlo como ella lo hacía.

Mi inocente esposa, a quien enseñé y moldeé para que hiciera todo a mi manera.

Giulia me envenenó. Me hizo adicto. Estoy jodido. Y todo lo que deseo es su dulce y caliente boca alrededor mío.

—No insistas. Te dije que te vayas.

—Don...

Saco mi cartera, tomo algunos billetes y se los entrego a la mujer frente a mí. Ella intenta replicar.

—¿Qué más tengo que decirte para que entiendas que no te quiero, carajo? —digo, girando la cara. Ni siquiera la soporto.

La bailarina finalmente se rinde, dejándome solo.

Me froto el rostro, frustrado, porque desde que Giulia se fue incluso pensé en buscar calor en otros cuerpos, pero sabía que nunca sería suficiente.

Antes de casarme, probé más vulvas de las que puedo recordar, pero ninguna jamás se comparó con el sexo ardiente que tenía con mi esposa en la cama.

Mientras tanto, ella se acerca cada vez más a un chico que no tiene dónde caerse muerto y que ya debería haber matado hace tiempo.

Sin paciencia, marco su número por primera vez desde que se fue.

—Si sigues viendo a ese hijo de puta, lo mato. Solo te lo advierto una vez —digo en cuanto mi esposa contesta el teléfono.

Oigo su respiración agitada desde el otro lado, e incluso eso lo echo de menos. Ver cómo temblaba ante mí.

—*Hola para ti también* —ironiza, recomponiéndose de inmediato—. *No sé de qué hablas.*

Inhalo profundamente.

—No eres tonta y no te lo voy a repetir. Me desobedeces y recibirás la cabeza del inútil de tu profesor de tenis de regalo en una caja de zapatos.

—Como si te importara algo de mí.

—No me provoques. Ya te lo advertí —amenazo y corto la llamada, maldiciendo mientras entro al coche rumbo a mi casa.

Y maldigo mil veces más cuando abro la puerta de su habitación, esperando verla lista para mí como siempre estuvo.

Insulto al recostarme en su cama, aspirando el aroma de su almohada solo para disfrutar su perfume un poco más, porque tener una química inexplicable con alguien es jodidamente peor que enamorarse. Y Giulia está volviendo loco.

Comienzo a odiarme por todo lo que su ausencia está haciendo con mi mente, pero aun así me hundo en su almohada y duermo oliendo su aroma, porque es la única manera en que he podido descansar.



Agito el vaso de whisky y llevo el líquido ámbar a mis labios, disfrutando del sabor de la costosa bebida. Mis ojos están fijos en un punto, pero mi mente está en otra parte.

—La privación de sueño siempre será mi método favorito para torturar a los enemigos hijos de puta —comenta Matteo, satisfecho. Solo asiento con la cabeza, sin prestar demasiada atención a lo que dice.

Vittorio y él conversan sobre los últimos acontecimientos, pero no me esfuerzo por participar en la charla.

—¿Qué te pasa, carajo? —gruñe mi hermano, lanzándose en el sillón a mi lado—. Derrotamos a los alemanes, conseguimos una tregua con los rusos y tú estás con esa cara de mierda.

Estamos en la casa de mis padres, en la cena semanal, y mis hermanos y yo esperamos en la sala a que la comida esté lista.

—Estás extrañando a tu esposa —responde mi padre, finalmente llamando mi atención.

Inhalo el aire de manera audible y me sirvo un poco más de whisky.

—Déjenme en paz —es todo lo que respondo, sabiendo que mi padre tiene razón.

He intentado ocupar mi mente con trabajo y asuntos de la mafia; hemos conseguido victorias en casi todo, excepto en encontrar al colombiano hijo de puta que desapareció del mapa, pero aún así Giulia no se va de mi cabeza.

Necesito decidir qué hacer.

Necesito un heredero para continuar como Don, Giulia no puede darme eso, y la mafia es más importante que cualquier mierda en mi vida. Hice un juramento y soy leal a la Cosa Nostra, pero la rubia me está volviendo loco.

—Busca a tu esposa antes de que sea demasiado tarde —dice Vittorio, y frunzo el ceño de inmediato.

—¿De qué carajo hablas?

—Ha pasado demasiado tiempo con su profesor de tenis.

—Es solo un chico de 19 años —desprecia Matteo.

—Un chico de 19 años que mira a tu esposa como un hombre mira a una mujer. Él la desea, Dante. Y Giulia está necesitada. Si juntas hambre con deseo, pronto estarán juntos —explica Vittorio.

—Y otro hombre va a calentar la cama de tu esposa —deduce mi padre.

—Solo si quiere morir —gruño, lanzando el vaso con whisky y todo dentro de la chimenea.

Pongo una mano en la cintura y la otra en el puente de mis ojos, respirando profundo.

Desde que llamé a Giulia para amenazar a su profesor, ella insiste en continuar viéndose con ese hijo de puta. Intenté ser paciente y bondadoso, pero mi esposa está cruzando todos los límites.

—Voy a matar a ese hijo de puta. Fui demasiado paciente, pensando que un poco de espacio le haría bien, pero veo que tendré que mantener a la insolente de mi mujer en un maldito cautiverio.

—Giulia no tiene culpa de ser deseada. Y mis hombres vieron que el interés es solo del chico; tu esposa es inocente —interviene mi padre, dejando claro que conoce hasta el más mínimo detalle de nuestras vidas.

—¿Tus hombres? ¿Has puesto hombres para vigilar a mi esposa? —siseo entre dientes.

—Estabas ocupado lidiando con los rusos y los alemanes. Solo quise verificar cómo estaba mi nuera.

No es casualidad que mi padre fuera Don. Siempre atento a todo, incluso a los detalles más mínimos.

Mientras tanto, esta chica de 18 años me hace perder la cabeza.

—Manda a los soldados a cortarle la cabeza al desgraciado y a entregársela en una caja de regalo a mi esposa. Ella aprenderá a nunca más jugar con lo que no debe —digo a Matteo, quien sonríe satisfecho. Mi hermano es un sádico que disfruta matar y torturar. Yo no soy muy diferente.

—Dante —mi padre intenta advertirme, pero levanto un dedo hacia él.

—Mi mujer, mi asunto —replico—. Y si piensa en ser infiel, le mostraré quién manda.

—Tú tampoco has sido discreto, Dante —interviene Vittorio—. Las portadas de revistas disfrutan mostrar tus fotos junto a otras mujeres que no son tu esposa.

—No traicioné a Giulia. ¡Nunca pude siquiera besar otra boca, maldita sea! —gruño.

Salí con otras mujeres tratando de distraerme, pero mi esposa me envenenó tanto que no soporté pasar media hora cerca de otra. Detestaba las conversaciones, los temas, y buscaba excusas para irme antes de cenar.

Todo lo que hacía era pensar que ninguna se compararía con ella. Nada sería suficiente para satisfacerme.

Es como si Giulia me hubiera drogado y ahora necesito de ella para sentir placer.

—Lo sabemos, carajo, pero los rumores dicen otra cosa —interviene Matteo.

—Tienes que decidirte. Si vas a anular este matrimonio o si vas a volver con tu mujer —dice Vittorio—, porque pronto la gente comenzará a comentar y perderás respeto dentro de la mafia.

—¿Perder respeto por qué, carajo? —grito—. He matado a cada maldito enemigo, he torturado a cada uno que se volvió contra mí y he triplicado las ganancias desde que estoy al mando.

—Como Don, estás siendo mejor que yo —interviene mi padre —, pero tu mujer es joven y hermosa, y no estará sola por mucho tiempo. Estás dando oportunidades para que usen eso en tu contra.

—Antes de que Giulia me traicione, la mataré.

—Te gusta —comenta Matteo.

—Estoy obsesionado con ella, es diferente.

—En nuestro mundo es lo mismo. La posesividad y el amor se confunden —dice mi padre, sonriendo por primera vez—. Solo tú no ves cómo estás trastornado desde que se fue. Las putas no te satisfarán, Dante. Puedes acostarte con todas las mujeres de Italia que nunca será suficiente. Y eso es porque no las amas. —Se acerca

y pone la mano en mi hombro—. Y no hay nada de malo en que un mafioso ame a su propia esposa.

Antes de que pueda responder, mi madre entra a la sala.

—Yo hablaré con ella —dice Francesca—. Traeré a mi nuera al lugar del que nunca debió salir.

—No interfieras en mi matrimonio —aviso.

—Entonces toma la iniciativa antes de que tu esposa se enamore de otro.

—Eso no pasará.

Ella sonríe, pero sin humor alguno.

—Eso es lo que tú crees, hijo. El amor de una mujer es como una flor. Si no lo cuidas, algún día morirá, y florecerá con otro que sepa regarla.

—Mamá... —digo en tono amenazante—, no te metas.

—No me meteré. Solo la invitaré a mi fiesta el sábado.

—¿Qué fiesta? —Arquea una ceja Matteo.

—De cumpleaños. Haré una celebración aquí en casa y llamaré a todos los miembros cercanos de la mafia, y eso incluye a mi nuera.

—Tu cumpleaños es dentro de un mes, querida —dice mi padre.

—Pero voy a celebrarlo antes. Y llamaré a Giulia, queriendo tú o no, porque la fiesta es mía e invito a quien quiero —dice mi madre con la nariz en alto—. ¿O el Don no me lo permitirá?

Resoplo, impaciente.

—Haz lo que quieras.

—Lo haré. Y la cena está lista —responde mi madre con una sonrisa, caminando hacia el comedor como si nada hubiera pasado.

Miro a Matteo y susurro.

—Resuelve lo que te pedí.

—Claro, Don. ¿Prefiere algún color para la caja de regalo? —dice el sádico, sonriendo abiertamente.

—Dante, deja que yo me encargue de esta mierda —interviene Vittorio, haciéndome suspirar.

—Deja de arruinar la diversión, Vittorio —gruñe Matteo.

—Don, ¿alguna vez he intentado algo y no lo he logrado?

Me quedo en silencio, mirando a mi hermano. No le doy respuesta, porque ya sabe. Vittorio nunca me ha decepcionado.

—Entonces dame tu confianza. Ese profesor de mierda desaparecerá de la vida de tu mujer y Giulia volverá a casa.

Suspiro, cansado de este asunto, y asiento, dejando que mi consejero se encargue de todo.

Hasta entonces, necesito decidir qué hacer con Giulia, porque estoy como una bomba a punto de explotar.

Y no será bonito cuando eso suceda.

CAPÍTULO 18

Giulia Morello

—¡Vamos, Giulia! ¡Tú puedes! —Escucho a Haroldo animarme mientras juego mi primer torneo de tenis como principiante.

Hace tres semanas que no veo a mi marido, y confieso que el dolor en mi corazón sigue siendo demasiado intenso. Hace una semana y media me llamó para amenazarme, pero pensé que, si no

le daba importancia, vendría a buscarme, a verme, porque su odio siempre sería más intenso que su indiferencia. Pero Dante me ha olvidado.

Todo me recuerda a su olor, a su voz, a su toque, y las noches se han vuelto cada vez más solitarias al pensar que quizá nunca más volveré a estar en su cama.

Por eso he tratado de distraerme al máximo, y mi enfoque ahora es el tenis.

Termino el partido y consigo mi primera victoria, y me pongo tan feliz que salto celebrando y grito varias veces. Haroldo celebra conmigo y sonríe; además de ser mi entrenador, ha sido un gran amigo.

—Tenemos que celebrarlo. Ven a cenar a mi casa hoy —me invita—. Mi madre cocina increíble.

—No sé, Haroldo…

—Mi familia es sencilla, pero muy acogedora. Estoy seguro de que les encantará conocerte.

Los ojos del rubio brillan y confieso que temo que él esté alimentando esperanzas sobre algo que jamás podré darle.

No solo porque estoy casada con el Don italiano, sino porque sé que, incluso si Dante decide anular nuestro matrimonio, mi corazón siempre será suyo. Pero mientras mi esposo ignora mi existencia, junto a Haroldo me siento acogida, me siento importante.

—Por favor, Giulia. Te mereces celebrar. Es tu primera victoria. No puede ser que pases este día tan importante sola en tu apartamento comiendo ensalada. Hoy es un día especial —insiste.

—Está bien, iré —digo, y su sonrisa se ensancha.

Haroldo viene a despedirse y trata de abrazarme, pero mi cuerpo se tensa y él entiende la señal. Finge que nada pasó y se aleja sonriendo, diciendo que me recogerá más tarde.

Suspiro y voy a mi apartamento, rezando desde el fondo de mi corazón para que Dante no decida hoy recordar que existo.



—¡Wow! ¡Estás maravillosa, Giulia! —me elogia Haroldo en cuanto me ve, y sonrío, un poco incómoda.

—Tengo que usar mi ropa elegante en algún lugar —bromeo, entrando en su coche e ignorando a los brutales soldados de mi esposo que me miran en ese preciso momento.

Llegamos a la casa de Haroldo y su familia es realmente muy acogedora. Su origen es humilde y su casa es sencilla, pero sus padres y ocho hermanos son tan afectuosos que me doy cuenta de que, a pesar de eso, él es millonario.

Daría todo lo que tengo por tener también ese amor.

La cena es animada y ruidosa, y la madre de mi profesor cocina realmente bien.

—¡Su lasaña está deliciosa, señora!

—Si quieres, te paso la receta, querida. Es de familia, pero mi hijo te aprecia tanto que siento que ya te conozco desde hace años —responde ella, haciéndome sonrojar.

Terminamos de comer y voy a la cocina a ayudar con los platos. Nunca lo había hecho, pero es agradable sentirme normal por primera vez.

Algunos de los hermanos están casados y todas las cuñadas también se unen alrededor del fregadero, lavando y conversando sin parar.

Hasta que el tema apunta hacia mi matrimonio.

—Giulia, estás casada con ese CEO, ¿verdad? Creo que te he visto junto a él en mil portadas de revistas —dice una de ellas.

La familia de Haroldo es tan bondadosa e inocente que realmente piensa que Dante es solo un empresario muy rico, y no un mafioso que domina toda Italia.

—Las revistas de chismes dicen que ustedes van a anular ese matrimonio —comenta otra.

Suspiro, incómoda. Sabía que esto tarde o temprano pasaría, pero aún me duele escucharlo.

—Es complicado —respondo.

—Me imagino. Otras revistas no paran de mostrar fotos de él con… —comienza otra, pero la madre las interrumpe.

—Cambiemos de tema. Giulia, cuéntame qué te parece jugar tenis. Mi hijo está completamente enamorado de este deporte.

Le dedico una mirada de agradecimiento y ella me guiña un ojo, comprendiéndome. No quiero hablar de mi matrimonio porque todavía me duele, sobre todo con gente que acabo de conocer.

Comienza a contar la historia de vida de su hijo y descubro que Haroldo empezó a trabajar en el club desde niño solo para tener la oportunidad de usar la cancha y jugar.

Su historia es conmovedora, al igual que la ingenuidad de su familia. Son simples, buenos y trabajadores honestos, completamente distintos al mundo en el que vivo y fui criada.

Termino de ayudar en la cocina y, al mirar hacia la puerta, veo que Haroldo está apoyado, observándonos.

Sus ojos brillan al mirarme y un escalofrío recorre mi cuerpo, pero no es uno agradable, sino un recordatorio de que debo tener cuidado. Estoy jugando con fuego al insistir en encontrarme con Haroldo, a pesar de las amenazas del Don italiano.

Tan pronto como Dante descubra lo que estoy haciendo, castigará a esta buena familia y toda la culpa será mía. No puedo permitir que eso suceda. Necesito regresar a casa.

—Me duele la cabeza —miento—. ¿Podemos irnos?

El rostro de mi profesor de tenis se muestra preocupado y pronto me lleva, despidiéndose de todos y agradeciendo la cena.

Cuando llega a la puerta de mi edificio, estoy a punto de bajar de su coche cuando él toma mi brazo.

—Giulia…

—Haroldo, no. —Me libero de su agarre, sacudiendo la cabeza —. No debería haber ido a tu casa. Fue un error. Perdóname.

—No le tengo miedo a tu marido —dice, con la inocencia brillando en los ojos del chico de 19 años.

Podría reír si no sintiera tanta compasión.

—No sabes de lo que hablas.

—Soy pobre y trabajador, pero lucharé por ti.

—No, Haroldo. —Suspiro—. Mi esposo es cruel.

—Entonces déjalo, Giulia. Si es cruel, divórciate. Quédate conmigo —dice, lleno de esperanza—. Soy pobre, pero cuidaré de ti. Tomaré más clases y me esforzaré para darte una vida sencilla, pero feliz.

Si mi corazón no estuviera ya roto, se rompería ahora mismo.

Lo miro y le doy una sonrisa triste.

—Si hubiera nacido como una chica común, Haroldo, me encantaría haberme enamorado de ti.

—Entonces enamórate, Giulia. No quiero una chica común. Te quiero a ti.

—Estoy casada. Y mi corazón le pertenece a él.

—Por lo que sé, tu marido te rechazó y te mandó de vuelta con tus padres.

Sus palabras duelen más que un golpe. Bajo la cabeza y giro la manija, saliendo del coche.

Él viene detrás mío, disculpándose.

—Solo déjame en paz, ¿de acuerdo? —pido, tratando de contener las lágrimas. Fracaso miserablemente.

—No quiero que estés triste, Giulia.

Suelto una risa amarga.

—Llegaste demasiado tarde, porque no recuerdo el último día en que la tristeza no me acompañó.

—Escapémonos, Giulia. Elige el lugar. Vamos a donde quieras. Te haré feliz.

—¿Dejarías todo por mí?

—Sí, lo dejaría. Estoy perdidamente enamorado de ti.

Podría decir que es emocional, pero entiendo perfectamente su sentimiento. Yo amé a Dante antes incluso de conocerlo.

Siento un nudo en la garganta.

—¿Cómo puedes quererme tanto? —Mi voz sale herida, porque el mundo es tan injusto que un casi desconocido me ama más que mi propio esposo.

Haroldo es quien ahora sonríe con tristeza.

—Es muy fácil amarte, Giulia —dice, dando un paso hacia mí —. Elige un lugar. Huyamos. Y te prometo que no habrá un solo día en que no sepas cuánto te amo.

—No puedo —respondo, con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué, Giulia? ¿Por un hombre que no te quiere? Él no te merece.

—Estoy casada —repito.

—¿Y si te divorcias? Por favor, debe haber una manera.

—Aun así, no podría —susurro, viendo el dolor en el rostro de Haroldo.

Me mira en silencio por unos segundos y luego sacude la cabeza, dejando escapar una lágrima.

—No es tu matrimonio lo que te retiene —constata—. Es tu amor. Amas al monstruo que te rechazó.

—Más de lo que puedo soportar —confieso, y Haroldo se lleva las manos al rostro, dolido, pero fui honesta y jamás podré darle lo que quiere.

Un sollozo escapa de mi garganta, porque ahora entiendo a mi esposo. En su vida, yo soy como Haroldo: alguien que entregó su corazón en bandeja y recibió rechazo.

—Buenas noches —digo, dándome la vuelta y caminando hacia la entrada del edificio, pero entonces él me llama de nuevo.

—Giulia, si cambias de opinión, estaré esperándote —susurra, sin disimular su llanto—. Y te prometo que con el tiempo podrías enamorarte de mí.

Inclino la cabeza hacia arriba y suspiro, con la tristeza llenándome por completo. Miro las estrellas y pienso que, en un mundo ideal, Haroldo sería el esposo perfecto, quien me abrazaría todas las noches para mirar el cielo juntos, me llevaría a almuerzos y cenas familiares y se dedicaría a hacerme feliz cada maldito día de mi vida. Pero nunca sería feliz, porque este no es el mundo ideal.

Este es un mundo dominado por mafiosos crueles, y uno de ellos es mi esposo. Y, aunque sea incorrecto y vergonzoso, mi corazón pertenece a ese hombre que mata sin remordimiento y que me toca como un macho posesivo y dominante.

Dante es todo lo que no debería amar ni desear, pero siento que es como el aire que respiro.

Nací para él. Lo necesito para seguir viva.

Bajo la cabeza para mirar a Haroldo de nuevo, pero el dolor se transforma en pánico al ver uno de los coches de la familia Morello frente a mi puerta.

—Vete —me apresuro a decirle a Haroldo, temiendo por su vida.

—Giulia…

—Nunca podré darte lo que quieres. Nunca te amaré. Vete y olvídame.

No espero que diga nada más; le doy la espalda y finalmente entro corriendo a mi edificio hasta llegar a mi apartamento.

Coloco la llave en la puerta y mi estómago se revuelve. ¿Estará Dante aquí?

El miedo y la ansiedad me dominan, porque aunque no quiero que mi esposo me haya visto con Haroldo, muero de ganas de verlo.

Abro la puerta y enciendo la luz, sin poder ocultar mi decepción al ver quién está en mi sala, esperándome en el sofá.

—Pensé que te sentirías aliviada al ver que no fue tu marido quien presenció ese espectáculo abajo —dice Vittorio, seco y cruel como todos los Morello.

—No estuve con él, Vittorio. Lo juro —me apresuro a decir.

Mi corazón late descontrolado mientras el Consejero me observa en silencio, respirando profundamente.

Va a contárselo todo a mi esposo, no tengo dudas.

—No siempre se trata de estar o no, Giulia, sino de mirar lo que no te pertenece. Y ese muchacho codició a la mujer del Don.

—Fui rechazada. No soy de nadie.

Vittorio suspira.

—Mientras mi hermano no diga lo contrario, ustedes siguen casados, Giulia.

—Él ya dejó claro que no me quiere. Y yo debería dejar de ser estúpida. Debería dejar de esperar a que tu hermano decida lo que quiere y desaparecer del mapa.

—¿Con tu profesor? —La rabia se nota en su voz.

—No, Vittorio. Sola. No amo a Haroldo y jamás podría estar con él, pero quería escapar de esta vida y empezar de nuevo en otro lugar, sin mafia, sin esposo, ni nada que me aprisione.

—Dante no lo permitiría. Sabes que nunca te dejará ir.

—No sé nada de eso. Todo lo que sé es que Dante me traicionó y me mandó de vuelta a la ciudad de mis padres. Mientras tanto, todo lo que hice fue entregarle mi amor.

—Giulia, las cosas son complicadas.

—¿Complicadas porque no estoy embarazada? —Exhalo, incrédula, y mi cuñado guarda silencio—. No es mi culpa. Cada vez que tu hermano me buscó, yo me entregué. Nunca le negué mi cuerpo, incluso cuando estaba adolorida y agotada.

—¿Estás tomando la medicación para fertilidad?

—Cada maldito comprimido —digo, apoyándome en la isla de la cocina y cubriéndome el rostro con las manos.

—Necesitan hablar y resolver esta mierda —bufa, impaciente, colocándose a mi lado.

—Lo intenté sola. Luché por mí y por él, pero ya no tengo fuerzas. Y tu hermano ni recuerda que existo. Debe estar ocupado con la puta que dejó su perfume en su camisa. No le importo.

—Eso no es cierto. Él sabe todo lo que sucede en tu vida.

—Por los soldados y las cámaras, como si yo fuera un experimento de laboratorio.

—Giulia…

—Deja de intentar defender a tu hermano. No soporto más esto —digo, sollozando frente a él. No me importa parecer débil o tonta; a veces el sufrimiento es demasiado grande para guardarlo—. Pensé que me echaría de menos. —Miro a Vittorio—. Pensé que él había venido a verme.

—Dante está ocupado.

—¿Pero ni siquiera una llamada telefónica para que podamos hablar como una pareja normal?

—Tu esposo no es ese tipo de hombre, Giulia. Dante no es romántico, ni llama para conversar o perder tiempo.

Exhalo, indignada.

—"Perder tiempo" —resmungo—. Intentar mantener un matrimonio es una pérdida de tiempo, entonces.

—Giulia, realmente me caes muy bien, pero deja de ser tan dramática. Somos hombres adultos y tú ya sabías cómo somos. No

eres ninguna niña inocente y naciste en nuestro medio; sabes cómo funcionan las cosas.

Suspiro y coloco las manos en la cintura, mirando al consejero.

—Entonces, ¿qué viniste a hacer aquí? ¿A comprobar personalmente que salí con mi profesor para ir a delatarme con tu Don?

Vittorio pone las manos en los bolsillos e inclina la cabeza. Es muy parecido a su hermano; todos lo son. Son altos, fuertes, intimidantes y guapos.

—Vine a invitarte a una fiesta. Y aún estoy pensando qué hacer respecto a tu cena romántica.

Frunzo el ceño.

—¿Qué fiesta?

—El sábado es el cumpleaños de mi madre. Va a dar una fiesta y me pidió que te invitara.

—El cumpleaños de Francesca es dentro de un mes.

—Va a celebrarlo por adelantado.

—Podría haber venido él o llamado; me encantaría ver a Francesca. No era necesario que vinieras tú.

El consejero bufa, impaciente.

—Créeme, tenía que hacerlo. De lo contrario, tu profesor ya estaría muerto.

Muerdo mis labios y miro a mi cuñado.

—No sé si debería ir a esa fiesta después de todo lo que pasó.

Vittorio da dos pasos hacia mí.

—Sé astuta, muchacha. Usa esta fiesta a tu favor —susurra con media sonrisa cruel—. Haz que mi hermano se arrepienta de haberte dejado ir.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—Tienes razón. Lo haré.

Mi cuñado asiente y comienza a salir de mi apartamento, pero antes lo llamo.

—Vittorio, ¿hay alguna posibilidad de que no le cuentes a Dante lo que pasó allá abajo?

No se da la vuelta, pero sus hombros muestran un profundo suspiro.

—No escondo secretos a mi hermano, Giulia, más aún si se trata de su mujer. Eso sería una traición —dice—. Pero si quieres un consejo, corta cualquier vínculo con ese hijo de puta y deja de actuar como si no estuvieras casada.

—Vittorio…

—Será mejor para todos. Hasta el sábado, Giulia.

Y así mi cuñado se va, dejándome con mil cosas en la cabeza para pensar. Pero antes de bañarme y dormir, tomo mi teléfono móvil y escribo un mensaje a Haroldo, diciéndole que nunca más podremos vernos.

Bloqueo el número de mi profesor y suspiro, rezando para que Dante no descargue su ira conmigo, ni con su inocente familia, cuando descubra lo sucedido.

A pesar de estar tensa, Vittorio me dio esperanzas, así que me voy a la cama pensando que mañana mi objetivo será encontrar el vestido más hermoso para ir a la fiesta de Francesca.

Cuando me vea, Dante se arrepentirá de haberme dejado ir. Y quizás, finalmente, tenga a mi esposo de vuelta conmigo.

O su amor.

CAPÍTULO 19

Dante Morello

Dante Morello

Todos los invitados ya han llegado. Casi todos.

No soy un hombre ansioso, pero mis ojos se clavan en la maldita puerta de la casa de mis padres cada vez que alguien entra.

—¿Estás seguro de que ella vendrá? —pregunta Matteo, y Vittorio asiente sin decir palabra.

Estamos bebiendo nuestro whisky de siempre y cada minuto alguien se acerca a saludarnos o a intentar adularnos. No sonreímos ni hablamos más de lo necesario, porque esa mierda no funciona en la mafia. Para ganarse mi respeto, alguien debe cumplir con su deber, no malgastar saliva con lo que no quiero escuchar.

—¡Está tardando, maldita sea! —murmuro, recorriendo con la mirada el salón de fiestas de la mansión de mis padres.

—Recuerda que el asunto es que ustedes están anulando el matrimonio. Otros hombres probablemente intentarán acercarse a tu mujer —dice Vittorio, llevando el vaso a su boca.

—¿Delante del Don? —se burla Matteo—. ¿Por qué harían eso?

—Porque quieren morir —respondo perdiendo la paciencia y decidiendo dar una vuelta por el salón. Pero antes de moverme, la puerta se abre y la rubia que cruza el umbral atrae la atención de todos los malditos presentes.

Giulia siempre fue hermosa, pero hoy la hija de puta está deslumbrante.

Su cabello rubio y largo golpeando la cintura, el maquillaje provocador, el vestido rojo corto marcando cada curva perfecta de su cuerpo, las sandalias de tiras que se atan a sus piernas bronceadas. Mi esposa parece un maldito paraíso, y no soy el único que lo nota.

Todos los hombres de la mafia, casados o no, miran a mi mujer con devoción. Con deseo, pero estos mismos hombres bajan la cabeza en medio segundo al darse cuenta de quién es ella.

Demasiado tarde. Ya lo he visto.

Y de inmediato mi sangre hierve. Llevo la mano a mi pistola, dispuesto a desenfundar, pero una mano femenina me detiene.

—Es mi cumpleaños. No quiero muertes —susurra mi madre, esbozando una sonrisa forzada a quienes nos rodean.

—Si los bastardos siguen mirando a mi mujer, los mataré uno por uno —gruño, con la voz tan baja como la suya.

Mi madre se aparta y se dirige hacia la rubia, abrazándola con entusiasmo. Intercambian unas cuantas palabras y Francesca señala en nuestra dirección, probablemente invitando a Giulia a acercarse.

Mi esposa mira a mi padre y a mis dos hermanos, sonriendo de lejos en señal de saludo. Pero cuando llega mi turno, Giulia desvía la mirada y me ignora, como si no existiera.

—¡¿Qué mierda?! —dice Matteo en voz alta, expresando lo que pienso.

Mi esposa se aleja de mi madre y camina en otra dirección, mostrando que no tiene el menor interés en acercarse.

Dondequiera que va, Giulia atrae las miradas y, aunque los hombres adultos luchen contra su instinto, al final todos los cuellos se giran para admirar a la rubia que lleva mi apellido.

Inhalo profundamente, la posesividad está dominando mis venas.

Mi madre se aproxima y digo pausadamente:

—Te lo advierto. No me importa si es tu cumpleaños o cualquier otra fiesta de mierda; si siguen mirando a mi mujer de esta manera, sacaré mi arma y mataré a todos esos hijos de puta.

—Ellos creen que se han separado, hijo —intenta explicar mi madre—. Está en todas las revistas.

—¡Eso es una mentira de mierda!

—Entonces ve y reclama lo que es tuyo.

Mi instinto de depredador se activa y hago exactamente lo que dice mi madre: busco a mi esposa y camino a pasos largos hacia ella.

Giulia está conversando con un grupo de señoras, esposas de capos de la mafia, pero todas se apartan al verme acercarme.

Estoy detrás de ella, y ella suspira profundamente, como si supiera que estoy allí.

Coloco una mano en su cintura y acerco mi cuerpo al suyo, aspirando el perfume de su cabello que aún impregna toda mi casa.

Soy mucho más alto que ella y, aun con los tacones, su cabeza queda a la altura de mi pecho.

—Estás hermosa, *baby.* —Mi voz grave resuena en su oído y veo cómo su cuerpo se estremece. Es bueno ver que todavía tengo efecto sobre ella—. Te he echado de menos.

—No lo parecía —responde con atrevimiento. Sonrío; porque incluso yo echaba de menos esa picardía suya.

—Sube a mi cuarto. Vamos a hablar —ordeno, apretando más su fina cintura, deseándola más que nada.

—No tengo nada que decirte —responde intentando soltarse, pero no lo permito.

—No luches contra mí. No es un pedido. Vamos a subir —advierto.

—Nos están mirando —dice entre dientes, y tiene razón. Nuestra interacción llama la atención.

—Me importa un carajo.

—Le dijiste a todos que estamos anulando nuestro matrimonio. —Hay dolor en su voz.

—No dije nunca esa mierda, *baby* —susurro en su oído, presionando más su cuerpo contra el mío—. Ahora sube. Vamos a hablar.

Sin esperar respuesta, entrelazo nuestros dedos y la guío entre la multitud, caminando lentamente con mi whisky en la otra mano. Su mano es pequeña junto a la mía y su calor me recorre todo el cuerpo.

No debería ser así, pero extrañé de manera insana a esta mujer.

Los hombres que antes la miraban ahora tienen la cabeza baja, probablemente temerosos de la reprimenda que les espera. El castigo les llegará.

—Los esperaré para cenar. —Mi madre se cruza en nuestro camino y sonríe.

—No nos esperen —respondo, sin detenerme.

Subo las escaleras con Giulia y entro en mi antigua habitación, cerrando la puerta tras nosotros. Ella suelta nuestras manos y se queda en el centro del cuarto, observando todo, menos a su propio marido.

—Estás hermosa —repito, y ni siquiera me mira—. Giulia, estoy hablándote.

—Después de tres semanas decides hablarme —dice, aún sin mirarme.

—He estado ocupado.

—Me imagino con qué.

Cruzo los brazos, impaciente.

—Giulia, deja de ser tan insolente. Estuviste pegada a un hijo de puta todo este tiempo y le perdoné la vida para no generar más problemas entre nosotros, pero puedo cambiar de opinión ahora mismo.

—¡No! —Finalmente me mira—. No mates a Haroldo.

Mi ira se enciende y avanzo con furia hacia ella, deteniéndome a centímetros. Mi esposa tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme.

—¿Estás rogando por él?

—Nunca tuve nada con él —responde sin mostrar miedo—, pero si quieres matar a alguien, mata a tus putas primero.

—Giulia… —Mi tono es de amenaza.

Ella desvía la mirada y escucho un insulto salir de su boca. Miro en la misma dirección y veo la pila de revistas en la esquina, todas mostrando salidas mías con otras mujeres.

Probablemente mi madre puso esa mierda ahí para fastidiarme y se olvidó de quitarlas.

¡Qué mierda!

Sostengo el mentón de Giulia para que me mire. Hay lágrimas en su rostro, pero más que eso: hay furia en sus ojos.

—¡Nunca más me toques! —gruñe, empujando mi pecho y corriendo hacia el baño—. ¡Quiero el divorcio!

Voy tras ella, pero mi esposa cierra la puerta, elevando mi ira a otro nivel.

—¡Abre esta puerta, Giulia!

—No. ¡Nunca más quiero mirarte! ¡Te odio, Dante! —grita mientras llora. Doy dos golpes en la puerta, intentando abrirla a la fuerza, pero ella grita más fuerte—. ¡Vete!

—¿Crees que esta puerta me mantendrá alejado? —Golpeo de nuevo—. ¡Abre esta mierda ahora, Giulia!

—No —grita, y los sollozos que acompañan su respiración me hacen golpear la puerta con más fuerza.

—¡Abre!

—Vete, Dante. Déjame sola —implora, con rabia en sus palabras—. Llevas haciendo esto tanto tiempo. ¡No te costará nada volver a rechazarme!

—Abre la puerta o disparo.

—Dante…

Pierdo la paciencia y saco mi arma, apuntando al picaporte.

—Aléjate, maldita sea. Disparo —aviso, y Giulia finalmente abre la puerta, quitando la barrera entre nosotros.

Su rostro está mojado, pero el maquillaje sigue perfecto. Giulia sigue perfecta.

Doy un paso hacia ella y ella extiende el brazo, indicando que me detenga.

—Quiero el divorcio.

—Nunca —gruño, acercándome más.

—No soporto más este matrimonio. Tus traiciones, tu indiferencia. Dame el divorcio y déjame vivir.

—No hay divorcio en la mafia. Deberías saberlo —digo, a escasos centímetros de mi esposa.

—Entonces anula este maldito matrimonio —grita, y agarro su nuca, obligándola a inclinarse hacia mí.

—Nunca estarás libre de mí, Giulia. Eres mi mujer y llegaré al infierno por ti si intentas alejarte.

En un movimiento inesperado, mi esposa me sorprende, saca mi arma del cinturón y me apunta.

—Dime que me darás el divorcio o te disparo —dice con la voz temblorosa.

Podría quitarle el arma en ese instante, pero decido ponerla a prueba. Giulia no tiene experiencia y en dos segundos la desarmaría, pero quiero ver de qué es capaz.

—Dispara —ordeno, con las manos en los bolsillos—. Dispara a tu marido, Giulia. Y mírame a los ojos mientras lo haces.

Ella comienza a llorar, y sus manos tiemblan.

—Vamos, *baby*. Dispara. Te estoy esperando. Mata al hombre que amas.

—No mereces mi amor… —susurra, temblando aún más.

—Lo sé. Soy un idiota. Y ahora tienes la oportunidad de hacer lo que todos mis enemigos desean —digo, mirándola directamente a los ojos azules—. Acaba con esto y mátame.

Giulia grita, pero en lugar de dispararme a mí, apunta el arma a su propia cabeza, volviéndome loco.

Ella me ama y sé que no me mataría, pero no tengo duda de que sería capaz de hacerse daño a sí misma.

—¡Baja ese arma! —ordeno, intentando acercarme.

—Me odio por amarte tanto. Odio desearte así.

—*Baby…* —Me acerco despacio, con miedo de que apriete el gatillo.

—No aguanto más sentirme así. Necesito que esto pare —solloza.

—¿Quieres dejar de amarme?

—Quiero dejar de amarme a mí misma en último lugar. Quiero empezar por amarme a mí antes que a ti, porque así sufriría menos.

—Sé que me odias, *baby*, y no te voy a juzgar por eso. En tu lugar yo también me odiaría —digo y agarro su mano, desviando el arma de su cabeza y apuntándola a mi pecho—, pero si tus planes son el divorcio, puedes dispararme, porque prefiero morir antes que dejarte ir otra vez.

—¿Por qué simplemente no me dejas ir?

—Porque no soportaría eso, Giulia. Me estás volviendo loco. Solo pienso en ti y no puedo parar esta mierda. Me estoy volviendo obsesivo.

—¿Conmigo?

—Sí, baby. Eres mi punto débil. Mi perdición. Y no quiero a nadie más que a ti —confieso, siendo más sincero que nunca.

Solo medio segundo tarda mi mujer en arrojar la puta arma al suelo y agarrarme del cuello, tirándome hacia ella.

Estoy tan sediento que la sujeto y mi boca toma la suya, chupándola con hambre y deseo. Paso la lengua por su garganta y ella gime, inclinando la cabeza hacia atrás y permitiéndome acceder más a su cuerpo.

Le agarro el culo y la levanto, la coloco sobre la encimera. Estamos tan fuera de sí que Giulia apenas sube su vestido lo justo,

mientras yo con una mano bajo el cierre de mi pantalón y dejo que salga mi verga.

Estoy durísimo, palpitando por ella, loco por tenerla. Estoy seguro de que nunca quise tanto algo en mi vida como meterle la verga a mi esposa ahora mismo.

Tiro su braga hacia un lado y la toco, sintiendo la excitación chorrear de sus pliegues. Suave, tersa. Perfecta.

—Nunca vuelvas a interponer una puerta entre tú y yo —digo y coloco mi verga en su entrada, hundiendo la punta.

Ella jadea. Maldigo, y luego se la meto toda.

Gemimos al unísono.

Me hundo en ella y empiezo a embestir con movimientos cortos y firmes. Giulia gime y me araña el cuello; cuando aumento la penetración, meto la lengua en su boca para acallar sus gritos.

Mi joven mujer se baja el vestido y deja sus tetas al aire, duras, pesadas, llenas de deseo. Quiere que la toquen y yo le voy a dar todo lo que pida.

Bajo la lengua hasta sus pezones y los chupo, mordisqueándolos; parecen aún más grandes. Giulia gime y aprieta su vagina alrededor de mi verga, volviéndome loco.

—Qué vaginita tan ajustada. Ninguna es así —gruño y sigo empalmándola, entrando y saliendo con un ritmo endemoniado, moviendo las caderas con fuerza.

Se agarra a mis hombros para no caerse y mira al techo, gimoteando mi nombre mientras la tomo.

—Vamos a la cama, *baby* —digo y la cargo en brazos, sentándome en la cama y arrastrándola sobre mi cuerpo.

La vuelvo a colocar montada sobre mi verga y ella gimotea, quejándose.

—Muévete —ordeno, haciéndola deslizarse despacio sobre mí, rozando su clítoris inflamado contra mi pelvis y sintiendo sus uñas bien cuidadas clavarse en mis hombros.

—¡Dios mío!

Agarro su nuca y la beso con salvajismo. Le chupo la lengua y la mordisqueo suavemente, acariciándola como si fuera su necesitado clítoris.

Mi esposa está ardiendo, en llamas, deseosa.

Bajo la boca y vuelvo a mamar sus pechos jugosos, chupando y succionando como me gusta. Ella se mueve más, intensificando la fricción de su clítoris contra mi verga.

—Muévete para tu hombre —ordeno, agarrándole el culo, sin dejar de succionar sus tetas.

Giulia lleva una mano a mi pelo, sujetándome contra ella. Quiere que siga chupando y voy a lamerle las tetas hasta que se le pongan rojas e hinchadas, porque le encanta.

—Don... —gimotea, y los movimientos de sus caderas se vuelven más fuertes, indicándome que está cerca.

Está tan empapada que el choque de nuestros cuerpos hace un ruido húmedo y fuerte.

La habitación huele a sexo; mi mujer está enrojecida mientras me monta con fuerza y todo lo que quiero es verla acabar alrededor de mi verga otra vez.

Meto un dedo en su vulva y froto la bolita dura para ayudarla a alcanzarlo. Giulia muerde mis hombros y aprieta mi mano, empujando más.

—Voy a acabar, Don —gimotea y su cuerpo convulsiona, alucinado por el placer.

Su vagina me aprieta tanto que no puedo aguantar más y dejo que mi chorro la inunde, llenándola con mi semen. Giulia cierra los ojos al acabar y yo sigo su orgasmo, besándola mientras ella se mueve sobre mí.

Sigo empujando con fuerza dentro suyo y hago movimientos circulares sobre su clítoris, sintiendo cómo el cuerpo de mi mujer se

dobla sobre el mío; terminamos y ella cae rendida, y yo me tiendo en la cama con mi esposa sobre mi pecho.

Su respiración está agitada y acaricio su pelo hasta que se calma. Estamos sudados y olemos a sexo, pero aún así el perfume de mi mujer sigue siendo la droga más adictiva del maldito planeta.

Cuando se serena, Giulia levanta la cabeza y la apoya en mi pecho mirándome a los ojos. Su mirada está preocupada.

—Don, nos están esperando. ¿Qué pensarán de nosotros?

Acaricio su rostro, viéndola enrojecida después del placer. *Hermosa como el infierno.*

—No pensarán nada, *baby*. Sabrán que el Don de la mafia está metiéndole la verga a su esposa y volaré la cabeza del primero que se atreva a molestarnos.

Ella desvía la mirada, tímida. Le sujeto el mentón y la atraigo otra vez hacia mí, besando su boca.

—Vamos —digo—. Eres mi mujer, Giulia. No tienes porqué avergonzarte de nada.

Ella muerde el labio y me sonríe por primera vez, aunque con tristeza.

—Sé que es estúpido decir esto, pero pensé que moriría si me abandonabas —susurra, con los ojos húmedos—. A pesar de todos tus errores, me enamoré profundamente de ti y siento que jamás podré dejar de amarte. Aunque me lastimes, aunque me rechaces, sigo amándote.

Beso sus lágrimas, saboreando cada gota de mi perfecta mujer. Su corazón late acelerado contra mí, y una satisfacción inmensa me llena al escuchar su confesión.

Yo también la eché de menos. Más de lo que quisiera admitir.

Y aun con mi corazón helado y cruel, Giulia despierta en mí una posesividad insana, y sé que jamás descansaré ni estaré satisfecho si no está conmigo.

—Mandaré a mis soldados a buscar tus cosas, *baby*. Volverás a casa —digo, besando su mentón, su mejilla, su boca—. Tu lugar está a mi lado y no volveré a dejarte ir.

—Don, ¿estás seguro? —susurra, derramando más lágrimas —. No soporto más que me apartes de tu lado.

—Eres mía, Giulia. Mía.

Sostengo su cuerpo y la giro en la cama hasta quedarme encima de ella. Me quito la camisa y los pantalones, quedando totalmente desnudo frente a mi esposa. Sus mejillas están rojas, en parte por el sexo que acabamos de tener y en parte por su timidez. La timidez de Giulia es una de las cosas más lindas de la Tierra.

—¿Ya quieres otra vez?

—¿Estás cansada? —Arqueo una ceja.

—Pensé que íbamos a dormir.

—Las ganas de dormir contigo son grandes, *baby*, pero las de pasar la noche metiéndote la verga son todavía mayores. Tengo hambre de ti.

Le arranco el vestido y la tanga, dejando a mi esposa totalmente expuesta. La miro con ferocidad y mi verga se empalma de nuevo, ansiosa por ella.

—Ahora abre tu vulva que voy a meterte la lengua.

Ella obedece y ayuda a separar sus pliegues con dos dedos, dejando el clítoris a la vista.

Me sumerjo entre sus piernas, besándola, chupándola y succionando la sensible bolita.

Giulia goza otra vez y ya no le importa si nos oyen abajo.

La penetro en cuatro, de lado, en el borde de la cama, en la ducha y en cada maldito rincón de mi cuarto.

Tenemos sexo tantas veces que pierdo la noción del tiempo. El placer que me inunda es surrealista, algo que busqué con tantas otras y nunca encontré.

¿Por qué?

Porque mi cuerpo es suyo.

Y después del sexo, mientras Giulia duerme en mi pecho, me doy cuenta de que la niña inocente de 18 años, enseñada desde pequeña a amarme, arruinó a todas las demás mujeres a mi alrededor.

CAPÍTULO 20

Giulia Morello

Giulia Morello

Abro los ojos asustada, pensando que no quería despertar del mejor sueño que he tenido en mucho tiempo, pero cuando miro a mi alrededor y veo que estoy en la habitación de Dante, en la casa de sus padres, y que mi cabeza está apoyada en el pecho cálido de mi marido, me doy cuenta de que no fue un sueño.

Todo fue real. Dante diciéndome que regresara a casa, nuestra reconciliación... Todo fue verdad.

—Buenos días, *baby*. —Su voz grave me llama y siento sus labios cálidos rozar mi cabello.

Aspira mi aroma y su mano posesiva se agarra a mi cintura, presionándome más contra él.

—Pensé que no te gustaba dormir acompañado —bromeo, mirándolo y viendo su rostro impecable, a pesar de que acaba de despertarse.

—Podría acostumbrarme a esto —dice, atrayéndome de nuevo sobre él, sonriendo con malicia y frotando su verga dura contra mi entrepierna.

—Don, estoy dolorida. —Me inclino para besar sus labios, pero rápidamente salto de su regazo y corro hacia el baño.

Comienzo a reírme cuando veo que mi marido ha saltado de la cama y viene detrás mío. Me toma por detrás y me agarra antes de entrar en la ducha; doy un grito mezclado con risa. Dante se ríe y me sujeta, manteniéndome inmóvil.

—¿A dónde crees que vas? Todavía no he saciado mi hambre —susurra, pero el tono de juego es evidente en su voz.

—Don, si hoy metes cualquier cosa dentro mío, ¡juro que no caminaré en una semana!

Él sonríe y miro al espejo, viendo que estamos abrazados, como una pareja normal y enamorada.

Dante también contempla nuestro reflejo y besa mi rostro; mi corazón late desbocado de tanta felicidad.

—Pensé que me echabas de menos, baby.

—Si sigues a este ritmo, tendré que regresar a mi apartamento y alejarme de ti para recuperarme. Y eso me llevará unos cuantos días.

Su expresión se vuelve severa.

—No vas a ir a ningún lado.

Me giro hacia él y abrazo su cuello. Sonrío al ver el ceño fruncido en su rostro, con la posesividad emanando de cada uno de sus poros.

—Ni siquiera podría hacerlo. Soy tuya, Dante. Desde que nací me enseñaron a amarte y todo lo que quiero es estar a tu lado.

Mi marido me aprieta contra él y me besa con pasión, furia y salvajismo, porque él es así. El Don nunca supo ser delicado, y me gusta tal como es, pero antes de que nuestros besos escalen y él intente algo más, lo arrastro hacia la ducha y nos bañamos juntos, riendo y conversando como una pareja normal por primera vez.

Nos ponemos ropa limpia y Dante sostiene mi mano al salir del cuarto. Mis mejillas duelen de tanto sonreír, pero pronto se calientan al llegar al comedor y ver a toda la familia Morello sentada a la mesa.

Ya es hora del almuerzo.

¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo estuvimos en la habitación?

Matteo muerde sus labios para evitar decir alguna tontería y Vittorio nos observa con una sonrisa satisfecha. Mis suegros actúan como si nada hubiera pasado, y espero, desde lo más profundo de mi corazón, que los ruidos en la habitación ayer no hayan sido tan fuertes.

—Por favor, tomen asiento, queridos. Voy a pedir que pongan dos platos más para ustedes.

Dante me jala una silla y se sienta a mi lado, colocando la mano sobre mi muslo y asegurándose por entablar una conversación conmigo todo el tiempo.

Cuando habla con sus hermanos sobre negocios, aun así sigue tocándome y acaricia mi rodilla, como un esposo atento y cariñoso.

Si fuera posible morir de felicidad, sin duda moriría así, y sería hoy mismo.

Francesca tampoco pierde la sonrisa y me pone al día con todos los chismes dentro de la mafia.

—Matteo se casará el próximo año —dice Dante.

Miro a mi cuñado y está molesto.

—Ni loco.

—Ya tienes 34 años. Es hora de casarte —continúa mi suegro, irritando a su hijo a propósito.

—¿Por qué nadie habla de Vittorio? Él se casará primero.

—Él es más joven. Tú te casas primero, punto —dice el Don, pero su tono de broma revela que solo se está burlando de su hermano.

—Cuando me case… De hecho, si me caso —dice Matteo, levantando un dedo—, quiero una selección de princesas de la mafia como tú tuviste, pero me acostaré con todas y elegiré a la que tenga mejor desempeño para ser mi esposa.

—¡Matteo! ¡Ten modales! —advierte Francesca y el hijo se encoge de hombros, con su habitual descaro.

Mi rostro se sonroja, porque si Dante hiciera esa prueba, seguramente yo no sería la elegida. Él me enseñó todo lo que sé; antes de él, no tenía conocimiento sobre nada. Fue mi marido quien me enseñó a masturbarme, a tocarme y a darme placer.

Mis padres eran demasiado serios y rígidos para hablar de estos temas y mi madre nunca fue amiga mía. A diferencia de mí, que me esforzaré por ser amiga de mis hijos y hablar con ellos de todo, tal como veo que sucede en la familia Morello.

Son mafiosos, asesinos y criminales, pero en estos momentos familiares no hay Don ni jerarquía, y se comportan como hermanos normales, peleando y embromándose entre sí.

—De todos modos, te elegiría, *baby* —susurra mi marido en mi oído, como si pudiera leer mis pensamientos, y sonrío satisfecha.

Terminamos de almorzar, y Dante y yo regresamos juntos a nuestra mansión, pero me sorprendo al ver que mis cosas no están

en mi habitación.

—A partir de hoy te quedas en mi dormitorio —dice el Don y me lleva a su suite, dejándome cómoda en mi nuevo cuarto.

—No tienes que hacer esto —digo, mirándolo, pero mi sonrisa delata lo feliz que estoy.

Dante se acerca y sostiene mi mentón, besando mis labios con cuidado.

—Te dije que ninguna puerta quedaría entre nosotros, y eso incluye nuestra habitación. Eres mi esposa y dormirás conmigo.

Lo abrazo y Dante profundiza el beso, y recibo con gusto su lengua experta. Su perfume masculino, su piel cálida, su cuerpo musculoso… Todo en él es perfecto.

¡Cuánto lo extrañé!

—Ahora tengo que trabajar, *baby*. Quédate aquí y descansa. Más tarde pasaré por ti y saldremos.

—¿A dónde vamos? —pregunto, emocionada.

—Sorpresa.

—¿Qué debo ponerme?

—Vístete como una chica normal. —Me guiña un ojo y sonríe antes de alejarse—. Ahora duerme, necesitas descansar.

Y así mi marido sale, dejando mi corazón cálido y la esperanza llenándome por completo. Me tumbo en sus sábanas y abrazo su almohada, oliendo la limpieza mezclada con su perfume.

Ahora este también es mi cuarto. Ahora esta es mi vida.

Todo estará bien, Giulia. Los días malos se acabaron y ahora todo estará bien.

Mis ojos pesan y, aferrada a todo lo que Dante me dio y sin poder borrar la sonrisa de mi rostro, me permito dormir.



Una sonrisa tonta insiste en quedarse en mi rostro mientras me miro en el espejo. Pantalón de jean de tiro alto, un top negro corto que no deja ver mi abdomen y sandalias de plataforma.

Nunca había usado un conjunto tan sencillo y la ansiedad hace que las mariposas en mi estómago aleteen sin parar solo por intentar adivinar cuáles son los planes de mi marido para nosotros esta noche.

Escucho un par de golpes suaves en la puerta y me giro, viendo que Dante ya llegó, impecable como siempre, pero esta vez impecable de una manera diferente. Sencillo también.

Pantalón de jean y camiseta negra.

Podría decirse que es un atuendo común, pero ¡Dios! Nada parece común en este hombre. Y el caro reloj junto a sus tatuajes en su cuerpo alto y musculoso encajan a la perfección con el mafioso que es. Su belleza es cruel, al igual que su posición en la cima de la mafia.

—¿Dónde te cambiaste? —Entrecierro los ojos.

—En casa de mis padres —dice acercándose, sonriendo. Me besa la boca con pasión y suspiro—. Estaba en una reunión familiar y decidí arreglarme allí para no retrasarme demasiado. ¿Lista?

—¿Estoy demasiado simple? —pregunto, temiendo su respuesta.

El Don da un paso atrás y me analiza de pies a cabeza, recorriendo cada centímetro de mi cuerpo.

—Estás hermosa —se acerca de nuevo, y su perfume amaderado casi me embriaga—, aunque quizá deberías cambiar de ropa.

—Está bien, sabía que podía estar demasiado sencilla y…

—No, *baby*. Estás buenísima con estos jeans ajustados —dice apretándome el culo—. Tan buenísima que soy capaz de volarle la cabeza a cualquiera que te mire.

—Hum, ¿entonces vamos a un lugar popular? ¿Lleno de gente? —intento adivinar.

Dante sonríe con malicia.

—Casi. Ahora vámonos.



Tardo en creerlo cuando camino de la mano con Dante en medio de un centro comercial lleno de gente. Estamos rodeados de guardias de seguridad vestidos de civil, pero mi esposo es conocido en toda Italia, y es inevitable que llamemos la atención.

—¿Vamos a comer en la plaza de comidas? —Mi voz es emocionada.

—No exageres, *baby*.

Contengo la risa, porque la verdad es que no puedo imaginar al Don italiano comiendo una hamburguesa en una mesita diminuta y dudosa de limpieza.

Él me arrastra por los pasillos del centro comercial y pronto estamos frente al cine. Completamente vacío y a oscuras.

—Está cerrado, Don —digo, sin poder disimular mi decepción. Mis padres tampoco me llevaron nunca al cine y siempre quise tener esa experiencia.

—Sí, está cerrado. Pero para nosotros —responde, llevándome hacia las salas oscuras.

Hombres armados aparecen en los pasillos y saludan al Don con un gesto de cabeza, avisándole que todo ha sido revisado y está "limpio".

Dante entra conmigo en una sala completamente vacía y señala las sillas.

—Elige nuestros asientos, *baby*.

—¿Compraste todas las entradas? —pregunto, sorprendida.

—No fue necesario.

—¿Por qué? ¿Amenazaste al dueño del cine? —Resoplo, riendo.

—Tampoco fue necesario. El centro comercial es mío. Ahora elige nuestros asientos y te mostraré las opciones de películas.

—¿También es tuyo el centro comercial?

Dante asiente con la cabeza. *Claro que también lo es.*

Elijo asientos centrales en la fila del medio y sonrío satisfecha cuando mi marido me muestra una tablet con varias opciones de películas.

—¡Guau! ¡Cuánta variedad! —digo con una sonrisa enorme. Voy directo a las opciones de romance, mis favoritas, pero me detengo al ver una película que siempre quise ver.

—Si quieres alguna que no esté aquí, dame diez minutos y lo soluciono —dice.

—No, ya elegí. Quiero ver Titanic.

—¿En serio? —Su ceja se arquea.

—Sí. Nunca tuve la oportunidad de verla y es famosa por alguna razón, ¿cierto?

—Entonces será Titanic, *baby*.

El Don sonríe y confirma la elección en la tablet, atrayéndome luego hacia su pecho.

—Preparé una cena para más tarde, pero si tienes hambre, puedo pedir algo —advierte, oliendo mi cabello como siempre.

—Estoy bien. Solo quiero quedarme aquí abrazada contigo viendo la película.

Dante besa mi frente y comienza la película. Lloro tanto que casi estoy segura de haber perdido toda el agua de mi cuerpo en lágrimas cuando el personaje Jack se hunde en el mar.

—Deberíamos haber elegido otra cosa. —Dante acaricia mi brazo, intentando consolarme.

—¡Dios! ¡Cabía él en esa puerta! ¿Por qué ella no se movió un poco más allá? —digo entre sollozos—. ¡Ahora él está muerto!

—Es solo una película, *baby*. No murió de verdad.

—¡Deja de arruinarlo todo, Dante! Jack está muerto. —Limpio mis lágrimas, pero siguen cayendo.

—Está bien, *baby*. Rose fue una egoísta que no dejó espacio a su amado en la puerta, así que…

Miro a mi marido, en shock.

—¡No digas eso, Don! Ella lo amaba, lo amó toda su vida. ¿Crees que lo hizo a propósito? ¿Crees que no pensó que él podría quedarse con ella? Pero si él subía a la puerta, los dos morirían. La puerta se hundiría.

El Don frunce el ceño, confundido por mi cambio de humor. Abre la boca y la cierra, pensando en qué decirme.

—Está bien, *baby*. Tienes razón. Lamento mucho que Josh haya muerto.

—Es Jack.

—Eso, Jack —corrige.

—Si fuéramos nosotros los de esa película y tú no hubieras subido a la puerta y hubieras muerto, me moriría, Dante. No puedo aceptar que mueras. No puedes dejarme sola en el mundo.

—*Baby*, nunca te dejaré sola, pero ¿puedo hacerte una pregunta? —Dante sostiene mi rostro entre sus manos y asiento—. ¿Te va a venir la menstruación pronto?

—Sí. ¿Por qué?

—Nada, linda. ¿Nos vamos ya? Todavía quiero llevarte a otro lugar.

Mi marido sonríe, comprendiendo. Piensa que estoy sensible por la menstruación, pero la verdad es que podría estar embarazada. Me siento mareada con frecuencia, mis pechos están más doloridos y lloro con mucha facilidad.

Solo no sé cómo darle la noticia, porque temo que sea una falsa alarma, como el mes pasado. Por eso decido esperar un tiempo antes de contarle, hasta tener certeza.

Suspiro, secando las lágrimas, y sonrío intentando olvidar el trágico final de Jack y Rose, dejando que mi marido me lleve a la próxima sorpresa.

CAPÍTULO 21

Giulia Morello

Giulia Morello

Llegamos a uno de los edificios más altos de la ciudad y los guardias nos escoltan hasta el elevador. Mi marido presiona el botón del último piso y, cuando llegamos, necesito contener la respiración para admirar la belleza de la vista.

Es un restaurante, pero está completamente vacío. Solo hay una mesa puesta, con velas encendidas que crean un ambiente muy romántico.

Las paredes son de cristal, así que es posible ver toda la ciudad, pero lo que más me llama la atención es que desde aquí arriba puedo observar el cielo estrellado desde un ángulo completamente distinto.

—Dante…

—Una cena bajo las estrellas. ¿Te gusta?

—Mucho. —Sonrío.

Mi marido se acerca y coloca su mano en mi cintura, llevándome hasta mi asiento. Tira de la silla para que me siente, pero antes acomoda mi cabello sobre uno de mis hombros y besa mi cuello.

—Soy adicto a tu aroma, *baby*. Eres perfecta —susurra, besándome una y otra vez, provocando escalofríos en mi piel.

—Y yo soy adicta a tus besos.

—Qué bueno, linda, porque hoy planeo recorrer tu cuerpo con mis besos.

Dante se aparta y se dirige a su silla, frente a la mía. El camarero llega con los platos, y él no deja de mirarme con picardía y sonreír con malicia. Me sonrojo de vergüenza, porque nunca me acostumbraré a cómo me observa, como si fuera una presa a punto de ser devorada, pero aun así me gusta. Sonrío cada vez que toca mi rodilla bajo la mesa.

—Si estuvieras con falda o vestido, ahora estaría jugando contigo. —Dante lame sus labios y acaricia mi rodilla.

—Sí, estos jeans de chica común no me favorecieron, entonces —bromeo.

—Dejaron tu culo irresistible —responde mi marido, sonriendo, tan travieso como siempre.

Terminamos de comer y todo está delicioso. La música romántica, la vista del cielo estrellado, todo me hace suspirar.

—Reservé un cuarto para nosotros esta noche. También tiene una hermosa vista del cielo y podrás ver las estrellas mientras yo penetro tu apretada vaginita.

—¡Dante! —digo, ruborizándome de vergüenza.

—Acostúmbrate a mi estilo, *baby*. Soy tu marido y siempre voy a decirte todo lo que quiero hacer contigo.

—Me da vergüenza —susurro mirando hacia abajo.

Dante sostiene mi mentón y me obliga a mirarlo.

—¿Vergüenza de qué? ¿De saber que voy a mamar tus tetas y lamer tu vulvita hasta que acabes en mi lengua? —Mi rostro se enrojece y él me sujeta con más firmeza—. ¿O de saber que te llamaré putita mientras te mueves sobre mi miembro enterrado en tu culo?

Un calor se apodera de mi vientre y me muevo en la silla buscando alivio. El Don sonríe y me atrae hacia él, lamiendo mi cuello y subiendo la lengua hasta mi mentón y boca, pero antes de que nuestra interacción evolucione, su teléfono móvil vibra. Dante lo ignora, pero el aparato vuelve a vibrar, dos, tres veces.

—¡Qué mierda! —el mafioso maldice y toma el teléfono, pero al mirar la pantalla, murmura otra grosería—. Maldita sea, lo olvidé.

—¿Qué pasa?

El Don suspira y cierra los ojos inclinando la cabeza hacia atrás.

—Hoy es la inauguración de una de las discotecas de Matteo y debo ir.

Sus palabras son como un balde de agua fría. Recuerdo cómo son las discotecas de la Cosa Nostra: mujeres semidesnudas bailando y ofreciéndose a los hombres, mafiosos poderosos admirando todo, pero Dante ha estado esforzándose por ser un buen marido. Ha sido cariñoso, romántico y ha hecho cosas que

nunca imaginé que el Don fuera capaz de hacer, todo para complacerme.

También debo ceder un poco.

—Está bien, puedes ir. Otro día continuamos. —Intento mostrar la mejor sonrisa y mi marido me observa.

—Pasaremos por casa.

—Ok. —Suspiro, pensando que Dante me dejará sola y regresará de madrugada después de pasar la noche en una fiesta llena de mujeres.

Mi marido sostiene mi mentón de nuevo y veo un gesto de seriedad en su rostro.

—*Baby*, no estás pensando que te dejaré en casa y que iré solo a la discoteca, ¿verdad?

—Estoy pensando eso. ¿No será así?

—No. —Sonríe mi mafioso—. Pasaremos por casa a cambiarnos, pero iremos juntos a la fiesta.

—¿Estás seguro? Tal vez necesites atender negocios y no quiero molestarte.

—Estoy seguro, linda. No me vas a molestar. Solo vamos a apoyar a mi hermano y luego volveremos a casa, porque tengo muchas ganas de meterte la verga.

—Ok... —Muerdo mis labios intentando que mi sonrisa no sea demasiado grande, pero no puedo contenerla.

Dante se acerca y me besa lentamente, jugando con su lengua en mi boca.

—No sé si estás feliz por ir a la discoteca o por lo que haré contigo luego de eso, *baby*, pero espero que sea la segunda opción.

Sonrío y él me lleva de regreso al coche, y mientras nos dirigimos a nuestra mansión, me doy cuenta de que si pensaba que era imposible amar más al mafioso, estaba equivocada.



Me aliso el vestido mientras el Don camina a mi lado con su mano posesiva en mi cadera. Me he puesto un vestido negro y ajustado, con una enorme abertura que llega hasta el muslo, y confieso que me siento hermosa.

Los soldados de la mafia nos escoltan hasta la entrada de la discoteca y siento un cosquilleo en el estómago al darme cuenta de que todos nos miran.

Dante camina con su postura imponente: alto, musculoso, cruel y peligroso. Este es mi marido y todos bajan la cabeza al saludarlo, en respeto al Don italiano.

La discoteca de Matteo es muy parecida a aquella a la que fui escondida de Dante aquella vez (salvo por la obligación de usar máscaras) y la gente baila y bebe al ritmo de música sensual con iluminación baja.

Los guardias abren camino entre la multitud y nos dirigimos directamente a la zona VIP, en el segundo piso. Hombres con traje, que también parecen ricos y poderosos, están sentados en los sofás distribuidos por todo el piso, bebiendo whisky y teniendo sexo explícito con las mujeres que trabajan allí.

Sí, hay hombres recibiendo sexo oral, practicando sexo oral y teniendo relaciones sexuales con las bailarinas, sin la menor vergüenza ni pudor. Ellas se sientan en las piernas de los millonarios y perrean mientras los hombres les meten fajos de billetes en el sujetador.

Trago saliva, pensando que mi marido también hacía este tipo de cosas. Y solo de pensar que aún podría hacerlo, siento que el estómago se me revuelve.

El Don aprieta mi mano y lo miro.

—Solo te quiero a ti, Giulia. Recuerda eso.

Asiento, intentando concentrarme en sus palabras, pero es difícil no fijarse en las mujeres que trabajan en las discotecas de la Cosa Nostra y preguntarme cuáles ya estuvieron con mi marido.

—*Baby* —Dante me llama de nuevo, sosteniéndome el mentón y obligándome a mirarlo—. Si no estás cómoda, nos vamos.

—Estoy bien. —Le doy mi mejor sonrisa, pensando que estar aquí es importante para Dante y que es mejor que yo esté con él que dejarlo solo con ese grupo de mujeres atractivas y experimentadas.

El Don entrecierra los ojos y asiente, decidiendo confiar en lo que dije.

Él me conduce a otra zona y veo a Matteo y Vittorio sentados en un sofá, con mujeres desnudas frotándose contra ellos.

—Vaya, la reina de la mafia vino a honrarme —dice Matteo, sonriendo al mirarme.

Dos mujeres están sentadas en su regazo, una en cada pierna, y él me habla como si eso fuera completamente normal.

—Hola. —Sonrío, y mi marido saluda a su hermano, que responde con un gesto.

Vittorio ni siquiera nos dice "hola", pues está demasiado ocupado chupando las tetas de una bailarina. Siento que me sonrojo al ver a mis cuñados en esos momentos íntimos, pero, al mismo tiempo, eso aumenta mi deseo por mi marido.

Dante me atrae a su regazo y huele mi cuello.

—No les prestes atención, *baby*. Solo mírame a mí.

—¿Es normal?

—¿Qué?

—Que ellos… hagan estas cosas así… en público —susurro al oído del Don, algo avergonzada.

—Mis hermanos son hombres adultos, amor. Ellos tienen sexo.

—¿Pero frente a la gente?

—A nadie le importa. Cada uno está ocupado con su propia diversión.

—Ah… —digo, roja de vergüenza.

—*Baby*, si quieres, podemos irnos.

—No. Solo necesito unos minutos para acostumbrarme. —Le sonrío y Dante me toma la nuca, besándome.

Me hace montar sobre él, una pierna a cada lado, y ya siento su miembro duro dentro del pantalón. Gimo suavemente cuando se mueve, frotando su miembro contra mi intimidad. La lencería de encaje roza mi clítoris y eso me excita mucho.

Una mujer completamente desnuda pasa a nuestro lado con una bandeja en la mano, y veo que está cubierta de polvo blanco.

—¿Qué es eso? —pregunto a mi marido.

—Cocaína.

—¿Tú la usas?

Él se aparta para mirarme a los ojos y acaricia mi cabello.

—A veces.

—Hum…

—No voy a dejar que la uses, *baby*.

—Está bien, no quiero. —Pienso que podría estar embarazada, pero no digo nada.

El Don me atrae de nuevo y muerde mi labio inferior, chupándolo después. Comienza a frotarse contra mí con más intensidad, y la atmósfera del lugar casi me hace entrar en trance.

Ahora entiendo lo que quiso decir: estoy tan concentrada en él que apenas noto que sus hermanos están cerca de nosotros.

Solo recuerdo esto cuando la mujer encima de Vittorio comienza a gemir fuerte, diciendo que va a llegar al orgasmo.

Dante agarra mi culo con más fuerza y me frota contra su miembro, en un vaivén lento y firme.

Beso su boca y chupo su lengua como me gustaría chupar su verga, y él gruñe en respuesta.

Estoy a punto de mover mi ropa interior a un lado cuando una voz femenina llama nuestra atención.

—Don, ¿va a querer algo hoy?

Miro a la bailarina semidesnuda y entiendo al instante que sus palabras tienen doble sentido. No está ofreciendo una bebida. Se está ofreciendo a mi marido, justo frente a mí.

—¡Vete! —ordena el Don con rudeza, y la mujer traga saliva y se aleja de nosotros, pero mientras lo hace, el movimiento de su cuerpo hace que su perfume llegue hasta mí.

Y yo tengo muy buena memoria.

Una memoria tan precisa que reconozco ese olor. El mismo olor que tenía la ropa de mi marido el día en que me envió a casa.

Siento que mi estómago se revuelve al darme cuenta de que probablemente esa era la amante de Dante, y que tuvo la descarada intención de humillarme insinuándose ante mi marido mientras ignoraba mi existencia.

—Giulia, ¿estás bien? —dice Dante, sosteniéndome la nuca.

Podría decir que no, discutir con él y pedirle irme, pero si hay algo que aprendí dentro de la mafia es que el poder se gana con inteligencia, no con gritos ni actitudes infantiles.

Entonces, pongo mi mejor sonrisa y beso el cuello de mi marido.

—¿Hay alguna sala más privada? Te deseo —susurro.

—Giulia, me estás volviendo loco —gruñe Dante mientras juego con mi lengua en su piel—. Te llevaré a una sala individual, porque no voy a poder esperar a llegar a casa para meterte la verga.

Sonrío cuando se levanta conmigo en brazos, pero beso su boca y lo miro.

—Adelántate. Necesito ir al baño.

—Puedo esperarte.

—No, elige una canción para nosotros.

—¿Estás segura? No quiero que andes sola en esta discoteca llena de hombres.

—¿No confías en mí?

Dante entrecierra los ojos.

—Solo no te demores, *baby*.

—No me demoraré. Solo iré al baño y luego te alcanzaré. —Agarro su cuello y lo vuelvo a lamer—. También estoy ansiosa por tenerte, amor.

Salto de sus brazos y él me indica dónde estará esperándome. Confirmo y me alejo, recorriendo la discoteca con la mirada en busca de la mujer atrevida que se ofreció a mi marido.

Para mi suerte, la veo entrar al baño. La sigo y cierro la puerta detrás mío, asegurándome de que no haya nadie más allí.

Tan pronto como ella sale de un box y me ve, su cuerpo se tensa. Baja la cabeza y va a lavarse las manos, pero cuando intenta pasar junto a mí para salir, la detengo con mi cuerpo.

—Aún no —digo, con una voz tan firme que apenas me reconozco.

—Necesito trabajar.

—¿Cuál es tu nombre?

Su pecho sube y baja, ansioso. Ni parece la misma mujer que provocó a mi marido frente a mí.

—Por favor, déjame salir.

Pierdo la paciencia y agarro su cabello, inclinándola hacia atrás. Ella ni se atreve a tocarme, probablemente temiendo lo que

mi marido podría hacerle.

—Te pregunté tu nombre, zorra.

—Angela.

—Angela —susurro tirando de su cabello con más fuerza hasta que se arrodilla—. Si te atreves a acercarte a mi marido otra vez, te mataré.

—No sé de qué hablas —miente, y le doy una bofetada en la cara, tan fuerte que quedan marcadas mis huellas.

—No te creas que soy idiota, zorrita de mierda. Vi cómo te insinuaste a mi marido y solo te lo advierto una vez: toca lo que es mío y estarás muerta.

Agarro su cuello con una fuerza que nunca pensé tener, suficiente para hacerle daño a la indecente bailarina.

—Y no será el Don quien te mate, putita. Seré yo. —Me acerco más a ella, susurrándole al oído—. Y no sé si lo sabes, pero crecí dentro de la mafia y aprendí mil formas de torturar a alguien.

—Señora, yo… no me acercaré más a él. Lo juro. —Su voz suena suplicante, pero aumento la presión.

—Puedo arrancarte las uñas, los ojos, deformarte el rostro, perseguir a tu maldita familia… ¿Tienes hijos? ¿Hermanos? Puedo mandar a matarlos y traerte sus cabezas.

—¡No! ¡Por favor, se lo ruego!

—Y mi marido no me lo impedirá —me río cruelmente—, porque para él eres un pedazo de basura y la primera dama de la mafia soy yo. Y mientras estás en el piso del baño recibiendo una paliza de una chica de 18 años, el Don italiano me espera allá arriba, ansioso por darme placer.

Aprieto su cuello con tanta fuerza que empieza a ponerse morada. Intenta soltarse con una mano, pero mi ira es tal que no lo logra.

—Señora, me estoy quedando sin aire.

—No te preocupes, no te estrangularé —digo y finalmente la suelto—. Sería demasiado rápido. Y si te atreves a desafiarme, te daré una muerte lenta y dolorosa. Implorarás por misericordia, y no te la daré.

Ella abraza su cuerpo y se encoge, evitando mi mirada.

—Mírame —ordeno y ella obedece de inmediato—. ¿Quedó claro?

—Sí, señora.

—Bien. Ahora empaca tus cosas y presenta tu renuncia.

—Sí, señora.

Me doy la vuelta para salir del baño, pero antes de desbloquear la puerta, vuelvo a escupirle en la cara a la bailarina. Ella se inclina y salgo, dejándola atrás, junto con cualquier inseguridad que alguna vez haya sentido.

Hace unos meses, me habría sentido mal por hacerle esto a otra persona, pero en el mundo en el que vivo, o demuestras tu poder o te pisan. Y estoy segura de que el rumor se difundirá y otras bailarinas pensarán dos veces antes de insinuarse a mi marido. Pero si alguna lo hace, no dudaré en torturarla con mis propias manos, porque si necesito demostrar mi poder para ser respetada en la mafia, cualquier zorra debe estar atenta: el Don es mío y no permitiré que ninguna mujer intente humillarme.

Camino hacia la sala donde Dante me espera y suspiro, con una sonrisa satisfecha al ver a mi marido sentado en un sofá, devorándome con la mirada en cuanto entro.

Doy pasos decididos hacia él y señalo el suelo.

—Arrodíllate —le ordeno, mirándolo desde arriba—. Quiero que me la chupes.

Dante se levanta de inmediato, mostrándome con sus casi dos metros de altura que es mucho más imponente y peligroso, pero yo no bajo el mentón ni cambio de opinión.

Entonces el Don sonríe y se arrodilla, mirándome con hambre, mientras acerca una de mis piernas a su hombro.

—Oh, *baby*, eres la única capaz de hacerme arrodillar.

Empuja mi ropa interior a un lado y, sin pedir permiso, me invade con su lengua caliente.

—Eres la dueña de mi alma, Giulia. Y me arrodillaré cada vez que sea necesario para complacerte. Y para chupar esta dulce vulvita.

Mi marido entra y sale de mí con la lengua, y luego hace lo mismo con su verga. Tenemos sexo duro y sucio como siempre, y cada vez que me penetra, me venera con su mirada y sus palabras.

Y comprendo más mi poder.

Soy la primera dama de una de las mafias más grandes del planeta y destruiré a cualquiera que intente desafiarme... o separarme del Don.

CAPÍTULO 22

Giulia Morello

Giulia Morello

Tan pronto como despierto a la mañana siguiente, mi estómago da mil vueltas.

Me levanto de la cama y renuncio a desayunar, yendo directamente a mi clóset para ponerme ropa de gimnasia. Tal vez un poco de ejercicio me haga bien.

Antes de salir del cuarto, una cajita dorada llama mi atención y me acerco a mi velador, donde está apoyada.

Mi corazón casi se detiene al ver que es una caja de chocolates con una nota de Dante.

Espero que esto endulce tu día y te haga sentir mejor. Un beso de tu mafioso.

¡Dios mío! No sabía que tenía tantos músculos en el rostro hasta sentirlos todos doloridos de tanto sonreír.

Dante piensa que estoy con el síndrome premenstrual y quiere agradarme, y eso es tan tierno que me hace valorar aún más el esfuerzo del Don de la mafia. Está intentando ser romántico.

Todo para verme feliz.

Aprieto la cajita contra mi pecho y suspiro, casi sin poder creer que esto esté realmente pasando. Durante tanto tiempo, la idea de tener el corazón de mi marido me pareció tan distante que ahora siento que estoy en un cuento de hadas. La única diferencia es que mi príncipe es peligroso y cruel.

Salgo del cuarto animada y le mando un mensaje agradeciendo el regalo. Él me pide que vaya a su oficina más tarde, y confirmo de inmediato, ansiosa por ver a mi mafioso.

Camino treinta minutos en la cinta de la casa, y eso no es suficiente para hacerme sudar. Normalmente correría el doble, pero como podría estar embarazada, prefiero ser cautelosa con los ejercicios.

Voy directo a la cocina y tomo una botella de agua, bebiéndola de un solo trago. Estoy a punto de subir las escaleras cuando me detengo frente al espejo del pasillo y me pongo de perfil, mirando mi barriga.

Aún es muy pequeña y no hay señales de bebé, pero aun así acaricio mi piel y sonrío como tonta frente al espejo.

Tener un hijo del hombre que amo es todo lo que siempre quise, especialmente sabiendo lo importante que esto es para Dante, pero ya he sufrido tanto en los últimos meses que decido mantener los pies en la tierra y esperar un poco antes de salir contándole a todos que estoy embarazada.

—Giulia. —Escucho una voz femenina y me doy vuelta de inmediato, viendo que mi suegra está en mi casa mirando mi mano sobre la barriga—. Pasé a hacer unas compras cerca y decidí pasar para verte… —Su voz se quiebra.

Ella se acerca a pasos largos y coloca su mano sobre la mía, con una alegría inmensa.

—Giulia, ¿estás embarazada?

La enorme sonrisa que abre me hace sentir un nudo en el pecho. No quiero crear expectativas, no quiero decepcionar a nadie.

Matteo llega justo en ese momento, mirando nuestra interacción con el ceño fruncido, pero enseguida observa mi barriga con nuestras manos sobre ella y también sonríe.

—¿Finalmente seré tío?

—No, ustedes entendieron mal… —intento decir, pero tartamudeo al mirarlos. Suspiro, mis hombros caen y esbozo una sonrisa tímida—. No sé. Aún no sé si estoy embarazada.

—¿Quieres hacerte un test de embarazo? Matteo puede ir a comprártelo.

—Puedo —dice rápido mi cuñado.

—No —soy directa—. Aún no. Quiero esperar un poco. Necesito estar segura antes de hacerlo.

Mi suegra aprieta los labios y su rostro refleja comprensión.

—Está bien, querida. Debes hacerlo a tu tiempo.

—¿El Don ya lo sabe? —Se acerca Matteo apoyando el hombro en la pared.

—Aún no. Quiero estar segura. No quiero darle esperanzas y que luego sea una falsa alarma, como ha pasado en los últimos meses.

Mi cuñado asiente en señal de acuerdo.

—Bueno, espero que sea verdad, porque nuestra familia realmente necesita un niño.

—O una niña —dice mi suegra, con el brillo en sus ojos—. ¡Dios mío! Si voy a ser abuela de una niña, la vestiré como una muñeca.

Debería sonreír con la felicidad de ambos, pero la verdad es que trago saliva con miedo.

Francesca coloca su mano sobre mi hombro y me mira con cariño.

—Perdóname. Solo estamos emocionados con la posibilidad, no queremos presionarte.

—Está bien.

—¿Ya desayunaste?

—Aún no. Me levanté sintiéndome un poco mareada.

—¿Mareos? —Matteo se ríe—. ¡Carajo! Mi hermano va a ser padre.

—¡Matteo, no presiones a la niña! —reprocha mi suegra, y mi cuñado levanta las manos en señal de rendición. Ella vuelve a mirarme con dulzura—. Vamos, querida, te prepararé algo para que comas.

—Creo que nada se quedará en mi estómago.

—Debes esforzarte, porque si realmente estás embarazada, tú y el bebé necesitarán energía.

Suspiro y asiento, sabiendo que tiene razón.

—Llamaré a la cocinera.

—No es necesario, Giulia. Yo misma prepararé un desayuno especial para ti.

—Francesca, no hace falta que te molestes.

—No es molestia alguna. Te quiero como si fueras una hija y me importa cuidarte a ti y a mi nieto.

—Ojalá mi madre fuera como tú —confieso.

—No te crié, querida, pero desde que te casaste con mi hijo, eres parte de la familia y siempre podrás contar conmigo para lo que necesites.

Sonrío agradecida y ella me toma de la mano llevándome a la cocina para preparar el desayuno.

—¿Podrían no contárselo a nadie todavía? Quiero decirle a Dante yo misma, pero quiero que sea especial.

Mi cuñado entrecierra los ojos, y entiendo que estaba ansioso por felicitar a su hermano.

—No te preocupes, querida. Este momento es tuyo y de tu marido. No interferiremos —responde mi suegra.

—Gracias —susurro, mirando después a mi cuñado.

Matteo resopla y asiente con fastidio, y yo le doy las gracias con una mirada.

Mi suegra intenta controlarse, pero al final del desayuno ya me habla sobre remodelar un cuarto en su casa para el bebé y me muestra sitios con ropita de recién nacido.

Incluso Matteo está apoyado en la encimera sonriendo mientras Francesca me muestra los mini conjuntos para el heredero del Don.

Me rindo y me permito disfrutar del momento, y mis ojos se llenan de lágrimas al ver la emoción de la familia ante la noticia de un posible hijo de Dante.

Cuando están a punto de irse, Francesca me abraza y susurra en mi oído:

—Gracias, Giulia. Gracias por haber amado a mi hijo incluso cuando te dio mil razones para no hacerlo. Gracias por tener

paciencia con el corazón de hielo y la terquedad del Don, pero estoy segura de que ahora que se han reconciliado, hará todo lo posible para verte feliz. Dante te ama y te amará aún más cuando sepa del fruto de su amor.

—Sí, creo que todo fue como tenía que ser.

—Sí. Amar a un mafioso cruel no es fácil, pero te ganaste su corazón y eso será para siempre. —Sonríe—. Y no olvides que puedes contar conmigo para todo. Cuídate, querida.

Se agacha y toca mi barriga.

—La abuela ya te ama.

—Y el tío va a comprar un montón de juguetes para ti —comenta Matteo siguiendo el ejemplo de su madre, y sonrío.

Así, los dos Morello se van, dejándome con lágrimas de emoción y el corazón lleno de calidez.

Si realmente estoy embarazada, mi hijo será heredero del Don. Y será maravilloso ver cómo la familia de mafiosos crueles se derrite por un pequeño bebé, fruto de mi amor con el hombre más peligroso de Italia.

CAPÍTULO 23

Dante Morello

Dante Morello

Mi teléfono suena y escucho la voz de mi secretaria al otro lado.

—Señor, su esposa ya llegó.

—Hágala pasar —digo, mirando a la morena sentada frente a mí—. Y usted puede retirarse. Ya hemos terminado.

Ella asiente y sonríe, y al salir de la oficina se cruza con Giulia en la puerta.

La mujer saluda a mi esposa y la rubia simplemente asiente en respuesta, analizándome con los ojos entrecerrados.

Giulia lleva un vestido corto color rosa que la hace parecer una Barbie. Sonrío al darme cuenta de eso.

—¿Dormiste bien, *baby*? Tenía reuniones importantes esta mañana y no quise despertarte, pero espero que hayas disfrutado los chocolates.

Hasta yo me sorprendo del tono cariñoso en mi voz, pero ya no voy a resistirme. Quiero ser bueno con mi esposa. Ella se lo merece. Sin embargo, Giulia está rígida y su mirada me fulmina.

—Dante, ¿quién era esa mujer?

Tengo ganas de sonreír, porque mi chica es celosa y posesiva, y no lo oculta, pero me contengo; no quiero irritarla. Hoy es un día especial.

—Ven aquí, *baby*.

—Respóndeme —ordena, erguida en sus tacones, sosteniendo la pose de primera dama de la mafia italiana—. Y si no me gusta la respuesta, saldré de esta sala y te prometo que no volverás a verme.

Sonrío ante su atrevimiento.

—Siéntate aquí, Giulia. —le digo, apartando mi silla del escritorio y señalando mi regazo—. No voy a ocultarte nada, pero quita esa cara de enfado y ven a darme un beso de buenos días.

Mi esposa se queda quieta unos instantes, pero pronto me obedece. Camina despacio hasta donde estoy. Sonrío, divertido y disfrutando de su posesividad, pero mi mujer sigue seria.

—Te dije que te sentaras, amor.

Ella suspira y se acomoda en mi regazo. La abrazo contra mi pecho y respiro su cabello, adicto a su perfume. Beso su cuello, subo hasta su mentón y luego llego a sus labios.

Giulia mantiene los labios cerrados, reacia, pero cede pronto y me besa, relajando su cuerpo y permitiéndome tomarla.

Nuestras lenguas se entrelazan en un beso lento, profundo y húmedo. Es muy fácil volverme loco con Giulia, porque cada maldita cosa que hace me lleva al paraíso.

Me separo y observo el rostro perfecto y delicado de mi esposa, que aun enojada es la visión más hermosa del universo.

—Don, hablo en serio. ¿Quién era esa mujer y qué hacía aquí contigo? Si no me lo dices, me voy.

—Shh, calma, *baby* —digo, acomodando un mechón de su cabello detrás de su oreja—. Primero necesito tu ayuda. Después te contaré quién es esa mujer.

—¿Mi ayuda?

—Sí —respondo, señalando la mesa—. ¿Cuál de los dos prefieres?

Giulia observa las dos fotos de fachadas de hotel y señala la de la derecha, más clásica y elegante.

—Ese. Ahora deja de dar vueltas, Dante. Ya no estoy para juegos.

No puedo contener la risa y la aprieto más contra mí, oliendo su cuello como un animal hambriento.

¡Maldita sea, cuánto extrañé a esa mujer!

—Entonces esta será la fachada elegida —digo, mordiendo su oreja—. Y esa mujer es tu supervisora de prácticas.

—¿Cómo? —Mi esposa me mira en shock.

—Comenzarás la próxima semana y estarás al frente de la remodelación de este hotel que acabas de elegir. También llevará tu nombre.

—Dante, ¿hablas en serio?

—Quise darte un regalo, *baby*, así que compré este edificio ayer y pedí que la arquitecta hiciera dos bocetos de fachada para que eligieras. Será tuyo. Estará a tu nombre y todas las ganancias irán a una cuenta solo tuya, pero como quieres trabajar, te permitiré hacer tu práctica en algo que será de tu propiedad. Sin contacto con hombres, por supuesto.

Giulia abre y cierra la boca, conmocionada.

—¿Hablas en serio?

—No soy un hombre de hacer bromas.

Vuelve a mirar la mesa, observando de nuevo las dos fachadas.

—¿Compraste un edificio entero para mí? —pregunta, boquiabierta—. Dante, esto debe haber costado una fortuna.

—El dinero no es problema, y lo sabes.

—Costará un dineral reformar un edificio de este tamaño.

—Yo lo pago —respondo, directo—. Para complacerte, pagaré todo lo que te guste. Cada capricho tuyo. Haz todo a tu gusto y yo lo cubriré.

—Dante… Dios mío… ni siquiera sé cómo agradecerte. Ni siquiera tengo nada para devolverte.

—Dame tu perdón.

Giulia vuelve a mirarme y traga saliva, quedando en silencio.

—Fallé contigo. No volverá a pasar —afirmo.

—Nunca te disculpas con nadie —susurro.

—Para que veas lo que significas para mí.

—¿Entonces me amas?

Suspiro, tocando su dulce rostro.

—No tengo un buen corazón para eso, Giulia, pero si amar significa que no quiero perderte y que haría cualquier cosa por tu

felicidad, tal vez sí lo sienta.

Ella sonríe y sus ojos se humedecen.

—Me equivoqué al necesitar casi perderte para entender lo importante que eres para mí. —Derrumbo mis barreras y, por primera vez en mi vida, me permito ser sincero sobre mis sentimientos—. Tienes mi corazón de mafioso, Giulia. Estoy obsesionado contigo. A mi manera torpe y distorsionada, estoy completamente loco por ti y viviré cada día tratando de demostrártelo. Te compraré todo lo que quieras. Te colmaré de joyas, regalos. Todo, *baby*. Serás la mujer más amada del planeta y te prometo que serás feliz.

El rostro de mi mujer está húmedo, pero su sonrisa es enorme. Ella sostiene mis hombros y apoyamos nuestras frentes, suspirando.

—No necesito joyas, edificios, regalos, nada de eso, Don. Todo lo que siempre quise en la vida es tenerte y eso siempre será suficiente.

—Solo necesito avisarte que nunca seré un príncipe, *baby*. Va contra mi naturaleza, pero seré bueno contigo.

—Me enamoré del mafioso cruel, no del príncipe. Que me ama a su manera torpe y distorsionada —su sonrisa se ensancha—, pero que es mi hombre. No sé vivir sin ti, Dante.

Agarro su rostro y hago que me mire.

—Necesito que me hagas una promesa, Giulia.

—Cualquier cosa —susurra.

—Prométeme que nunca más apuntarás un arma a tu cabeza, que nunca intentarás quitarte la vida ni harás ninguna locura que nos separe. Nunca más, *baby*. Te necesito prometerlo.

—Don…

—Prométemelo, porque si no lo haces, me volveré loco. Y no estoy bromeando, Giulia. —Sujeto su nuca con fuerza, viendo sus

ojos llenos de lágrimas—. Prométemelo, porque no podría sobrevivir en un mundo en el que no existas.

—Eres el hombre más poderoso de Italia, Dante. No soy suficiente para acabar contigo —dice y esboza una sonrisa triste.

—Te equivocas. Eres la única persona capaz de hacer lo que nadie en este planeta ha logrado, Giulia. La única que puede derrotarme y destruirme.

—Jamás te destruiré.

—Entonces no te destruyas a ti misma, porque eso sería mi ruina.

—Te lo prometo, Dante. Mi vida, así como mi corazón, serán tuyos para siempre.

Ver su entrega me fascina, me enloquece. Una necesidad absurda de mi mujer me llena y la recuesto sobre la mesa, levantando su vestido y viendo la minúscula y rosa prenda que cubre su intimidad.

Mi esposa muerde los labios y me aparto solo para tomar el teléfono, diciéndole a mi empleada que no quiero ser interrumpido durante la próxima hora, porque aunque venga el Papa tendrá que esperar a que termine con mi mujer.

—Dante, tu secretaria nos va a oír.

—No me importa —susurro—, porque te deseo. Y te quiero en mi boca ahora.

Sujeto el pie delicado de Giulia y le quito la sandalia sin apartar la mirada de ella. Paso la lengua por su tobillo y subo por la pierna; mi mujer jadea cuando empiezo a besar el interior de sus muslos.

Mis labios se deslizan hasta su ingle y empujo su braga a un lado viendo la lubricación resbalar de su vulvita rosada y pequeña.

Decido estimularla y le doy un beso con lengua en la ingle, pero sin tocarle la vagina. Giulia se remueve, ansiosa, pero la sujeto sobre la mesa impidiéndole moverse.

—Oh, Dios, me vas a matar.

—Shh, quietecita, amor. Tienes que quedarte muy quieta para que tu hombre te la chupe.

Mi mano posesiva está en su barriga, y la otra se siente deslizar por su muslo.

—¿Notas cuánto te deseo, Giulia? —pregunto, exhalando el aire caliente en su boca necesitada—. Te meteré la lengua dentro, te lameré y chuparé tan rico que implorarás que te deje acabar, porque eres mía, *baby*. Solo mía. Y eso no va a cambiar.

La miro y Giulia está apoyada en los codos, el rostro enrojecido, en llamas, atenta a cada movimiento mío.

—¿Estás ansiosa, *baby*? —digo y ella muerde los labios—. ¿Te gusta cuando te hago esto?

Endurezco la lengua y voy directo a su boca, lamiéndola de arriba abajo lentamente. Ella jadea.

—¿Y qué te parece esto, amor? —Circulo la lengua alrededor de su clítoris hinchado, una vez tras otra.

Giulia gime y lleva una mano a mi pelo, aprisionándome contra ella. Quiere más.

—Quizá esto también te guste —susurro contra su piel, cerrando los labios alrededor de su clítoris y chupando con fuerza.

Chupo y succiono el puntito dulce, tirando y tirando sin parar.

—¡Ay! ¡Dios mío! —grita, echando la cabeza hacia atrás, y no dejo de atender a su necesitado clítoris, que late bajo mi lengua.

No pasa mucho hasta que noto sus piernas temblar y su cuerpo convulsionar. Giulia acaba con fuerza sobre mi lengua y yo me trago todo, lamiendo su vulva hasta dejarla seca.

—Mía.

La miro; sus mejillas están rojas, calientes de deseo.

—Penétrame, Don. Persígueme, átame, tortúrame o lo que quieras. No me importa. Solo necesito que me la metas.

Ella me lo pide y mi instinto animal se suelta. Me planto sobre mi esposa y hundo mi lengua en su boca, haciéndola probar su propio gusto dulce.

Deslizo su braga por sus piernas con una mano y con la otra bajo el cierre de mi pantalón para sacar mi enorme verga, colocándola en su estrecha entrada.

—Mírame, Giulia —ordeno y ella obedece. Me inclino sobre ella y me hundo despacio en su interior, sintiéndola estremecerse.

Ella resopla y gimotea bajo mi cuerpo, y me aparto para observarla.

—¿Duele? ¿Quieres que pare?

—No, es que la tienes muy grande. —Sonríe—. Te necesito, Don. No pares —me pide y sigo, pero más despacio.

Entro lentamente, penetrándola hasta el fondo. Giulia revuelve los ojos cuando la penetro por completo.

—Giulia, maldita sea… —La beso con intensidad—. ¿Cómo puedes estar cada día más apretada? Nunca vi algo así.

Ella agarra mis hombros; salgo de ella, escupo en mis dedos y vuelvo a embarrar su vulvita. Luego entro otra vez... una y otra vez.

La oficina se llena de nuestros jadeos y gemidos, pero me da igual. Acelero, penetrando con fuerza, besando a mi esposa con intensidad y quitando la vista solo para ver mi miembro entrando en esa entrada pequeña y estrecha.

La visión pornográfica me enciende como fuego. Un hombre dominando a su hembra. El olor a sexo y sudor llena la sala. Llego hasta el fondo y muevo la pelvis despacio, haciéndola jadear.

—Sí, Don… Ahhh, justo ahí. Lo necesito. —Cierra los ojos con fuerza, a punto de acabar otra vez.

Agarro la boca de mi mujer con ferocidad y aprieto su culo, penetrando aún más profundo y justo donde ella lo necesita. Giulia me recibe, con las piernas abiertas y en silencio, soportando que su hombre la penetre.

Siento la vaginita apretada machacar mi miembro. Está llegando al orgasmo otra vez.

Su clímax me enloquece y un gruñido sale de mis labios mientras bombeo más fuerte contra ella. Me empotro en su interior y echo la cabeza hacia atrás cuando noto mi chorro de semen salir disparado.

—¡Maldita sea, baby!

Mi cuerpo cae sobre el suyo y los dos quedamos jadeando unos segundos. Salgo de mi esposa, pero no quiero que se rompa la magia del instante. Es como una droga para mí.

Beso su cuello y aspiro su olor otra vez; soy adicto a su perfume. La miro y la veo sonreír.

—A este ritmo, en vez de un heredero, me vas a dar una guardería —bromeo—. Pronto estarás embarazada.

—Quizá ya lo esté —susurra, y me levanto para mirarla a los ojos y asegurarme de sus palabras.

—¿Estás?

Mi corazón late desbocado, la adrenalina recorre mis venas.

—Tengo un atraso. Tenía que haber menstruado hace dos días —explica.

No puedo ocultar mi sonrisa, pero antes de decir nada ella me interrumpe.

—Por favor, ¿podemos esperar un poco para hacer cualquier prueba o examen? —Sus ojos me suplican—. Podría ser una falsa alarma y no quiero decepcionarme otra vez con un resultado negativo.

Atrapo a Giulia entre mis brazos y beso su boca.

—Será como tú quieras, preciosa. Haremos todo cuando me digas que estás lista.

—Gracias, Don.

Me aparto unos centímetros y deposito la mano en su barriga, inclinándome para besarla. Giulia apoya la cabeza contra mí y suspira; todo lo que siento por mi esposa ahora es devoción.

—Eres perfecta, Giulia.

—¿Y si no estoy embarazada?

—Entonces te dejaré embarazada —susurro besando de nuevo su vientre plano—, pero creo que ya lo estás, *baby*. Ya tienes a mi hijo dentro y nuestra familia será aún más completa.

—Oh, Don. —Su voz tiembla, rota por el llanto.

Me inclino para mirarla y beso sus labios otra vez. Le seco las lágrimas y acaricio su cabello.

—De todos modos, ya te tengo a ti, preciosa. Y eso me convierte en el hombre más afortunado del maldito planeta.

Ella se enrosca en mi cuello y la abrazo. Con la mano libre marco el número de mi secretaria por segunda vez.

—Anula todas mis citas. Me tomo el día libre.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Giulia cuando cuelgo.

—Cuidarte. Mimarte. Hacer lo que debí haber hecho hace seis meses y no hice.

Mi esposa sonríe y descansa la cabeza en mi pecho; miro la pared de cristal y la vista panorámica de la ciudad y me doy cuenta de que ni el dinero ni el poder me han completado tanto como esto.

Abrazado a mi esposa que quizá está embarazada, siento que tengo el mundo entero entre los brazos.

CAPÍTULO 24

Giulia Morello

Giulia Morello

El sudor me resbala por el rostro cuando gano mi primer partido y, de inmediato, miro hacia las gradas, donde los tres mafiosos me observan jugar.

Dante permitió que volviera a practicar tenis, pero quiso acompañarme en mi primera clase. Dijo que era porque quería estar

más cerca mío, pero desconfío que solo sea una excusa para ver (y, si fuera necesario, amenazar) a mi nuevo profesor del deporte.

Matteo y Vittorio vinieron también, porque tenían asuntos de negocios que resolver y necesitaban la presencia de mi marido.

Me sentí extremadamente especial al darme cuenta de que el Don me está colocando cada vez más como una prioridad en su vida.

Camino hacia mi marido y es imposible no sonreír al ver la manera en que el mafioso me mira. Me recorre de arriba a abajo con la mirada, pasando la lengua por los labios y mostrando su deseo.

Es bueno sentirse deseada por él.

—Linda y talentosa —dice, tomando mi mano y besándola a continuación—, pero no te esfuerces demasiado, linda. Necesitas guardar energías.

Dante habla y mira mi barriga. Saludo a mis cuñados y ellos hacen lo mismo: sonríen y miran mi vientre, entusiasmados con la idea del bebé.

—Los ejercicios me mantendrán más saludable. Quiero empezar a entrenar contigo en el gimnasio.

—Imposible. Tienes que ir con calma.

—Dante…

—Le preguntaremos al médico.

—Está bien. —Suspiro.

—¿Y cuándo vamos? Me gustaría que hicieras la prueba, *baby*. Quiero saber si estás embarazada para cuidarte como se debe. Comprar las vitaminas, hacer los exámenes.

—Qué marido tan atento. —Sonrío.

—Hablo en serio, Giulia. Necesitamos ir al médico. He sido paciente, *baby*, pero tienes que colaborar.

—Dame un día más.

—Giulia...

—Por favor, dame solo hoy. Mañana haremos la prueba, ¿de acuerdo?

Dante suspira y aprieta los labios en una línea fina.

—Un día, Giulia. Mañana sin falta te haremos un análisis de sangre. Quiero saber cómo está mi heredero.

—Por favor, no crees tantas expectativas. Puede que no esté embarazada.

Mi marido se acerca y sostiene mi mentón con cariño.

—*Baby*, tu cuerpo está cambiando. Tu periodo se ha retrasado y tienes todos los síntomas. Estás embarazada, Giulia. Mi hijo está en tu vientre y no tengo dudas.

—Y-yo…

—Si esto hubiera sido hace unos meses, te habría llevado a la fuerza a hacer los exámenes —dice en tono de broma, pero sí lo habría hecho—, pero quiero ser un buen marido y respetarte. —Me besa los labios—. Solo colabora conmigo, ¿sí? Mi familia está feliz como nunca y mi madre no hace más que hablar de eso.

—Mañana sin falta.

Dante sonríe y me abraza, y siento un nudo en el pecho al ver su felicidad y la alegría de su familia por mi posible embarazo.

Tengo un pequeño cólico menstrual desde temprano y cada vez que voy al baño, muero de miedo de lo que encontraré en mi ropa interior. Todavía no se lo he contado a mi marido porque no quiero decepcionarlo, pero no puedo dejar de pensar en eso y en la posibilidad de no estar embarazada.

—*Baby*, tengo una urgencia y necesito pasar por la oficina.

—Está bien. Nos vemos en la casa de tus padres.

Francesca nos invitó a almorzar y mi suegra no puede ocultar su emoción por la idea del nieto.

—¿No quieres venir conmigo? Puedes jugar al tenis otro día.

—Hoy es mi primer día. No quiero irme dejando el entrenamiento a medias.

Dante suspira.

—¿Por qué eres tan obstinada?

—No sé ser de otra manera. —Sonrío.

—Está bien, *baby*. Pediré a Matteo que te espere.

—Don, no hace falta.

—No discutas, Giulia. Mi hermano se quedará y te llevará.

—Está bien. —Respiro hondo, resignándome a no insistir con mi marido. Él siempre gana.

Me despido de Dante y vuelvo a la cancha lanzando una mirada de disculpa a mi cuñado, que tendrá que esperarme, pero Matteo no parece molesto, ya que conversa con una de las profesoras del club y no es difícil imaginar cómo terminará eso.

Pasan algunos minutos y sigo jugando, pero de repente siento que mi cuerpo se comporta extraño. Algo resbala en mi ropa interior y pido permiso a mi entrenador antes de correr al baño.

—¿A dónde vas? —Escucho la voz de Matteo detrás mío.

—Al baño —respondo sin prestarle mucha atención.

—No te demores. No puedo perderte de vista.

Siento mi corazón martillar en el pecho, es un sonido tan fuerte que presiona mis oídos. La garganta se me cierra, los ojos me arden y mil pensamientos se agolpan en mi cabeza cuando finalmente entro a un cubículo y me siento en el inodoro.

Por favor, que no sea sangre. Por favor, que no sea sangre.

Intento repetírmelo mentalmente, pero la mancha roja en mi ropa interior es como un puñetazo en la cara.

Muerdo mi mano para contener el sollozo, pero es demasiado difícil no llorar. Las lágrimas corren en cascada y lo único en lo que pienso es en la decepción de Dante al saber que, una vez más, no le daré su heredero.

¿Cómo voy a almorzar hoy con la familia Morello? ¿Cómo voy a mirarlos a los ojos y decir que no estoy embarazada?

Mi suegra ya ha hecho tantos planes. Mi marido estará devastado.

¡Dios! Soy un fracaso.

La tristeza es tanta que tengo que arrodillarme para vomitar en el inodoro. Después, me quedo sentada unos segundos más en el suelo, llorando.

—¡Giulia! —La voz de Matteo me llama desde fuera del baño —. ¿Estás bien?

—Espérame afuera.

—Te estás demorando demasiado.

—Ya voy —digo, secándome las lágrimas.

Coloco papel higiénico en mi ropa interior para contener la menstruación y me levanto. Nunca me he sentido tan triste.

Al salir del cubículo, lavo mi rostro y me enjuago la boca intentando mejorar un poco mi apariencia, pero estoy destrozada.

Respiro hondo y voy a encontrarme con mi cuñado, que frunce el ceño al verme.

—¡¿Qué demonios?!

Intento limpiar mis lágrimas, pero vuelven a caer sin parar.

—¿Qué mierda ha pasado? ¿Por qué lloras?

No puedo responder. Solo sollozo.

—¿Fue ese hijo de puta del nuevo profesor? ¿Dijo algo que no te gustó?

—No. —Sollozo.

—Dame un nombre, Giulia. Un solo nombre y mi hermano le arrancará la cabeza al desgraciado que te hizo llorar.

—No. Solo necesito ir a la farmacia. Si puedes llevarme.

—¿Farmacia? ¡¿Qué carajo?! ¿Estás bien? —Sacude la cabeza mientras saca el teléfono móvil—. Llamaré a mi hermano.

—No hace falta.

—Estás llorando y hablas de ir a la farmacia, Giulia. Dante querrá saber qué pasó.

Sostengo su mano y evito que mi cuñado llame a mi marido.

—No, Matteo. Estoy llorando porque he sangrado. Estoy menstruando. No estoy embarazada. —Suspiro hondo, bajando la cabeza y limpiándome el rostro—. Necesito comprar toallas femeninas.

—¡Maldición!

—No le digas nada a Dante por ahora.

—Giulia, no puedo ocultarle esto a mi hermano.

—Lo sé, pero quiero hablar con él personalmente. —Suspiro —. Solo necesito tiempo para procesar la información.

Matteo inhala y resopla, pensando qué hacer.

—¡Qué mierda! Lo lamento muchísimo.

—Yo también. —Comienzo a llorar otra vez.

—¡Carajo, Giulia! Ven aquí. —Mi cuñado me abraza por primera vez y me permito llorar en sus brazos, empapando su traje caro y elegante.

—Tu hermano quedará devastado.

—Sí, lo estará, pero aún tienen tiempo de concebir.

Niego con la cabeza y me aparto del subjefe de la mafia, mirando los ojos negros del mafioso que ahora me observan con lástima.

—Entonces, ¿puedes llevarme a la farmacia?

—Vamos.



—Tu marido me está llamando —bufa Matteo, impaciente—. ¿Qué le digo, Giulia?

Estamos frente a la farmacia y miro mis manos, intentando concentrarme en cualquier otra cosa que no sea mi tristeza.

—No le digas nada.

—Preguntará dónde estamos.

—Miente, por favor.

—Querida, no voy a mentirle al Don.

Suspiro sabiendo que tiene razón. Dante no es idiota y, si no le damos la verdad, pronto estará aquí para exigir respuestas.

—Entonces cuéntale. Yo entraré a la farmacia y tú le cuentas.

—¿Estás segura? ¿No quieres darle la noticia tú misma?

—No podría soportar escuchar su voz cuando su corazón se rompa.

La boca del mafioso se convierte en una línea fina y asiente, comprendiéndome.

Sostengo la manija para bajar del coche, pero antes miro a mi cuñado.

—¿Podrías decirle a tus padres que no podré almorzar con ellos hoy? —Seco mis lágrimas por enésima vez—. Solo quiero ir a casa y dormir, olvidarme de todo.

—Se lo diré a tu marido. Dante se encargará de nuestros padres.

Asiento con la cabeza y entro a la farmacia caminando abrazada a mí misma para no derrumbarme.

Voy directo al estante de toallas femeninas y tomo un paquete de la marca que siempre uso, pero en lugar de dirigirme a

la caja, mis pies me llevan a la sección de artículos para bebés.

Ver cada pañal, cada producto de higiene y alimentación puede destrozar mi corazón. Y cuando veo a una embarazada a mi lado, siento un nudo en el pecho y las ganas de llorar regresan.

—¿Giulia?

Su voz me llama y miro su rostro, dándome cuenta de que conozco a esa mujer. No tenía esa barriga redonda hace unos meses, cuando fue fotografiada con mi marido en un club, y ver eso revuelve mi estómago.

Chiara.

Me mira con una sonrisa amplia y satisfecha, pasando la mano por su barriga como si quisiera restregármelo en la cara.

—¿No sabías que estaba embarazada?

—¿Por qué demonios debería saberlo? —Intento recomponerme, pero mi voz tiembla.

—Porque el hijo es del Don. Y él dijo que te lo contaría.

Mi vista se nubla, la bilis sube por mi garganta y empiezo a sudar frío.

—Eso es mentira —susurro, pero ni yo creo en mis palabras.

—Y parece que otra vez no lo lograste… —dice, señalando las toallas íntimas en mi mano.

—¡Basta! —grito, poniéndome la mano en mi pecho para impedir que mi corazón se rompa, pero no sirve.

Nada sirve.

—Lo lamento, querida, pero estoy esperando un niño de tu marido, pensé que él ya te lo habría contado. —Su sonrisa es como un golpe en mi cara—. Se llamará Dante también.

Mi cabeza da vueltas, mi pecho arde y las lágrimas corren copiosamente por mi rostro sin pedir permiso. Un sollozo escapa de mi garganta y la sonrisa triunfante de Chiara me humilla más que cualquier palabra.

No voy a soportarlo.

Mi estómago se revuelve, mis piernas se aflojan, pero reúno todas las fuerzas que me quedan y comienzo a correr.

Cruzo la puerta trasera de la farmacia porque no quiero que Matteo me vea. Como Chiara, quiero dejar atrás cualquier cosa relacionada con los Morello.

Las lágrimas empañan mi vista, pero no me importa. Sigo corriendo. Siento la sangre recorrer mis piernas recordándome mi fracaso, pero continúo. Imagino la cara de decepción de Dante cuando se entere de que no estoy embarazada, pero también imagino a mi marido besando el vientre de otra mujer que lleva a su hijo en su vientre.

¡Dios mío, voy a vomitar!

Sigo huyendo. Lejos de todo, lejos de mi vida y lejos de mí mismo.

Y cuando ya siento que me arden los pulmones y me flaquean las piernas, siento un brazo que me rodea por detrás. Mi espalda choca contra algo duro y me meten un trapo en la boca.

—Tranquila, Giulia. Todo irá bien —me susurra un hombre al oído, pero no me resisto. Y la voz de ese desconocido es lo último que oigo antes de que la oscuridad me envuelva lentamente.

Pierdo el conocimiento, pero aun así no llamo a Don, porque mi dolor es tan intenso que desmayarme se convierte en un alivio comparado con mi realidad.

No quiero ser salvada.

Ya no puedo soportar vivir.

Dante puede formar una familia con Chiara, porque yo ya no tengo fuerzas para luchar.

CAPÍTULO 25

Dante Morello

Dante Morello

—¿Por qué carajo tardaste en atenderme? —gruño al escuchar la voz de Matteo al otro lado, y su silencio no me gusta—. Matteo. ¿Dónde está mi esposa?

—*En la farmacia.* —Mi hermano suspira de manera audible y, en ese instante, me levanto de la silla. Vine a la oficina con Vittorio

para firmar unos papeles, pero ahora nada de eso importa.

—¿Por qué mi mujer está en la farmacia, Matteo?

Aflojo la corbata y siento mi corazón acelerarse, ansioso por la respuesta.

—No te va a gustar saberlo.

—¡Dímelo, maldita sea! ¿Qué mierda pasó?

—Menstruó —responde con franqueza. Por un instante, necesito apoyarme en la pared para procesar la información—. *Tu mujer sangró durante el entrenamiento y dijo que necesitaba toallas femeninas.*

—¡Maldición! —grito y retiro el teléfono del oído, respirando hondo y contando hasta diez lentamente.

Sin heredero.

Siento náuseas. Una mezcla de decepción y odio hacia el mundo entero, pero, por primera vez, mi ira no está dirigida a mi esposa. Todo lo contrario. Estoy preocupado por ella. Giulia debe de estar destrozada.

—¡¿Por qué no me llamaste antes, mierda?!

—Ella no permitió que lo hiciera. Tu mujer es obstinada, lo sabes. —Suspira—. *Pero la chica estaba tan triste que ni siquiera podía negarle su pedido.*

—Dame la dirección de la farmacia. Iré a encontrarlos.

—Don, tu mujer necesita unos minutos. Tranquilo, la llevaré a tu casa. Ahí podrán hablar.

—Matteo, no te metas. Voy a buscar a Giulia ahora y yo mismo la llevaré.

—Ella cree que te decepcionó.

—¡Dame la dirección, Matteo!

Mi hermano respira hondo y cede, y anoto la ubicación de la farmacia en el primer pedazo de papel que encuentro.

—Ella no quiere almorzar con nuestros padres.

Es lógico que no quiera. ¿Ver la decepción en el rostro de mi madre al enterarse de que Giulia no está embarazada? Ni yo quiero esa mierda.

—Lo entenderán —escupo las palabras y salgo de mi oficina sin despedirme de Vittorio, dirigiéndome directamente al ascensor.

Estoy a punto de colgar cuando escucho a mi hermano maldecir del otro lado.

—¡¿Qué demonios pasó?! —pregunto.

—Dame un minuto. Necesito entrar a la farmacia para ver cómo está Giulia.

—Matteo, ¿qué mierda pasó?

Escucho el sonido de la puerta del coche cerrarse y noto que mi hermano camina a pasos apresurados.

—Si hiciste algo malo, pagarás por ello. Mi hermano no tendrá piedad.

Oigo a Matteo amenazar a alguien y mi sangre hierve. Me siento fuera de mí, desquiciado.

—Matteo, no voy a repetir la pregunta. ¿Qué mierda pasó y con quién estabas hablando?

—¡Con Chiara, maldita sea! —me responde y escucho los reclamos de la bailarina del otro lado.

¿Chiara? ¿Qué carajo hacía la hija de puta en la misma farmacia que mi esposa?

—¡Suéltame!

—Cállate si no quieres morir, porque si descubro que hiciste alguna idiotez con mi cuñada, te cortaré la garganta.

—¡Estoy embarazada!

—Y a mí me importa un carajo eso.

Llego al taller y le doy la dirección al chofer enseguida, pero mi atención está en la discusión de los dos. *¿Qué mierda hizo Chiara?* La mataré si se acercó a mi mujer.

—¡Matteo, encuentra a Giulia ahora! —ordeno, pero mi hermano sigue discutiendo con la bailarina.

—¿Y si te digo que este hijo es del Don? —Su voz es estridente y mi estómago se revuelve de rabia.

¿Qué carajo está diciendo?

—Te diría que eres una hija de puta mentirosa.

—Pero hay posibilidades —rebate ella.

—¡Matteo, suelta a esa zorra y ve a buscar a mi esposa! ¡Ahora mismo, maldita sea!

—¿Le dijiste algo a Giulia? —Mi hermano sigue interrogando y golpeo el asiento del coche, gritando para que el chofer acelere.

—Ella fue la que se acercó a mí.

—¡Maldita sea! ¡Voy a acabar con esa hija de puta! —grito.

La conversación continúa y no logro entender del todo, pero escucho un golpe seguido de un grito femenino y comprendo que Matteo golpeó a la chica.

No solemos agredir a mujeres, excepto en casos muy específicos. Lo cual me preocupa aún más, porque Chiara debió de haber hecho algo muy grave para que mi hermano la golpeara.

—¡Matteo, háblame, carajo!

—Don, la hija de puta de tu ex está embarazada. Y hay una enorme posibilidad de que la zorra le haya dicho a tu esposa que el hijo es tuyo.

—¿Qué?! —gruño, a punto de perder la cabeza. Voy a matar a la desgraçada. Respiro hondo para calmarme; mi esposa es prioridad y necesito averiguar qué mierda pasó—. Encuentra a mi esposa, Matteo. Encuentra a Giulia. Después me encargaré personalmente de Chiara.

—Haré que esa perra espere en mi coche.

—¡Me voy! —grita la bailarina.

—No, no te irás. Y si eres lista, me obedecerás en lugar de luchar. —El tono de Matteo es amenazador.

—¡Matteo! Encuentra a mi mujer. ¡Ahora!

Escucho movimiento al otro lado y los pasos apresurados de mi hermano.

—¡Dante, qué demonios!

—¿Qué mierda pasó ahora?

—Giulia no está en la farmacia.

—¿Qué?

Escucho a mi hermano preguntar si alguien vio a una joven rubia vestida de tenista y mi vista se nubla. Aún faltan varios minutos para que llegue a la farmacia y eso me vuelve loco.

—¡Salió corriendo de aquí, maldición! —gruñe Matteo—. *Tu mujer habló con Chiara y salió llorando por la puerta trasera.*

—¡Voy a matar a esa hija de puta!

—Está en mi coche.

—¡Matteo, ve tras Giulia! ¡Ahora!

—Voy. Ni sé por dónde empezar, carajo. Espero que no esté lejos. Les he dicho a los soldados que se vayan a sus casas; estoy solo en esta mierda.

—¡Maldita sea! Si no encuentras a Giulia, Matteo, te juro que te voy a dar una paliza.

—Lo sé.

—Confié la seguridad de mi mujer en tus manos.

—Pero ella fue a la farmacia. ¡A la farmacia, por Dios! ¿Cómo iba a adivinar que tu ex aparecería y le diría idioteces a tu mujer?

—Estoy llegando —digo, y le corto la llamada bruscamente a mi hermano, pues no soporto ni escuchar su voz ahora.

Llamo a mis soldados y ordeno que cientos de ellos se movilicen de inmediato a la zona de la farmacia. Necesito encontrar a mi esposa.

Los ojos azules de Giulia vienen a mi mente y me imagino cómo su corazón se habrá roto al descubrir que no estaba embarazada y, al mismo tiempo, escuchar de una hija de puta mentirosa que yo tendría un hijo con otra mujer.

—¡Maldita sea! —grito, y golpeo el asiento del coche, deseando hacer lo mismo con Chiara.

Me importa un carajo si está embarazada o no, porque hoy esa zorra va a morir.

Me lleva algunos minutos llegar a la farmacia y, al salir del coche, veo a mi hermano parado, hablando por teléfono, alterado.

—¿Dónde está mi mujer?

—Dante…

—¡¿DÓNDE ESTÁ ELLA?! —repito pausadamente y a los gritos, y mi hermano baja la cabeza.

—La han secuestrado.

—¿Qué dijiste? —No puedo creerlo.

—Pedí a nuestro servicio de inteligencia que hackeara las cámaras de seguridad de la zona y descubrieron que se llevaron a tu mujer.

Empujo a Matteo contra una pared y presiono mi brazo contra su cuello. Lo fulmino con la mirada de una manera que nunca antes lo había hecho.

—La encontraré, Don. Te lo prometo.

—Lo harás, Matteo. Y si no la encuentras, te mataré.

Un grito femenino llama mi atención y veo a Chiara llorando dentro del coche de mi hermano.

Suelto a Matteo y agarro mi arma apuntando directamente a la cabeza de la hija de puta.

—Déjame ir, por favor.

—¿Qué le dijiste a mi mujer, zorra?

—Don, déjame encargarme de Chiara. Puede tener algo que ver con el secuestro de Giulia —susurra Matteo detrás mío—, pero apuntarle un arma a la cabeza a una embarazada no te ayudará ahora.

Miro alrededor y algunas personas me observan asustadas.

—¿Qué mierda miran, hijos de puta? —grito, alterado. Apunto el arma a los curiosos y huyen.

Estoy tan cegado por la rabia que abro la puerta del coche de mi hermano y arrastro a la bailarina del brazo. Chiara tiene una barriga enorme, pero eso no me impedirá matarla.

—Te advertí que te mantuvieras fuera de mi camino —gruño, apretando su brazo—. Tus errores tendrán consecuencias. Y si algo le pasa a mi mujer por tu culpa, te torturaré tanto que implorarás morir.

—Dante —Chiara llora y trata de abrazarme, pero la empujo.

—¡No me toques, hija de puta!

—¡Podría estar cargando a tu hijo en mi vientre!

—¡Cállate! Nunca te penetré sin condón.

—Pero los condones pueden romperse.

—¿Perdiste la cabeza?! ¿Piensas que soy idiota? —Me inclino hacia ella y la bailarina se encoge de miedo.

—Dante, llegaron nuestros hombres.

Respiro hondo al ver los coches blindados estacionarse y decido encerrar a Chiara en el coche de mi hermano. Ya me ocuparé de ella después.

—Llévense a esa zorra y averigüen si tiene algo que ver con el secuestro de Giulia. Si lo tiene, la mataré.

—Está embarazada y dice que el hijo puede ser tuyo. ¿Aun así la matarás?

—Chiara es una maldita mentirosa.

—Pediré un ADN para estar seguro.

Miro a mi hermano y respiro hondo, controlándome para no golpearlo.

—¿Crees que si hubiera alguna posibilidad de que este bebé fuera mío, ella no me habría buscado antes? Chiara no es idiota. Si no vino a mí, es porque la criatura no es mía.

La boca de Matteo se convierte en una línea fina y asiente, concordando conmigo. Me aparto de él y noto que Vittorio y mi padre también están aquí.

—El servicio de inteligencia está tratando de localizar la camioneta que salió con ella, pero los desgraciados cambiaron de coche en un punto ciego y perdimos a Giulia de vista. —Vittorio me da la noticia, haciéndome perder la cabeza.

—¡Cierren la maldita ciudad! ¡Pongan hombres en los aeropuertos, las estaciones de autobuses y en todas las malditas carreteras de este país! ¡No se van a ir de Italia con mi mujer! —ordeno, y mi hermano toma su teléfono, organizando todo.

—Fue el colombiano. —Se acerca mi padre, y un surco se forma en mi frente—. Se escondió todo este tiempo y esperó pacientemente el momento exacto para vengarse.

—¿Qué mierda dices?

Mi padre suspira y sacude la cabeza.

—Sabía que ese hijo de puta era inteligente. Usará a tu esposa para atraparte.

¡Dios! Estoy a punto de explotar.

Mi padre pone una mano en mi hombro y dice con firmeza:

—Debes enviar soldados a Colombia. Ese cabrón planeó este secuestro hace mucho tiempo y, a estas alturas, tu mujer probablemente ya haya salido de Italia.

—Querrá mi cabeza a cambio de la de ella.

—Sí, y pronto llamará para negociar.

—Me entregaré si es necesario.

—Dante... —La voz de mi padre suena como una alerta.

—Giulia es una chica inocente y está metida en esta mierda solo por mi culpa. Arruiné su vida y no permitiré que muera en manos de ese desgraciado.

—No la matará tan pronto. Es una valiosa moneda de cambio.

—Subestimé al hijo de puta. Este cabrón estuvo infiltrado en mi país todo este tiempo, justo debajo de mi nariz.

Mi padre suspira.

—Los colombianos son una mafia pequeña, pero son peligrosos. Se entrenan en la Amazonía y pasan días sin comer ni dormir antes de ser iniciados.

Me paso las manos por el rostro, con el pánico recorriéndome las venas.

—Nosotros matamos a su familia. Él la matará a ella. —Las palabras me desgarran el pecho.

—Lo atraparemos antes.

Miro a mi padre y asiento, intentando aferrarme a sus palabras para seguir adelante y hacer lo que hay que hacer, porque es casi insoportable saber que mi inocente esposa está en manos de un mafioso vengativo, pero es aún peor saber que está en este lío solo por mi culpa.

Tengo que encontrarla. Traerla de vuelta a casa. Sana y salva.

Aunque tenga que sacrificarme en su lugar para conseguirlo.

CAPÍTULO 26

Giulia Morello

Giulia Morello

Me duele la cabeza y trato de abrir los ojos, pero no puedo. Siento frío y el estómago se me aprieta por el hambre, y no recuerdo cuándo fue la última vez que comí.

—¡Mira quién despertó! ¡La Bella Durmiente! —Una voz femenina con un italiano muy precario llama mi atención, y

finalmente mis ojos se abren.

Está oscuro, pero la luz de una fogata me permite darme cuenta de que estoy en medio de un bosque denso. Me duele todo el cuerpo y estoy cubierta de hojas y barro, hecha un desastre.

Un escalofrío recorre mi espalda cuando me doy cuenta de que la voz que me habló pertenece a una mujer de cabello largo y blanco. La mujer viste una capa negra y está cerca del fuego. Su semblante es serio y me da miedo. Parece una bruja.

Me siento en el suelo y abrazo mi cuerpo intentando protegerme.

—¿Dónde estoy?

—En el corazón de la Amazonía.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Debes tener hambre —dice, señalando una olla sobre el fuego. No responde a mi pregunta, pero mi estómago ruge al instante.

—No, gracias —miento, porque la comida podría estar envenenada.

Ella sonríe por primera vez.

—Querida, si quisiera matarte, ya lo habría hecho. Dormiste cuatro días.

¿Cuatro días? ¡Dios mío!

Miro alrededor de nuevo, tratando de pensar en alguna forma de escapar.

—Si fuera tú, abandonaría la idea. Si intentas huir, un animal te matará o algún vagabundo te violará antes del amanecer.

Trago saliva, consciente de que tiene razón.

—¿Quién eres?

—Haces demasiadas preguntas. —Suspira y coloca un poco de caldo en un cuenco para dármelo—. Ahora come, porque tus bebés necesitan alimentarse.

—No tengo ningún bebé. —Mi voz sale resentida.

La anciana se ríe como si le hubiera contado un chiste.

—Hay dos en tu vientre, Giulia. Estás embarazada de dos niños.

—Imposible —susurro, abrazándome aún más—. Estoy menstruando.

—Algunas mujeres sangran durante el embarazo. Tu placenta debe estar baja, pero estás embarazada de gemelos.

Sacudo la cabeza, incrédula.

—Es mentira. Ni siquiera me conoces. ¿Cómo podrías saberlo?

—Los espíritus me lo dijeron, querida —dice, y un escalofrío recorre mi cuerpo—. Así como me contaron dónde y cuándo estarías para que mi nieto pudiera secuestrarte.

—¿De qué estás hablando?

—Primero come. Necesitas alimentarte.

—¿Por qué te importa?

—Porque tus bebés no tienen la culpa de nada.

—Debo estar soñando —susurro, mirando la oscuridad del bosque—. En realidad, esto es una pesadilla.

—Piensa lo que quieras, pero come.

Miro el cuenco en mis manos y el olor de la comida es tan bueno que decido ceder y comer un poco. Esta mujer tiene razón, porque si de verdad dormí cuatro días, ella tuvo muchísimas oportunidades de matarme y no lo hizo.

En menos de cinco minutos, termino todo, y la señora sonríe y me sirve más comida sin que se lo pida. Agradezco y dejo de lado mi orgullo mientras saboreo la comida.

Cuando termino, la miro de nuevo y trato de organizar mis pensamientos.

—¿Por qué querías secuestrarme?

—Yo no. Mi nieto.

—¿Quién es él?

—Es el consejero de la mafia colombiana, al que tu marido intentó eliminar, pero no lo logró.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?

—El Don italiano ordenó el asesinato a sangre fría de la esposa y los hijos de mi nieto.

Mi estómago se revuelve con la información.

—¿Y pretende matarme como venganza?

—No sé los planes de Ernesto, pero creo que sí, tal vez te mate. Ojo por ojo, diente por diente.

Sacudo la cabeza, un instinto de protección recorre cada célula de mi cuerpo. Si realmente estoy embarazada, debo proteger a mis bebés.

—Tu nieto se equivocó de mujer. Yo no tengo nada que ver con Dante. Me engañó y embarazó a otra mujer. No vendrá por mí.

Intento mantenerme firme, pero mis ojos se llenan de lágrimas y mi garganta se cierra al terminar de hablar. Recordar la barriga redonda y la sonrisa de Chiara duele tanto que estar en medio de un bosque de noche con una bruja parece mucho más sencillo que vivir con eso en mi piel en Italia.

—Estás equivocada, querida. Eres el punto débil del Don italiano.

—¿Y ahora moriré por culpa de un marido infiel?

—Bienvenida a la mafia.

—¡Pero soy inocente!

—La familia de mi nieto también lo era, pero los italianos no tuvieron piedad.

—Entonces, ¿por qué te importa si comí o no? Si sabes que voy a morir. —bufo, indignada.

—No sé si morirás. Los espíritus no me lo dicen todo. El futuro puede ser incierto. —Suspira y cierra los ojos—. Los espíritus me mostraron que los italianos atacarían a los jefes de la mafia colombiana. En la visión que tuve, vi a mi nieto y a su familia siendo asesinados, pero logré advertir a Ernesto antes de que eso pasara y él consiguió salvarse.

—Pero su familia no pudo salvarse. —Suspiro, sintiendo el corazón apretarse—. Es tan injusto.

—El mundo es injusto, querida. El dinero y el poder gobiernan todo, y al final solo somos piezas en el tablero llamado mafia.

—Ayúdame a escapar —imploro—. Por el bien de los bebés. No merecen morir.

La señora suspira y se sienta a mi lado.

—Ojalá pudiera, Giulia, pero no puedo negarle a mi nieto su oportunidad de venganza.

—No te entiendo —susurro.

—Ernesto quiere la cabeza de tu marido y te necesita para eso. Tal vez mueras en el proceso. Tal vez solo mi nieto y yo. O quizás, con suerte, solo el Don italiano sea asesinado, pero hasta averiguarlo, yo cuidaré de ti.

Mi estómago se revuelve con sus palabras y por poco no vomito todo lo que comí. Quiero llorar, gritar y golpearla, pero al mismo tiempo moriría si intentara huir. Estoy en un bosque salvaje, no conozco a nadie en este país y ser asesinada por un animal sería mi mejor opción.

Entonces debo pensar. Estoy destruida, pero esta bruja me dio un poco de esperanza y, si estoy embarazada de gemelos, no puedo rendirme. Debo luchar.

Encontraré una salida. No por Dante, sino por los bebés.

Él es mafioso, cruel y no me ama, pero fui obligada a entregarme a él y ahora estoy embarazada de gemelos.

La señora comienza a cantar una canción triste y mis ojos pesan, como si quedara hipnotizada.

—Duerme, Giulia. Necesitarás descansar si quieres tener alguna oportunidad de sobrevivir.

Y eso es todo lo que escucho antes de caer en el sueño.



—¡Despierta, perra! —Algo golpea mi hombro y me encorvo de inmediato—. No estás en un hotel, zorra. ¡Despierta!

Abro los ojos y todavía es de noche. Me asusto al ver a un hombre completamente cubierto de barro frente a mí y trato de levantarme para correr, pero me agarra.

—¿A dónde crees que vas? Tengo planes para ti.

Me sonríe cruelmente y reconozco su voz. Es la persona que me secuestró.

—¿Qué quieres de mí? —Intento soltarme de sus brazos, pero es mucho más fuerte.

—Tu sufrimiento —dice sin ningún pudor—. Ahora vamos. Tu marido nos espera.

Me arrastra hasta una cabaña y usa su fuerza para atarme a una silla. Luego, prende un teléfono móvil a unos metros de mí y aparece el nombre de Dante en la pantalla.

Mi corazón se dispara cuando la llamada es atendida y veo a todos los Morello del otro lado. Mi marido está en el centro, alto, imponente y con su traje impecable. Sin embargo, lo que me llama la atención es su expresión cansada y su barba descuidada.

Matteo y Vittorio están a su lado, junto a Tommaso y Francesca, y varios soldados de la mafia.

—*Giulia.* —La voz del Don suena dolorosa y cierro los ojos para no mirar su rostro, porque a pesar de su infidelidad, todavía lo extraño. A pesar de todo el daño y tristeza que me causó, no dejé de amarlo.

—¿Extrañas a tu putita, Don? —Mi secuestrador se burla, tirándome del cabello y derribando la silla al suelo.

Grito con el impacto y escucho a mi marido gruñir un insulto, pero el colombiano no le presta atención. Nuestra destrucción es un entretenimiento para él.

—*Dime lo que quieres y lo tendrás* —advierte Dante—. *Solo deja a mi mujer fuera de esto.*

—Tú no dejaste a la mía fuera de tus negocios, ¿verdad? Mataste a mi familia a sangre fría y ahora esperas que tenga piedad de tu deliciosa esposita. —Su voz hace que mi estómago se revuelva —. ¿Sabías que me encantan las rubias? Y ella tiene un cuerpo excitante, ¿eh? ¿Qué sabor tendrá su vulva?

—*¡Tócala y te desmembraré, hijo de puta!* —Abro los ojos y veo a Dante caminando de un lado a otro, desesperado.

Impotente.

¿Por qué le importa? Tiene a Chiara y a su bebé. No me necesita para nada.

—Para desmembrarme primero tendrás que encontrarme —se burla—. Pero hasta donde sé, llevas cuatro días buscándome y aún no tienes idea de dónde está tu mujercita.

—*Te estamos rastreando, imbécil.*

—Mi teléfono móvil no es rastreable. No soy tan idiota, Don. —El colombiano destila burla cada vez que menciona la posición de mi esposo dentro de la mafia.

—*Te encontraré. Y te mataré.*

—Mataré a tu esposa primero.

El pánico me invade. Para vengarse de mi marido, este hombre es capaz de matarme de la forma más cruel posible. Y no

puedo morir.

No ahora.

Estoy embarazada de gemelos y protegeré a mis hijos, aunque tenga que matar a este colombiano para lograrlo.

—Dime lo que quieres. —El tono de mi marido es suave, tratando de controlarse.

—A ti —el colombiano es directo—. Te quiero para torturarte a mi manera... o lo haré con tu esposa.

Trato de no vomitar cuando me da un golpe en el brazo, luego en la cabeza, después en la espalda, piernas y pies. El colombiano me golpea con fuerza y se ríe, mientras escucho los gritos de mi marido del otro lado.

—¡No la toques, hijo de puta! ¡Me entregaré!

—Solo me estoy calentando para el juego, Don. Hay que divertirse un poco.

Apenas tengo tiempo de respirar entre una patada y la siguiente. Mi cuerpo duele tanto que empiezo a vomitar.

—¡Detente con esa mierda! ¡Me rendiré! ¡No la toques, maldita sea! —grita Dante, pero el colombiano no se detiene—. *¡Giulia! ¡Te buscaré! ¡Te lo prometo!* —Hay sufrimiento en la promesa de Dante, pero no me importa. Ni él ni eso.

Todo lo que pienso es que debo abrazar mi cuerpo para proteger mi barriga. Debo mantener a salvo a mis bebés, pero el colombiano parece leer mi mente, porque se coloca frente a mí e inclina el pie hacia atrás para golpear mi estómago.

—¡No! —grito suplicando. Es la primera vez que hablo desde que comenzaron los golpes, y mi gesto hace que el colombiano se detenga—. Por favor, no en mi barriga.

—¿Y por qué no, querida? —se burla—. Te voy a romper entera.

—Por favor, la barriga no —suplico, abriendo los ojos y viendo pánico en el rostro de mi marido del otro lado de la pantalla—. Estoy

embarazada.

—¿Cómo es posible? —escucho a Matteo susurrar.

—Muchas mujeres sangran durante el embarazo, pero no había dudas. Giulia está embarazada —dice mi suegra del otro lado.

—Giulia… —Puedo escuchar cómo se rompe el corazón del Don.

¡Qué sufrimiento!

Fui obligada a casarme con el mafioso que me rechazó, y ahora estoy embarazada de gemelos de él. Mi situación no podría ser peor.

—A él no le importa. Tiene otra familia, pero te lo suplico —digo mirando al colombiano—. No lastimes a mis bebés.

—¿Bebés? —pregunta Francesca—. *¿Más de uno? ¡Dios mío!*

—Giulia, mírame —implora Dante, pero no hago lo que me pide.

Solo miro al colombiano, que me observa con una sonrisa amplia.

—Por favor… —insisto.

—Vaya, vaya. ¿Se estará por cumplir mi venganza? —Mira a la cámara y sonríe a Dante—. Mataste a mi familia, Don. Y yo, cuando mate a tu mujer, estaré exterminando a tu familia. Con mucho menos trabajo, claro, ¿o quieres que te envíe los fetos?

—¡Hijo de puta! —grita mi marido.

—¡Por favor, no! —suplico—. No lastimes a mis bebés.

—Giulia, iré por ti. ¡Te buscaré, carajo! —Dante está desesperado.

—Entonces apúrate, italiano, porque mi venganza acaba de comenzar y hoy pasaré la noche metiéndole la verga y torturando a tu mujercita embarazada. —Se agacha y lame mi rostro, haciendo que mi cuerpo se estremezca—. Me encantan las vaginas de las embarazadas. Quedan más apretadas.

Quiero gritar de frustración, pero recibo una bofetada y lo último que veo antes de que el colombiano cierre la pantalla es el rostro mojado de Dante.

Dante está llorando.

El hombre por quien derramé casi todas mis lágrimas ahora llora por mí, pero lo peor es saber que su llanto no sirve de nada, porque incluso sufriendo, el final siempre es el mismo: soy yo quien paga por los errores del Don italiano.

—Ahora somos solo tú y yo. —La malicia en la voz del colombiano me hace vomitar de nuevo, pero antes de tocarme, la señora que me alimentó más temprano aparece en la cabaña.

—No la toques. Ya ha sufrido suficiente.

—Mi venganza ni siquiera ha comenzado.

—Quieres matar al marido de ella, no a una embarazada inocente.

—Mataré a todos, como mataron a mi familia y a mis hermanos de la mafia.

—No hagas eso, Ernesto. Esta chica fue traicionada y humillada por su marido. Déjala en paz —intercede la anciana por mí, pero el peso de sus palabras me hace llorar.

—Ella es mi mayor venganza. La usaré para torturar al jefe de la mafia italiana.

—El Don cree que abusarás de ella toda la noche. Eso ya lo torturará lo suficiente. Sabe que ella está aquí por sus errores.

—A él no le importa —digo y sollozo—. A esta hora ya debe estar con otra.

El colombiano suspira y se agacha, agarrándome el mentón con brusquedad.

—En consideración a mi abuela, hoy te daré un descanso, perra, pero mañana será un nuevo día y no te perdonaré. Te torturaré hasta que te arrepientas de haberte casado con el Don italiano, y no tendré piedad hasta verte dar tu último suspiro.

Y así se va, dejándome atada y caída en el suelo. Estoy inmunda, rota y toda magullada. Por dentro y por fuera.

La anciana viene a ayudarme, pero mientras sollozo, todo lo que pienso es que este colombiano está equivocado.

Ya me arrepiento. Y si pudiera volver en el tiempo, huiría antes de que el Don me eligiera como esposa.

Antes de que me destruyera, me decepcionara y me rompiera de más formas de las que jamás creí posibles.

Antes de que mataran a mis hijos, pero ahora es demasiado tarde.

Y la sangre de nuestros bebés inocentes no será perdonada, gracias a la maldad de un demonio que fui obligada a aceptar como marido.

CAPÍTULO 27

Dante Morello

Dante Morello

Embarazada. Giulia está embarazada.

Esa debería ser la mejor noticia que he recibido en mi vida, pero lo único que puedo hacer es recordar a mi esposa caída en el suelo, sucia y magullada por un hijo de puta que quiere vengarse de mí.

Tan pronto como la llamada termina, me inclino sobre mis rodillas, casi sin poder respirar. Me han llamado demonio y he torturado a hombres adultos, pero ahora me siento impotente como una mierda.

Mi chica inocente, cuyo peor pecado fue amar a un monstruo como yo, ahora está en los brazos de un abusador y asesino que no pensará dos veces antes de destruirla junto con mis hijos.

Hijos. Seré padre. Y un padre tan patético que ni siquiera puedo proteger a mi familia.

—Dante, nuestro servicio de inteligencia reconoció la especie de las hojas que estaban en el cabello de Giulia y pertenecen a un árbol de la Amazonía. Todo indica que tu mujer está en territorio brasileño —dice Vittorio acercándose a mí.

Mi padre tenía razón cuando dijo que el colombiano era astuto. Se alió con algunos de nuestros enemigos dentro de Italia y logró secuestrar a Giulia sin llamar demasiado la atención.

Somos odiados por muchos hombres poderosos, y no dudaron en prestar coches y aviones a un latino hijo de puta que quería vengarse de mí usando a mi mujer, pero ellos pagarán por sus errores.

A su debido tiempo, lo harán.

Ahora la prioridad es mi esposa.

—Envíen a nuestros hombres a Brasil de inmediato —dice mi padre, y Vittorio asiente.

—¿Brasil? —bufa Matteo, incrédulo—. Nos llevará una semana encontrarla. El territorio es enorme.

—La matará antes. —Mi estómago se revuelve al confirmarlo —. Necesito pensar en algo. ¡Maldita sea!

—Haz una alianza con los estadounidenses —sugiere mi padre —. Conocen la selva mejor que nosotros y podrán encontrar a Giulia más rápido.

—¿Y qué les ofreceremos a cambio? —pregunta Vittorio.

—Todo en la mafia termina en sangre, muerte o matrimonio —recuerda Tommaso.

—Ofreceremos países para que comercialicen sus drogas en Europa —sugiere Matteo, y lo miro fijamente.

—No, Matteo. Te ofreceré a ti. Te casarás con alguna mujer de la Outfit como señal de nuestra alianza con ellos.

—Dante... —comienza a decir mi hermano, pero mi mano va directo a su cuello.

—¿Qué me vas a decir ahora, Matteo? ¿Que no te casarás? —Matteo no responde, solo permanece quieto—. Giulia está en esta mierda porque no la vigilaste como debías. Te pedí cuidar a mi mujer y permitiste que la secuestraran.

—No puedo casarme con una estadounidense, Don.

—No fue un pedido, fue una orden directa.

—¡No, carajo! No puedo casarme, porque voy a ser padre. Y si la Outfit descubre que entregaron una princesa que tendrá que compartir la casa con un bastardo, nos declararán la guerra.

—¿Qué mierda estás diciendo?

—¡Embaracé a una chica, maldita sea!

—¿Y por qué demonios no me lo dijiste antes?

—Porque tú y tu mujer estaban intentando concebir, ¡y no quería echarte en cara que lo logré sin siquiera intentarlo!

Suelto a mi hermano y golpeo la pared, sintiendo mis dedos sangrar. Estoy más furioso que nunca. Cuento hasta diez para no golpear a Matteo, pero antes de explotar, Vittorio pone la mano sobre mi hombro.

—Me casaré, Dante. Haremos alianza con la Outfit y traeremos a Giulia de vuelta a casa.

—Perfecto. Vamos a hablar con ellos —dice mi padre, apurado —. No hay tiempo que perder.

Dejo de pelear con Matteo o de hacer cualquier otra mierda, porque lo único que necesito ahora es encontrar la forma de traer a mi esposa embarazada de vuelta.

Y esperemos que eso ocurra antes de que el colombiano la mate.



—Los soldados estadounidenses ya entraron en la selva y los nuestros están en camino. Los helicópteros de la Outfit están sobrevolando el área. Saldremos en diez minutos —avisa Vittorio, y asiento ajustando las armas.

Hicimos un contacto rápido con la mafia de Chicago, la famosa Outfit, y se mostraron muy interesados en nuestra propuesta, ya que nos vieron como la perfecta oportunidad para hacer negocios en Europa.

Se pueden ir todos a la mierda. Nadie me importa más. Todo lo que pienso es en traer a mi mujer a casa.

Intento mantenerme calmado, porque necesitaré sangre fría para invadir la selva y encontrar a mi esposa. Matteo y mis padres se quedarán en Italia, mientras Vittorio y yo nos uniremos a los soldados para buscar a Giulia.

—¿Estás seguro de que quieres ir? Eres el Don, ¿te vas a meter en una selva para hacer el trabajo de un soldado? —pregunta mi padre—. Puedes comandar todo desde aquí.

—Voy como esposo, no como Don. Giulia me necesita y no me importa ensuciarme las manos mientras logre traerla sana y salva a casa.

—¿Y qué hago con Chiara? —pregunta Matteo—. Los resultados del ADN aún no están listos.

—Manténla en cautiverio —ordeno—. Me ocuparé de esa zorra después de que mi mujer esté segura en casa.

Mi hermano asiente y nos dirigimos con Vittorio hacia nuestro avión, volando directo a Brasil.

El viaje es largo, y cada maldito minuto que pasa es un minuto más con mi mujer rehén de ese desgraciado. Estoy a punto de perder la cabeza.

Llegamos al espacio aéreo brasileño y nuestro avión aterriza en un aeropuerto improvisado en medio de la selva. Tan pronto descendemos, me encuentro con algunos de mis soldados y algunos de los sicarios de la Outfit.

—Nuestros helicópteros encontraron algunas cabañas escondidas en la selva. Comenzaremos por ellas —avisa uno de los estadounidenses.

—Debemos tener cuidado. El colombiano no secuestró a tu mujer solo. Debe haber hombres escondidos en la selva —comenta otro, y asiento, dispuesto a matar a cualquier hijo de puta que haya osado quitarme a mi mujer.

Nos dividimos en grupos y nos vestimos con ropa adecuada para meternos en el barro y camuflarnos entre la vegetación. En ese momento no me importa el dinero ni mi posición dentro de la mafia. Todo lo que quiero es sacar a Giulia de esta mierda y garantizar su seguridad.

El día está despejado, pero la selva es oscura, y nos lleva unas dos horas llegar a una de las cabañas sospechosas. Somos veinte hombres y necesitamos ser silenciosos. No quiero que el colombiano sospeche que estamos aquí y haga algo con mi mujer.

Nos escondemos hasta que aparecen dos soldados colombianos rondando la cabaña. Están armados, pero distraídos, y los atacamos tan rápido que los matamos antes de que puedan reaccionar.

Continuamos avanzando por la selva y rodeamos la cabaña, asegurando todas las entradas.

Me detengo frente a una ventana. Ajusto mi arma y posiciono la cabeza para mirar dentro de la cabaña.

La rabia me domina y veo rojo al ver a Giulia tirada en el suelo, completamente desnuda, herida y atada. Sus ojos están cerrados y el pánico me invade. *¿Acaso la mató?*

Mi sangre hierve y pierdo la razón, pero espero unos segundos antes de actuar. Y entonces aparece el colombiano.

Él iba caminando distraído, hasta que me ve directamente por la ventana. Intenta sacar su arma, pero soy más rápido y le reviento la cabeza de un disparo.

Debería haberlo torturado lentamente, pero no podía perder tiempo y arriesgarme a que disparara a mi esposa.

El disparo es fuerte, pero Giulia ni se mueve. Está inconsciente. ¿O muerta? Maldita sea.

Salto por la ventana y los demás soldados derriban la puerta, entrando a la cabaña. Tomo un paño de la mesa y cubro a mi esposa.

—*Baby*, estoy aquí. Te llevaré a casa —susurro, besando su rostro, pero no reacciona. La cargo en brazos y verifico sus signos vitales. Está viva, pero débil.

—Limpien el lugar. Maten a cualquiera que haya ayudado a ese hijo de puta —ordena Vittorio, y los soldados se dispersan. Uno de los sicarios aparece cargando a una anciana en brazos.

Parece una bruja y sonríe al verme.

—Le dije que vendrías por ella —su sonrisa se ensancha—, pero no me creyó, porque la lastimaste más de lo que mi nieto o cualquier otra persona podría.

—¡Cállate! —grito.

—No la mereces, pero tienes suerte. Una mujer dulce e inocente te ama y ahora está embarazada de dos niños que seguirán tu legado.

—¿Qué mierda sabes tú? —gruño, apuntando a su cabeza.

—Puedes dispararme. Moriré sabiendo que no hice daño a quien me amó y que no puse en riesgo a mi familia, como tú hiciste.

Sus palabras me golpean. No puedo mirar a los ojos de esa bruja. Voy a matarla, pero antes de apretar el gatillo, Vittorio apunta su rifle a su rostro y le quita la vida.

—Limpien todo —repite mi hermano, y rápidamente me muevo.

—Vamos rápido. Necesito sacar a mi mujer de aquí.

Andamos solo unos metros antes de alcanzar un helicóptero que nos lleva a nuestro avión, donde un médico de guardia de la Cosa Nostra nos espera.

Partimos directo a Italia y el médico logra reanimar a Giulia, haciéndome soltar el aire de mis pulmones que tenía contenido.

—Está herida, pero parece que no fue abusada. Llegaron a tiempo —dice, y el alivio que siento es como si me quitaran un gran peso de encima.

Mi esposa abre los ojos y parece aliviada al verme, pero un segundo después frunce el ceño y gira el rostro, evitándome.

—*Baby…* —susurro, pero me ignora.

—Dale tiempo —interviene Vittorio—. Han pasado muchas cosas y necesita asimilarlo.

Asiento, pero la verdad es que estoy al borde de explotar. La preocupación, la nostalgia y el miedo me consumen.

Un miedo del carajo. Miedo de que Giulia nunca me perdone, o de que se cierre para siempre en sí misma.

El médico termina de examinarla y veo algunas lágrimas correr por su rostro, lo que me destruye. Su sufrimiento puede arruinarme de formas que ni puedo imaginar.

Intento llamarla de nuevo, y finalmente me mira. Observando profundo en mis ojos, abre la boca por primera vez para hablar.

—¿El bebé es tuyo?

Quiere saber sobre el embarazo de Chiara.

—No lo sé. —No puedo mentirle—. El ADN aún no está listo.

Más lágrimas caen de sus ojos y veo cómo Giulia se rompe frente a mí.

—Quiero hacerte un pedido.

—Cualquier cosa.

—Quiero el divorcio.

—Nunca, *baby*. Eso nunca —digo, con el tono más cariñoso que puedo.

—Ya no te amo.

—Y tienes tus motivos para eso.

—No quiero que nunca más me toques.

—Te respetaré.

—Pero no te alejarás —concluye, y no respondo, porque no fue una pregunta.

Y Giulia tiene razón, porque aunque sea un asesino cruel con el mundo entero, moriría antes de dejarla ir.

Y soy lo suficientemente posesivo y egoísta como para no permitir que eso suceda.

CAPÍTULO 28

Giulia Morello

Giulia Morello

Abro los ojos y me doy cuenta de que estoy en un hospital. Dante está sentado en un sofá, en un rincón de la habitación, con la cabeza entre las manos. Levanta la mirada, me ve y su rostro se ilumina al instante.

—*Baby*, ¿cómo te sientes?

—Mis bebés… —intento decir, colocando la mano sobre mi barriga, y Dante sigue mi mirada.

—Están bien, amor. Nuestros hijos son fuertes. Son dos niños. —Camina hacia mí sonriendo, pero estoy tan dolida que no puedo devolverle la sonrisa.

—Quiero irme.

—Nos iremos, solo necesitas recuperarte un poco.

—Estoy bien. —Intento incorporarme, pero me mareo. Dante avanza para ayudarme, pero lo detengo—. No me toques.

Él retrocede un paso, suspira y baja la mirada, colocando ambas manos en los bolsillos. Lleva camisa y pantalón de vestir, impecable, imponente y apuesto como siempre.

—Sigues muy débil. Llevas tres días internada y esta es la primera vez que despiertas desde el avión.

—Quiero hablar con el médico.

—Lo llamaré. —Aprieta los labios—. Y cuando estés lista, conversaremos.

—¿El resultado del ADN ya está listo?

Él niega con la cabeza.

—Entonces no tengo nada que hablar contigo.

—*Baby*, por favor.

—Y no iré a tu casa. Preguntaré a tus padres si puedo quedarme con ellos un tiempo.

—Giulia, la casa es nuestra, no solo mía. Si quieres, puedo dormir fuera unos días, pero no quiero que te vayas.

—No quiero estar en un lugar donde todo me recuerde a ti.

—*Baby*, por favor, no me hagas eso. No soportaría estar lejos de ti y de nuestros hijos.

—Deberías haber pensado en eso antes de embarazar a una cualquiera.

—Giulia, no sé si soy el padre. Y aunque lo fuera, todo sucedió antes de estar contigo.

—¿Cómo te sentirías, Don? —Levanto el mentón y lo miro a los ojos—. ¿Si tuvieras que compartir techo con un hijo mío de otro hombre? De un amante que no perdió la oportunidad para humillarte.

—Giulia…

—¿Cómo te sentirías en mi lugar, eh? Sabiendo que, aunque estoy embarazada de gemelos, es el hijo de una perra el que te sucederá en los negocios, el que será tu heredero.

—No puedo darle la espalda si lleva mi sangre.

—Y probablemente él no le dará la espalda a su madre tampoco, porque la necesitará, ¿cierto?

Dante aprieta los labios y se frota el rostro con las manos, intentando procesar todo.

—Te entiendo, Don. Ya tomaste tu decisión. Solo espero que me dejes libre para tomar la mía también cuando llegue el momento. Soporté tu rechazo, tus traiciones y tu falta de amor, pero no permitiré que mis hijos sean humillados por el hijo de una perra. Y si quieres matarme por esto, hazlo ahora, porque no cambiaré de opinión.

Dante gruñe y golpea la pared, arruinando la pintura y lastimándose los dedos. Está furioso, pero no me importa.

No permitiré que mis bebés estén subordinados al hijo de una zorra.

El médico entra y su cuerpo se tensa al ver el estado de mi marido. Mis suegros también llegan y hay una interrogante en sus rostros. Probablemente pensaron que Dante y yo estaríamos abrazados en este momento.

El Don se recompone y me mira por última vez.

—¿Estás segura de lo que quieres?

—Sí.

—Giulia, me voy.

—No te lo impediré.

Mi marido sacude la cabeza y sale, pero antes de cruzar la puerta, mira hacia mi madre.

—Giulia estará unos días con ustedes. Arreglaré el asunto con Chiara, así que mantenganme al tanto y avísenme si necesita algo.

Y así se va, dejándome un nudo en la garganta y unas ganas enormes de llorar, porque todo lo que quería era su abrazo, pero ya lo he perdonado demasiado y estoy cansada de sufrir por las consecuencias de sus errores.



—¿Estás segura de que no quieres comer más, querida? —pregunta mi suegra, sosteniendo la bandeja del desayuno casi intacta. Hace una semana que no veo a mi marido y estoy quedándome con los Morello—. Son dos bebés, necesitas energía.

Sonríe, intentando convencerme, pero niego con la cabeza y le doy las gracias. Descubrí que estoy embarazada de tres meses, pero las náuseas matutinas cada vez son peores.

—Hoy llega la prometida de Vittorio desde Estados Unidos. Estaba pensando en invitarla a quedarse con nosotros en lugar de que vaya a un hotel. Así también te distraes.

—Me encantaría. —Sonrío, porque realmente necesito ocupar la cabeza.

Desde que estoy en el hospital, he llorado todo el tiempo solo de pensar en la posibilidad de perder a Dante, porque si Chiara realmente está embarazada de él, renunciaré al amor que siento y seguiré mi camino sola.

Tan pronto como mi suegra sale del cuarto, corro al baño y vomito todo lo que comí en el desayuno. Tengo la cabeza sobre el inodoro cuando siento la presencia del Don. Él sostiene mi cabello mientras me inclino y termino de vomitar.

—Vete —le pido.

—*Baby*, por favor, déjame cuidarte.

—¡No te acerques más! —grito, y finalmente se aleja, dejándome espacio para limpiarme mientras proceso todo lo que siento.

Regreso al cuarto y voy directo a la ventana, escuchando los pasos de mi marido acercarse. Siento su presencia, su perfume.

Siento nostalgia.

Cada maldita célula de mi cuerpo echa de menos al mafioso.

—*Baby*... —Su voz es firme, como siempre.

No importa cuánto intente luchar contra ello, mi alma siempre pertenecerá al Don italiano y sé que nunca me dejará ir.

—Ya tenemos los resultados de la prueba de ADN.

Muevo la cabeza, preparando mi corazón para sus próximas palabras.

—El sobre está aquí. Lo dejaré sobre la cómoda. —Suspira y escucho sus pasos—. Aún no lo he visto, Giulia. Quiero que seas la primera en saberlo.

—No tengo nada que ver con esa historia.

—Sabes que eso es mentira.

Me doy vuelta lentamente y él está de pie, a pocos metros de mí. Dante está de traje, perfectamente arreglado como siempre, y la certeza de que lo amo castiga mi alma.

—¿Estuviste con ella? —pregunto, refiriéndome al tiempo que no nos vimos.

—No, *baby*. Estaba ocupándome del acuerdo que hicimos con la mafia de Chicago. No fui a ver a Chiara ni una sola vez. Desde que

nos casamos, nunca más la busqué, Giulia. No la quiero.

—Pero, ¿te casarás con ella cuando yo ya no esté?

—No te dejaré ir y lo sabes. Te estoy dando tu espacio, pero pronto volverás a nuestra casa. Me perteneces.

—Estoy cansada de pertenecerte, Dante. No puedes mantenerme prisionera y simplemente creer que soy tuya. —Intento contener las lágrimas, pero comienzan a caer—. Luché por ti y perdí todas las batallas. No tengo fuerzas para continuar con esto.

—Ahora será mi turno de luchar por nosotros, *baby*. Haré que te enamores de mí otra vez.

—No tendrás nada de mí, y eso incluye mi cuerpo.

Dante suspira y coloca las manos en los bolsillos, inclinando un poco el rostro.

—No haré nada sin tu consentimiento, Giulia. Aunque seas mía, esperaré a que me busques para poder tocarte de nuevo.

—Eso nunca ocurrirá. No aguanto más tu juego perverso. No puedo seguir amándote y descuidándome a mí misma.

Amo a Dante más que a nada en esta tierra, pero estoy agotada de ser solo un objeto en sus manos. Estoy cansada de ser buena y de que me traten como una idiota, una esposa sumisa que debe soportar todo en silencio.

—Giulia, no compliques las cosas.

—¿Yo complico las cosas? —digo con una risa sarcástica.

—No estoy acostumbrado a tolerar desobediencia. No imploro perdón. No sé ser amable ni cariñoso, pero estoy mordiéndome la lengua y haciendo todo esto solo por ti, porque te quiero, porque te amo, ¡maldita sea!

Abro y cierro la boca, incrédula.

—¿Qué dijiste?

—Que te amo, *baby*, más que a cualquier cosa en este maldito planeta.

—No juegues con las palabras, Don. Eso es sucio.

—No estoy jugando con ninguna mierda, Giulia. No quería sentir este infierno que me destroza cada segundo que te alejas de mí. No quería ser torturado 24 horas pensando que podría haberte perdido. No quería enloquecer solo de imaginar que quieres dejarme y alejarme de nuestros hijos. —Se frota el rostro y me mira a los ojos—. No debería amarte, Giulia. Sería mucho más fácil para nosotros, pero me movilizaste. Me volviste loco. Y todo lo que pienso es que te necesito de vuelta, más que el maldito aire para respirar. ¡Te amo, maldita sea! Te amo con cada pedazo sucio de mi alma fría, y no descansaré hasta tenerte de vuelta.

—Vete —es todo lo que puedo decir, porque necesito procesar sus palabras.

Asiente y se aleja, dándome espacio, pero antes de cruzar la puerta, me mira por última vez.

—Nunca renunciaré a ti, *baby*. Eres mía y tu lugar está a mi lado. Siempre ha sido así y nunca cambiará.

El Don sale del cuarto y me deja sola. Sola con su declaración, con su sobre y con la maldita chispa de esperanza.

Me tiro en la cama, intentando no perder el aire. Me aferro a la almohada que todavía tiene su olor y lloro, porque Dante es el único capaz de hacer esto conmigo: hacerme amarlo y odiarlo. Hacer que miedo y deseo vayan de la mano en una relación sofocante, tóxica y enfermiza.

No quiero abrir el sobre, porque si lo hago y descubro que Chiara tendrá un hijo de Dante, tendré que irme.

Y mi estúpido corazón siempre elegirá quedarse.

CAPÍTULO 29

Dante Morello

Dante Morello

—¿Te gusta la novia, Vittorio? —pregunta mi madre, mirando a mi hermano.

Hoy es el compromiso de mi consejero con una princesa de la Outfit y ambas mafias están reunidas en una recepción organizada por mi madre.

Todos están atentos, cautelosos con cada movimiento y palabra. Estamos sellando una alianza, pero eso no nos hace amigos, y en la mafia no hay manera de bajar la guardia.

—No me importa eso. Me caso por deber —responde mi hermano, llevándose el whisky a la boca.

—¿Pero al menos te atrae? —pregunta Matteo—. Va a calentar tu cama, carajo. Tienes que desear meterle la verga.

—Matteo y su delicadeza inconfundible. —Suspira mi madre, resignándose con mi hermano—. Hablando de mujeres, ¿dónde está la madre de tu bebé?

—En casa —susurra—. Y no toques ese tema aquí. No quiero que lo sepan.

La situación de Matteo es un desastre, pero no tengo paciencia para eso y no me voy a involucrar en lo que no es asunto mío.

La esposa de Vittorio entra al salón e intenta sonreír, pero está claramente incómoda. La chica viene acompañada por su padre, que es un capo de la Outfit, y es realmente muy hermosa. Piel clara, cabello largo y rojo, pero es la primera vez que mi hermano la ve y tiene derecho a dar su opinión.

—Si no te gusta, ordenaré que cambien a tu novia, Vittorio. Podrás elegir a una que te agrade —digo, y mi hermano asiente.

—Es bonita. Me servirá.

Suspiro y llevo mi bebida a la boca, dejando que el whisky con hielo me dé un poco de alivio. A diferencia de la esposa de Vittorio, la mía aún no ha llegado y no dejo de mirar las escaleras, esperando que Giulia baje.

Y entonces, ella llega.

Mi esposa aparece en el último escalón y todas las miradas se giran hacia ella. El vestido largo rojo, tan ajustado que marca cada curva de su cuerpo, resalta especialmente su nueva forma: la

pequeña protuberancia en su abdomen, un recordatorio de nuestros herederos.

El maquillaje impecable, el cabello perfecto, las joyas adornando su figura. Giulia parece una celebridad y se comporta como tal, caminando sobre sus tacones y mostrando su posición en la mafia.

Ella es la primera dama de la mafia italiana y nadie puede negar el poder que irradia.

Mientras la rubia desciende por las escaleras, todos los hombres se ponen erguidos y bajan la cabeza, mirando al suelo. No se atreven a mirarla, como muestra de respeto hacia mí, su Don.

Mi esposa cruza el salón y se detiene frente a mí. Respiro hondo, sintiendo cómo su perfume dulce llega a mi nariz. Incluso su olor es la puta perfección.

Saluda a mi familia y luego me mira.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta y asiento, tomando su mano y llevándola a una sala más privada.

Tan pronto entramos, Giulia saca el sobre con el ADN de su bolso y me lo entrega.

—Es tuyo. No voy a mirar.

—Entonces, yo tampoco lo sabré.

Giulia entrecierra los ojos.

—¿Y por qué harías eso?

—Porque no voy a ocultarte nada más, Giulia. No habrá más mentiras en nuestro matrimonio.

—Dante…

—Es tuyo. Ábrelo o quémalo, no me importa.

—¿Y no quieres saber la verdad?

—Dejaré a Matteo a cargo de Chiara. Él leerá el resultado y se hará responsable del destino de ambos, sin que yo tenga que saber o involucrarme.

—¿Y si el bebé es tuyo?

—Tendrá una buena vida lejos de Italia. Yo me haré cargo de todos los gastos, pero Chiara firmará un documento en el que nunca revelará al niño quién es su padre.

—¿Y si no es tu hijo?

—Entonces el bebé será arrebatado de ella y dado a una pareja de la Cosa Nostra que esté intentando tener hijos. Chiara será castigada después.

—No quiero que la maten. Ni que la separen de su hijo —dice, y arqueo una ceja.

—¿Estás segura?

—Sí. Puede ser una perra, pero ningún niño debería crecer lejos de su madre.

—Avisaré a Matteo sobre tu decisión.

Giulia suspira y me mira.

—¿Vas a hacer esto de verdad? ¿Renunciar a un hijo por mi causa?

Doy un paso hacia ella y ella inclina la cabeza para mirarme.

—Estoy seguro de que el bebé no es mío, Giulia. Mis únicos hijos están en la barriga de mi esposa en este momento y eso es lo único que me importa.

—Don…

—Guarda este sobre. No quiero saber nada. Dejo la decisión en tus manos porque estoy cansado de estar lejos de ti. Mañana mismo volverás a casa.

Veo cómo traga saliva, pero enseguida endereza la postura y entrelaza sus dedos con los míos.

—Vamos.

—¿A dónde? —digo con media sonrisa, acariciando su delicada mano.

—A saludar a la Outfit.

—¿Y tú me acompañarás?

—Tenemos nuestros problemas, pero resolveremos nuestra ropa sucia en casa. Aquí afuera, seguimos siendo la realeza italiana y no daremos a ningún hijo de puta la oportunidad de derribarnos.

Suelto una risa porque, hace seis meses, mi esposa era solo una chica inocente de dieciocho años, pero ahora es una mujer decidida y peligrosa, que lleva con orgullo a nuestros dos hijos en su vientre.

Sostengo su rostro con mis manos y me acerco a ella.

—No veo la hora de besarte de nuevo.

—Aún no te he dado permiso para eso —dice, pero muerde los labios, dejando claro que me desea.

—Eso no tardará en suceder. —Le beso la mano sin apartar la mirada—. Me lo pedirás.

Camino con ella hacia la puerta, pero antes de volver al salón, la miro a sus ojos azules, que ahora mezclan inocencia y poder.

—Por cierto, estás hermosa. La mujer más hermosa del maldito planeta —susurro, viendo cómo se sonroja—. Nuestros hijos tienen suerte de tenerte.

Entramos al salón de la mano y nuevamente todas las miradas se dirigen hacia nosotros. Hombres y mujeres nos observan con respeto, temor y devoción.

Giulia se comporta como una verdadera reina mientras saludo a mis rivales en la mafia, y aunque no estamos completamente bien, ella no lo muestra y no suelta mi mano.

Y es en este momento cuando comprendo que la Cosa Nostra es mi legado.

Pero Giulia… Giulia es la maldita dueña de mi corazón.

CAPÍTULO 30

Dante Morello

Dante Morello

Mi cuerpo está agotado y aun así no dejo de golpear el saco de arena en el gimnasio de mi casa. Desde que llegué del compromiso de Vittorio, mi cabeza no ha dejado de dar vueltas, y necesito distraer mi mente para no volver a la casa de mis padres y buscar a Giulia hoy mismo.

Ella es mía. No soporto más esta maldita distancia entre nosotros.

Estoy a punto de tomar la llave del coche cuando miro por el espejo y veo a la rubia acercándose. El sudor resbala por mi cuerpo y me giro lentamente, observando a Giulia caminar sobre sus tacones.

Sus ojos se posan directamente en mi pecho, recorriendo mis tatuajes y cicatrices. Su respiración es entrecortada, ansiosa, y pongo ambas manos en los bolsillos de mi pantalón para evitar tocarla. Prometí que solo lo haría cuando ella pidiera mi contacto, y cumpliré mi promesa.

Pero, por Dios, está increíblemente hermosa. Mi mujer luce deslumbrante con ese vestido rojo, y su barriguita es digna de admiración.

—Abrí el sobre —dice, y la miro esperando que continúe. Saca el papel blanco de su bolso y susurra—: el hijo no es tuyo, Don. Los únicos bebés que te llamarán papá son los míos.

Esbozo una media sonrisa y la miro fijamente.

—No pareces sorprendido —dice.

—Y no lo estoy. Te dije que lo sabía. Nada se interpondrá entre nosotros, *baby.* —Me acerco, quedando a centímetros de ella.

Los ojos de Giulia están rojos por el llanto.

—¿Ahora aceptarás el hecho de que jamás te dejaré ir? ¿O seguirás luchando?

—Mis maletas ya están en tu cuarto. —Sonrío.

—Nuestro cuarto... —la corrijo, sintiendo una euforia que me invade—. ¿Entonces has vuelto?

—Sí —responde—, pero de todos modos me habrías obligado a volver.

—No soporto estar sin ti, Giulia. Eres mi mujer y tu lugar está a mi lado.

Sus delicadas manos tocan mi pecho y hundo más las mías en los bolsillos para evitar abrazarla.

—Te amo, Dante —susurra Giulia pegando su cuerpo al mío—. Amo tu cuerpo tatuado y caliente, tu boca sucia, tu forma cruel… —Besa mi pecho y cierro los ojos, disfrutando todo lo que ella me da. *¡Cuánto la extrañé!*—. Me vuelve loca tu toque posesivo, tu lengua experta y, sobre todo, nuestro sexo intenso —mi erección se tensa en el pantalón. Giulia suspira y coloca una mano sobre mi miembro, presionando ligeramente. Esta mujer me va a volver loco—, pero necesito darte un último aviso, Don. Amo ser tuya más que cualquier cosa en la vida, Dante, pero no toleraré más engaños ni mentiras.

Coloco mi mano sobre la de ella. La miro a los ojos, viendo su expresión ansiosa y atenta.

—Eso no sucederá, *baby*. Nunca más. Soy tuyo para siempre —respondo, dejando que mi aliento roce su piel—, pero, por Dios, Giulia, dime que puedo tocarte o enloqueceré.

Ella echa la cabeza hacia atrás y ríe. Tan alegre que su risa suena como una melodía para mis oídos.

—No sé si debo dejarte… —me provoca, pero una de sus manos va a mi nuca, mientras la otra sigue sobre mi miembro.

Giulia tira del elástico de mi pantalón y mete su pequeña mano dentro. Sus dedos calientes rodean mi miembro, que palpita por ella. Comienza una masturbación lenta y me mira, observando cómo mi cuerpo reacciona a todo lo que hace.

Estoy en llamas.

—Por Dios, *baby*.

—Tócame, Don. Métemela duro, caliente, sucio. Te necesito dentro de mí —implora, y no espero ni un segundo para abrazarla.

Mis labios tocan su cuello. Mi lengua sube por su garganta, su mentón, su boca, todo. La tomo, la devoro, disfrutando su olor y sabor.

—Eres mía, Giulia. Solo mía.

Le quito el vestido por la cabeza y me alejo un instante para contemplar su cuerpo. Me arrodillo al ver su abdomen desnudo y agarro sus caderas, apoyando mi frente sobre su vientre.

—Moriría y mataría por ustedes. Tener un heredero consolida mi posición como Don, pero nada es más importante que mi familia. Ustedes son mi bien más preciado.

—Lo sabemos, Don. Nosotros también te amamos —susurra, besando mi cabeza, y cierro los ojos unos instantes, disfrutando este momento.

Durante meses soñé con un heredero. Quería asegurar mi supremacía en la mafia, cumplir con mi deber, pero ni en mis mejores sueños sentí esta sensación.

Esta euforia, esta felicidad desbordante que me llena por completo mientras abrazo a mi mujer embarazada de gemelos.

Después de todo lo que hemos pasado, entiendo que ella es más importante que cualquier otra mierda en mi vida.

—Eres la maldita mujer más hermosa del planeta. Pensé que no podrías mejorar —digo, besando su vientre—, pero me equivoqué. Idolatraré tu cuerpo cada día, *baby*. Me arrodillaré, te besaré por completo y te veneraré, para que nunca olvides que eres amada.

—Don…

—Yo mando en la maldita Italia, Giulia, pero tú dominas mi alma. Eres la única que tiene mi corazón.

Me pongo de pie y vuelvo a besar su boca, limpiando las lágrimas de emoción que han caído por su rostro. Me separo y me siento en el banco del gimnasio, admirando su cuerpo perfecto una vez más. Bajo mi pantalón y toco mi miembro, estremeciéndome solo de verla desnuda de nuevo.

—Ven —le pido y ella obedece, colocándose frente a mí—. Te extrañé.

Ella sonríe y la abrazo, colocando una pierna a cada lado de mi cuerpo. Agarro sus muslos y la hago sentar despacio, y gemimos al unísono con cada centímetro que mi verga penetra en ella.

—Ah, Dios…

Giulia se apoya en mis hombros, sube y baja sobre mí, moviéndose y apretando mi miembro con su pequeña vulva.

—Solo yo entro en tu vagina, *baby*. Solo yo —gruño, agarrando sus nalgas y ayudándola a moverse—. Y será así para siempre.

Aumentamos el ritmo, sus tetas rebotan contra mi cara. Una entra en mi boca y la chupo, lamiendo sin parar.

—Mis hijos van a mamar de estos pechos, Giulia —aviso, succionándolos con fuerza—, pero hasta entonces, son solo míos.

Mi mujer se monta sobre mí y gime mi nombre. Llevo un dedo a su apretado ano para penetrarla por detrás.

—Dante —gruñe cuando abro su culo, pero se mueve para recibirme y le meto otro dedo más—. Oh, Don, cuánto extrañé esto.

Clavo los dedos en su ano y meto mi miembro en su apretada vagina con más fuerza. Sus tetas saltan mientras ella se mueve encima mío, frotándose ansiosa, pidiendo más.

—Quiero llegar, Don.

—Tócate —ordeno, viendo su ansioso dedo ir directo al clítoris.

Sus uñas rojas resaltan sobre su piel blanca y depilada, Giulia se masturba mientras cabalga duro sobre mi verga y recibe mis dedos en su ano. Cierra los ojos y comienza a estremecerse. Está llegando al orgasmo.

—Mírame, *baby*.

Hace lo que le pido y su mirada lasciva e inocente es mi perdición.

—¡Por Dios! —gruño, penetrando más profundo y sintiendo mi propio orgasmo.

Lleno la dulce vagina de mi mujer con mi semen y seguimos abrazados, pegados, hasta que nuestras respiraciones se calman.

Respiro profundo y beso su frente con cariño, abrazándola después.

Mía.

—¿Estás bien? —me pregunta, mirándome con sus perfectos ojos azules. Asiento y sonrío.

—¿Y ustedes? —le devuelvo la pregunta, acariciando su redonda barriga.

—A tu lado siempre estaremos bien.

—Entonces nunca me dejes, Giulia.

—Eres nuestro hogar, Don. No hay otro lugar al que ir. Nuestra casa siempre serás tú.

Ella suspira y veo nuestro reflejo en el espejo. Su cuerpo perfecto y pequeño pegado al mío, grande y marcado.

Nuestro contraste es extremo, pero no equivocado. Ella es mía.

Giulia cierra los ojos y descansa sobre mi pecho, y cuando me doy cuenta de que estoy sonriendo como nunca antes, entiendo que esa chica de dieciocho años ha puesto un candado en mi corazón.

CAPÍTULO 31

Giulia Morello

Giulia Morello

Cinco meses después

Coloco la mano en mi cintura para admirar mi trabajo. Amo la arquitectura, las pinturas y las remodelaciones, pero pintar la habitación de mis bebés ha sido lo más especial que he hecho en toda mi vida.

Lorenzo y Eduardo pueden nacer en cualquier momento, pues ya han pasado los ocho meses y los embarazos de gemelos suelen durar menos.

Dante quería contratar a un equipo para encargarse de todo, pero insistí en participar en cada preparación para la llegada de nuestros bebés. Y mi marido, aunque sea el hombre más peligroso de Italia, todos los días se sienta en el suelo del cuarto conmigo y conversamos sobre los planes futuros para nuestra familia.

—¿Todo bien por aquí? —Escucho su voz grave y miro hacia la puerta, viendo al Don solo con pantalón de chándal y con el cuerpo sudado del gimnasio.

Su pecho duro, su abdomen y músculos definidos, todo en él roza la perfección. Y desde que estoy embarazada, mi apetito sexual se ha disparado.

—Sí —respondo, con los ojos fijos en su cuerpo.

Dante sonríe y pasa la lengua por sus labios, acercándose a mí. Me besa la cabeza y mira a su alrededor, observando lo que hice con la habitación.

—Carajo, *baby*, ¡eres muy talentosa!

Pinté un escenario de safari para combinar con la decoración que elegí, y, modestia aparte, quedó hermoso.

—¿De verdad te gustó? —pregunto, aún mirando su pecho duro.

—*Baby*, sigue mirándome así y te voy a meter la verga en el cuarto de nuestros hijos —advierte.

—Mejor métemela en el nuestro —le pido, llevando mi mano hacia su pantalón.

Él me coloca en su regazo y sale caminando con pasos largos, llevándome en brazos mientras lame y besa mi cuello.

—¡Mujer insaciable! —gruñe, lanzándome sobre la cama y colocándose entre mis piernas.

El Don aparta mi ropa interior y endurece la lengua, frotándola de arriba a abajo sobre mi vulva empapada.

—Por Dios, *baby…* estás tan mojada…

Gimo con su aliento caliente y atraigo su cabeza hacia mí, frotándolo donde necesito. Dante sonríe en mi piel y empieza a succionar con más fuerza, chupando mi clítoris con intensidad.

Introduce dos dedos en mí y eso es mi perdición. Llego al orgasmo en su mano y empapo su lengua, y el Don bebe cada gota antes de girarme de lado y penetrarme.

Con la barriga grande por el embarazo de gemelos, algunas posiciones se han vuelto complicadas, pero en cuatro patas y de lado son las más cómodas para mí.

Me penetra duro y lleva un dedo hasta mi clítoris, frotándolo en círculos firmes, haciéndome terminar de nuevo en menos de diez minutos. Mi vagina aprieta su miembro y él eyacula dentro mío, llenándome de su semen.

—Quiero más —susurro y mi marido ríe.

—Más tarde, amor. Si no, nos vamos a atrasar para tu fiesta.

—¿De verdad tenemos que ir? —gimo, enterrando la nariz en el cuello de mi marido—. Tengo muchísimas ganas de quedarme contigo…

—*Baby*, es tu cumpleaños. No podemos faltar. —Se ríe, haciéndome suspirar, desanimada.

—Tienes razón. Tu madre trabajó duro en esta fiesta. No puedo decepcionarla —concluyo.

Dante me besa la frente y luego la boca.

—Será breve. Y en cuanto regresemos, te voy a meter la verga tanto que implorarás que saque mi miembro de ti.

—Difícil —murmuro—. Cada día estoy más excitada. Ahora vamos, porque no quiero llegar tarde. Necesito volver temprano para que mi marido mafioso me penetre.

Dante suelta una carcajada sincera y me toma de la mano.

—¿Quieres tu regalo antes o después?

—¿Me compraste un regalo? —Arqueo una ceja.

—Claro.

—Pero me das cosas todos los días.

—Hoy es tu cumpleaños, *baby*. Es un día especial.

Intento morderme los labios para contener la sonrisa, pero fallo estrepitosamente. Me encanta recibir regalos y Dante es increíble para ello.

—Lo quiero ahora.

—Entonces cierra los ojos.

Hago lo que me pide y escucho cuando él se levanta.

—Puedes abrirlos.

Abro los ojos y frunzo el ceño.

—No veo nada.

—Fíjate en mi miembro, amor.

Mis ojos bajan y cubro mi boca para contener un grito.

—¡¿Don, te tatuaste mi nombre sobre tu verga?! —El shock llena mis palabras, pero luego me río y pongo mi mano sobre su grueso miembro, saltando de felicidad—. ¡Por Dios, me encantó!

—Soy tuyo, Giulia.

—¿Cómo no vi ese tatuaje antes?

—Me lo hice esta mañana. Quería que fuera una sorpresa.

—Pero acabamos de tener sexo.

—*Baby*, desde que quedaste embarazada, todo lo que quieres es que te penetre. No ibas a fijarte en tatuajes, solo querías que te meta la verga como una perra en celo —bromea y sonrío aún más.

—Es en serio. Me encantó. —No puedo dejar de sonreír—. ¡Amo que mi nombre esté en tu verga!

—Mi chica posesiva. —Sonríe y me besa la boca, pero luego me separo.

—Espera. ¿Quién te tatuó? —Mi ceño se frunce, confundida—. No fue una mujer, ¿verdad? Porque, Dante Morello, si alguna mujer tocó tu miembro hoy, te mato.

Dante echa la cabeza hacia atrás y ríe de nuevo.

—Tranquila, *baby*. Fue el tatuador de la Cosa Nostra. Ninguna mujer me toca, salvo tú.

—Mejor.

—Qué celosa eres...

—Solo cuido lo que es mío. Estoy protegiendo mi patrimonio.

—Cierto. —Asiente, sonriendo—. Ahora, vamos a ducharnos.

Convencí de nuevo a mi marido y terminamos teniendo sexo bajo la ducha. Después, nos dirigimos al vestidor y él me ayuda a cerrar mi vestido negro por la espalda, ceñido y que resalta todas mis curvas de embarazada.

—Estás hermosa —dice y mi sonrisa se ensancha—. Solo falta una cosa.

—¿Qué cosa?

—Tu otro regalo de cumpleaños.

Toma un collar con un enorme diamante negro en el centro y me lo coloca en el cuello.

La piedra oscura contrasta deslumbrantemente con mi piel blanca y combina perfectamente con mi vestido.

—Don… Dios mío… —gimo, tocando la joya—. Es única.

—Es muy rara. Solo hay una en el mundo. Y es tuya, *baby*.

—Te debe haber costado una fortuna.

—Mi mayor fortuna es tenerlos a ustedes, Giulia —dice, tocando mi vientre—. Mi dinero es para complacerte.

Me besa el cuello y miro nuestro reflejo en el espejo.

—Felices 19 años, Giulia. Te amo.

Mis ojos se llenan de lágrimas y me giro para abrazar a mi marido, pero un ruido llama nuestra atención y miro hacia el suelo.

—¡Dios mío! ¡Rompí bolsa!

Mi vestido nuevo está empapado y el agua resbala por mis piernas.

—Vamos al hospital, *baby*. Nuestros niños van a nacer. —El Don sonríe y me besa.

Mi marido pone los bolsos en el coche y camino de un lado a otro, ansiosa. Dante me ayuda a entrar y conduce a toda velocidad hasta el hospital de la Cosa Nostra, donde un equipo de médicos ya nos espera con una camilla.

—Amor, tengo miedo —susurro, apretando la mano de mi marido.

Dante besa mi rostro y me ayuda a subir a la camilla, sin soltar mi mano.

—Estoy contigo. No te pasará nada.

Trago saliva y me aferro a sus palabras mientras nos llevan al quirófano. Los médicos me preparan para la cesárea y Dante se ausenta solo unos minutos para cambiarse de ropa.

Vuelve con gorro y mascarilla, y sostiene mi mano mirándome con cariño.

—¿Cómo estás?

—Ansiosa —confieso.

—Nuestra familia viene para acá. Todos están felices por nosotros, *baby*.

—No asistí a mi propio cumpleaños —bromeo, intentando aliviar la tensión.

—No te preocupes, haré una fiesta aún más grande para ti.

—Vamos a conocer a nuestros bebés. —Sonrío, casi sin poder creerlo. He soñado tanto con este momento.

—Los futuros dueños de Italia —bromea y mi sonrisa se ensancha.

Los médicos me preguntan si estoy lista y asiento. Apreté la mano de mi marido con fuerza mientras el anestesista aplica la aguja en mi espalda, y poco a poco voy perdiendo el movimiento de la cintura hacia abajo.

—No tengas miedo. Estoy contigo —susurra Dante, acariciando mi cabello y depositando un beso en mi frente.

La cirugía comienza y, en cuestión de minutos, escucho el primer llanto. Las lágrimas de emoción caen de mis ojos cuando el médico me acerca a mi primer bebé.

Llora fuerte y con autoridad, marcando su territorio como un alfa, igual que su padre. Su piel clara se parece a la mía, pero su rostro es una miniatura de Dante.

—Lorenzo —digo, besando su delicada cabecita—. Te amo.

Miro a un lado y veo el rostro orgulloso de mi marido, sosteniendo a nuestro primogénito con cariño y devoción.

Disfrutamos de Lorenzo cuando otro llanto suena en la sala y colocan a mi segundo bebé cerca mío.

—Eduardo, te amo —susurro y beso su rostro, y en el mismo instante deja de llorar.

—Es más tranquilo —bromea el médico—, pero también es la miniatura de su padre.

—Hasta los genes de mi marido son fuertes —digo, viendo a mis dos pequeños que son la viva imagen del Don italiano.

Se realizan los primeros exámenes y los médicos terminan de operarme. Nos llevan a nuestra habitación y Dante sostiene a nuestros dos bebés en brazos, uno en cada brazo.

La gente sonríe y baja la cabeza al vernos pasar. Temen y respetan al Don de la mafia, y no se atreven a mirarnos por mucho tiempo.

Entramos a la habitación y todos los Morello nos esperan, vestidos de fiesta. Habían asistido a mi cumpleaños y vinieron directamente al hospital para presenciar el nacimiento de los herederos de Dante.

—¡Dios mío! —Francesca se acerca, tomando a Lorenzo del brazo de mi marido. Tommaso sostiene a Eduardo y los dos sonríen como tontos, orgullosos de sus nietos—. Son perfectos.

—Se parecen a Dante —comenta Matteo, sonriendo a los sobrinos.

Él también acaba de ser padre, pero su situación es más complicada, así que nadie toca mucho el tema.

Vittorio y Anna, los recién casados, se acercan y nos felicitan por los bebés. Sé que el matrimonio de ellos es por conveniencia y que intentan tener hijos, pero a diferencia de nosotros, no hay amor entre ellos.

Las enfermeras llegan para ayudarme con la lactancia y nuestra familia se retira, quedando solo mi marido y yo.

Me colocan a un bebé en cada pecho y Lorenzo y Eduardo comienzan a succionar, hambrientos.

—Son bebés fuertes —comenta una enfermera, mirándome. Mi cuerpo está tenso por la presencia de mi marido, pero ella se esfuerza en disimularlo.

—Estoy rodeada de tres hombres fuertes, entonces —bromeo, mirando a mi marido que nos observa cuidadosamente.

Dante actúa como un macho territorial, listo para atacar a cualquiera que haga algo incorrecto con uno de los suyos.

Después de amamantar, los bebés duermen y las enfermeras los colocan en cunas junto a la cama. Salen de la habitación y nos dejan solos, y siento que el corazón me va a estallar de felicidad al darme cuenta de que por fin tengo a mi familia.

El Don se coloca a mi lado y me besa los labios, sus manos me tocan con firmeza y posesividad.

—Tú eres mi vida, Giulia. Te protegeré hasta mi último aliento.

Cierro los ojos, sintiendo el poder de sus palabras. Amo a Dante más que al aire que respiro. Lo necesito para sobrevivir. Y aun sabiendo que mi esposo es celoso y posesivo, ya no me siento como un objeto en sus manos ni como una esposa sin voz en un matrimonio infeliz.

En los brazos de Dante me siento como en casa. Protegida, segura y feliz.

Y mientras observo a los futuros jefes de la mafia dormir plácidamente en sus cunas y siento el calor del cuerpo de mi esposo envolviéndome, me doy cuenta de que no querría estar en ningún otro lugar del mundo que no sea aquí y ahora, porque a pesar de todos los desafíos y errores de nuestra historia, Dante Morello siempre será mi hogar.

EPÍLOGO

Giulia Morello

Giulia Morello

Cuatro meses después

El coche se detiene frente a nuestra puerta y, al reconocer el sonido del vehículo del padre, Lorenzo y Eduardo sonríen y mueven las piernas con entusiasmo, ansiosos por ver al Don italiano.

Dante entra a la casa, pero se dirige directamente al baño. Mi marido se da una ducha para limpiarse de todo lo que rodea la suciedad de la mafia, y solo después baja a jugar con nuestros niños.

Esa es una parte de su vida que prefiere mantener lejos de nosotros. Quiere protegernos y yo prefiero que sea así.

El Don aparece en la sala y nuestros bebés gritan, emocionados. Ambos tienen ojos y cabello claros como los míos, pero es surrealista notar el parecido que tienen con su padre: los rasgos del rostro, las expresiones faciales. Son la miniatura del mafioso, y Dante no oculta su orgullo por ello.

—¡Mis pequeños! —El Don sonríe y los toma en brazos, mientras ellos festejan junto a su padre.

Dante hace una mueca graciosa y nuestros bebés se ríen, enamorados del mafioso cruel, pero aquí dentro, somos solo una familia común y amorosa. Dante es un padre presente y un marido atento. Su papel es aún más importante que el de Don, porque para nosotros es insustituible.

Mi marido me da un pequeño beso y me pregunta cómo fue mi día. Voy a volver a la universidad el próximo semestre, pero estoy supervisando a distancia la remodelación del edificio que Dante me regaló, así que tengo mucho que contarle. Sofía me está ayudando y manteniéndome al tanto, lo que hace todo más fácil.

Además, tengo mil novedades sobre nuestros niños para compartir, porque esos dos pequeñitos están creciendo rápido y cada día aprenden algo nuevo. Ahora ya ruedan boca abajo por sí solos y se fascinan al intentar comerse sus propios pies.

Los dos pequeños son un espectáculo digno de admirar.

Dante empieza a contar sobre su día, al menos sobre las partes permitidas de él, y la empleada entra a la sala.

—Disculpen, señor y señora Morello, los fotógrafos han llegado.

—¡Perfecto! —digo, aplaudiendo. Mis bebés sonríen apenas me ven hacerlo—. Déjenlos pasar.

Cada mes tomamos fotos para seguir la evolución de los gemelos, pero hoy es aún más especial porque vamos a hacer

nuestro retrato familiar.

Los fotógrafos entran a la sala y tratan de actuar con naturalidad, pero es evidente que están temblando. Todos le temen a Dante.

Nos colocamos en nuestro sofá negro y Dante se sienta con un bebé en cada pierna. Yo me siento en el brazo del sofá y apoyo mi brazo detrás del cuello de mi marido, que mira a la cámara sin sonreír.

Su mirada es tan intensa que algunos fotógrafos desvían la mirada para no enfrentarla directamente, pero yo no puedo evitar sonreír, y mi felicidad es evidente para cualquiera que me vea.

Yo y mis tres hombres. Los tres más importantes de mi vida, en una sola foto.

Los fotógrafos se van y las niñeras toman a Lorenzo y Eduardo para llevarlos a su próxima siesta. Aprovecho para abrazar a mi marido en el sofá y apoyar mi nariz en su cuello, inhalando su aroma.

—Hueles a hombre. Me excitas —susurro para que solo él lo escuche.

—Qué bueno, porque esta noche los niños dormirán en casa de mis padres y tendremos la noche solo para nosotros.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Mi madre ya está emocionada por eso. Compró juguetes nuevos para los niños y no ve la hora de consentir a sus nietos.

—Es la mejor abuela del mundo —digo, sonriendo sinceramente.

Los padres de Dante son muy presentes y amorosos con nuestros hijos, y casi me desmayo al ver a Tommaso Morello, antiguo Don de la Cosa Nostra, haciendo de caballito en el suelo para que Lorenzo jugara. Eduardo estaba en brazos de la abuela, riendo al ver a su hermano con el abuelo.

Mientras tanto, mi madre nunca vino a conocer a mis hijos y, aunque intento no darle importancia, todavía me duele.

Dante excluyó a mis padres de la Cosa Nostra y ellos se resintieron conmigo, pero pensé que al menos tendrían curiosidad por conocer a mis bebés. Al parecer, estaba equivocada.

—Oye, *baby* —dice con firmeza, como leyendo mis pensamientos—. Si alguien no quiere conocer o pasar tiempo con nuestros hijos, se lo pierden, porque estos son los niños más perfectos de este maldito planeta y no permitiré que nadie los rechace.

—Tienes razón.

Toca mi rostro y me besa con ternura.

—No estés triste, *baby*, porque mataré a cualquiera que te haga daño o se atreva a hacerlo. Además, tengo muchos planes para hoy.

—Tengo curiosidad por conocerlos todos. —Sonrío, dejando la tristeza atrás.

El rencor ya no tiene espacio en mi vida. Tengo muchos más motivos para estar agradecida.

—Vamos arriba —dice, tirándome de la mano para llevarme a nuestro cuarto.

El Don cierra la puerta detrás de nosotros y me presiona contra la pared.

—Eres perfecta, Giulia.

—¿Qué vamos a hacer hoy, Don? —pregunto, ansiosa.

Froto una pierna contra la otra, buscando fricción, y él sonríe con malicia.

—Te llevaré a ver las estrellas —susurra en mi oído, bajando la lengua por mi cuello y chupando esa zona—. Luego cenaremos en un restaurante elegante. —Sube la lengua caliente y besa mi mentón —. Y para terminar, dormiremos en uno de mis hoteles de lujo, y tú pasarás la noche entera brincando sobre mi verga.

Dante toma mi boca con profundidad, succionando mi lengua como hace con mi clítoris. Se quita la camisa sin dejar de besarme y mi cuerpo arde de deseo por él.

En un movimiento rápido, mi marido me saca mi vestido por la cabeza y pronto estoy desnuda, sobre la cama y encima de él.

Bajo su ropa interior y él mueve mi tanga a un lado, frotando la punta de su miembro sobre mi clítoris. Respiro con fuerza, sin poder esperar más.

—Lo quiero ahora.

Alineo su miembro duro con mi entrada y desciendo sobre él despacio.

Gemimos juntos y muevo mis caderas frotándome sobre mi marido mientras él me toma con salvajismo y posesividad.

—¿No pudiste esperar, *baby*? —provoca Dante, apretando mi culo y obligándome a moverme más.

—No puedo dejar de desearte —digo, rebotando sobre su miembro y viéndolo gruñir en respuesta.

Introduce un dedo en mi ano y no tardo en acabar, apretándolo dentro mío. El Don maldice y me eyacula adentro.

Dejo que mi cuerpo caiga sobre su pecho y Dante me abraza, besando mi cabeza y aspirando el aroma de mi cabello.

—Maldito aroma —dice—. Soy adicto a esto.

—¿Todavía? —bromeo, mirándolo y viendo su rostro intenso.

—Algunas cosas nunca cambian.

Dante besa mi boca lentamente, provocando escalofríos por todo mi cuerpo, porque pase lo que pase, él siempre tendrá ese efecto embriagador sobre mí.

Me lleva a la ducha y seguimos besándonos, acariciándonos y deseándonos.

Usamos nuestras lenguas, manos y bocas para darnos placer, como dos animales en celo, como dos recién enamorados

insaciables, que solo piensan en tener sexo duro. Como si fuera la primera vez.

Para muchos, Dante Morello es solo un hombre rico y poderoso. Para la mafia italiana, es el Don. Para sus enemigos, es el mismísimo diablo. Para nuestros hijos, es un superhéroe. Pero para mí, siempre será el hombre de toque ardiente y mirada intensa que aprendí a amar y necesito más que el aire que respiro.

Mi monstruo cruel. Mi peligroso mafioso. El amor de mi vida.

Sí, el Don tiene razón. Algunas cosas nunca cambian.

Afortunadamente.

FIN

Cuento:
Los gemelos del mafioso

OS GÊMEOS DO MAFIOSO

HERANÇA DE SANGUE

um romance escrito por

BÁRBARA MAIA

CAPÍTULO 1

Dante Morello

Llego a casa y saco mis armas del cinturón. Las guardo en el cajón del cuarto y cierro con llave, escondiendo la llave.

Desde que nacieron los gemelos, las mantengo fuera de la vista y me parece lo correcto.

No quiero mezclar la pureza de mi familia con la oscuridad de la mafia, aunque sé que en el futuro mis hijos también serán iniciados.

Me doy una ducha rápida y me pongo unos jeans y una camiseta negra. Me dirijo al cuarto de los niños y encuentro a Giulia bailando frente a ellos.

—Digan mamá —dice con entusiasmo, moviendo las caderas y los brazos. Están sentados en sus sillas, pero ni se mueven. —¡Miren qué divertido es decir ma-má! Podemos bailar y decir ma-má.

Apoyo mi hombro contra la puerta y pongo las manos en los bolsillos, observando la escena con una sonrisa en el rostro.

Los gemelos tienen 11 meses y aún no saben hablar, pero mi esposa está decidida a enseñarles a decir mamá.

Lorenzo y Eduardo giran la cara hacia mí, moviendo las piernitas y gritando de alegría por mi presencia.

Giulia me mira con incredulidad y cruza los brazos, molesta.

—Ni siquiera una sonrisa —murmura—. He estado bailando veinte minutos y nuestros hijos ni siquiera me han sonreído. Ahora, solo al verte a ti, se derriten.

Camino hacia ella y acaricio su rostro. Coloco un mechón de su cabello detrás de la oreja y beso sus labios.

—Es porque estás todo el día con ellos, *baby*. Yo soy la novedad.

Ella sacude la cabeza.

—Eso no hace diferencia. No se ríen así con nadie más que contigo.

Los niños empiezan a balbucear cosas ininteligibles y Giulia me lanza una mirada mortal. La rubia apunta un dedo a mi pecho y, aunque es mucho más baja, me enfrenta con toda la postura de primera dama de la mafia.

—Don Dante Morello, si la primera palabra de ellos es "papá", me voy a enojar muchísimo contigo. Y no será bonito cuando explote.

Muerdo mis labios para contener la risa, porque lo que a Giulia le falta de estatura, lo tiene de descaro.

—No será así, *baby*. Dirán "mamá" primero. Me esforzaré para que sea así.

Ella exhala y mira a los niños de nuevo antes de volver la mirada hacia mí.

—Está bien, quédate con ellos. Voy a tener que darme otra ducha. Bailé tanto que estoy sudada. —Resopla e intenta salir del cuarto, pero la sujeto por la cintura y beso su frente.

—¡Eh! Eres una madre maravillosa, ¿sabías?

—Solo lo dices porque hoy es Día de la Madre.

—No, *baby*, hablo en serio. Tenemos suerte de tenerte.

Giulia sonríe y sus ojos se llenan de lágrimas. Desde que se convirtió en madre, la rubia se volvió más sensible y cualquier cosa la emociona.

Ella rodea mi cuello con los brazos y me da un pequeño beso, pero la mantengo abrazada un poco más.

—¡Don, los niños! —me reprende, soltándose de mis brazos.

Miro a nuestros gemelos y están sonriendo, aplaudiendo y celebrando.

—Les gusta ver a sus padres juntos —respondo—. Y quiero enseñarles a ser buenos con sus esposas. Debo dar el ejemplo en casa.

Le guiño un ojo a Giulia y ella niega con la cabeza.

—Eres increíble.

Mi esposa sale del cuarto y yo miro a mis bebés, que realmente se alegran mucho cuando estoy cerca.

Me arrodillo para quedar a su altura y revuelvo el cabello de los dos, y ellos celebran con risas.

—¡Oigan, chicos! Tenemos que hacer un trato. Tienen que decir "mamá" pronto, o papá estará en problemas.

Me miran sonriendo y decido apelar a su atención.

—Está bien, ganaron. Háganlo y prometo que les daré un Ferrari a cada uno cuando cumplan 18 años.

Mis gemelos sonríen y percibo un olor extraño. Me acerco más y noto que los dos se hicieron caca al mismo tiempo.

Hoy no hay niñeras. Giulia está en la ducha.

—Bien, puedo manejar esto.

Soy el Don de una de las mafias más grandes del planeta, comando a miles de soldados y he torturado a más hombres de los que puedo recordar.

Cambiar los pañales de dos bebés no puede ser tan difícil.

CAPÍTULO 2

Giulia Morello

Termino de arreglarme y me miro en el espejo. Llevo un vestido largo de tela ligera y los pendientes de diamantes que Dante me regaló la semana pasada.

El mafioso me llena de regalos y joyas todas las semanas, y siempre tengo que inventar una excusa para usar lo que me da, pero hoy es un día especial.

Es mi primer Día de la Madre.

Debería estar completamente feliz, lo sé, pero el estómago se me revuelve y el pecho se me aprieta mientras reviso mi teléfono móvil por décima vez.

Le envié varios mensajes a mi madre e intenté hablar con ella por teléfono, pero no me respondió, ni siquiera contestó.

Desde que Dante apartó a mis padres de la Cosa Nostra, nunca más han hablado conmigo. Nunca quisieron conocer a los nietos ni intentaron comunicarse para saber si estábamos vivos o bien.

Una lágrima resbala por mi rostro y la limpio. Retoco el maquillaje frente al espejo y me esfuerzo por mostrar la mejor sonrisa.

No, no permitiré que nada arruine mi día. No tengo buenos padres, pero tengo una familia maravillosa y me esfuerzo por ser una buena madre.

Salgo del cuarto y encuentro a Dante y los niños en la sala. Mi corazón se calienta al verlos, porque tener una familia amorosa era todo lo que siempre soñé, y estos tres se han convertido en la razón de mi felicidad.

El Don sostiene a un bebé en cada brazo y los tres sonríen al verme.

—Ahora sí decidieron sonreír para mamá, ¿eh? —bromeo, tomando a Lorenzo en brazos.

Mi mafioso viste ropa sencilla, pero nada parece simple en un hombre de casi dos metros de altura. Dante es musculoso y sus tatuajes crueles cubren brazos y cuello, dándole una imagen poderosa y amenazante.

Sin embargo, el color de su camiseta es distinto al que llevaba hace unos minutos. Esta es blanca.

—¿Te cambiaste de ropa? —pregunto.

Él suelta una risita.

—No querrás saber el motivo.

Sonrío ante mi marido, entendiendo que el mafioso que controla el tráfico en varios puntos del planeta ha sido derrotado por los pañales de dos bebés pequeños.

Llegamos a uno de nuestros coches y colocamos a los gemelos en las sillas del asiento trasero.

Dante se prepara para abrirme la puerta, pero antes entrecierra los ojos y me observa de pies a cabeza.

—Estás tan deliciosa, *baby* —susurra cerca de mi oído, haciéndome estremecer—. Si quieres saltarte el almuerzo en casa de mis padres, puedo decirte esto toda la tarde dentro de nuestro cuarto.

—Dante…

—Abriría tus piernas y te chuparía despacio. Succionaría tu clítoris hasta que acabes en mi boca. Una y otra vez.

Mi vientre se tensa y mi vagina late ante sus palabras. He estado sedienta en los últimos días y hemos tenido sexo en cada oportunidad, pero hoy quiero pasar el día con mis bebés, no siendo devorada por el mafioso.

Tal vez más tarde.

—¡Basta con eso o voy a llegar a casa de tus padres con la ropa interior mojada! —Resoplo, solo moviendo los labios para no correr el riesgo de que los niños nos escuchen.

Mi marido muerde su labio inferior y sonríe.

—Tendríamos que irnos, en ese caso. Y podría ayudarte con esa parte.

—¡Deja de portarte mal! —bromeo, dándole un golpe en el brazo, haciéndolo reír a carcajadas.

¿A quién estoy intentando engañar? Me encanta todo lo que hace.

En el camino a la casa de mis suegros, somos escoltados por algunos soldados, pero dentro del coche estamos solo nosotros cuatro.

El Don pone una canción infantil y comenzamos a cantarla para los gemelos, que recorren el camino con el ceño fruncido.

Sí, heredaron el humor del padre.

—¡Vamos, chicos! ¡Cantemos para mamá! —insiste Dante, y no puedo evitar reír al ver que uno de los mafiosos más peligrosos de Italia aprendió la letra de una canción infantil y está decidido a enseñársela a nuestros hijos.

No tardamos en llegar a la mansión de los padres de Dante, y Tommaso y Francesca ya nos esperan en la puerta con los brazos abiertos para recibir a los gemelos.

—¡Ah! ¡Qué ganas de ver a mis niños! —dice mi suegra, besando las mejillas de los bebés.

Los abuelos toman a un nieto cada uno y Lorenzo y Eduardo permanecen serios.

—¿Dónde está la sonrisa para la abuela? —insiste Francesca, y Tommaso empieza a hacer gestos graciosos, pero nada funciona—. ¿Será que dejaron de quererme?

Mi suegra frunce el ceño y mira a su esposo, nerviosa.

—Te dije que no deberíamos habernos ausentado tanto, Tom. ¡Ahora mis nietos se olvidaron de la abuela!

Sacudo la cabeza y sonrío ante la situación. Pasaron el último mes viajando, pero la madre de Dante nos llamó todos los días por videollamada para hablar con los nietos.

—No te preocupes. Ahora solo quieren sonreírle al papá.

Mi suegra frunce las cejas y fulmina a mi marido con la mirada, condenándolo.

—¡No lo puedo creer! ¡Qué atrevimiento!

—Lo sé —respondo, y Dante levanta las manos en señal de rendición.

—No tengo nada que ver con eso —responde, mirando a su padre—. ¿Ya llegaron Matteo y Vittorio?

Tommaso suspira y asiente con la cabeza.

—Deberías hablar con Matteo. Quizás te escuche.

Mi marido toma mi cintura y besa mi frente.

—¿Vas a estar bien?

—Sí —respondo, tomando a Eduardo del regazo de Tommaso.

—¡Eh! Yo sé cuidar a tu esposa —interviene mi suegra, y mi marido suelta una carcajada.

—Nadie la cuida mejor que yo.

Francesca hace una mueca de desaprobación, pero antes de que Dante salga a hablar con sus hermanos, saca una cajita de terciopelo del bolsillo y se la entrega a la madre.

—Feliz Día de la Madre, doña Francesca.

Besa la frente de la reina Morello y sale con mi suegro. Mi suegra no disimula la sorpresa por el regalo.

Abre la caja y ve un anillo de topacios con diamantes y suspira.

—Dante puede tener muchos defectos, pero mi hijo sabe dar regalos como nadie.

Mi sonrisa se ensancha.

—Así es —respondo, y entramos juntas en la mansión.

CAPÍTULO 3

Dante Morello

Matteo está hecho un desastre.

Mi hermano está solo, tirado en el sofá con un vaso de whisky en la mano, mirando al vacío. No habla con nadie ni parece querer hacerlo.

Desde que empezó a drogarse las veinticuatro horas del día, mi hermano se convirtió en una máquina de tortura y crueldad dentro de la mafia.

Su fama se ha extendido a los cuatro rincones del mundo y Matteo Morello es, actualmente, uno de los hombres más temidos del planeta.

Pero eso es todo.

Fuera de la mafia, su vida se acabó.

No sale, no ríe ni tiene sexo con ninguna mujer, como solía hacer diariamente. Ya no hace bromas, no busca estar cerca de nosotros y mi madre tuvo que insistir mucho para que viniera al almuerzo hoy.

¿El motivo de su ruina?

Tiene nombre, apellido y ojos color violeta.

Maya Khalid le rompió la cabeza a mi hermano cuando se fue cargando a su hija en el vientre hace meses, y desde ese día, Matteo nunca se ha recuperado.

—Tu madre está angustiada al verte así —dice mi padre.

—Hoy es el primer cumpleaños de su hija —susurra Vittorio a mi lado—. Déjalo.

—Quizás te escuche, Dante —insiste Tommaso.

—Matteo es adulto. En algún momento resolverá sus problemas —respondo mientras me dirijo al otro lado para servirme un whisky.

—O esto lo matará —murmura mi padre.

—No es tan fácil matar a Matteo Morello. Todos los que lo intentaron están pudriéndose bajo tierra —bromeo, cerrando el tema.

Mi hermano necesita espacio para lidiar con sus demonios y no seré yo quien resuelva sus problemas.

Lleno los vasos de mi padre y de Vittorio y comenzamos a hablar sobre el nuevo resort que mi hermano menor construirá en una de las islas de la Cosa Nostra.

Su esposa está embarazada y él quiere dejar más negocios para su hijo.

—¿Y cómo está Anna? —pregunto por educación, y él hace una mueca, pero pronto la disimula.

—Bien.

La esposa de mi hermano no es la persona más agradable del mundo, pero no hay mucho que hacer. En la mafia no existe el divorcio, y Vittorio debe mantener el matrimonio hasta el final.

Antes de casarse, le di la oportunidad de cambiar de mujer, pero no quiso, así que ahora debe afrontar las consecuencias de sus decisiones.

Mi teléfono móvil vibra y me aparto para contestar la llamada. La voz de la mujer al otro lado está cargada de miedo, y con razón.

Si la madre de Giulia estuviera frente a mí ahora, la estrangularía con mis propias manos.

—*Ho-hola. ¿El señor quería ha-hablar conmigo?* —tartamudea.

—Seré breve. Si mi mujer derrama otra maldita lágrima por tu culpa, iré a buscarte. Te torturaré tanto que olvidarás hasta tu propio nombre. Perderás cada gota de tu sangre lentamente y suplicarás que te mate, pero no tendrás una muerte rápida. Sufrirás semanas hasta dar tu último suspiro.

Escucho gritos desesperados de ella, pero no me afectan. La hija de puta de mi suegra es una madre de mierda y Giulia está sufriendo por eso.

—*¿Qué-qué quiere que haga?* —Solloza.

—Responde el maldito mensaje que ella te envió. Devuélvele la llamada. Dile que la amas y finge que te importa, carajo. Hoy es Día de la Madre y, aunque seas una perra infernal, mi mujer todavía siente algo por ti. Así que cumple con tu maldito papel o te arrepentirás de haber nacido.

—*Sí, señor. Lo haré…*

No la dejo terminar. Corto la llamada en su cara y me guardo el teléfono, respirando profundo para mantener la paciencia.

Vuelvo a la sala y veo a los gemelos gateando. Giulia está detrás de ellos, con una enorme sonrisa en el rostro.

Su cabello rubio y largo cae en ondas por su cuerpo, y el vestido rosa la hace lucir delicada y hermosa.

Mi mujer es la cosa más perfecta de este maldito planeta y masacraré a cualquiera que intente lastimarla.

Su sonrisa se ensancha al verme, y mis niños gatean rápido hacia mí, también sonriendo.

Tomo a los gemelos en brazos y ella se acerca, resoplando de cansancio.

—No deberías haberles dado el día libre a las niñeras hoy —comento, y Giulia frunce el ceño.

—Es el Día de la Madre. Quiero cuidar a mis bebés yo misma.

—Ya lo haces todos los días, *baby*. No hay nada de malo en necesitar ayuda.

Le beso la frente y ella sonríe. Giulia empieza a jugar con los niños cuando aparece una empleada de mi madre, bajando la cabeza al acercarse.

—Disculpen la molestia, pero vine a avisar que el teléfono móvil de la Señora Morello está sonando.

Mi esposa ve el nombre de su madre en la pantalla y se lleva ambas manos al pecho. Sus ojos se humedecen y toma el teléfono.

—Yo-yo…

—Ve y contesta, *baby*.

—Ella nunca respondió mis llamadas —susurra, mirando la pantalla.

—Hoy es el Día de la Madre. Tal vez se haya arrepentido.

La mirada de esperanza que me da mi esposa es capaz de destruirme por completo.

Ella sonríe con inocencia y se aparta para atender la llamada, y si esa hija de puta no fuera madre de Giulia, sería capaz de ir a buscarla y matarla ahora mismo por negar amor a la mujer más dulce que he conocido.

Lorenzo y Eduardo empiezan a quejarse de sueño y mis padres toman a los gemelos en brazos, llevándolos a la habitación para que duerman.

Mis hijos pueden no recibir atención de los padres de Giulia, pero los míos están tan obsesionados con los pequeños que estoy seguro de que no les faltará amor de parte de los abuelos.

Mi esposa vuelve unos minutos después con los ojos hinchados de tanto llorar.

—¿Dónde están los niños? —pregunta, buscándolos a su alrededor.

—Durmiendo. ¿Está todo bien?

Si esa perra ha lastimado a Giulia otra vez, juro que la mataré.

—Sí —responde, dejando que una leve y emocionada sonrisa aparezca en su rostro. Se acerca y me abraza, y yo la envuelvo con mi cuerpo—. Me dijo que me ama —susurra bajito.

Intento no sentirme un imbécil por haber manipulado la situación, pero qué más da.

Lo importante es verla feliz, y punto. Estoy obsesionado con la chica de 19 años y no permitiré que nada la lastime.

—Es imposible no amarte, *baby*.

Mis padres regresan a la sala y nos llaman para almorzar. Tomo a mi esposa por la cintura y decido dejar este asunto atrás.

CAPÍTULO 4

Giulia Morello

Sé que Dante obligó a mi madre a llamarme.

Nuestra conversación fue forzada y su voz estaba tan temblorosa que no tuve dudas de que había sido amenazada instantes antes de hacer la llamada.

Cuando regresé a la sala y vi la preocupación en los ojos de mi marido al verme con lágrimas, la certeza se confirmó.

Sin embargo, en lugar de sentir rabia, me sentí amada.

El Don me ama y me protege de todas las formas posibles, y estoy agradecida por eso. Mis padres no se preocupan por mí, pero mi marido explotaría el mundo entero solo para verme feliz.

Literalmente.

Así que ignoro su torpe manera de demostrar amor y dejo que me guíe a mi primer almuerzo de Día de la Madre como mamá.

Todos se reúnen alrededor de la mesa y el chef presenta el menú personalmente, tratando de no temblar por estar en el mismo ambiente que los mafiosos más importantes de Italia.

La comida llega y el Don se asegura de posar su mano sobre mi pierna a cada nuevo plato que aparece. Conversa conmigo, besa mi frente y nuevamente me siento profundamente amada.

Francesca y Tommaso conversan animadamente sobre su último viaje, mientras Vittorio y Anna comen en silencio. Matteo también permanece callado en su rincón, y es evidente que está sufriendo, pero aprendí que no debo involucrarme en lo que no me concierne.

Cada uno es responsable de sus propias decisiones.

—Anna, querida, ¿la comida no es de tu agrado? —pregunta mi suegra, al ver que la pelirroja apenas movió el plato, sin comer nada más que la ensalada.

—Estoy a dieta —responde ella.

—Come —ordena Vittorio con voz firme, sin mirar a su esposa.

—No quiero.

—No era una pregunta, Anna. Te dije que comieras. Estás embarazada y el médico ya te dijo que debes dejar esas tonterías de dieta. El bebé está bajo de peso por tu culpa y estoy perdiendo la paciencia.

Nunca había visto a mi cuñado tan brusco, pero no lo juzgo. Para que Vittorio actúe así, su esposa ya ha superado todos los límites.

Anna es una mujer difícil de tratar.

—No quiero parecer una ballena, Vittorio. No quiero engordar hasta parecer que espero gemelos. No quiero quedar flácida y llena de estrías —dice, mirándome con una sonrisa cruel—. Seguro que tú tuviste muchas estrías durante tu embarazo, ¿verdad, Giulia?

—No tuve ninguna, Anna, pero si hubieran aparecido, no me habría importado. Tener un hijo es una bendición, y el embarazo dura solo nueve meses. La salud de tu bebé debería ser lo más importante para ti ahora, no tu estética —respondo con sinceridad.

Desde que me convertí en madre, descubrí un poder increíble dentro mío. Es surreal lo que el cuerpo de una mujer es capaz de hacer para gestar y dar a luz a sus hijos.

Somos superheroínas, y no podemos permitir que los estándares de belleza arruinen un momento tan mágico y especial en la vida de una mujer.

—¡Qué tontería! Mira a Giulia. Embarazada de gemelos y sigue hermosa. Parece una Barbie —comenta mi suegra sonriendo. Le devuelvo una mirada agradecida.

Dante fulmina con la mirada a Vittorio, y sé que el Don se está conteniendo para no mandar a la esposa de su hermano al infierno.

—Es un almuerzo familiar. Por favor, no peleemos con nadie —susurro, apretando el muslo de mi marido bajo la mesa—. Ella no vale la pena y Vittorio se molestaría.

—Sabes que serías hermosa de todos modos, ¿cierto? Gorda, delgada, con o sin estrías, no me importa. Siempre serías perfecta —susurra Dante, mirándome a los ojos, y muerdo mis labios para no emocionarme.

—Te amo —gesticulo.

—Yo te amo más, *baby*.

El ambiente tenso se rompe cuando un par de llantos llaman nuestra atención.

—Los niños se despertaron —dice mi suegra, con una enorme sonrisa en el rostro.

—Voy a buscarlos —digo, pero sorprendentemente, Matteo se levanta primero.

—Déjamelos a mí —avisa mi cuñado y se va.

Miro al Don para saber qué hacer y él solo asiente con la cabeza.

—Déjalo.

Matteo regresa al comedor con los dos sobrinos en brazos y es la primera vez en mucho tiempo que lo veo sonreír.

A pesar de la sonrisa, su mirada es triste y está claro que está sufriendo. Sin embargo, Lorenzo y Eduardo abrazan a su tío y le sonríen.

—¡Qué injusticia! —bromeo, levantándome de la silla—. La madre los llevó nueve meses en su vientre y los bebés solo se ríen con el padre y el tío.

—Creo que les caigo bien —comenta Matteo, mirándome.

—Así es —respondo, y Dante se acerca, tomando a los niños de los brazos de su tío.

Mi marido respira profundo y mira a su hermano.

—Ve a buscar a tu esposa, Matteo. Es el primer cumpleaños de tu hija. Ve a conocerla.

El subjefe de la mafia aprieta los labios y mi corazón se destroza al ver cuánto está sufriendo.

Matteo nunca fue una mala persona, al menos no para la familia. Solo estaba perdido.

Y ahora está devastado.

—Tengo que arreglar esta mierda. Me está volviendo loco —es todo lo que dice antes de irse, y sale tan rápido que ni siquiera se despide de nadie.

—¿A dónde fue? —pregunta Francesca, frunciendo el ceño.

—A buscar lo que es suyo —responde Dante con autoridad, y nadie comenta más sobre el asunto.

Espero que puedan solucionar sus problemas. Mi cuñado merece ser feliz.

Fuimos con los niños al jardín y pasamos el resto de la tarde jugando con ellos en la cama elástica que mis suegros compraron para sus nietos.

La alegría de Lorenzo y Eduardo es contagiosa, y abrazo a mis pequeños lo más que puedo, sintiéndome feliz y realizada por tenerlos en mi vida.

A la hora de darles de comer, voy con ellos al cuarto que mi suegra preparó en su casa y los acuesto en sus camitas.

Agradezco a Dios en silencio mientras veo a mis pequeños tomar la leche con sus ojos somnolientos.

Son tan puros e inocentes.

—Fueron tan deseados. Tan amados. Soy la mujer más feliz del mundo por ser su mamá —digo con la voz emocionada, y Lorenzo quita el biberón de su boca de inmediato.

—Ma-má —balbucea.

—Ma-ma-má —lo imita Eduardo.

Mi corazón da un vuelco y contengo la respiración.

—¿Qué? —susurro, incrédula.

Mis gemelos empiezan a decir "mamá" sin parar y me sonríen. Las lágrimas fluyen como un torrente por mi rostro y los tomo a ambos en brazos de una vez, abrazándolos y besando sus cabecitas.

Miro hacia la puerta y el Don nos observa, con las manos en los bolsillos y una hermosa sonrisa en el rostro.

—¡Dijeron "mamá", amor! —digo, besando y abrazando a mis bebés de nuevo.

Las pequeñas manos de mis gemelos me rodean, acariciando mi rostro y mi cabello.

—Ma-má, ma-má.

El sonido de sus risitas dulces hace que mi corazón lata más rápido, y estoy segura de que si fuera posible morir de amor, moriría

en este instante.

Dante se une a nosotros y se sienta en la cama. Nos atrae hacia su regazo y quedamos los tres sobre él.

Los niños ríen y aplauden, encantados.

—La primera palabra solo podía ser esa, *baby* —dice mi marido, mirándome con cariño y devoción—. Eres la madre más hermosa e increíble que podrían tener.

Con el rostro mojado de lágrimas, beso a los tres hombres de mi vida y susurro:

—Gracias. Gracias por hacerme sentir tan completa.

Todavía estoy en el regazo del Don cuando, de repente, siento mi cuerpo débil y la vista oscurecerse.

Dante coloca a los gemelos en la cama y me sostiene, evitando que caiga.

—¿Giulia? —Escucho la voz preocupada de mi marido—. Háblame, *baby*.

—Dante, creo que voy a desmayarme.

Es lo último que consigo decir antes de que todo se vuelva negro y me sumerja en la oscuridad.

Ok, Dios, no era para tomar tan en serio eso de "morir de amor"...

CAPÍTULO 5

Giulia Morello

Abro los ojos y veo una habitación blanca.

¿Estoy en el hospital?

Miro a un lado y Dante está sentado en una butaca, con la cabeza apoyada en las manos, luciendo preocupado.

—¿Amor? —susurro, y él se levanta al instante.

—¡Caramba, *baby*! ¿Estás bien?

—¿Dónde están los gemelos? —pregunto.

—Van a dormir en casa de mis padres.

—Qué buena madre soy... —ironizo—. Mandé a mis hijos con sus abuelos en mi primer Día de la Madre.

Dante hace una mueca de desaprobación.

—Basta con eso, linda. Eres una madre dedicada y nuestros hijos te adoran.

Muerdo mis labios, conteniendo el llanto. Dante se sienta a mi lado en la camilla y me envuelve en un abrazo. Acaricia mi cabello y besa mi frente.

—Si fueras una mala madre, su primera palabra no sería "mamá", ¿no crees? —pregunta mi marido con una sonrisa, y le devuelvo la sonrisa.

—Tienes razón.

—Entonces no llores.

—No sé qué me está pasando. Me siento más sensible últimamente.

El Don suelta una pequeña risa y me aprieta más contra su cuerpo.

—Por eso estamos aquí, linda.

—¿Eh? —pregunto, frunciendo el ceño—. Es cierto… ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué pasó? Solo recuerdo haberme desmayado.

Antes de que mi marido responda, un médico entra en la sala y suspira aliviado al verme despierta.

—Hola, señora Morello, ¿se siente bien?

—Sí.

—Excelente. En ese caso, podemos hacer una ecografía para revisar cómo va el embarazo. ¿Qué le parece?

—¿Qué? —digo, sintiendo que el alma se me escapa del cuerpo.

Miro a mi marido, y él está sonriendo. Dante besa mi mano y acaricia mi rostro.

—Estás embarazada, *baby*. Nuestra familia va a crecer —responde el Don, y me llevo ambas manos a la boca, en shock.

—Pero… pero… tuve mi menstruación.

—Algunas mujeres tienen sangrados durante el embarazo. Es normal. También fue así en su primer embarazo, si no me equivoco —explica el médico.

Dios mío…

¿Embarazada otra vez?

—¿Estás seguro de eso?

El médico empieza a sonreír, pero vuelve a ponerse serio al mirar a mi marido. Inclina la cabeza en señal de respeto y carraspea.

—Totalmente seguro. Analizamos su sangre para evaluar la causa del desmayo y descubrimos el embarazo.

—¿Y por qué me desmayé? ¿Está bien el bebé? —digo, aterrorizada.

—Tranquila, *baby*. Está todo bien. Pasaste mucho tiempo sin comer y gastaste mucha energía jugando toda la tarde con los niños. Tuviste hipoglucemia, pero ya lo resolvimos —dice, señalando mi brazo.

Y solo entonces me doy cuenta de que me están poniendo una vía intravenosa.

—Dios mío… ¿Es en serio? —pregunto al ver la sonrisa de mi marido ensancharse.

—Sí, linda.

—Don, pero nuestros gemelos aún son bebés.

—Podemos tener tantos hijos como queramos, amor.

—No sé si podré con esto.

—Lo haremos juntos. Nunca estarás sola.

Respiro hondo y asiento, tratando de procesar toda la información.

—Bueno, podemos esperar hasta que se sienta mejor para hacer la ecografía… —comienza a decir el médico, pero lo interrumpo.

—No. Quiero ver a mi bebé.

Tras mi respuesta, el médico llama a las enfermeras y adaptan la sala para realizar mi primera ecografía.

Mi corazón late acelerado; apenas puedo creer que esté embarazada otra vez, pero siempre quise ser madre y hay tanto amor en mi corazón para compartir con más hijos.

Solo que no esperaba que esto ocurriera tan pronto.

Dante sostiene mi mano mientras el médico aplica gel en mi abdomen y pasa el aparato sobre él. El hombre de blanco se detiene y frunce el ceño al mirar la pantalla.

La postura de Dante se tensa, aprieto su mano y siento frío en todo mi cuerpo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Reúnase conmigo afuera —ordena el Don al médico—. Ahora.

—¡No! Si hay algo mal, quiero saberlo —intervengo.

—*Baby…*

—No, Dante. Una cosa es manipular a mi madre para que me llame, pero otra muy diferente es ocultarme información importante sobre mi embarazo.

La sorpresa invade su rostro y suspira profundo.

—Perdóname, linda. Solo quería verte feliz.

—Lo sé. Y te amo por eso, pero siempre elegiré saber la verdad, aunque me duela.

—Señores... —Carraspera el médico llamando nuestra atención—. Tranquilos, no hay ningún problema. Los bebés están bien.

—¿Bebés? ¿En plural? —pregunto, incrédula.

—Usted tuvo gemelos, ¿cierto?

—Sí. ¿Tendremos otros dos hijos? —Llevo mi mano al corazón, intentando controlar la emoción.

—Esta vez son tres. Está embarazada de trillizos, señora Morello.

—¿Tres? ¡Mierda! —Dante se sorprende y enseguida me da un ataque de risa.

Me río tanto que me salen lágrimas de los ojos y me cuesta calmarme.

—*Baby*, ¿estás bien?

—¿Quiere un calmante natural, señora Morello? —pregunta el médico, pero niego con la cabeza.

Limpio el borde de mis ojos y respiro hondo para calmarme.

—Ok, estoy embarazada de trillizos —digo para mí misma, intentando asimilar la noticia.

No, no puedo creerlo.

—Por la edad gestacional, no puedo ver el sexo en la ecografía, pero ya es posible hacer la prueba de sexaje fetal —comenta el hombre de blanco.

—No quiero saber el sexo esta vez.

—¿No? —El Don arquea la ceja.

—No. Quiero que sea una sorpresa.

—¿Además de la sorpresa de tener tres hijos a la vez? —bromea mi marido, y sonrío.

—Tratas con sorpresas mayores en la mafia, amor. No te hagas drama.

Dante se ríe con un sonido ronco y me besa en la boca sin importarle la presencia de otros.

Los empleados del hospital salen y nos dejan a solas, dándonos privacidad para asimilar la noticia.

—Sí, está siendo un primer Día de la Madre muy emocionante —comento, cuando él se aleja—. Tengo 19 años y ya cinco hijos.

—Menos mal que eres fuerte.

—Menos mal que eres multimillonario —corrijo, haciéndolo reír otra vez.

—Casarse con el Don de la mafia tiene sus ventajas —bromea.

—Muchas ventajas —digo, mirándolo y lamiéndome los labios —. Sabes cómo me pongo cuando estoy embarazada…

—Hambrienta... —responde, mirándome con sus ojos intensos —. Y yo te alimentaré, *baby*. Mi corazón y mi verga siempre están a tu disposición.

—¿Podemos empezar hoy?

—¿Ya te sientes bien? No quiero lastimarte.

—Te quiero a ti, Don. Todos los días y en cada momento de nuestra vida. Siempre te querré.

Él sostiene mi rostro entre sus manos y me da un beso prolongado. No puede ser nada demasiado subido de tono, porque estamos en el hospital, pero es intenso, romántico y hace que cada célula de mi cuerpo vibre por él.

Estamos unidos por el matrimonio, por el amor y, ahora, por cinco hijos adorados.

Nuestro vínculo es eterno y nada podrá separarnos.

Siempre seremos el uno del otro.

CAPÍTULO 6

Dante Morello

Ya es de noche cuando llegamos a casa. Giulia sube las escaleras y se dirige a nuestro cuarto mientras yo verifico con mis capos que esté todo listo para la entrega de las armas mañana.

En cuanto termino los asuntos de la mafia, voy a buscarla y me sorprendo al verla completamente desnuda frente al espejo del baño.

Nuestras miradas se encuentran y ella sonríe.

—Aún no lo puedo creer —comenta, acariciando la barriga lisa.

Me acerco y la rodeo por detrás; mis brazos tatuados contrastan con su piel clara e inmaculada.

—¿No estás feliz? —pregunto.

—Lo estoy. Siempre quise una familia contigo…. —Suspira—. Solo tengo miedo.

—Cuidaré de ti y de nuestros hijos, *baby*. Los protegeré hasta mi último suspiro.

Giulia abre una sonrisa amplia y eso me calienta el pecho. Su belleza, su aroma dulce y femenino, el sonido de su risa, el brillo en sus ojos cuando sonríe… Mi chica pura e inocente se convirtió en la razón de mi vida.

Besé su cuello y ella jadea con mi roce. Le atrapo el rostro y hundo la lengua en su boca, saboreándola.

Ella susurra contra mis labios:

—Quiero brincar toda la noche en tu verga, Don.

Y ahí está mi ninfómana.

Una frase.

Una maldita frase y la chica inocente incendia mi cuerpo.

Mi verga me aprieta dentro del pantalón y profundizo el beso, chupando sus labios con tanta fuerza que ella gimotea.

—Vamos a tener sexo duro, *baby*. Te dejaré la vaginita roja e hinchada de tanto metértela.

—Don…

—Te voy a chupar el clítoris, amor. Lo morderé y frotaré con la lengua mientras te meto el dedo en el culo.

Giulia gime y vuelve a besarme, mordiendo y chupando mi boca con frenesí. Se da vuelta y, sin pedir permiso, abre mis jeans y me mete la mano dentro para agarrar mi verga.

—¡Maldición, *baby*! —jadeo, sintiéndola masturbarme.

—Siempre estás tan duro…

Me empujo contra su palma y agarro su nuca, presionando su frente contra mí.

Mi verga está a punto; nuestros cuerpos se mueven mientras me deslizo en su mano. Llevo un dedo hasta su clítoris y ella empieza a contonear las caderas, pidiendo más.

Me separo solo para arrancarme la camiseta y ella me ayuda, ansiosa.

La levanto por las nalgas y ella enrosca las piernas alrededor de mi cintura. Camino con ella en brazos y la apoyo contra la pared, atrapándola allí.

—No vas a huir de mí —digo.

Ella se ríe.

Vuelvo a tomar su boca con avidez, penetrándola profundamente con mi lengua como deseo hacerlo con su vagina. Giulia empieza a chupar la punta de mi verga de un modo tan delicioso que me hace gemir.

La niña traviesa pasa su lengua por mi cuello, lamiéndolo todo y volviéndome loco.

Muevo las caderas, excitado. Hago el gesto sexual y mi mujer está tan húmeda que mi verga resbala por su vulva, sin entrar todavía.

—Don… —Su voz sale entrecortada. Sigo deslizando, de arriba abajo, sin penetrar—. Te necesito. Mucho.

Quiere que se la meta, pero la sigo torturando. Apoyo mi rostro en su cuello y lo succiono, agarrando mi erección y frotándola justo encima de su hinchado clítoris.

Lamo su piel y empiezo a mamar sus pesadas y necesitadas tetas. Giulia gimotea cada vez que aprieto su pezón entre mis labios y lo succiono.

—Por favor, Don. Méteme tu enorme verga —implora, y sonrío, torturándola más—. No voy a aguantar.

Decido darle lo que pide y coloco la punta de mi verga en su apretada entrada.

—Voy a metértela, *baby*. Si te duele, tienes que decírmelo, amor. No quiero hacerte daño.

Ella asiente, suplicando alivio.

Le meto mi verga.

Meto solo la cabeza y ella jadea.

Entro un poquito más. Gemimos juntos.

Voy penetrando, manteniendo el contacto visual. Está tan húmeda que deslizarme resulta ardiente.

—Don…

—Tan caliente y mojada… —digo con esfuerzo, metiendo unos centímetros más.

Ella se contonea, ansiosa, pero la sujeto con fuerza.

—¿Mi putita quiere recibirme toda la verga?

Giulia confirma con la cabeza y hago lo que quiere. Agarro sus nalgas con fuerza y la embisto hasta el fondo en su vaginita apretada, sintiéndola tensar mi verga.

—Giulia… ¡Maldición! —gruño, y mi putita empieza a rebotar sobre mí, agarrándose de mis hombros para tomar impulso y contonearse.

Empujo mis caderas, bombeando una y otra vez, y la presiono contra la pared sin darle opción más que abrir su vaginita y tragarse todo en silencio.

—Estás demasiado apretada, *baby*.

La lleno por completo y salgo solo para volver a penetrarla hasta el tope.

Lentamente muevo las caderas y se la meto más profundamente, y los ojos de Giulia se cierran hacia atrás de placer.

—Más duro —pide, y sonrío dándole lo que quiere.

Se la meto más duro en la vagina y ella grita, gozando de la penetración.

Nuestros ojos se cruzan y aumento la velocidad. Metiéndosela sin parar.

Giulia se muerde los labios y su vaginita se contrae en movimientos rítmicos, masturbando mi verga con sus paredes apretadas.

—¡Maldita sea, amor! Estás buenísima.

Sus piernas tiemblan con mis embestidas y ella gime fuerte, pidiendo más.

—Más fuerte.

—*Baby*, te voy a hacer daño.

—Más fuerte —gimotea, y pierdo el control: se la meto más duro, más rápido, buscando cada punto apretado dentro de su intimidad.

—Me vas a prender fuego —digo, llevando mis labios a sus tetas, chupando, lamiendo, mamando.

La agarro de las nalgas y la levanto contra la pared.

Se la meto más profundo.

—Tu vaginita es la puta perfección, *baby*.

Se la doy más duro.

—¡Oh, Don… No pares!

—No voy a parar, linda. Solo cuando cubras mi verga con tu orgasmo.

Giulia gime tan fuerte que tengo que controlarme para no perderme dentro de ella; sujeto mi verga porque su placer siempre será mi prioridad.

Aumento el ritmo y mi chica se desespera.

Cierra los ojos, clava las uñas en mis hombros con fuerza.

—Abre los ojos —ordeno—. Mira el espejo.

Obedece y se queda mirando nuestro reflejo detrás mío.

—Esto es tan pornográfico —gimotea, contoneando las caderas, ansiosa por terminar.

Nuestros cuerpos están sudados. El baño huele a sexo.

—¿Qué es pornográfico, *baby*?

—To-todo. Tu cuerpo… —murmura—. Grande, tatuado, fuerte… —dice con dificultad—. Tus pantalones un poco bajos y yo completamente desnuda, siendo penetrada por ti.

—¿Así, amor? —Bombeo duro, viendo sus tetas botar en mi cara por los movimientos brutos.

Ella jadea, pero no deja de mirar nuestro reflejo. Mi joven novia es una perra y le encanta abrir las piernas para su hombre.

La penetro más profundo, alcanzando ese punto dentro de ella. Cuando lo hago, Giulia grita mi nombre y yo me concentro, retorciéndome y penetrándola con fuerza.

—Don, vas a hacerme acabar...

—Todas las veces, *baby*. Todos los días.

Los músculos de mi mujer se contraen y ella inclina la cabeza hacia atrás con un sollozo.

—Dante… No pares… No pares… ¡Dios mío!

Giulia tiembla y se contorsiona, sumida en una mezcla de placer y necesidad.

Su entrega me hace cruzar límites; una presión insoportable recorre mi verga.

Giulia me abraza y mi corazón se acelera. No pienso en nada más.

Eyaculo dentro de su vaginita y la lleno con mi leche. Un rugido escapa de mi garganta mientras me derramo dentro de ella.

Giulia me recibe en silencio. Piernas abiertas, recibiendo mi semen, tragándoselo todo sin quejarse.

Soy solo un macho comiendo a su hembra, un marido penetrando a la mujer.

—Carajo, amor. ¡Eres mi putita fogosa! —digo, sintiendo mi cuerpo relajarse.

Recuperamos la respiración y mi esposa me mira sonriendo. Salgo de adentro suyo y la coloco con cuidado en el suelo.

La llevo a la ducha y limpio el semen que corre por sus piernas. Beso su boca, su cuerpo, y cumplo mi promesa de chuparla hasta dejarla roja e hinchada.

A Giulia le encanta y las hormonas del embarazo la ponen siempre excitada.

Pide más y acabamos teniendo sexo otra vez bajo el agua. A pesar del sexo caliente y sudado, esto es mucho más que sexo. Nuestras almas están conectadas; la necesito más que el aire.

Después del baño, la llevo a la cama y seco su cuerpo, idolatrando cada parte.

Ella es hermosa.

La sonrisa que me regala calienta mi pecho; sus ojos están blandos por el cansancio.

—No te duermas todavía, *baby*. Tengo una sorpresa para ti.

—Don, si vamos a tener sexo otra vez, tiene que ser por detrás. Tengo la vulva toda hinchada.

Suelto una risa y niego con la cabeza, pensando cómo una chica tan pura para la sociedad puede ser tan perra en la cama.

La esposa perfecta para un mafioso.

Abro la gaveta junto a la cama y saco una caja de terciopelo que estaba debajo de las armas; se la doy.

—El regalo tendrá que modificarse, pero no puedo dejarte con las manos vacías en tu primer Día de la Madre.

—Don, ya me das tantas joyas, no tenías que molestarte…

—Ábrelo, *baby*.

Ella sonríe y lo hace; sus ojos se le llenan de lágrimas al ver el contenido.

Un collar delicado de oro con un colgante que lleva a todos los integrantes de nuestra familia. En realidad, a casi todos: tendré que mandar añadir tres miniaturas más por los bebés que crecen en su vientre.

—Es simple, pero pensé que te gustaría.

—Es precioso —susurra, tomando el collar—. El regalo más especial que he recibido.

Las lágrimas ruedan por su cara y ella sonríe: son lágrimas de felicidad.

Se levanta y me pide ayuda para ponérselo, levantando el cabello. Aspiro su aroma y cierro el collar alrededor de su hermoso cuello.

—Lo llevaré siempre conmigo —dice emocionada.

Giulia me abraza del cuello. Aprieto su cintura y apoyo la frente en la suya.

—Feliz Día de la Madre, *baby*. Estoy loco por ti.

—Gracias, Don. Los amo.

La beso con ternura y me arrodillo ante la rubia que me conquistó. Para mí no es humillación; es devoción.

La adoro y estoy obsesionado con ella.

Agarro sus caderas y miro la barriga lisa, sintiéndome el hombre más afortunado y feliz del puto planeta al saber que más hijos míos crecen ahí.

Beso su vientre y mi pecho explota de orgullo. Giulia entrelaza los dedos en mi cabello y suspira, disfrutando el toque.

—Quiero mucho a estos bebés, amor —digo, besando su barriga una y otra vez—. Quiero todo contigo.

—Solo contigo —susurra.

—Siempre contigo —murmuro y me levanto, tomándola en brazos.

La acuesto en la cama y nos quedamos en cucharita mirando las estrellas por la ventana hasta que el cansancio nos vence y el sueño nos arrastra.

Como todas las noches.

Como ella siempre soñó.

FIN